



Directorio

Letra en Psicoanálisis

Director- Editor

Dr. Jaime Fausto Ayala Villarreal

Consejo de Redacción

<i>Redacción</i>	<i>Gráfico</i>
Concepción Rabadán Fernández Jimena Ayala Rabadán Maria Esther Castillo Barnetche Ezequiel Martínez Martínez	Regina Latapí Jiménez

Nacional

Dr. Javier Amado Lerma

México, D.F., Instituto Nacional de Psiquiatría "Ramón de Fuente Muñiz"

Mtra. Melba Álvarez Martínez

México, D.F., Instituto Nacional de Psiquiatría "Ramón de Fuente Muñiz"

Mtro. Josafat Arzate Díaz

Pachuca, Hidalgo. Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Lic. Medicina Jimena Ayala Rabadán

Universidad La Salle

Dra. Thalia Attié Rohl

México, D.F., Independiente

Dr. Walter Beller Taboada

México, D.F., Universidad Autónoma Metropolitana

Dra. Martha Patricia Bonilla Muñoz

México, D.F., Instituto Mexicano de Terapia Cognitivo-Conductual

Dra. María Esther Castillo Barnetche

México, D.F., Independiente

Dra. Rosa María Denis Rodríguez

Pachuca, Hidalgo. Centros de Integración Juvenil

Mtro. Armando Israel Escandón Muñoz

Taller Maladrón, CDMX

Mtra. Martha R. Garza Tamez. Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Mtro. Pedro Rafael Hernández Uzcanga

México, D.F., Independiente

Mtra. Mitzi Miriam León Calderón

Ciudad de México, Independiente

Mtro. José Carlos Llanes Sáenz

Monterrey Nuevo León. Hospital Regional Monterrey "ISSSTE"

Lic. Ezequiel Martínez Martínez

Ciudad de México, Independiente

Mtro. José Mendoza Landeros

México, D.F., Consejo Mexicano de Psicoanálisis y Psicoterapia

Mtro. Macario Molina Ramírez

México, D.F., Escuela Superior de Educación Física (ESEF).

Dra. María Oswelia Murad Robles

México, D.F., Independiente

Dra. Alicia Parra Carriedo

México, D.F., Universidad Iberoamericana

Mtra. Paulina Reyes Retana Dahl

México, D.F., Independiente

Dr. Juan Gabriel Serna Guerrero

Pachuca, Hidalgo. Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Mtra. Martha Elva Valenzuela Amaya

México, D.F., Colegio Internacional de Educación Superior

Mtro. Josué Dante Velázquez Aquino México, D.F., Colegio Internacional de Educación Superior

Consejo Editorial:

Internacional

Lic. Miguel Sassano

Buenos Aires, Argentina. Universidad de Morón

Dr. Rómulo Lander

Caracas, Venezuela. Sociedad Psicoanalítica de Caracas

Dr. Carlos Valedón

Caracas, Venezuela. Sociedad Psicoanalítica de Caracas

ÍNDICE

EDITORIAL. ESBOZO SOBRE EL MOVIMIENTO DE LA ANTIPSIQUIATRÍA

Concepción Rabadán Fernández y Jaime Fausto Ayala Villarreal

EL SUICIDIO DE UN ESQUELETO O EL PASAJE AL ACTO DE JUAN O'GORMAN

Armando I. Escandón Muñoz

TIEMPOS DE FORT SIN DA Y DE DA SIN FORT... CONSIDERACIONES DEL DESAMPARO ANTE LA SITUACIÓN DE LA COVID-19.

Jessica Mendoza González

IMPACTO DEL CONFINAMIENTO POR COVID-19 EN EL PSQUISMO DEL SUJETO

Elba Salazar Bravo

POSIBLES APLICACIONES DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL EN PSICOANÁLISIS

Dra. Christian Ariana Cea Hernández

ALGUNOS ASPECTOS ÉTICOS NECESARIOS EN LA FORMACIÓN DEL ANALISTA

Angel Yael Acosta Medina

EL CICLO DE LA FAMILIA ALCOHÓLICA, SUS SEIS ELEMENTOS Y SU INFLUENCIA EN EL PSQUISMO DE LOS HIJOS

María Leticia Rosas García

ANTOLOGÍA

FUNCIÓN PARENTAL EN LA CONSTITUCIÓN DE LA FEMINIDAD

Mitzi Miriam León Calderón

MALESTAR Y DISPLACER EN LA FEMINIDAD MÁS ALLÁ DE LA ENVIDIA DEL PENE

Mitzi Miriam León Calderón

PSICOANÁLISIS Y FEMINIDAD: LA MUJER Y SU MALESTAR POR LA CULTURA

Mitzi Miriam León Calderón

LA MUJER ACTUAL: NUEVOS SÍNTOMAS Y CONFLICTOS DE MALESTAR Y DISPLACER FEMENINO

Mitzi Miriam León Calderón

UN ESTUDIO DE CASO DE MALESTAR Y DISPLACER EN LA FEMINIDAD

Mitzi Miriam León Calderón.

EDITORIAL

ESBOZO SOBRE EL MOVIMIENTO DE LA ANTIPSIQUIATRÍA

En el año de 1900 sale publicado la Interpretación de los sueños de Sigmund Freud. El estudio de los sueños y de las histéricas, como paradigma para entender los fenómenos mentales, inaugura un método para desglosar las manifestaciones de la psique al que Sigmund Freud denomina Psicoanálisis. Con la psicopatología de la vida cotidiana amplía las fronteras del descubrimiento del inconsciente; ya no se encuentra confinado ni a la clínica de las neurosis en los enfermos, ni tampoco a la creación del sueño en todas las personas. Cotidianamente, en la vida despierta de todos los seres humanos, el inconsciente hace efecto y ya no pertenece a un único registro: ni al de la patología, ni al del sueño; esta presente en las escenas del olvido, de los lapsus fallidos.

Con los Tres ensayos para una teoría sexual, en 1905, una nueva óptica hacia la sexualidad que asombra a la sociedad de la época; propone la sexualidad como libido, que como el placer previo, va recorriendo todo el camino de los cuidados maternos, trazando el cuerpo erógeno. El camino hacia el hallazgo de objeto y hacia la sexualidad madura comenzaba no en la pubertad sino en la temprana infancia.

En el año 1906 Maria Montessori (1870-1952) comienza a aplicar sus métodos educativos en los jardines de niños en los barrios populares de Roma donde las mujeres trabajaban. Funda la casa de los niños, en las que se dejaba al niño en libertad para que aprendiera por sí mismo y sin coacciones “dio origen a numerosas experiencias similares,

fueran ellas o no de inspiración psicoanalítica” . Anna Freud se inicia en la pedagogía en la escuela Montessori de Viena la Haus des Kinder. En 1937 Edith Jakobson (1875-1977), paciente norteamericana ex-analizada de Sigmund Freud, apoyó económicamente, de manera que Anna Freud creó una nursery destinada a niños pequeños basada en el modelo Montessori.

En 1951 se publica objetos y fenómenos tradicionales de Donald Wood Winnicott.

En los años sesenta, como una crisis inherente a la psiquiatría, surge el movimiento antipsiquiátrico. David Cooper en Inglaterra, Franco Basaglia en Italia, Thomas Szasz en Estados Unidos. En el 56 Ronald David Laing empieza un proyecto antipsiquiátrico en el Kingsley Hall, Inglaterra, donde pacientes y terapeutas vivían juntos.

En 1960 Maud Mannoni regresa a los manicomnios con Hélène Chaigneau y después a Kingsley Hall. Inicia a incursionar en la “antipsiquiatría en un marco de referencias estrictamente lacaniano”. Observa cómo médicos y pacientes se encuentran prisioneros administrativamente en la institución. En este año aparece publicado el libro de R.D. Laing, *El yo dividido*, en el que, entre otros aspectos importantes, cuestiona la reducción a “casos” de los pacientes diagnosticados con esquizofrenia, en vez de asumirlos como individuos; se basa en los sentimientos expresados por los pacientes.

Ronald David Laing (1927-1989), nace en Escocia, estudia medicina en la universidad de Glasgow y psiquiatría en la de Londres. Apasionado de la literatura, la filosofía, del estudio de las lenguas: latín y del griego.

En 1962, David Cooper (1931-1986) creó el Pabellón 21, en el interior de un hospital psiquiátrico a la periferia de Londres. Basándose en las tesis de Jean Paul Sartre, y más en general en la fenomenología existencial; en ese lugar puso en obra una práctica de refutación de las prácticas de la psiquiatría clásica de la tradición occidental heredada de Eugen Bleuler. Él veía en la locura, en la esquizofrenia, no una enfermedad mental, sino un pasaje, una "experiencia", un "viaje" .

En el año de 1964 Lacan le ayuda a Maud Mannoni a publicar *El niño retardado y su madre*, donde rechaza que el paciente sea tratado por el síntoma. Le interesa cómo se encuentra el niño diagnosticado con retraso en el fantasma de la madre. Lo explica: “De este modo, se puede crear una situación en la que los padres, reeducadores, médicos, lejos de tratar de entender al niño como sujeto que desea, lo integran, robándole “toda palabra personal” . “Denuncié en *El niño retrasado y su madre* esta mentalidad colectiva hacia el anormal. Para mí, el problema no consistía en negar la existencia del retraso mental o de la psicosis sino en criticar la forma en que se trata técnicamente en nuestra sociedad y se agrava transformándolo en alienación” .

En 1965, David Cooper, creó con Laing y Aaron Esterson, la Philadelphia Association and Mental Health Charity, así como participó en el Hospital de Kingsley Hall, donde se recibía a pacientes con esquizofrenia. Dos años más tarde, con Gregory Bateson, Stokeley Carmichaël y Herbert Marcuse, participó en Londres en el Congreso mundial denominado "de dialéctica y liberación". Lucha por el reconocimiento de los oprimidos del mundo, negros norteamericanos, feministas, estudiantes rebeldes de Berlín occidental, representantes de todos los movimientos tercermundistas, los disidentes soviéticos.

En el año 1966 Michel Foucault publica *Maladie mentale et psychologie*. Un año después, en 1967, aparece el libro *El niño, su "enfermedad" y los otros, en el que* siguiendo a Lacan en cuanto a, "cómo la idea que nos hacemos del "enfermo" nos impide su visión" . Continúa con la crítica antipsiquiátrica. En este año se publica el artículo desde Buenos Aires, Argentina, José Bleger "Psychoanalysis of the social frame" en la *International Journal of psychoanalysis*, vol. 48, número 4. Maud Mannoni, influenciada por Lacan, Winnicott y el movimiento antipsiquiátrico, las experiencias inglesas e italianas, en ocasión del Congreso sobre la psicosis de la Escuela Freudiana de París en el año de 1967, sugirió que se necesitaba una alternativa a la institución psiquiátrica de entonces, que era de una violencia contra la subjetividad de la persona y un intento de destrucción del deseo del otro.

En 1969 Maud y Octave Mannoni inician las actividades de la escuela experimental de Bonneuil-sur- Marne, reconocida como " institución estallada", " como lugar de práctica teórica dispuesto a abrirse a otros lugares"; lugar utópico, tal como Maud Mannoni lo definiera. Fue un intento por romper con las estructuras existentes, sustraerse a los abusos que conllevaba la coagulación institucional. Ideado como espacio para la creación y abierto al mundo exterior sin otros medios que el formidable deseo de padres y profesionales de obrar de forma que los niños escaparan del asilo. En el año de 1970 se publica *El psiquiatra, su loco y el psicoanálisis* que Maud Mannoni dedica a Lacan; en este mismo año escribe el prefacio al libro Summerhill. |

David Cooper se instala en París a partir del año 1972, donde numerosos psicoanalistas de la corriente lacaniana y del movimiento de psicoterapia institucional habían acogido favorablemente sus tesis: entre ellos Maud Mannoni, Octave Mannoni y Félix Guattari. Se niega a practicar la psiquiatría o a integrarse en cualquier institución normativa; vive de recursos accidentados y llega a participar en combates de la izquierda intelectual francesa en favor de los homosexuales, los locos, los disidentes y los presos, junto a Gilles Deleuze (1925-1995), Michel Foucault (1926-1984), Robert Castel (1933 - 2013) .

Maud Mannoni publica en 1973 *La Educación imposible*. En 1975 J. Lacan "De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis". En 1982 *De un imposible a Otro* y en ese mismo año es su disertación de doctorado.

Françoise Dolto en el año 1977 crea la Casa Verde con el proyecto sobre la causa de los niños.

Maud Mannoni empieza atribuyendo importancia a la escucha del drama familiar que envuelve al síntoma-hijo. El analista desplaza el problema por el que los padres han venido a consultarlo. Así, lo que surge a veces en el revelamiento de una situación es la enfermedad de uno u otro de los padres, 'enfermedad' que los trastornos del hijo cumplían la función de taponar.

Estas reflexiones se recuperan del libro: Rabadán F.C. y Ayala, V.J. (2009). Más allá de la terapia de juego. Los fundadores. Ediciones D'Jimena, Colegio Internacional de Educación Superior.

Concepción Rabadán Fernández

Jaime Fausto Ayala Villarreal

Comité editorial LeP.

Director-editor LeP

EL SUICIDIO DE UN ESQUELETO O EL PASAJE AL ACTO DE JUAN O'GORMAN

ARMANDO I. ESCANDÓN MUÑOZ

A la memoria
de Teresa del Conde,
maestra sin par

Licenciado en lengua y literatura hispánicas por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Maestro en Psicoterapia de las adicciones por Colegio Internacional de Educación Superior (CIES). Cofundador de Taller Maladrón. Correo electrónico: a.escandon.psicoterapia@gmail.com

Recepción: 26 de abril 2022/ Aceptación: 18 de mayo de 2022

RESUMEN

En este trabajo se reflexiona, desde el psicoanálisis aplicado, el suicidio de Juan O'Gorman, uno de los más importantes arquitectos y muralistas de México del siglo XX. Cuando O'Gorman hizo su pasaje al acto, ya contaba con 76 años, transitaba por una profunda depresión, pues a lo largo de su vida perdió varias personas y objetos amados –su mejor construcción La Casa-cueva, gran parte de su mural La conquista del aire por el hombre, incluso la arquitectura como él la concebía–. Con el transcurrir el tiempo, desde cerca de los 51 años, su estado se complicó por la gradual desaparición de su imagen juvenil, que fue dejando lugar a la madurez, y, finalmente, a la vejez.

En la época de su suicidio, el muralista ya se asumía como un esqueleto, como el esqueleto de Juan O'Gorman.

PALABRAS CLAVE: Juan O'Gorman, clínica psicoanalítica en México, psicoanálisis aplicado, ideal del yo, melancolía, pasaje al acto, suicidio y vejez.

SUMMARY

This paper reflects, from applied psychoanalysis, on the suicide of Juan O'Gorman, one of the most important architects and muralists of the 20th century in Mexico. When O'Gorman made his passage to the act, he was already 76 years old, he was going through

a deep depression, because throughout his life he lost several people and loved objects – his best construction La Casa-cueva, a large part of his mural La conquest of the air by man, including architecture as he conceived it–. With the passing of time, from around the age of 51, his condition was complicated by the gradual disappearance of his youthful image, which gave way to maturity and, finally, to old age.

At the time of his suicide, the muralist already assumed himself as a skeleton, like the skeleton of Juan O'Gorman.

KEYWORDS: Juan O'Gorman, psychoanalytic clinic in Mexico, applied psychoanalysis, ego ideal, melancholy, passage to the act, suicide and old age.

RÉSUMÉ

Cet article réfléchit, à partir de la psychanalyse appliquée, sur le suicide de Juan O'Gorman, l'un des architectes et muralistes les plus importants du XXe siècle au Mexique. Quand O'Gorman a fait son passage à l'acte, il avait déjà 76 ans, il traversait une profonde dépression, car tout au long de sa vie il a perdu plusieurs personnes et objets aimés – sa meilleure construction La Maison geotte, une grande partie de sa peinture murale La conquête de l'air par l'homme, y compris l'architecture telle qu'il la concevait–. Au fil du temps, à partir de 51 ans environ, son état s'est compliqué de la disparition progressive de son image juvénile, qui a fait place à la maturité et, finalement, à la vieillesse.

Au moment de son suicide, le muraliste s'assumait déjà comme un squelette, comme le squelette de Juan O'Gorman.

MOTS-CLÉS : Juan O'Gorman, clinique psychanalytique au Mexique, psychanalyse appliquée, idéal du moi, mélancolie, passage à l'acte, suicide et vieillesse.

INTRODUCCIÓN

Entre los grandes nombres del muralismo mexicano se encuentran Diego Rivera, José Clemente Orozco, David Alfaro Siqueiros, Rufino Tamayo y Juan O'Gorman. Éste último, además de su trabajo como pintor, también destacó como uno de los más importantes arquitectos del siglo pasado, entre sus obras se cuentan la Casa-estudio de Diego Rivera, la remodelación de la Casa azul de Frida Kahlo, el Museo Anahuacalli y, tal vez su obra más conocida, los murales de la Biblioteca Central de Ciudad Universitaria.

Desde su juventud, Juan O'Gorman tuvo fuertes vínculos con figuras como Diego Rivera y Frida Kahlo, al grado de que la muerte de ellos, lo fue sumiendo en una gradual depresión, otro tanto ocurrió con su profesión, pues él, que aportó a la arquitectura mexicana construcciones con base en corrientes como el Funcionalismo –véase la Casa estudio de

Diego Rivera– o la Casa-cueva Juan O'Gorman (hoy desaparecida). O'Gorman, gradualmente, vio decaer la arquitectura, actividad que desde su óptica se volvió meramente mercantil. Y, sobre todo ello debe, destacarse la depresión que sufrió el arquitecto ante la pérdida de su imagen de juventud. Así, al menos en lo que se puede rastrear en su biografía, O'Gorman, se fue sumiendo en una profunda depresión –al grado de que se puede pensar en un funcionamiento psíquico melancólico–, hasta que el 18 de enero de 1982, se suicidó.

El psicoanálisis aplicado (I), con apoyo de recursos como la psicobiografía (II), ofrece la posibilidad de reflexionar sobre la vida de personajes importantes del calado de Juan O'Gorman. Tal hizo Sigmund Freud con figuras como Leonardo da Vinci “–Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci” (1910)–, Daniel Paul Schreber “ –Sobre un caso de paranoia descrito autobiográficamente (Schreber) (1911 [1910])”– Cristóbal Haitzmann –Una neurosis demoníaca del siglo XVIII (1923 [1922])–, o en la polémica psicobiografía de Widrow Wilson, escrita a cuatro manos, junto con William C. Bullint [1967 (¿?)].

El acercamiento a Juan O'Gorman desde el psicoanálisis aplicado se amplía dada la fortuna de contar con su Autobiografía, obra que nació de las grabaciones de las conversaciones con su amigo el crítico de arte Antonio Luna Arroyo. En este trabajo también se ocuparon algunos textos en los que el propio O'Gorman escribió sobre temas de su interés, así como importantes testimonios de sus contemporáneos y el valioso documental biográfico Como una pintura nos iremos borrando –que, a su vez, tomó su nombre de un poema homónimo de Netzahualcóyotl–, material de gran importancia, porque en él se entrevista a O'Gorman poco antes de su muerte.

Entonces, en las siguientes líneas se pretende escuchar el inconsciente a lo largo de la vida y los escritos de Juan O'Gorman, con la intención de entender, un poco más, los motivos que lo llevaron a suicidarse. Entre los materiales del psicoanálisis para apoyar este trabajo, se consideran obras como Introducción al narcisismo, Duelo y melancolía de Sigmund Freud; El seminario. Libro 10. La angustia de Jacques Lacan; Muerte y crisis de la mitad de la vida de Jacques Elliot; El ciclo vital completado de Erik Erikson; Por mano propia de Diana Cohen Agrest; entre otros.

Cabe aclarar que éste es un trabajo inicial y breve. Otra ruta a explorarse –y que amplía notoriamente un acercamiento al inconsciente de O'Gorman– está en la nutrida producción del pintor –quien cuenta con una numerosa cantidad de pinturas tanto de caballete como mural–. En toda su obra habría que analizar la repetición de la iconografía, así como las demás formaciones del inconsciente; buscar los porqués de la elección de los motivos y los materiales, cruzar esos datos con la época de su vida en que se produjo

cada pieza, entre muchos otros elementos que son necesarios para ahondar en un acercamiento a la vida anímica del creador de los murales de la Biblioteca Central de CU, pero esa tarea, al menos por ahora, queda pendiente. Al final de cuentas, el viaje de mil leguas comienza con un paso.

VIÑETA BIOGRÁFICA DE JUAN O'GORMAN

Fue hijo de Encarnación O'Gorman Moreno y de Cecil Crawford O'Gorman. Por desgracia, no fue posible encontrar el significado del apellido O'Gorman. Se sabe que, en 1824, llegó al país Charles Thaddeus O'Gorman (1785-1853), cónsul general británico en México, quien se casó con Ana María Noriega Vicario (1811-¿?) mucho más joven que él. De esa unión se desprendió la descendencia de la señora Encarnación O'Gorman Moreno. Por su parte, Cecil Crawford O'Gorman, de origen irlandés y quien era ingeniero de minas, arribó a México procedente de Inglaterra. Se casó “a los treinta años con su prima en segundo grado doña Encarnación” (85-86) [3].

Juan O'Gorman nació en Coyoacán, el 6 de julio de 1905. Su abuelo paterno, Edmond Anthony O'Gorman, fue un hombre acaudalado, con numerosas propiedades, quien se dedicaba a montar a caballo, así como a jugar ajedrez y billar. Vivió hasta los 99 años. En cambio, Ellen Whyte, su abuela paterna, falleció joven. Dice O'Gorman: “Puede decirse que era fanática y que educó a mi padre en forma absurda, dura y terrible. Según confesión propia, mi padre en su niñez y juventud vivía contento en la escuela cuando allí permanecía, porque estaba lejos de su madre” (44) [4]. Después O'Gorman describió a su padre como alguien sobre disciplinado, falto del amor materno y admirador del imperialismo británico. Cecil O'Gorman era ingeniero de minas, llegó a México a penas con su boleto y una libra esterlina, entregados por su padre. Trabajó en Pachuca y después en Guanajuato. Sobre el carácter de su padre O'Gorman escribió: “era duro, motivo por el que le tenía yo miedo en mi niñez. Usaba la cuarta del caballo (rebenque) o un cepillo de mano para castigarme y en algunas ocasiones me pegaba sin motivo. Seguramente esto influyó en mi carácter; produciendo en mi fuero interno cierta animadversión hacia él” (45) [4]. A su vez, O'Gorman señala que la imagen de su abuelo materno era borrosa, sólo recordaba sus barbas blancas, su carácter, aparentemente, bondadoso, y que murió cuando él tenía cuatro años. Por el contrario, a su abuela materna, Angelita Moreno de O'Gorman –descendiente directa de Luisa Vicario, hermana de Leona Vicario, heroína de la Independencia de México–, la tenía muy presente y la quería sobremanera. “siempre que sueño con alguna persona querida, ella es la que aparece en mis sueños” (46) [4]. Su madre, Encarnación O'Gorman Moreno –quien abandonó la idea de ser monja, para ca-

sarse con Cecil-, la describe como “una persona recta, bondadosa y excelente; cariñosa con sus hijos y con todas las personas a su alrededor. Inocente, extremadamente dulce y en muchos aspectos típicamente mexicana. Sin embargo, a pesar de su aparente dulzura, tenía un carácter firme y vigoroso” (45) [4]. O’Gorman consideraba que la divergencia entre las personalidades de sus padres, le afectaron: “las constantes contradicciones entre mis padres las resentí desde niño” (45) [4].

Los O’Gorman vivieron primero en Coyoacán, después un tiempo en Guanajuato, pero cerca de 1912 se asentaron en la Ciudad de México, en San Ángel. Aunque Juan O’Gorman, en su Autobiografía, le da el crédito de su interés por la pintura a su abuela materna, posiblemente de quien debió recibir las primeras lecciones y heredar el gusto por esa actividad, fue de su padre.

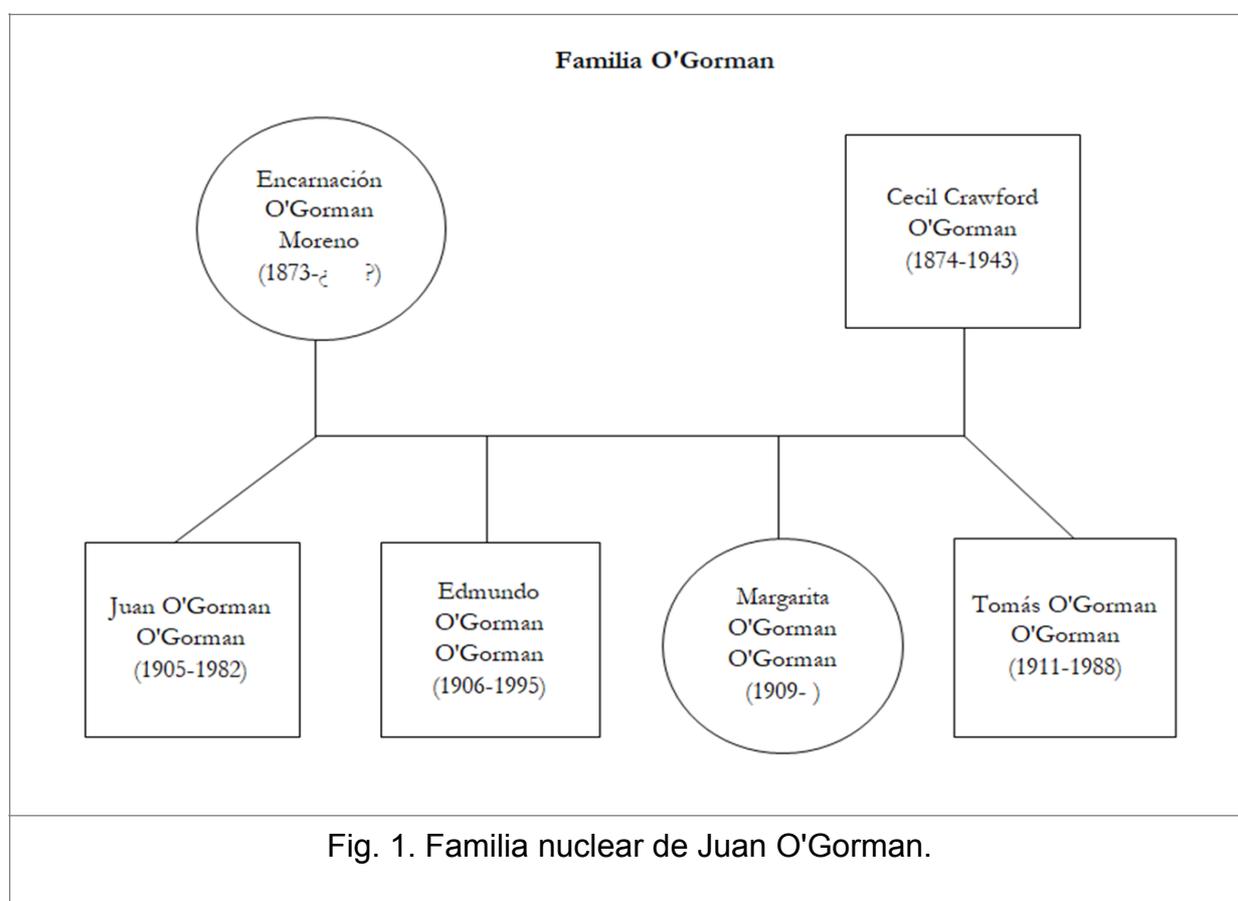
Justino Fernández dice sobre Cecil Crawford O’Gorman:

Aunque vino joven ya traía formación e impresiones de otros sitios; nacido en Inglaterra, de padres irlandeses, educado por los benedictinos, había crecido al lado de una tía suya, mujer refinada, conocedora en arte y pintora ella misma de acuarelas que recibieron la mejor acogida en su tiempo; con ella visitó Mr. Cecil los museos y allí empezó su cavilar en el arte que no abandonó en la vida entera. Pasó largas temporadas en Cannes y por fin se embarcó para la aventura americana a los veintiún años, en 1895 (85) [3].

Sin embargo, la abuela fue un sostén por demás importante para O’Gorman, pues ella le acondicionó un cuarto de trebejos en donde Juan tuvo su primer estudio. Angelita Moreno de O’Gorman le insistió a su nieto que se dedicara al dibujo, porque eso lo llevaría a la pintura, por su parte, su padre deseaba que estudiara medicina. O’Gorman calificó a su progenitor de darle un trato diferente a sus hermanos y, de hecho, tener predilección por Edmundo, el gran historiador mexicano: “No fue mi padre igual conmigo que con mis hermanos: a mi hermano Edmundo, que me seguía en edad, lo quería mucho y siempre le tenía consideraciones. Creyó mi padre que yo era un individuo torpe y renegado. Invariablemente estaba en contra de lo que yo pensaba o hacía, y a veces se burlaba de lo que yo expresaba” (47) [4].

Además de Juan, el matrimonio O’Gorman O’Gorman, tuvo otros tres hijos: Edmundo, Tomás y Margarita –véase la fig. 1–. Tanto Juan como Edmundo O’Gorman dejaron una marca invaluable en la cultura de México, uno como muralista y arquitecto y el otro como historiador. Sin embargo, el trato entre los hermanos fue difícil. Juan explicó así esa relación: “(Edmundo) es historiador, escribe y se dedica a su profesión en la Universidad. No

le tengo admiración a pesar de que sus alumnos digan que es un profesor excelente. Para mí es una persona poco grata en virtud de sus ideas políticas” (49) [4]. Sobre su otro hermano, O’Gorman comentó: “[Tomás], al que le llevo aproximadamente seis años de edad, es abogado y notario, persona excelente y de cualidades valiosas: de una dignidad y honradez inmaculadas y muy parecido a mi madre por lo que se refiere a su carácter” (50) [4]. Y sobre su hermana comentó: “Margarita, que ya murió, menor que Edmundo, fue madre de tres hijos y su vida transcurrió común y corrientemente. Se casó, tuvo sus hijos como tanta gente en este mundo; no tuvo nada de particular, ni de bueno ni de malo. En su carácter se pareció mucho a mi padre, pero muy fanática a las creencias religiosas” (50) [4].



En 1909, la familia O’Gorman se trasladó a Guanajuato, pues a Cecil le ofrecieron trabajo como técnico en la mina “El Profeta”. O’Gorman consideraba que esos años fueron fundamentales en su formación artística: “Aún tengo los recuerdos vivos del paisaje de esa

región, que son los primeros de mi vida, de formas y de colores que, posiblemente, haya influido en la labor artística que desarrollo” (53) [4]. A lo anterior hay que sumar algunos otros recuerdos valiosos como: “Los mineros me bajaban [...] por el tiro de las galerías en explotación. De suerte que tuve ocasión de presenciar el trabajo duro, terrible y riesgoso que desempeñaban esos pobres hombres por sueldos miserables” (53-54) [4]. Este punto será importante años más adelante en el mundo simbólico de O’Gorman, la constante referencia a la tierra y a los minerales, mostrarán los ecos de Cecil en Juan O’Gorman, tal se puede apreciar en obras como la Casa-cueva de la avenida San Jerónimo, –vendida a Hellen Escobedo– y en otras obras como la Biblioteca Central de Ciudad Universitaria, por los materiales utilizados, incluso en el célebre Autorretrato múltiple, pues ahí se puede ver una estalactita, entre otras piezas.

Los O’Gorman vivieron en Guanajuato entre 1911 y 1912. Sin embargo, para 1913 tuvieron que regresar a la Ciudad de México, porque dado el complicado contexto de la Revolución mexicana, Cecil ya no pudo trabajar más en la mina. Los O’Gorman compraron una casa en San Ángel, ahí pasaron los años más duros del movimiento armado, 1913 y 1914, que se caracterizaron por el constante peligro y la falta de alimentos. Juan O’Gorman recuerda que su padre cazaba gatos y perros para alimentar a su prole, incluso narra que un día, ayudado por Ana, la empleada doméstica, Cecil llegó a la casa, jalando una mula que los zapatistas habían matado. Con su carne, Cecil hizo carne ahumada. Además, en esos días, el técnico de minas también fungió como profesor de sus hijos: “En las clases que nos impartía mi padre, mi hermano Edmundo salía muy bien librado porque de antemano le consideraba un gran talento. A mí, por el contrario, me castigaba porque decía que yo no aprendía lo que él me enseñaba” (61) [4]. Ante esa situación, Juan llegó a quejarse con su madre, pero ella le contestó: “Tu padre es el que manda, yo sólo obedezco y tú, igual que yo, debes obedecer” (61) [4].

Entre 1922 a 1926, Juan O’Gorman cursó estudios de arquitectura en la Universidad Nacional de México, trabajó como dibujante y supervisor en obras de diversos despachos, entre los que se pueden mencionar los de Carlos Contreras, Carlos Tarditi y José Villagrán. Para 1927 construyó su primera casa y se le empleó en la oficina de Carlos Obregón Santacilia. Al año siguiente, en el mismo lugar, ascendió al cargo de jefe de taller y en algunas pulquerías ejecutó algunos murales. Entre 1929 y 1931 realizó cinco casas, entre ellas la Casa-estudio de Diego Rivera (1930).

Si bien el contacto de Juan O’Gorman con Diego Rivera comenzó cuando éste pintaba La Creación –ca. de 1921, aunque O’Gorman menciona 1923–, su relación verdaderamente comenzó a inicios de los años 30. El arquitecto invitó al muralista a ver su primera

casa funcional, a lo que Rivera accedió y tras inspeccionar la obra de O'Gorman, le encargó su Casa-estudio, así como una pieza similar para Frida Kahlo. Las figuras de Diego Rivera y Frida Kahlo fueron de gran trascendencia para Juan O'Gorman. Rivera en más de un sentido realizó función paterna con el arquitecto, como ya se refirió, no sólo le pidió dos de sus principales trabajos, a los inicios de su carrera, O'Gorman bebió de Rivera gran parte de sus conocimientos para la crear murales. “Rivera, uno de los hombres más inteligentes del mundo moderno, indiscutiblemente fue la influencia más importante en mi trabajo”, señaló en su momento Juan O'Gorman (91) [4].

Cerca de 1933, O'Gorman conoció a la arquitecta ruso-norteamericana Nina Wright, quien estaba casada con Julio Castellanos y de quien se divorció para desposar a Juan. Aquél matrimonio duró un lustro y se divorciaron para no volverse a ver. En su momento, Juan O'Gorman entró en contacto con Helen Fowler, quien estudiaba con Diego Rivera. Éste le presentó a su discípula a su amigo arquitecto. O'Gorman y Fowler se casaron en 1938. El arquitecto describió a su pareja como “influencia muy benéfica”, “compañera íntima” y “excelente pintora”. Aunque algunas personas que los conocieron, testimonian lo contrario, señalan que la relación no era buena, por ejemplo, Alejandro von Waberer O'Gorman, sobrino del muralista comentó: “tenían una relación masoquista; por ejemplo, a Juan no le gustaban los perros de Helen y a ella no le gustaban los gatos de Juan. [...] vivían en una suerte de maraña tremenda. En vez de allanar el camino de su relación, se ponían piedritas uno al otro. Y así sucedió hasta la muerte de Juan [...]” (102) [5]. Algo similar recuerda Ángela Gurría, amiga personal de O'Gorman: “Él y Helen no se llevaban bien, sostenían una relación difícil, un poco cruel, masoquista en muchos sentidos. Ella trataba de minimizarlo” (103) [5].

En 1953, los O'Gorman Fowler adoptaron una niña de 18 meses, a quien llamaron María Elena. Ella recuerda así a su padre: “Era muy cariñoso conmigo y se preocupaba mucho, pero también tenía su lado sarcástico. Solía decir que toda persona mayor de 20 años era horrible [...] Yo estaba muy cercana a él, pero no lo veía mucho porque siempre estaba trabajando en sus murales, entonces estaba ausente mucho tiempo” [6].

A los 51 años, a finales de 1956, O'Gorman sufrió una severa depresión, junto con una fuerte infección intestinal. Él mismo señaló “Tal depresión simboliza, a mi manera de ver, el fin de mi vida de hombre joven, el final de la juventud y el principio de la edad madura” (173) [4]. El siguiente año, 1957, O'Gorman lo pasó prácticamente encerrado en su estudio. Al considerar que la depresión aumentó, buscó ayuda. Consultó a Armando Hinojosa, psiquiatra quien también atendió a su madre poco antes de morir, y quien le “hizo algunas sesiones de psicoanálisis” (173) [4]. O'Gorman consideró que ese no era el

camino y acudió con el médico Luis Mendiola para atenderse. El muralista fue internado y sometido a un ayuno prolongado, con el fin de eliminar todas las grasas con toxinas, que, según Mendiola, producían la depresión. Un mes antes de internarse, O'Gorman dejó de fumar, durante los primeros 15 días se le sometió a una dieta especial y después inició el ayuno total, sólo tomaba agua destilada. El proceso se extendió por 39 días consecutivos. La primera quincena resultó terrible, pero una vez superada aquella etapa “comencé a sentir como si sólo tuviera vida espiritual con aguzamiento de los sentidos, sobre todo de la vista y del oído” (174) [4]. Mendiola revisaba a O'Gorman en la mañana y en la tarde. El paciente hacía ejercicio. Poco a poco volvió a comer de todo. Dice O'Gorman: “De los setenta kilos que pesaba cuando ingresé en la clínica, rebajé hasta cincuenta kilos. Ya era solamente el esqueleto, las vísceras, la sangre y los huesos, y posiblemente, ya no había una sola célula grasosa en todo mi organismo” (175) [4].

De hecho, para el día de muertos de 1957, O'Gorman escribió una calaverita que permite ver una suerte de autorretrato de la época: “Juan O'Gorman arquitecto / un artista muy sutil / con voluntad de albañil, / fue pintor de fino esmero / y poeta tilichero. / No hizo cosas de cajón / para acumular dinero. / Por andar de 'namorado / dandóselas de glotón / se volvió vegetariano / y esquelético marciano. / Al infierno fue directo[,] / hoy reposa en el panteón / con hambre de tiburón”. En esta calaverita, además de lo ya expuesto sobre el peso, aparece un tema importante, la desilusión de O'Gorman ante la arquitectura, porque él no veía su profesión como un motor para hacer “cosas de cajón”, aunque eso le afectó sus finanzas. Sobre el particular, en algún momento, O'Gorman declaró: “desgraciadamente la arquitectura es un arte que debe hacerse condicionado a las posibilidades comerciales y a las condiciones de quien manda hacer la obra. Por esto la arquitectura se convierte en una profesión en la que el arquitecto artista tiene poca importancia y cada día adquiere mayor importancia el arquitecto hombre de negocios” (130) [4].

Aunado a lo anterior, en la vida de Juan O'Gorman deben destacarse diversos momentos que fueron pérdidas significativas y que bien pueden considerarse que alimentaron su ánimo depresivo, como ocurrió con la destrucción de parte de su mural Historia de la aviación, en el aeropuerto de Balbuena, durante el sexenio de Lázaro Cárdenas. O'Gorman, además de la parte central, pintó una “alegoría antifascista”, “haciendo aparecer a Mussolini y a Hitler como dragones que salían de una vieja torre feudal y sus alas eran como las del demonio” (138) [4]. El embajador alemán en México se quejó y la Secretaría de Comunicaciones decidió acabar con la obra de O'orman. “La Secretaría de Comunicaciones destruyeron los dos frescos [Los mitos religiosos y Los mitos paganos]. “Picaron” el aplanado de los muros y los destruyeron” (140) [4]. Años después, tuvo lugar el

fallecimiento de Frida Kahlo, acaecido en 1954, sobre lo que el arquitecto señaló: “Con su muerte, México perdió a una extraordinaria mujer, a una excelentísima pintora, y además yo perdía a una compañera con quien tenía una relación espiritual extremadamente grata y muy íntima” (179) [4]. Más adelante también sufrió la muerte del propio Diego Rivera, a quien O’Gorman consideraba como un padre, suceso que aconteció el 24 de noviembre de 1957, año, como ya se explicó, por demás complicado para O’Gorman. Posteriormente, en 1969, el creador de los murales de la Biblioteca Central de CU vendió su casa de la Av. San Jerónimo a Hellen Escobedo, considerada su mejor pieza arquitectónica –la transacción tuvo como fin pagar los estudios de María Elena–, pero la nueva propietaria la destruyó. “Con esta destrucción se eliminó la obra arquitectónica que considero, hasta hoy, la más importante de mi vida” (160) [7].

La obra tanto arquitectónica como de pintura de O’Gorman es numerosa. Sólo por citar algunos de sus trabajos más conocidos, deben mencionarse los siguientes: frescos en la cantina “Salón Bach” y las pulquerías “Los Fifís”, Entre violetas y Mi Oficina (1924-1925); la primera casa funcional en México, en Palmas 81, San Angel Inn (1925); las Casas-estudio para Diego Rivera y Frida Kahlo (1932-1933); las casas de la editora France Toor, del historiador Manuel Toussaint, del astrónomo Luis Enrique Erro y del pintor Julio Castellanos. Asimismo, a invitación de Narciso Bassols, secretario de Educación Pública en aquellos días, proyectó la construcción de 23 escuelas primarias y una técnica en la Ciudad de México, así como una primaria en Tampico, Tamaulipas (1932-1935); la proyección de la Escuela Técnica y Vocacional Tolsá (1933); la proyección y construcción del edificio para el Sindicato de Cinematografistas (1934); la ejecución de los tres murales transportables del aeropuerto de Balbuena, únicamente sobrevive el panel central – mismo que en la actualidad se encuentra en el aeropuerto Benito Juárez– (1937-1938); el fresco de la Biblioteca Gertrudis Bocanegra, en Pátzcuaro, Michoacán (1941); un amplio trabajo de pintura de caballete (1942-1948); la construcción de la casa del músico Conlon Nancarrow en el barrio de las Águilas. Además, inició la construcción de su casa en el pedregal, en San Jerónimo 162, propiedad que fue considerada como una pieza emblemática de la arquitectura mexicana, pero que en 1969 se le vendió a Hellen Escobedo y ella la destruyó. Al mismo tiempo de las actividades anteriores, junto con Juan Martínez Velasco y Gustavo Saavedra, proyectó el edificio de la Biblioteca Central de Ciudad Universitaria, para lo cual tuvieron que recubrirse 4, 000 metros cuadrados de su exterior con mosaicos de piedras de colores. A su vez, y siguiendo el mismo estilo que en la Biblioteca de CU, construyó su casa de avenida San Jerónimo (1948-1952); pintó el Autorretrato múltiple y en Bellas Artes se llevó a cabo la exposición llamada Fantasía y reali-

dad en la obra de Juan O'Gorman, compuesta por 150 pinturas de caballete y 200 dibujos. Si bien no fue la única exposición de O'Gorman, pero sí es considerada la más importante en vida del arquitecto (1950); realizó diversos mosaicos de piedras de colores en Taxco (1955), Santiago de Chile (1964) y San Antonio Texas (1967); ejecución de las obras de adaptación de las obras para la Casa de Frida Kahlo en Coyoacán, con el fin de convertirla en museo. También concluyó el edificio del Anahuacalli, en donde se albergaría la colección de escultura mesoamericana de Diego Rivera (1958); ejecución del gran ciclo de murales en el Museo Nacional de Historia Nacional, Castillo de Chapultepec (1960, 1968 y 1971); ejecución del Hidalgo libertador para el Centro Interamericano de Seguridad Social en San Jerónimo Lídice, del IMSS (1963); entre varios otros (34-38) [4].

En algún momento, O'Gorman tuvo un infarto, después de él comenzó a decir que se suicidaría y hablaba de modo constante de la muerte. De hecho, tuvo que dejar su trabajo en los murales del Castillo de Chapultepec, debido a una flebitis. En el documental Como una pintura nos iremos borrando, dirigido por Alfredo Robert, Juan O'Gorman dijo:

Lo que más me gustaría ahorita, sería poderme morir ahora para no pasar por tantas, tantas molestias de la vejez. ¿Qué me puede esperar en el futuro?: la arterioesclerosis, la prostatitis; el que no pueda yo oír lo que dicen las gentes; el que tenga que estar sentado hecho un idiota, durmiéndome todo el día, con la baba cayéndoseme. Es decir, de lo que fui hace 20 años, no soy ahora ni el remedo. Soy el esqueleto, simple un esqueleto de lo que fue Juan O'gorman. Entonces, si llego a morirme se muere mi esqueleto, si llego a suicidarme, yo estoy matando no a Juan O'gorman, sino al esqueleto de Juan O'gorman. Ve, usted, así es la cosa, eso que bueno que quede grabado por si por algún motivo... [8].

Una semana antes de su fallecimiento, Iliana Esparza Romero entrevistó a O'Gorman. La entrevistadora dudaba sobre cómo preguntar diversos temas existenciales, el mismo muralista la incitó a cuestionar sin miedo. Entonces, apareció el tópico de la muerte, a lo que O'Gorman respondió: “Espero la muerte, no sé decir cómo, pero la espero. Ya pronto, no creo que tarde mucho” (396) [9]. Después el arquitecto agregó consideraciones sobre su edad, en las que, de nuevo, se pueden constatar temas como la muerte, la edad y el sufrimiento:

Estoy en la etapa de la vejez, qué otra cosa quiere usted que sea. ¿Qué me ha traído? Serenidad, porque espera uno lo que tiene que esperar: la muerte, como base fundamental de una vida más o menos larga. Tengo 76 años, ¡ya basta! ¿Para

qué quiero más? ¿Qué significan más años? Arteriosclerosis; que los ojos ya no ven bien, que ya oigo mal, que en unos años más acaba uno por no oír nada. ¿Quiere usted una visión más clara de mi futuro? Ahí está, eso es, no voy a hacerme tonto solo, bastante güaje se hace la gente con estar viviendo. Además, aquí, en México, no hay respeto para los viejos; en este país le dan a uno una patada para ver si cae bajo las ruedas de un coche (397) [7].

El 17 de enero de 1982, aprovechando que se encontraba solo, Juan O'Gorman bebió una mezcla “compuesta por amarillo de Nápoles (antimoniato de plomo), amarillo de cadmio (sulfuro de cadmio) y verde malaquita (carbonato básico de cobre). Todos ellos pigmentos muy venenosos”, después “se ató al extremo de una soga al cuello en el jardín de su casa” y, por último, “tomó una escopeta y se dio un tiro en la sien derecha y, al caer, su cuerpo quedó colgado de la gruesa rama de ese viejo árbol” [10]. En algún momento, Elena Poniatowska llamó a Juan O'Gorman “el pintor más obsesivo del arte mexicano”, pero también quien “se dio muerte tres veces” [11].

Juan O'Gorman visto desde el psicoanálisis

Una vez planteada la esencial viñeta biográfica anterior, para reflexionar el suicidio de Juan O'Gorman desde el psicoanálisis, deben tenerse en cuenta diversos puntos para realizar un acercamiento a diversos momentos en la vida del muralista, tales como:

La autopercepción de su presente frente a su pasado, esto, al menos en dicho por el mismo arquitecto, es la confrontación de su imagen de la edad madura frente a la vejez. A los 51 años, O'Gorman sufrió una fuerte depresión, él mismo señaló: “Tal depresión simboliza, a mi manera de ver, el fin de mi vida de hombre joven, el final de la juventud y el principio de la edad madura” (173) [4]. Según Elliot Jacques, la “crisis de la mitad de la vida” se da cerca de los 35 años y antecede a la de la “la plena madurez”, la que, según este autor, aparece cerca de los 65 años (277) [12] –aunque no se olvide el psicoanálisis es un episteme que prioriza el caso por caso–. En la edad madura, el sujeto ha consumido la primera parte de su vida adulta, se espera que esté apoyado en su familia y trabajo, sus padres han envejecido, además: “Hay que hacer el duelo de la juventud y de la infancia que ahora son pasado y están terminadas. [...] La paradoja es que la entrada en la flor de la vida, en la etapa del cumplimiento, señala el comienzo del fin. La muerte es su término” (286) [12].

El mito clásico, según la versión de Ovidio, señala que Narciso murió de amor por sí mismo, por negarse a darse a otros y quedar fundido a su imagen. La depresión de O'-

Gorman de aquellos días, hipotetizamos, tuvo mucho qué ver con ello, con esa crisis de mitad de la vida de negarse a abandonar la imagen construida a lo largo del tiempo, frente a la nueva imagen que día a día aparecía en el espejo. Dolores Olmedo, amiga personal del artista, alguna vez dijo: “Otro aspecto típico de Juan es que era muy noviero, y eso era lógico pues era muy guapo, muy atractivo” (111) [5]. Esa imagen, poco a poco, junto con su lugar de *enfan terrible* de la arquitectura mexicana, con el transcurrir del tiempo, se fue quedando atrás.

Una fuerte depresión que, según testimonio del propio O'Gorman, ocurrió cerca de los años 1956-1957. Como ya se expuso en el apartado biográfico, el proceso del internamiento duró casi 40 días y constó de una dieta por demás rigurosa, al grado de que el arquitecto perdió 20 kilos y sólo bebía agua destilada. Lo anterior le provocó:

sentir como si sólo tuviera vida espiritual con aguzamiento de los sentidos, sobre todo de la vista y del oído. Recuerdo que despertaba como las cinco de la mañana y oía las campanas de las iglesias del rumbo, muchas de ellas lejanas. [...] Igualmente, la vista se me agudizó muchísimo, al grado que veía sin anteojos todos y cada uno de los detalles de las hojas de los árboles del jardín del sanatorio en que estaba alojado (174-175) [4].

Lo anterior debe resaltarse como un antecedente importante ante el pasaje al acto y suicidio que O'Gorman realizaría décadas después. Además, en lo relativo a la imagen corporal resulta importante recuperar el concepto de yo ideal, del que Freud dijo que es donde recae el “amor de sí mismo que en la infancia gozó el yo real. [...] Aquí, como siempre ocurre en el ámbito de la libido, el hombre se ha mostrado incapaz de renunciar a la satisfacción de que gozó una vez” (91) [13]. Por su parte, Jean La Planche y Jean-Bertrand Pontalis, señalan algunas características del concepto, tras la segunda tópica: “instancia de la personalidad que resulta de la convergencia del narcisismo (idealización del yo) y de las identificaciones con los padres, con sus substitutos y con los ideales colectivos. Como instancia diferenciada, el ideal del yo constituye un modelo al que el sujeto intenta adecuarse” (180) [14]. El modelo ideal en el que O'Gorman buscaba reflejarse, ya no existía.

Esa depresión se acentuaría con el tiempo, a medida que O'Gorman envejeció y continuó teniendo pérdidas importantes como **la destrucción de lo que él mismo consideró “su mejor obra”**, es decir, **la Casa-cueva**, de la Av. San Jerónimo, vendida a Hellen Escobedo. Diversos allegados a O'Gorman coinciden en este suceso como un momento crítico en la vida del arquitecto. Por ejemplo, Ángela Gurría explicó:

Esa casa no fue sólo concebida y diseñada por Juan, sino hecha con sus propias manos, y aunque tal vez era un espacio no muy vivible[,] constituía una de sus grandes satisfacciones. Yo sé que por cuestiones de salud su mujer no estaba muy contenta de vivir ahí, pero él era feliz en esa casa y nunca debió deshacerse de ella, pues gran parte del desánimo de Juan se inició en el momento que la tiraron. [...] cuando vio que la destruían, que alteraban su obra sin el menor respeto, Juan se hundió, se murió; ahí empezó a morirse. Desde entonces se dedicó a pintar, abandonando para siempre la arquitectura (102) [5].

¿Por qué le generó tal dolor la destrucción del inmueble? Si bien, ya el simple hecho de perder su mejor obra debe entenderse como motivo más que suficiente de un profundo duelo, si se medita esta vivencia desde la relación de Juan con su padre, puede plantearse el vínculo con la identificación paterna, como lo muestra el hecho de que ambos fueron pintores, además, el mundo de las minas y los minerales que Juan aprendió de Cecil, técnico en minas, apareció repetidamente en el uso de ese tipo de materiales en obras de Juan como la Casa-cueva –que bien puede leerse como un reencuentro con el vínculo paterno y una nueva pérdida, tras su venta y destrucción–; el uso de minerales y piedras en diversas obras como: el Mural del jardín de la casa de Conlon Nancarrow (ca. 1947-1948); los Murales de la Biblioteca de Ciudad Universitaria –mosaicos con piedras de colores–, CU, (1950); Alegoría de México –mosaico de piedras de colores naturales y vidrio–, en la Secretaría de Comunicaciones y Transportes (1952-1953); A nuestro rey y señor Cuauhtémoc –mosaico de piedras naturales–, en el jardín del Hotel Posada Misión, en Taxco, Gro. (1955); La fraternidad de los pueblos indoamericanos –mosaico de piedras de colores– en el balneario Tupahue, parque de san Cristóbal, Santiago de Chile (1963-1964)–; y La confluencia de las civilizaciones –mosaico de piedras de colores–, Texas (1966-1967). Además de las obras anteriores, no se puede dejar de lado el mineral que aparece en un costado de otra de las obras célebres de O'Gorman, Autoretrato múltiple –véanse las figuras 2 y 3–, en este recorrido planteado por las obras y los materiales usados por Juan O'Gorman, vale la pena abrir la pregunta: ¿Hasta qué punto el eco de Cecil O'Gorman habitó en el mundo psíquico a lo largo de su vida? ¿Hasta dónde esa identificación pesó en su propia imagen? ¿Tras la destrucción de la Casa-cueva volvió a perder, al menos desde lo simbólico, a su padre?



Fig. 2. *Autorretrato múltiple*, Juan O'Gorman (1950).



Fig. 3. "Mineral", detalle de *Autorretrato múltiple*, Juan O'Gorman (1950), se hipotetiza que es una reminiscencia de la figura paterna en el mundo simbólico del muralista.

Al duelo por la imagen ante la llegada a la edad madura, la pérdida de la Casa cueva, hay que agregar **la muerte de algunos de sus amigos más queridos: Frida Kahlo, Diego Rivera y Max Cetto**. Los dos primeros fueron grandes influencias en su proceso creativo. Con Kahlo, Juan O'Gorman declaró tener “una relación espiritual extremadamente grata y muy íntima”; también la consideró como un ascendente en su pintura [8]. Con Rivera la relación fue más profunda, el arquitecto lo vio como un padre simbólico, O'Gorman se identificó con el guanajuatense en múltiples ámbitos, a él recurrió con el fin de pedirle su opinión sobre su primera casa, tras ello, Rivera le comisionó las Casas-estudio para él y Frida. Rivera le enseñó los secretos del muralismo. En algún momento, O'Gorman escribió sobre el muralista guanajuatense: “Pocas veces en la historia se ha dado un hombre con el genio, la inteligencia y la enorme capacidad de trabajo como el maestro mexicano, pintor realista, Diego Rivera” (335) [15]. Años después, para el proyecto de los murales del Museo Nacional –Castillo de Chapultepec– se había considerado a Rivera, pero ante su fallecimiento, quien heredó el trabajo fue O'Gorman. Por otro lado, con Max Cetto, O'Gorman jugaba ajedrez y tenía largas conversaciones de arquitectura –ambos cultivaron esa profesión–, además de charlar de diversos temas. Ana María Cetto, hija de Max Cetto y quien veía O'Gorman como un tío, comentó: “Mi padre y Juan se siguieron tratando siempre, llevándose muy bien, y cuando mi padre murió, en 1980, Juan lo resintió muchísimo, porque se quedó solo. Además, la muerte de mi padre lo afectó psicológicamente porque Juan estaba muy consciente de que tenía dos años menos que él, y justo dos años después se quitó la vida” (110).

El mercantilismo de la arquitectura, que dejó de ser algo artístico para convertirse en un campo de lucro. Dijo O'Gorman: “abandoné la arquitectura [...] porque se me convirtió en un Frankenstein, y antes de que me sacara úlceras, la abandoné. Porque el arquitecto tiene que ser hombre de negocios [...] Ahora, el que no es hombre de negocios [...] está fregado” (214) [16].

Así, ver desaparecer su imagen ideal, su “mejor obra” –la Casa-cueva, y, tal vez con ello un fuerte vínculo inconsciente con su padre–, sus seres queridos, su profesión –al menos con la vocación como él la concebía–, su imagen, su tiempo, su mundo y no lograr adaptarse a los nuevos tiempos, sumió al muralista en una serie de duelos, que bien hacen pensar en una estructura psíquica melancólica.

Roberto Vallarino escribió:

Los últimos doce años de la vida de Juan O'Gorman no fueron al parecer muy felices. Desde 1970 hasta 1982 no volvió a crear en muros públicos ni a emprender una labor arquitectónica. Le dio la espalda a la vida pública. [...] Pero su espíritu,

su ánima, ya estaban tocados por la espada de la decepción y por ese veneno impredecible –el hastío, el histerismo del espíritu, como lo llamaba Heidegger– que origina las depresiones crónicas” (78-79) [17].

De hecho, un par de años antes de su muerte, O’Gorman sufrió un paro cardíaco, tras ello, la muerte lo obsesionó. Su sobrino, Alejandro von Waberer O’Gorman, en su momento, señaló: “en el lapso que transcurrió entre la recuperación y su muerte, a cualquier médico que conocía le preguntaba cuál sería la manera menos dolorosa de quitarse la vida: le tenía miedo al dolor y al deterioro físico. Era un ser muy complejo, muy atormentado, pero hablaba tanto del suicidio y de la muerte que yo nunca creí que se fuera a quitar la vida” (101) [5].

A todo lo anterior, habría que agregar la soledad. Dolores Olmedo confirmó eso: “Al final de su vida estaba muy solo y parecía decepcionado de todo” (112) [5]. Varias fueron las pérdidas de Juan O’Gorman a lo largo de su existencia. Diana Cohen Agrest en casos similares expone la idea de: “la pérdida del objeto se transformó en una pérdida del Yo. Es el Yo el que se volvió pobre y vacío, no ya el mundo –tal como lo vive quien transita el duelo normal–, del que desapareció el objeto amado. Ese empobrecimiento del Yo típicamente melancólico puede coincidir en casos extremos a la anulación de la pulsión de vida” (175) [18].

El muralista declaró: “si llego a morirme se muere mi esqueleto, si llego a suicidarme, yo estoy matando no a Juan O’gorman, sino al esqueleto de Juan O’gorman” [8]. Lo que se escucha en esas palabras es una disociación, en su mundo simbólico, él ya estaba muerto. Era un esqueleto, un cadáver –cfr. esta situación con la calaverita escrita en su internamiento en 1957–.

CONCLUSIONES

En su momento, Erik Erikson planteó ocho estadios en la vida del ser humano, los cuales suelen confrontar al individuo ante una serie de crisis, que, de una u otra forma, se deben transitar: I. Infancia, II. Niñez temprana, III. Edad de juego, IV. Edad escolar, V. Adolescencia, VI. Juventud, VII. Adulthood y VIII. Vejez. Cada uno de estos rubros posee sus particularidades. La correspondiente a la vejez se caracteriza por la dicotomía “integridad vs. desesperanza” (38-39) [19]. En el caso de Juan O’Gorman, dado el pasaje al acto, predominó la desesperanza, dada una estructura psíquica de funcionamiento melancólico, atenuada por una serie de duelos importantes que el arquitecto no fue capaz de elaborar.

Sigmund Freud, al describir un funcionamiento melancólico, destacó el sufrimiento anímico por “una desazón profundamente dolida”, un desinterés por el mundo exterior, “la pérdida de la capacidad de amar”, “la inhibición de toda productividad y una rebaja en el sentimiento de sí”, “reflejada en autorreproches y autodenigraciones”, así como “una delirante expectativa de castigo, “el desagrado moral con el propio yo por encima de otras tachas: quebranto físico, fealdad, debilidad, inferioridad social, rara vez son objeto de esa apreciación que el enfermo hace de sí mismo”. Y destacó, “sólo el empobrecimiento ocupa un lugar privilegiado entre sus temores o aseveraciones” (242-245) [20].

En la recta final de su vida, O'gorman se quejaba de las secuelas de la edad: arterioesclerosis, prostatitis, sordera, exceso de ganas de dormir, se asumía como un esqueleto, la percepción de sí mismo mostraba una disociación, porque él ya no se asumía como el O'gorman de décadas atrás; situación que concuerda con las palabras de Freud con respecto a las características del melancólico, arriba mencionadas. Así que a O'gorman no le importó matar a un esqueleto.

Jacques Lacan escribió sobre el pasaje al acto:

El momento del pasaje al acto es el del mayor embarazo del sujeto, con el añadido comportamental de la emoción como desorden del movimiento. Es entonces cuando, desde allí donde se encuentra – a saber, desde el lugar de la escena en la que, como sujeto fundamentalmente historizado, puede únicamente en su estatuto de sujeto – se precipita y bascula fuera de la escena (128) [21].

Si bien, sobre lo qué es un pasaje al acto podría reflexionarse ampliamente, para el caso de O'gorman, lo planteado en el Diccionario de psicoanálisis de Roland Chemama, resulta operativo: “El pasaje al acto es demanda de amor, de reconocimiento simbólico sobre un fondo de desesperación, demanda hecha por un sujeto que sólo puede vivirse como un desecho a evacuar” (5) [1].

Ante esto, otra idea de Cohen se hace patente: “en el pasaje al acto del suicida, se cortan todos los vínculos simbólicos que atan al sujeto a su identidad socio-simbólica. Arrojado fuera de toda cadena significativa, el sujeto se reduce a un mero residuo excremental” (182) [18].

Con un tanto de atención se puede percibir la analogía entre un cadáver, un esqueleto y un residuo excremental. De una u otra forma todos son desechos, sobras de un pasado, al menos esa era la propia autopercepción de O'gorman en sus últimos días. Y para no dejar cabos sueltos, para romper todo lazo social, para salir de su red simbólica, hizo un

pasaje al acto, sin retorno; se precipitó fuera de la escena de la vida y mató tres veces al esqueleto de Juan O'gorman.

NOTAS

(I) Psicoanálisis aplicado: Cuando el saber teórico y el método del psicoanálisis se ponen en juego para analizar objetos diferentes a la “cura” como “las obras literarias o artísticas, las religiones, las instituciones, la medicina, la economía, la política, la justicia, el deporte y cualquier otra disciplina” tiene lugar el psicoanálisis aplicado (329) [1]. Para una visión panorámica a lo largo del tiempo, sobre este concepto, véase, (865-869) [2].

(II) El propio Freud marcó una diferencia entre la patografía y la vida de un creador, abordada ésta desde el psicoanálisis: “Todo escritor que presente tendencias anormales puede ser objeto de una patografía. Pero la patografía no enseña nada nuevo. El psicoanálisis, en cambio, informa sobre el proceso de creación [...] merece ser colocado por encima de la patografía” (867) [2]. Y señalan Roudinesco y Plon: “La empresa del psicoanálisis aplicado, distinta de la patografía, se inició por lo tanto muy pronto. Daría lugar a los ejercicios de interpretación más diversos, a la psicobiografía (interpretación de las obras en función de la vida del autor), a la psicocrítica (interpretación psicoanalítica de los textos), pasando por la psicohistoria (interpretación de la historia con ayuda del psicoanálisis)” (867) [2].

BIBLIOGRAFÍA

- [1] CHEMAMA, R. (2005). Diccionario de psicoanálisis. Argentina: Amorrortu, 2006.
- [2] ROUDINESCO, É., y PLON, M. (1997). Diccionario de psicoanálisis. Buenos Aires, Paidós, 2008.
- [3] FERNÁNDEZ, J. (1944). Cecil Crawford O'gorman. Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas. 11, 85-90.
- [4] O'GORMAN, J. (1973). Autobiografía. Antonio Luna Arroyo, entrevistador y transcriptor. México: UNAM-Equilibrista, 2007.
- [5] VALLARINO, R. (1990). Evocación de O'Gorman. Grupo Financiero Bital (1999). O'Gorman. AMÉRICO ARTE EDITORES, edit. México: Grupo Financiero Bital, 82-115.
- [6] MCMASTERS, M. Atestiguará hija de Juan O'Gorman el traslado de un mural del artista. La Jornada, 8 de diciembre de 2005. Disponible en: [«https://www.jornada.com.mx/2005/12/08/index.php?section=cultura&article=a09n1cul»](https://www.jornada.com.mx/2005/12/08/index.php?section=cultura&article=a09n1cul).

- [7] O'GORMAN, J. (1983). "La venta de mi casa en san Jerónimo No. 162 a la señora Hellen Escobedo y la destrucción de la misma por ignorancia". En J. O'Gorman, La palabra de Juan O'Gorman. Ida Rodríguez Prampolini, et al., investigación y coordinación documental. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas-CEU-DGDC, 160-162.
- [8] ROBERT, A. (1987). Como una pintura nos iremos borrando (documental). México: Coordinación de Difusión Cultural-Dirección de Actividades Académicas, UNAM.
- [9] O'GORMAN, J. (1983). Revelaciones póstumas de Juan O'Gorman. En J. O'Gorman, La palabra de Juan O'Gorman. Ida Rodríguez Prampolini, et al., investigación y coordinación documental. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas-CEU-DGDC, 396-400.
- [10] CUELI, J. (2017). Destructividad adherida a creatividad genial". La Jornada, 18 de noviembre de 2017. Disponible en línea: «<https://www.jornada.com.mx/2017/11/18/opinion/a06a1cul>».
- [11] PONIATOWSKA, E. (2021). Museógrafo Axel Vega resucita a Juan O'Gorman. La Jornada, 19 de septiembre de 2021. Disponible en: «<https://www.jornada.com.mx/notas/2021/09/19/cultura/museografo-axel-vega-resucita-a-juan-o-gorman-elena-poniatowska/>».
- [12] Elliot, Jacques (1965). Muerte y crisis de la mitad de la vida. Disponible en: « <http://www.bibliopsi.org/docs/carreras/terapia-ocupacional/CICLOS%20VITALES%202/Muerte%20y%20crisis%20de%20la%20mitad%20de%20la%20vida,%20ELLIOTT%20JACQUES.pdf>».
- [13] FREUD, S. (1914). Sobre narcisismo. O. C. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 2012, pp. 65-98.
- [14] LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J. B. (1967). Diccionario de psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós, 2004.
- [15] O'GORMAN, J. (1983). Diego Rivera y su obra. En J. O'Gorman, La palabra de Juan O'Gorman. Ida Rodríguez Prampolini, et al., investigación y coordinación documental. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas-CEU-DGDC, 335-336.
- [16] O'GORMAN, J. (1983). "Abandoné la arquitectura porque se me convirtió en un Frankenstein": O'Gorman". En J. O'Gorman, La palabra de Juan O'Gorman. Ida Rodríguez Prampolini, et al., investigación y coordinación documental. México: UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas-CEU-DGDC, 212-216.
- [17] VALLARINO, R. (1999). Desde el azogue del Autorretrato múltiple. En Grupo Financiero Bital (1999). O'Gorman. AMÉRICO ARTE EDITORES, edit. México: Grupo Financiero Bital, 44-81.

- [18] COHEN AGREST, Diana (2007). Por mano propia. Estudio sobre las prácticas suicidas. México: FCE, 2010.
- [19] ERIKSON H., Erik (1982). El ciclo vital completado. Paidós: México, 1988.
- [20] FREUD, S. (1915). Duelo y melancolía. O. C. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 2012, 235-255.
- [21] LACAN, Jacques (2004). El seminario. Libro 10: La angustia. Buenos Aires: Paidós, 2006.

TIEMPOS DE FORT SIN DA Y DE DA SIN FORT... CONSIDERACIONES DEL DESAMPARO ANTE LA SITUACIÓN DE LA COVID-19

JESSICA MENDOZA GONZÁLEZ

Licenciada en Psicología, Maestrante en Psicoterapia Psicoanalítica (CiES), Psicóloga adscrita al SMDIF Huixquilucan.

Recepción: 19 diciembre de 2020/ Aceptación: 18 mayo 2022

RESUMEN

El texto está estructurado alrededor de la paradoja del FORT DA, en cuanto al aislamiento y las diferentes pérdidas relacionadas a la COVID 19. A partir de lo aportado principalmente por S. Freud, se espera abrir un espacio para puntualizar y reflexionar algunas de las implicaciones en las que nos encontramos, por el simple hecho de estar dentro de una cultura, además de considerar la posición tomada ante los cambios que están en boga y los recuerdos inconscientes que pueden estar presentes.

Soledad, desamparo y desvalimiento son términos que se estarán revisando, además, de contemplar el sufrimiento psíquico llamado COVID-19 desde la paradoja del FORT DA donde se da a notar la incompletud en el estar y no estar.

Tanto el aislamiento voluntario como el distanciamiento físico, pudo desencadenar distintas formas de pensar y de sentir, haciendo visible algunas huellas mnémicas que han estado latentes, mediante las persistentes ideas, recuerdos y miedos.

Es importante resaltar que cada estructura psíquica tiene su particularidad al afrontar el actual fenómeno social.

PALABRAS CLAVE: COVID - 19, desamparo, desvalimiento, FORT DA, psicoanálisis, soledad, trauma psíquico.

SUMMARY

The FORT DA paradox structures this text, around isolation and the different losses to COVID 19. S. Freud mainly contributions open a space to specify and reflect some of the implications in which we find ourselves, by the simple fact of being within a culture, in addition to considering the position taken in the face of the changes that are in vogue and the unconscious memories that may be present.

Loneliness, helplessness are terms that are reviewed, in addition, to contemplate the psychic suffering called COVID-19, from the paradox of FORT DA where the incompleteness in being and not being is noticed.

Both voluntary isolation and physical distancing could trigger different ways of thinking and feeling, making visible some memory traces that have been latent, through persistent ideas, memories and fears.

It is important to highlight that each psychic structure has its particularity when facing the current social phenomenon.

KEYWORDS: COVID - 19, helplessness, helplessness, FORT DA, psychoanalysis, loneliness, psychic trauma.

RÉSUMÉ

Le texte est structuré autour du paradoxe de FORT DA, en termes d'isolement et des différentes pertes liées au COVID 19. Sur la base de ce que S. Freud a principalement contribué, on espère ouvrir un espace pour souligner et réfléchir sur certaines des implications dans lequel on se retrouve, pour le simple fait d'être au sein d'une culture, en plus de considérer la position prise face aux changements en vogue et aux mémoires inconscientes qui peuvent être présents.

La solitude, l'impuissance sont des termes qui seront revus, en plus, pour contempler la souffrance psychique appelée COVID-19 du paradoxe FORT DA où l'incomplétude dans l'être et le non-être est perceptible.

L'isolement volontaire et la distanciation physique pourraient déclencher différentes façons de penser et de ressentir, rendant visibles certaines traces de mémoire qui étaient latentes, à travers des idées persistantes, des souvenirs et des peurs.

Il est important de souligner que chaque structure psychique a sa particularité face au phénomène social actuel.

MOTS CLÉS: COVID - 19, impuissance, FORT DA, psychanalyse, solitude, traumatisme psychique.

INTRODUCCIÓN

Hasta el momento de acuerdo a la información que da la Organización Mundial de la Salud [1] sobre el coronavirus, es que se trata de una extensa familia de virus que pueden causar enfermedades tanto en humanos como en animales. Se sabe que, en el caso de los primeros, varios coronavirus causan infecciones respiratorias que pueden ir desde el

resfriado común, hasta enfermedades más graves como el síndrome respiratorio de Oriente Medio (MERS) y el síndrome respiratorio agudo severo (SRAS).

La COVID-19 es la enfermedad infecciosa causada por coronavirus que se ha descubierto más recientemente. Tanto este nuevo virus como la enfermedad que provoca eran desconocidos antes de que estallara el brote en Wuhan, China en diciembre de 2019. Hoy por hoy, esta enfermedad es una pandemia que afecta a todo el mundo, no sólo en el área de salud, sino en la vida cotidiana de las personas, las medidas de protección, el distanciamiento, el aislamiento, y en algunos casos la cuarentena se torna indispensable. Una de las tantas traducciones de la pandemia, es el miedo; derivado entre otras cosas, por la ausencia de objetos; y es que el retraimiento social actual, está articulado la experiencia de sentir a las medidas de protección como imposiciones y prohibiciones, que puede generar angustia. Este miedo también da pauta para la resignificación de constructos. Lo inconsistente, lo inseguro y lo incierto están evidentemente presentes, por lo que se tendría que considerar un poco más, el sufrimiento psíquico que desencadena el hecho de estar apartado del otro.

¿De qué se sufre ahora? ¿Cómo se sufre? En muchos de los discursos que se escuchan en consulta, diríamos que se sufre por el temor constante al contagio, o bien, miedo a morir, en tanto estamos frente a un problema de salud pública.

Se sufre también por las dificultades económicas, por la percepción de no rendir en lo laboral-escolar, de no poder hacer las cosas como se venía haciendo hasta antes de la pandemia, se sufre por los duelos tan distintos que se están viviendo y no solo pensemos en los fallecimientos, sino en los proyectos, en rutina, en la forma de relacionarse con el entorno que a partir de abril del 2020 cambió definitivamente. Asimismo, el no poder estar presente con los seres queridos contagiados durante el proceso enfermedad ha dado en algunos casos la sensación de estar “abandonando”, pues la condición de este padecimiento no permite que sea un proceso acompañado. Nunca antes fue tan importante cuestionarnos sobre las formas de estar para otros y con nosotros mismos.

Además, se está experimentando sensaciones indescriptibles relacionados con las carencias al no poder realizar los rituales funerarios pertinentes, y de los cuales estábamos familiarizados, ahora, ante la negativa de estar cuerpo a cuerpo con el fallecido, se observa que no se puede vivir el dolor correspondiente porque hay esperanza de que la partida de esos seres queridos sea un error, este pensamiento puede dificultar la elaboración del duelo.

Es así, que se podría pensar, que la mayoría de las personas sufre por la incertidumbre de lo que pasará, así como de los efectos del confinamiento en las diferentes áreas de vida.

Lo anterior conduce a pensar la situación desde muchos ángulos, sin embargo, dada la imposibilidad de abarcarlos todos, para los fines de este artículo, se hace hincapié en plantear el sufrimiento psíquico causado por la COVID-19, desde la paradoja del FORT DA; donde se da a notar, la analogía del FORT DA de Freud con el estar y no estar de las personas, que impone los tiempos de pandemia.

Previo a la instrucción pública de confinamiento, no se dimensionaban las perturbaciones emocionales que este método preventivo dejaría. Por un lado, consideremos lo que la ausencia del objeto puede generar, y es que en la clínica es donde se puede visualizar con una prevalencia alta, sentimientos de soledad, desamparo, desvalimiento y estados melancólicos relacionados con los distintos tipos de cambios inesperados que se han dado en la actualidad.

Pensemos en personas que se fueron a hospitalización por complicaciones de salud y no regresaron más que cenizas a casa, o en empleos que se suspendieron temporalmente y que por cuestiones diversas no pudieron regresar, entonces esto correspondería al FORT sin DA, es decir, situaciones que en determinado momento se fueron sin previo aviso para no regresar. Por otra parte, la presencia del DA sin FORT podría verse en lo intrínseco, pues el desconocimiento de los sujetos en sí, ocultó capacidades que no se tenían contemplados y salieron a flote ante estas condiciones de contingencia sanitaria, y se visibilizaron para permanecer, aunque siempre estuvieron latentes.

Aun así, sin querer minimizar la problemática (DA sin FORT), será la ausencia del objeto (FORT sin DA) la que consideramos llega a tener repercusiones más desfavorables en la subjetividad de las personas.

Para lograr el desarrollo de estas ideas, es que se abordan los conceptos de angustia, miedo, terror, desamparo y trauma.

Cabe aclarar que cuando se habla de la ausencia de los objetos, no se habla de pérdidas humanas, pues el presente escrito no tiene como propósito abordar tema del duelo, sino sufrimiento psíquico por el distanciamiento social.

Ahora bien, es de acuerdo a la estructura de cada sujeto, el cómo se va a reaccionar ante los embates de la pandemia, en algunos casos la instrucción de confinamiento puede operar como un motivante que incita a tomar medidas de protección pertinentes, pero en otros casos la situación se puede experimentar como traumático, activando algunas fantasías y/o condiciones de peligro de muerte.

FANTASÍAS QUE CONSTITUYEN

Freud define el trauma psíquico en 1887 como “el contenido del recuerdo es por regla en general el trauma psíquico apto por su intensidad para provocar el estallido histérico en el enfermo, o bien por el suceso que por su ocurrencia en un momento determinado se convirtió en trauma” (171) [2]. Es decir, entran en acción las huellas mnémicas, de aquellos recuerdos que reproduce acontecimientos que resultan ser traumáticos.

En el año 1892 complementa “un trauma se podría definir como un aumento de excitación dentro del sistema nervioso, que este último no es capaz de tramitar suficientemente mediante reacción motriz. El ataque histérico es un intento de completar la reacción frente al trauma” (174) [2].

De manera que el trauma es un acontecimiento que se caracteriza por un aflujo de excitación excesiva, en donde no se tiene la capacidad de elaborar motrizmente dichas excitaciones.

A su vez en 1983 [2] describe que el trauma es un contenido constante y esencial, es el retorno de un estado psíquico que el enfermo ya ha vivenciado antes: retorno de un recuerdo. El recuerdo que forma el contenido del ataque histérico no es arbitrario, sino que es el retorno de aquella vivencia causante del estallido histérico (del trauma psíquico).

El recuerdo que forma el contenido del ataque histérico es un recuerdo lcc. Si el histérico quiere olvidar adrede una vivencia, rechaza de sí, inhibe y sofoca violentamente un designio o una representación, por ello estos actos psíquicos caen dentro del lcc, exteriorizan sus efectos permanentes, y el recuerdo de ellos retornan como ataques histéricos. Son impresiones a las que se denegó la descarga adecuada.

Deviene trauma psíquico cualquier impresión cuyo trámite por trabajo de pensar asociativo o por reacción motriz depara dificultades al sistema nervioso.

En Más allá del Principio del Placer, Freud [3], distingue entre la angustia, miedo y terror. Sostiene que la angustia, es un estado de expectativa ante el peligro y la preparación para él, como puede ser una persona que sabe de los riesgos de un posible contagio y toma todas las medidas de protección, tratando de evitar el virus. En el miedo se necesita un objeto que sea peligroso, por ejemplo, el virus y sus variantes o las vacunas y el terror es un estado en el que se cae cuando sorpresivamente se corre peligro sin estar preparado. En tiempos COVID, se peligró de quedar anclados a una situación traumática, pues la angustia, miedo y terror se respira a diario desde hace tiempo.

Nuestro apego va a cobrar gran relevancia a la hora de hacer frente a la interminable cuarentena, incluyamos las heridas o traumas que son convertidas en recuerdos que marcan

las posibles tomas de decisiones y que podrían estar reapareciendo una y otra vez durante la pandemia, sin poder controlarlo.

LA QUIMERA DEL ESTAR

A partir de que Freud compartió momentos con su nieto Ernest de 18 meses de nacido, formuló una teorización muy pertinente en cuanto a la ausencia/presencia; se dió a partir de un juego, éste consistía en arrojar un carrete. Cada vez que Ernest aventaba el carrete gritaba “o-o-o-o” que se entendía como FORT (se fue), para después jalar de la cuerda y gritar “DA” (acá esta). Evidentemente había un placer en el DA, en la presencia del objeto. No puede estar más presente el “se fue” en estos días, la angustia de tener un futuro inmediato incierto, no poder tener reuniones con los amigos como era costumbre, no poder visitar a los padres o abuelos por miedo de un contagio, hizo que un contacto piel a piel fuera un anhelo necesario. Se empezó a notar que una pantalla ayudaba a contener, pero nunca a sustituir a una persona, es como si se hubiera aventado el carrete y solo tuviéramos en las manos el cordón.

Freud [3] interpretó el juego como una renuncia pulsional, de admitir sin protestas la partida de la madre. En la vivencia pasar de pasivo (afectado por la partida) a activo (repetiendo el juego, a pesar de ser una experiencia displacentera).

La repetición va conectada a una ganancia de placer de otra índole, pero directa. Freud explica que se repite en el juego, todo cuanto les ha hecho gran impresión en la vida; de ese modo abreaccionan la intensidad de la impresión y se adueñan de la situación.

Haciendo una analogía del FORT con el sufrimiento psíquico que se deriva de las medidas de protección ante la COVID-19, la cual consiste en promover el distanciamiento social con los objetos. El dolor por la ausencia de los objetos que fallecieron pareciera que no se puede tolerar un FORT, en el último año han aumentado en la clínica los casos de ansiedad, angustia y estados melancólicos ante la ausencia física del otro.

Es interesante ver las vías de “escape” que se están tomando ante la necesidad del DA, algunas personas se están aislando, en un intento de encapsularse para no sentirse vulnerables ante la adversidad y obstaculizando las capacidades empáticas haciendo incommunicable el sufrimiento. Otras personas lo manifiestan con conductas agresivas o auto-agresivas, manifestando miedo y dudando de sí mismos.

Reiteramos, lo que está en juego no sólo es una ausencia, ideas o sensaciones que se pueda controlar.

Se propone así, que la ausencia de los objetos que se originó a partir de la pandemia, puede activar huellas mnémicas de acontecimientos traumáticos, que se caracterizan por

un aflujo de excitaciones excesivas que siguen sin poder ser simbolizados, y por tanto, no se pueden elaborar psíquicamente, ante ello, las personas se pueden situar en un lugar de desvalimiento, sin tener la capacidad de pedir ayuda.

También se ha observado en la práctica clínica, que algunas personas a manera de defensa, se distancian de sus objetos de forma hostil pues resulta más soportable la fantasía que es mejor abandonar que ser abandonados.

Últimamente algunos hemos estado acompañando en el proceso de duelo a quienes han perdido a sus objetos por fallecimiento, y las constantes en los discursos son soledad, desesperanza, antipatía y descuido en la salud. Están teniendo escaso contacto con lo externo.

Pareciera que el dolor, les hiciera alejarse del resto de los objetos, y no necesitar ninguno, como si eligieran rechazar el vínculo, y de esta forma defenderse de las posibles pérdidas, mejor se toma a la soledad porque es la única compañía que se puede controlar.

El acto de arrojar el objeto para que “que se vaya” acaso era la satisfacción de un impulso, sofocado por el niño en su conducta, a vengarse de la madre por su partida; así vendría a tener este arrogante significado “y bien, vete pues, porque no te necesito, yo mismo te echo”. Otros niños son capaces de expresar similares mociones hostiles botando objetos en lugar de personas (16) [3].

Los objetos que vuelven (DA), pueden llegar distorsionados, por lo prolongado de las ausencias, por ende, el hambre de piel podría ir en ascenso, siendo que por estar alejados o descomunicados se pierde el contacto físico que transmite sentimientos, sensaciones y palabras que ayudan a interactuar con el entorno.

La cercanía física con el otro puede producir tranquilidad y vivirse como una experiencia placentera o también esta cercanía puede dar cuenta que el punto no es estar por estar con un otro, por los propios miedos. Las distancias físicas y emocionales suma constantemente preocupaciones en torno a la vinculación con el otro. No es casualidad que actualmente en los juzgados haya un alza en divorcios, demandas y contrademandas relacionadas con las nuevas formas de convivir con menores (si es el caso) y pensiones.

Que si bien, no son las únicas preocupaciones detrás de la COVID-19, en tanto es muy posible que se originen inquietudes que despiertan terrores que son difíciles de nombrar. Entonces, ¿Qué tanto está impactando en la subjetividad la ausencia de los objetos que impone la pandemia?

Hernández, E. y García, G. en 2016 [4], tienen un artículo muy interesante: “agarrarse del trauma para evitar el dolor del desamparo” donde hablan de una diferencia entre desvalimiento y desamparo. El primero se trata de remarcar las carencias del sujeto, mientras

que el desamparo es la falta de ayuda o protección en las carencias del entorno. El desamparo se dió a notar en el manejo de la pandemia en el país, hubo un momento en donde la falta de atención médica, oxígeno y medicamentos escaseaban y todo se tornaba incierto. La ansiedad era ya en ese entonces un compañero incómodo que rodeaba a muchos.

La enfermedad nos hizo dar cuenta que no podemos hacer cosas con solo la “voluntad”, me fue muy significativo el discurso de una persona cercana a mí, dónde daba a conocer su experiencia en un hospital COVID, pensaba que la enfermedad le “ganaría”, y se martirizaba pensando en no poder abrazar nuevamente a sus seres queridos, el dolor de ver partir a compañeros de cuarto de todas las edades, mirar el cansancio del personal de salud que no se daba abasto y voluntarios que trataban de acompañarlos en esos momentos de angustia.

Con el tiempo ver las secuelas de la enfermedad con sufrimiento y tratando de hacerse a la idea de adaptarse a su nueva realidad. El desvalimiento se podía casi tocar en esa persona. Este sentir es más común de lo que imaginamos, la ficción está superando a la realidad.

Es necesario advertir que hay muchos riesgos a partir del sentimiento de desamparo y desvalimiento, como puede ser tomar lo que sea y de la forma que sea por miedo a atravesar la adversidad solos o ante la sensación de soledad (que va acompañada de una fuerte ansiedad) buscar emociones intensas que ayuden a ver las cosas con más tolerancia.

Como dice el mencionado artículo, la fuerza con la que se agarra una persona del trauma es directamente proporcional al desgarramiento que sufrieron en las relaciones significativas.

Ante el miedo provocado por la herida o trauma se crea una protección, donde se crean miedos tolerables, encontrando atacantes que acompañen.

Freud en El sentido de los síntomas en 1917 [5] con sus dos pacientes, interpreta la situación traumática de una mujer que corría de habitación a habitación, llamando a la mucama y el de la chica con la intolerancia a el ruido del reloj. Con las repeticiones no solucionaban nada, sino que reafirmaban el trauma. Ya que los síntomas neuróticos como lo mencionó Freud tienen su sentido, como las operaciones fallidas y de los sueños.

Frieda Fromm- Reichman en 1969 [6] expone, que la necesidad del bebé es tener contacto y ternura, si carece de estos, se presenta un trauma pasivo, en consecuencia, se muestra ansiedad básica, soledad y trastornos de identidad.

Las ganancias de agarrarse al trauma es el préstamo de identidad que constantemente se reafirman en situaciones transferenciales, así como lo hace un bebé con el reflejo de prensión. Se condenan en vez de buscar una explicación.

En Tratamiento psíquico, tratamiento del alma en 1890 [7] aparte de mostrar la relación estrecha que hay entre cuerpo y alma, Freud nos expone lo importante que es el ensalmo de la palabra.

“Las palabras son los principales mediadores del influjo que un hombre pretende ejercer sobre los otros. Las palabras son buenos medios para provocar alteraciones anímicas en el otro” (123).

Estas palabras “mágicas” pueden ser de mucha ayuda y hasta necesarias para todas las personas, en especial para los desvalidos en el transcurso de la pandemia. Aunque se recomendaría ser asertivos porque las palabras pueden ayudar a restablecer al otro, pero también tienen el efecto de enfermar.

Por añadidura, en Inhibición, síntoma y angustia en 1926 [8] se exhibe la angustia realista y la angustia neurótica ambas vigentes, la primera tiene que ver con un peligro real y es involuntaria, el mantenernos alejados por un tiempo de confinamiento trajo consigo muchos desajustes o bloqueos emocionales y persistentes miedos con ideas intrusivas que generan ansiedades y angustias en la mayoría de los casos.

A diferencia de la angustia neurótica que no es un peligro externo notorio si no que está escondido, esta angustia es generada por el yo para acercarse al placer y distanciarse del displacer.

También puede haber formaciones mixtas, donde haya un peligro real externo o donde la personas reaccionan de una manera desmedida frente a la amenaza, casos extremos que ocasionan disfuncionalidad en diferentes áreas de vida, nos explica Otto Rank que estas angustias son el producto del trauma de nacimiento.

¿Cómo no se va a mostrar la angustia en estos momentos cuando hay muchas necesidades insatisfechas?

Freud en Duelo y Melancolía en 1917 [9], formula que en el melancólico hubo una elección de objeto. Una ligadura de la libido, donde sobrevino un sacudimiento de ese vínculo de objeto, el resultado no fue el normal que habría sido quitar la libido de ese objeto y desplazarlo a uno nuevo, uno distinto. Si no que la investidura de objeto resultó poco resistente, fue cancelada, pero la libido no se desplazó a ningún objeto, si no que se retiró sobre el yo. FORT sin DA.

CONCLUSIONES

Hace meses algunas personas tenían la fantasía de regresar a la “normalidad” entendiéndose lo anterior como el regreso al ritmo que se llevaba antes del confinamiento, conforme hemos visto el recorrido de la enfermedad, nos vemos orillados a readaptarnos para seguir sobreviviendo de formas que no hubiéramos pensado. Nuestros vínculos se transformaron, estamos aprendiendo a estar de formas distintas, la interacción con el otro cambia constantemente.

Tendríamos que seguir prestando atención a lo que pudiera pasar, porque muchos aspectos mencionados en este texto remiten a las Neo Melancolías que propone Recalcati [10]. A diferencia de la melancolía clásica, la culpa no es central en las neo melancolías y no hay un delirio moral.

¿cómo podríamos identificar las neo melancolías?

1.- No tiene delirio, pero si una disociación entre vida y sentido, no hay deseo de vida, hay una parte del deseo muerta.

2.- Hay una transformación de cuerpo pulsional por peso muerto, sin deseo, apagado y sin fuerza. O sea, vivir se vuelve un peso que hay que cargar.

3.-Vocación inmunitaria de la pulsión, se presenta la defensa de la pulsión, y no para defender la vida sino para agredirla.

4.- La defensa no es defensa, pero si es un movimiento de la pulsión.

5.- Hay una defensa de la perturbación de la vida; el odio, el rechazo del otro y del mundo se transforman en un muro donde no puede haber un intercambio con otro, las defensas se vuelven rígidas.

La monotonía de la cuarentena ha ayudado a dejar en descubierto las necesidades insatisfechas y el displacer que ocasiona, se pueden hacer visibles las repeticiones sin elaborar. Pero también son visibles esos muros que se levantan y que tienen el efecto de rechazar al otro y desintegrar vínculos, sin poder entender que también se rechaza la pulsión de vida.

BIBLIOGRAFIA

[1] Organización Mundial de la Salud. (julio, 2020). Nuevo Coronavirus 2019. Fecha de consulta: 10 septiembre 2020. Recuperado de <https://www.who.int/es/emergencias/diseases/novel-coronavirus-2019/advice-for-public/q-a-coronaviruses>

[2] FREUD, S. (1887-1892). Prólogo y notas de la traducción de J-M Charcot. O. C. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu, 2014.

- [3] FREUD, S. (1920), Más allá del Principio de Placer. O. C. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 2014.
- [4] HERNÁNDEZ V. & GARCÍA C. (2016). Agarrarse al trauma para evitar el dolor del desamparo. *Temas de Psicoanálisis. Núm. 12. Fecha de consulta: 10 agosto 2020.* Recuperado desde file:///C:/Users/HP/Desktop/Trabajo%20de%20Investigacion/VICTOR-HERNANDEZ-ESPINOSA-y-CARME-GARCIA-GOMILA.-Agarrarse-al-trauma-para-evitar-el-dolor-del-desamparo.pdf
- [5] FREUD, S. (1917) 17 Conferencia. El sentido de los síntomas. O. C. Tomo XVI. Buenos Aires: Amorrortu, 2014.
- [6] FROMM-REICHMANN, F. (1959). Loneliness. *Psychiatry*, núm. 22.
- [7] FREUD, S. (1890). Tratamiento Psíquico (Tratamiento del Alma). O. C. Volumen I. Buenos Aires: Amorrortu, 2014.
- [8] FREUD, S. (1926). inhibición, síntoma y angustia. O. C. Tomo XX. Buenos Aires: Amorrortu, 2014.
- [9] FREUD, S. (1917). Duelo y Melancolía. O. C. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 2014.
- [10] RECALCATI, M. (2020, junio 21). Neo-Melancolías. La seguridad como nuevo objeto pulsional. [APA]. Fecha de consulta: 10 agosto 2020. Recuperado de https://www.youtube.com/results?search_query=massimo+recalcati

IMPACTO DEL CONFINAMIENTO POR COVID-19 EN EL PSIQUISMO DEL SUJETO.

ELBA SALAZAR BRAVO

Maestrante en Psicoterapia Psicoanalítica del Colegio Internacional de Educación Superior, CiES. lanitabonita2009@hotmail.com.mx

Recepción: 17 de diciembre 2021/ Aceptación: 26 de mayo 2022

RESUMEN

Actualmente la humanidad se encuentra colocada frente a un enemigo que ha llevado al ser humano a confrontarse nuevamente con el trauma, o choque psíquico del pasado. Y es que, el confinamiento necesario por la COVID-19, ha ocasionado que se restrinja la circulación o el libre acceso de la población; tanto a lugares que normalmente se frecuentaban, así como a actividades habituales de esparcimiento, educación, y trabajo. Es así como surge un malestar psíquico ocasionado por el encierro y la pandemia; pero al mismo tiempo, éste se convierte en un aliado para mantenerse a salvo y no contraer la enfermedad. En cuanto al efecto displacentero en el psiquismo del sujeto, éste se coloca nuevamente frente a diversas vivencias experimentadas en el pasado, o sea a la angustia; la cual es un afecto que surge cuando el sujeto se vuelve desvalido y no sabe cómo manejarse. La situación actual del miedo y del peligro ocasionado por la pandemia, reactiva angustias pasadas, como la vivida en el trauma de nacimiento, uno de los momentos más importantes que van a inscribir el trauma, ya que existe la separación primaria del niño con la madre, es decir, la separación con el vientre materno.

PALABRAS CLAVE: angustia, confinamiento, COVID-19, psiquismo, trauma, trauma de nacimiento.

SUMMARY

Currently humanity is placed in front of an enemy that has led the human being to confront again with the trauma, or psychic shock of the past. And it is that, the confinement necessary by the COVID-19, has caused that the movement or the free access of the population is restricted; both to places that are normally frequented, as well as to habitual activities of leisure, education, and work. This is how a mental discomfort arises caused by the confinement and the pandemic; but at the same time, it becomes an ally to stay

safe and not contract the disease. As for the unpleasant effect on the subject's psyche, he is again faced with various experiences experienced in the past, that is, with anguish; which is an affect that arises when the subject becomes helpless and does not know how to handle himself. The current situation of fear and danger caused by the pandemic reactivates past anguish, such as that experienced in the birth trauma, one of the most important moments that will inscribe the trauma, since there is the primary separation of the child from the mother, that is, separation from the womb.

KEYWORDS: Anguish, Birth Trauma, Confinement, COVID-19, Trauma, Psychism.

RÉSUMÉ

Actuellement, l'humanité est placée face à un ennemi qui a conduit l'être humain à se confronter à nouveau au traumatisme, ou choc psychique du passé. Et c'est que, le confinement nécessaire par le COVID-19, a fait que le mouvement ou le libre accès de la population est restreint ; aussi bien aux lieux normalement fréquentés qu'aux activités habituelles de loisirs, d'éducation et de travail. C'est ainsi que surgit un malaise mental provoqué par le confinement et la pandémie ; mais en même temps, il devient un allié pour rester en sécurité et ne pas contracter la maladie. Quant à l'effet désagréable sur le psychisme du sujet, il est à nouveau confronté à diverses expériences vécues dans le passé, c'est-à-dire à l'angoisse ; qui est un affect qui survient lorsque le sujet devient impuissant et ne sait pas comment se gérer. La situation actuelle de peur et de danger provoquée par la pandémie réactive l'angoisse passée, comme celle vécue dans le traumatisme de la naissance, l'un des moments les plus importants qui inscrire le traumatisme, puisqu'il y a la séparation primaire de l'enfant d'avec la mère, qui c'est-à-dire la séparation de l'utérus.

MOTS CLÉS: Traumatisme, Confinement, Psychisme, Angoisse, Traumatisme de la naissance, COVID-19.

INTRODUCCIÓN

El sujeto está constituido para interactuar en una sociedad activa, en donde la socialización, el ejercicio de la libertad y la construcción de nuevas redes sociales, son actividades inherentes al ser humano; por lo que al encontrarse ante la limitación de estas actividades, su psiquismo puede reactivar una regresión facilitando angustias primitivas. Ante ello, el presente artículo intenta responder a la pregunta ¿Cómo impacta al psiquismo del sujeto, la situación de la pandemia COVID-19 y el confinamiento que surge de ella?

La incertidumbre que sufre el individuo confinado, y confrontado al peligro de muerte; conlleva a que, de manera inconsciente, se utilice a la angustia como medio para mantener funcionando al yo, el cual construye un intento de recuperación del control de la realidad, función básica y automática del yo, que implica un trabajo de desgaste de energía psíquica. El que este gasto de energía psíquica, sea mayor o menor al usual, va a depender del funcionamiento particular de cada individuo, funcionamiento que va a estar determinado por los primeros años de vida, y que incluye siempre a la relación con los demás.

Es así que en el presente trabajo, intentaremos describir cómo la angustia que se puede reactivar, nos remite a una experiencia vivenciada en el pasado; nos referimos principalmente al momento del nacimiento, que envuelve al peligro del desamparo psíquico, en tanto corresponde a un estadio donde el bebé no puede valerse por sí mismo. Pero también se pueden reactivar angustias posteriores, como las que se articulan al trauma del dolor del destete o de la pérdida del objeto (deseo-amor), es decir, diferentes crisis subjetivas que atraviesan la existencia temprana de los individuos. De tal forma que la pandemia, puede confrontar al yo nuevamente con la falta de autosuficiencia de los primeros años infantiles y con la amenaza de castración que sobreviene en la fase fálica. Este artículo pretende contribuir en la comprensión de los conflictos psíquicos que pueden devenir de la pandemia, para así aportar al ámbito clínico.

DESARROLLO

Cómo ha cambiado la vida de las personas, y su entorno en esta pandemia, pero sobre todo, discernir cómo el confinamiento repercute en el psiquismo de los individuos. En el siguiente desarrollo, se inicia con una breve descripción y reflexión de lo que es y acontece alrededor de la pandemia, para después hacer la revisión de los conceptos de angustia y trauma, mediante los cuales se pretende responder a nuestra pregunta de investigación.

PANDEMIA DEL COVID-19

Como se conoce, una pandemia es una epidemia que afecta al mismo tiempo a muchos países, que al ser producida por un virus que ha mutado, y para el cual el ser humano no tiene inmunidad, puede ocasionar un cuadro clínico de mayor gravedad [1].

Las pandemias, son epidemias que se extienden rápidamente a varios países o continentes. Es un término epidemiológico que se ha empleado para enfermedades como el cólera o la peste, pero que actualmente es de aplicación práctica al sida y la gripe [2].

La pandemia de COVID-19, ha impactado de manera tan rápida, generalizada y dramática a la población de todo el mundo, que ha causado un malestar global en toda la humanidad. La crisis actual levanta un velo que muestra una serie de aspectos que para los humanos son insoportables, ¿no es acaso en estos momentos, que la muerte puede ser algo inminente? Podemos suponer que antes de este momento de crisis, muchos sujetos vivían y se comportaban como seres inmortales; hoy la pandemia y el confinamiento, han resultado ser un lente de aumento sobre cosas que no se tenían presentes, pero que han estado antes, y estarán después de la pandemia, y aunque no todas son producidas por dicha pandemia, es ahora cuando podemos verlas más claramente.

La pandemia, resuena en el cuerpo de toda la humanidad, ha provocado distintas reacciones en la comunidad de todo el mundo, se han podido observar respuestas de histeria y pánico, actos empujados por el miedo a un agente extraño, que podría estar habitando el cuerpo del ser más cercano. No todos han podido, pueden y podrán experimentar del mismo modo, la máxima a la que se acogen y publicitan las autoridades: “*Quédate en casa*”. Para muchos el estar confinado en casa es mucho peor que el propio virus, debido a que la nueva realidad que enfrentan dentro de sus hogares, les puede significar abandono, separación, pérdida de libertad, y en algunos casos el surgimiento de síntomas.

ANGUSTIA Y TRAUMA

La angustia es un afecto de displacer más o menos intenso, que se manifiesta en un sujeto a la espera de algo que no puede nombrar. La angustia se traduce en sensaciones físicas, que van de la simple contracción epigástrica a la parálisis total, y frecuentemente está acompañada de un intenso dolor psíquico [2]. Freud [2], señaló como la particularidad de la angustia, un estado afectivo penoso, que es el afecto penoso por excelencia, diferente de todos los otros.

Freud en 1985 [3], abordó por primera vez el problema de la angustia, en sus investigaciones sobre las “neurosis actuales”, sobre todo en su primer trabajo acerca de la neurosis de angustia, ahí plantea la hipótesis, de que la angustia es generada por la libido mal encauzada o por motivos sexuales. Demostró empíricamente que en los casos de neurosis de angustia, se constataba siempre una interferencia en la descarga de la tensión sexual somática, llegando a la conclusión de que la excitación acumulada buscaba una vía de salida transformándose en angustia.

Lo anterior, nos refiere que la angustia es considerada como libido transmudada o sea por algo no resuelto, y que se encuentra reprimido.

Freud [2], planteó dos teorías de la angustia; la primera que se acaba de mencionar, basada en que la angustia se produce a partir de libido insatisfecha o reprimida; y la segunda, que se postula a partir de 1926 con la publicación de "Inhibición, síntoma y angustia", que sostiene que la angustia es una reacción ante un peligro, reacción que puede ser creada hasta por el propio yo, reproducida como estado afectivo que sigue una imagen mnémica preexistente.

A su vez, Freud [4], establece a la neurosis de angustia, alrededor de la espera angustiosa, síntoma príncipes, siendo sus fenómenos más relevantes: a) La excitabilidad general: síntoma nervioso propio de muchos estados nerviosos que surge siempre en la neurosis de angustia. b) Ataque de angustia: surgimiento abrupto de la espera angustiosa. c) Sólo sensación de angustia, no asociada a ninguna representación, idea, o bien sensación de angustia, unida a la idea de muerte o locura. d) Sensación de angustia, acompañada de adormecimiento y hormigueo (parestesia).

La sensación de angustia proporciona *displacer*, que no es fácil de describir, aunado a que existen, sensaciones, físicas, que se manifiestan o se perciben en algunos órganos. Las sensaciones más representativas de la angustia, se presentan con mayor frecuencia en la población, que es sometida a un trauma o pérdida de su objeto de deseo. Estas sensaciones regularmente se manifiestan en el corazón o el patrón respiratorio. Lo que demuestra que, en el proceso total de la angustia, participan inervaciones motoras, vale decir, procesos de descarga. Así, el análisis del estado de angustia conlleva un carácter displaciente específico, actos de descarga, y las percepciones de tales actos [5].

La angustia corresponde a un estado afectivo, la reproducción de un antiguo peligro. Nace de magnitudes de libido que se han hecho de alguna manera inutilizables [5].

Hasta aquí podemos decir, que la angustia se presenta con mayor frecuencia en la población que es sometida a un acontecimiento traumático, mismo que va corresponder a un estado afectivo, que reproduce un antiguo peligro, o pérdida. En donde las sensaciones de *displacer* experimentadas son una manifestación de descarga.

Laplanche, J. y Pontalis, J. en 1967 [6] comentan que el trauma, es un acontecimiento de la vida del sujeto caracterizado por su intensidad, la incapacidad del sujeto de responder a él adecuadamente y por el trastorno y los efectos patógenos duraderos que provoca en la organización psíquica. En términos económicos, el traumatismo se caracteriza por un aflujo de excitaciones excesivo, en relación con la tolerancia del sujeto y su capacidad de controlar y elaborar psíquicamente dichas excitaciones.

El sujeto a lo largo de su vida, va enfrentándose a constantes traumas, pero es importante señalar, porque el psicoanálisis así lo ha constatado, que las experiencias que se ins-

criban en el psiquismo del sujeto durante el primer año de su vida, serán fundamentales, trascendentales o determinantes.

Al respecto, Otto Rank [7] teoriza que la angustia surge a partir del trauma de nacimiento, dejando huellas inscritas en el psiquismo del sujeto.

El inicio de la vida mental humana, ha sido un tema de discusión y de desacuerdo a lo largo de la historia de la ciencia, así como, los efectos psíquicos del nacimiento. Al respecto, Rank concluye que la separación del vientre materno debe ser considerada como un evento traumático, a partir del cual podría explicarse, no sólo la neurosis, sino la humanización en general. También refiere al nacimiento como un estado de traumatismo, que dejará inscrita la angustia, debido a que la vida intrauterina es un paraíso, en el cual existe ese descanso que también nos refiere al sueño, se puede comprender como ese estado de reposo de seguridad, de cumplimiento de deseo, en donde se goza de libertad. [7]

A partir del trauma de nacimiento, según este autor, en el psiquismo del individuo quedará inscrita la angustia, y ésta se reactivará ante la presencia de algún miedo de pérdida o peligro, que se manifestará con diferentes síntomas en el sujeto, experimentando el primer displacer que causó la separación con el objeto de placer.

Con el nacimiento se pierde el sentimiento de unidad con el todo. El ser humano entra en el mundo envuelto en angustia y ésta angustia es anterior a la del destete, la castración y la sexualidad. Y si la angustia al nacer es la base de cualquier otra posterior (o cualquier miedo), todos los goces de la vida se entienden como un intento de restablecer el goce primario del estado intrauterino [8].

Entonces siguiendo a Rank, el trauma del nacimiento es la primera angustia generada en la vida del niño, misma que permanecerá para siempre en el psiquismo del sujeto, como base de cualquier angustia posterior. De modo que, en el transcurso de la vida, cada que exista algún tipo de amenaza, dicha angustia vuelve a presentarse.

El adulto presenta un funcionamiento psíquico en relación con su pasado, en todo caso, está determinado por la historia psíquica, en la cual se encuentran inscritas huellas anémicas que pueden generar angustia. Principalmente la angustia del nacimiento, pero además se encuentran las imagos de sus figuras parentales, y las experiencias subjetivas del niño, construidas de acuerdo al entorno que ha tenido a lo largo de su vida.

Por su parte, Klein 1976 [9], dirá que la angustia, es angustia de separación, que corresponde a una angustia de pérdida o depresiva. Las manifestaciones de angustia ante la separación, muestran el miedo a que el objeto de amor sea dañado o destruido a causa de la propia agresividad contra él. La ausencia temporal de quien cuida al niño, desenca-

dena el fantasma de haberlo destruido. Contrariamente, la reaparición de esa persona, permite al niño fantasear, gracias a su amor por él, que el otro ha sobrevivido.

La angustia se vuelve central tanto en la técnica como en la teoría de Klein. Si bien mantiene el dualismo de las pulsiones de muerte y de vida, su teoría no está centrada, como en Freud, desde el ángulo de las pulsiones, sino que, como ella misma lo expresa, su enfoque es desde la angustia y sus vicisitudes [10]. Lo que podemos retomar de esta autora, es la importancia que le da a la angustia de separación, siendo que el individuo confinado, puede llegar a presentar manifestaciones de angustia, ante la separación o pérdida del objeto, dado el aislamiento y el riesgo latente de perder algún ser querido.

Ahora bien, el recorrido que se ha efectuado sobre trauma del nacimiento, nos deja claro que el tipo de angustia que actualmente vive el sujeto en confinamiento, es en gran medida determinada por las inscripciones psíquicas que se tienen desde el nacimiento.

Además, el trauma está en el centro de lo que imprime a la teoría y a la clínica psicoanalítica, es su marca de origen. Lacan por ejemplo, escribe origen con “y” “origyne”, como si quisiera simbolizar con la figura de esta letra el cruce de caminos, ese punto de partida donde se bifurca la ruta. Al mismo tiempo, evoca ese primer Otro primordial, la Madre [11].

Es necesario destacar que el sujeto al verse enfrentado con la situación catastrófica, puede verse remitido a una situación traumática original. La situación que experimenta, lleva al sujeto a darse cuenta de su propia falta. Si está en falta, es porque atravesó la castración y este factor devendrá tan pronto se sepa en falta, quedando horrorizado [12].

Así, en el complejo del destete, en el de Edipo o en el de castración, el sujeto será confrontado con la angustia de manera diferente en cada una de las crisis subjetivas que atraviesan la existencia [11].

Podemos decir, que tanto la separación de la madre, como el destete o la castración remitirán al sujeto a ese primer momento de angustia; el nacimiento, ese primer desprendimiento con ese otro, que representaba para él, la seguridad y protección. Así podemos deducir, que lo pasa con el sujeto confinado, no es más que su angustia reactivada, de aquellos eventos vividos en su niñez y que se encontraban reprimidos, o sea, el retorno de lo reprimido se reactiva en la estructura psíquica del sujeto.

TRAUMA PSÍQUICO

Cuando se habla de desarrollo psíquico, se habla de la existencia de una Psiquis, de un aparato psíquico en funcionamiento, de una mente, etc. Es en ese momento, cuando surge la necesidad de una orientación que sitúe los límites del terreno que se está abor-

dando y en la búsqueda por establecer qué se entiende por psiquismo y cómo éste se conforma, se opta por revisar la teoría psicoanalítica, ya que se considera que ésta otorga un mapa completo y coherente del funcionamiento de la vida anímica.

El desarrollo del psiquismo nos enfrenta a un reconocimiento del sujeto en intercambio permanente de experiencias objetivas y subjetivas, donde los personajes significativos van a generar un clima emocional que será terreno para futuras relaciones objetales, vínculos que van a signar nuestro estado mental. En la infancia, los afectos son de una importancia relevante, los diversos autores mencionan que los afectos de la madre serán orientadores de los afectos del infante, según como reaccionen frente a las distintas actitudes del bebé [13].

Con la pandemia de COVID-19, el individuo nuevamente se encuentra frente al trauma psíquico, el cual implica siempre una interacción del afuera, con lo interno de cada uno. No se puede concebir que el trauma psíquico se produzca exclusivamente sobre la base de un acontecimiento actual externo, por violento que éste pueda ser; eso equivaldría a desconocer el pasado personal, el “bagaje” con el que cada uno reacciona, y en última instancia a negar la participación del inconsciente. Al relacionar la angustia y el conflicto psíquico del carácter estructural de todas las situaciones traumáticas, permite entender que el sujeto en confinamiento por pandemia, puede experimentar el retorno de lo reprimido, o más bien dicho; al trauma del nacimiento, al destete, a la castración, acontecimientos del orden de lo traumático, reprimidos en el inconsciente, y que en el tiempo actual pueden reactivarse, provocando la angustia como síntoma.

Cabe mencionar que el tema de la angustia es ampliamente revisado y estudiado, debido a su importancia, de ahí que los autores aquí revisados, todos han puesto la mirada en la angustia, la cual es un síntoma que aparece con frecuencia en la vida de las personas. Y más aún en este tiempo de pandemia.

Por nuestra parte, coincidimos con la postura freudiana con respecto a la angustia, que en el caso de la primera teoría, angustia y pulsión quedan enlazadas, porque la primera se hace cargo de la energía pulsional, ya sea porque queda insatisfecha, o porque la represión la deja en estado de desligadura. En la segunda teoría, la pulsión aparece vinculada al desvalimiento, dada la situación traumática, la angustia se transforma en señal de alerta, a partir del empuje pulsional que inundó de energía al aparato. Además, es importante puntualizar, que la angustia de castración desde la primera teoría, se liga al dolor de la herida narcisista que para el yo representa la amenaza castradora. En cambio, con los aportes posteriores, la angustia de castración se resignifica y toma el sentido, de una

amenaza de pérdida del objeto (madre), que mantiene al sujeto alejado del trauma del desvalimiento.

CONCLUSIONES

De acuerdo con lo que hemos revisado, y para atender a nuestro objetivo principal de referir, qué sucede con el sujeto que está confinado; podemos concluir que la angustia que se manifiesta en la pandemia, tiene relación con el retorno de diferentes crisis subjetivas que se atraviesan en la existencia temprana de los individuos, mismas que al ser acontecimientos que se caracterizan por un aflujo de excitaciones excesivas, en donde no se tiene la capacidad de controlar y elaborar psíquicamente dichas excitaciones, resultan ser acontecimientos traumáticos.

La angustia es un afecto de displacer y ante ésta el sujeto se vuelve desvalido a sí mismo, sin saber qué hacer. La situación del miedo al peligro que se vive en la pandemia, reactiva angustias pasadas, el trauma actual del confinamiento o aislamiento social, hace que devenga una angustia desamparo, o una angustia a la castración. Dado que siguiendo a Otto Rank, el origen de la angustia es a partir del trauma de nacimiento, el cual permanecerá inscrito en el inconsciente del sujeto a lo largo de la vida y Freud por su parte, nos aporta que la angustia se perfila como una reacción ante la falta del objeto, que enlaza al miedo a la castración, cuyo contenido es la separación de un objeto preciado.

Podemos determinar que los recursos internos con los que cuenta un individuo, son adquiridos en etapas tempranas, los cuales van determinar la forma en que se afrontarán acontecimientos impredecibles o traumáticos. El confinamiento es uno de esos eventos traumáticos, sin duda, visto así por la mayoría de la población; la pandemia lleva implícito el miedo a la muerte, y el miedo a la separación con el objeto. Sin embargo, se puede ver que la situación de la pandemia, no es la misma para todos, ya sea, por las condiciones del entorno o dinámicas variadas, y más importante aún, cómo cada individuo vive la reactivación de la angustia originaria. Siendo que en la vida de todo sujeto, éste será siempre confrontado con la angustia de manera diferente en cada una de las crisis subjetivas que atraviesan la existencia. Reiterando que la angustia corresponde a un estado afectivo, a la reproducción de un antiguo peligro, que nace de magnitudes de libido que se han hecho de alguna manera inutilizables.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] Epidemias y pandemias: significado, consecuencias y ejemplos. (2020-02). Fecha de consulta: 2021-10-7. Disponible en: <https://policlinicametropolitana.org/informacion-de-salud/epidemias-y-pandemias/>
- [2] ALZATE, G. (2013). Conductas ansiosas. Revista Psicoideas, 2. (2). Disponible en: Fecha de consulta: 2021-10-17. <http://revistasum.umanizales.edu.co/ojs/index.php/psicoideas/article/view/59>
- [3] COR, A. (1996). La Angustia: Un recorrido por la obra freudiana: Su significado y evolución. Fecha de consulta: 2021-11-7. Disponible en: <https://hdl.handle.net/20.500.12008/7964>
- [4] GÓMEZ, G. (2007). Neurofisiología de la ansiedad, versus la angustia como afecto que se siente en el cuerpo. Revista Dialnet. 9 (9) 101-119. Fecha de consulta: 2021-10-10. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=5229790> - Dialnet (unirioja.es)
- [5] GOMEZ, G. (2010). Estudio sobre la angustia en la obra de Freud. Últimas concepciones. Revista Dialnet. (10) 167-184. Fecha de consulta: 2021-10-21. Disponible en: <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3815069>
- [6] GRASSI, A. Notas sobre trauma y acontecimiento (Parte I). Fecha de Consulta: 2021-09-18. Disponible en: https://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/obligatorias/056_adolescencia2/material/fichas/notas%20sobre%20trauma%20y%20acontecimientos.pdf
- [7] PIZARRO, F. (2012). Otto Rank y la controversia sobre el trauma del nacimiento. Revista Tiempo psicoanalítico. 44 (2), 423-443. Fecha de consulta: 15-julio-2021. Disponible en: [de http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0101-48382012000200011&lng=pt&lng=es](http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0101-48382012000200011&lng=pt&lng=es)
- [8] ECHEVARRÍA, R. (2015-09). Otto Rank: El Trauma Del Naixement. Fecha de consulta: 2021-08-23. Disponible en: <http://www.temasdepsicoanalisis.org/wp-content/uploads/2011/07/PDF-ECHEVARR%C3%8DA.pdf>
- [9] OYARCE, D. (2016). Enfoque intersubjetivo de la angustia de separación y sus implicaciones terapéuticas. Revista Affectio Societatis. 13 (24) 14-25. Fecha de consulta: 2021-09-25. Disponible en [file:///C:/Users/HPCW1012la/Downloads/ENFOQUE_INTERSUBJETIVO_DE_LA_ANGUSTIA_DE%20\(1\).pdf](file:///C:/Users/HPCW1012la/Downloads/ENFOQUE_INTERSUBJETIVO_DE_LA_ANGUSTIA_DE%20(1).pdf)

- [10] GARBARINO, H. (2012). Las diferentes concepciones psicoanalíticas de la angustia. Revista uruguaya de Psicoanálisis. (114) 15-26. Fecha de consulta: 2021-11-10. Disponible en: <https://www.apuruguay.org/apurevista/2010/16887247201211402.pdf>
- [11] LEÓN, P. (2014). El horror al amor incestuoso: lo traumático en el nacimiento de la ética individual y colectiva”. Revista Dialnet. (14) 91-106. Fecha de consulta: 2021-08-10. Disponible en: file:///C:/Users/HP-CW1012la/Downloads/Dialnet-EIHorrorAlAmorIncestuoso-4829500%20(2).pdf
- [12] KNEZEVICH, A. y MEDINA, C. (2020-09). El horror y las respuestas singulares a lo catastrófico del paso de una una pandemia. Fecha de consulta: 2021-10-11. Disponible en: <http://repositorio.ucsg.edu.ec/handle/3317/15161>
- [13] RAMÍREZ, N. (2010). Las relaciones objetales y el desarrollo del psiquismo: una concepción psicoanalítica. Revista De Investigación en Psicología. 13 (2) 221–230. <https://doi.org/10.15381/rinvp.v13i2.3729>

POSIBLES APLICACIONES DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL EN PSICOANÁLISIS

DRA. CHRISTIAN ARIANA CEA HERNÁNDEZ

Maestranda en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior. Médico Cirujano y Partero por la Escuela Superior de Medicina del Instituto Politécnico Nacional. Correo electrónico: arianaceahernandez@gmail.com

Recepción: 04 marzo de 2022/ Aceptación: 28 mayo 2022

RESUMEN

En el mundo actual, todo pasa por un aspecto que constantemente nos rodea: la inteligencia artificial. El objetivo de este artículo será el definir las posibles modificaciones del dispositivo analítico aplicado a la clínica del narcisismo, como una forma de sostén artificial, usando las tecnologías que hoy en día se tienen a la mano. Este trabajo es una invitación a seguir pensando en la inteligencia artificial desde varios frentes: quizás ante el cual se intenta generar más movimiento, es la utilidad que puede tener el espacio virtual ante los casos de estructuras narcisistas. Aquellos donde permite la introducción de un cuerpo "virtual" del analista.

PALABRAS CLAVE: inteligencia artificial, narcisismo, psicoanálisis.

SUMMARY

In today's world, everything goes through an aspect that constantly surrounds us: artificial intelligence. The objective of this article will be to define the possible modifications of the analytical device applied to the clinic of narcissism, as a form of artificial support, using the technologies that are available today. This work is an invitation to continue thinking about artificial intelligence from several fronts: perhaps in the face of which it tries to generate more movement, it is the utility that virtual space can have in cases of narcissistic structures. Those where it allows the introduction of a "virtual" body of the analyst.

KEYWORDS: artificial intelligence, psychoanalysis, narcissism.

RÉSUMÉ

Dans le monde d'aujourd'hui, tout passe par un aspect qui nous entoure constamment : l'intelligence artificielle. L'objectif de cet article sera de définir les modifications possibles

du dispositif analytique appliqué à la clinique du narcissisme, comme forme de support artificiel, en utilisant les technologies disponibles aujourd'hui. Ce travail est une invitation à poursuivre la réflexion sur l'intelligence artificielle sous plusieurs angles : peut-être face à quoi elle tente de générer plus de mouvement, c'est l'utilité que peut avoir l'espace virtuel dans les cas de structures narcissiques. Celles où elle permet l'introduction d'un corps « virtuel » de l'analyste.

MOTS CLÉS: Intelligence artificielle, psychanalyse, narcissisme.

INTRODUCCIÓN

Si se compara el mundo tal y como era hace 20 años, y cómo es en la actualidad, nos daremos cuenta de las revoluciones que han afectado de forma radical el estilo de vida diario. Todo se mueve alrededor de aplicaciones y smartphones, y actualmente hay empresas preocupadas por acercar servicios y facilitar algunas tareas que, antes, resultaban en tiempos y complejidades distintas: las citas al médico, el súper, el quedar en una cita.... Todo ello ahora pasa por un aspecto que constantemente nos rodea: la inteligencia artificial.

Fuera de aquellos escenarios que se han mostrado en películas y libros donde las máquinas y la tecnología toman posesión absoluta del planeta, donde el ser humano es sinónimo de esclavitud; y dejando de lado las tecnologías diseñadas a infectar dispositivos electrónicos, robar datos, o permitir fraudes multimillonarios, la inteligencia artificial sigue siendo una herramienta eficaz, que incluso en los últimos dos años, azotados por la pandemia de COVID – 19, ha abierto la posibilidad de trabajar desde casa, con la cercanía con los seres queridos y las rutinas del hogar mezcladas en un ambiente laboral. Ya no es extraño que las mascotas se crucen en clases o conferencias virtuales, y los gajes del oficio cotidianos se desenvuelven alrededor de cámaras y micrófonos prendidos o apagados.

El psicoanálisis no es la excepción: con su gran cualidad de adaptarse a la subjetividad de la época para garantizar su supervivencia, ha tenido que dedicarse a estudiar el impacto de las redes sociales, las aplicaciones de mensajería, e incluso abrir una brecha a las adolescencias que están atravesadas por estas redes invisibles de tecnología que nos envuelven. A la par, ha logrado beneficiarse: hoy en día es más fácil escuchar las conferencias parisinas donde se discuten las nuevas normalidades, el acceso a la información también se vuelve más ágil, e incluso los psicoanalistas en formación logran continuar con las clases y seminarios gracias a la inteligencia artificial.

Dejar de lado la clínica psicoanalítica sería irreal: las cámaras también se convierten en herramientas con los cuales podemos acercarnos a algunos pacientes, los micrófonos se vuelven dispositivos por los cuales la voz resuena, e incluso podemos pensar en una idea de “entrar a la casa de alguien” a través de esta nueva tecnología: ahora vemos habitaciones, escuchamos las voces de las familias, nos dan a conocer a las mascotas. Brindan una cercanía, que en algunos casos pudiera resultar fundamental tener con los pacientes: hablo de los casos con cuadros narcisistas importantes, donde la distancia no es fácilmente tolerada. Alrededor de este punto es donde se desenvolverá el resto del texto.

El objetivo de este artículo será el definir las posibles modificaciones del dispositivo analítico aplicado a la clínica del narcisismo, como una forma de sostén artificial, usando las tecnologías que hoy en día se tienen a la mano.

ASPECTOS METODOLÓGICOS

¿Qué tan importante se vuelve el que el analista se encuentre a un mensaje, a una transferencia bancaria, a una nota de voz, para las personas con estructuras narcisistas? ¿Qué tanto se puede aprovechar la tecnología para la creación y sostén de un ambiente “suficientemente bueno” en los casos en que resulta esencial para el desarrollo de la clínica analítica? Son las dos preguntas centrales que pretendo responder en este artículo.

Para ello, el recorrido será: Primero, dar a comprender lo que incluye la inteligencia artificial y sus bemoles. Segundo, la clínica de André Green del narcisismo de muerte, junto con los conceptos de Donald Winnicott del ambiente facilitador, para puntuar la importancia de la presencia del analista en los casos con heridas narcisistas primarias.

Por último, hablaré de las modificaciones que la clínica psicoanalítica en general ha tenido a lo largo de los últimos años, y con ello se buscará la importancia de esta distancia “semi – acortada”, apoyada por la virtualidad, dependiente de algunos clics en la pantalla del celular.

ENTRANDO EN MATERIA

La Inteligencia artificial.

Las definiciones de la inteligencia artificial (IA) en la actualidad son variadas, y van evolucionando a medida que la tecnología también es capaz de abarcar otros campos de aplicación. La primera manera en que ésta puede definirse fue propuesta por Alan Turing en 1950, alrededor de la pregunta: ¿las máquinas pueden ser inteligentes? Basado en el razonamiento en que el ser humano es inteligente, el hecho de que una máquina pueda

imitar las tareas humanas le proporciona cierto grado de esta cualidad. Es entonces que se desarrolla el test de Turing: al colocar a una persona a interactuar con “algo” en otra habitación, y no poder distinguir si se trata de una máquina o de otro humano tras una conversación, se puede considerar que la máquina es inteligente [1].

Una manera muy sencilla de definir la IA es como la habilidad de los ordenadores para hacer actividades que, en la normalidad, requieren de la inteligencia humana. El uso de algoritmos, aprendizaje de datos y el uso de esta información para la toma de decisiones son tareas que la tecnología puede realizar por sí misma. A diferencia del ser humano, la IA no requiere de un momento de descanso, de un momento de pausa o de “dormir”, lo que aumenta en números la productividad de tareas, y que resulta beneficioso para las economías y las industrias actuales [2], por lo que no es de extrañar que las empresas se encuentren interesadas en invertir fuertes cantidades de dinero en el desarrollo de esta herramienta.

La IA tiene como base el lenguaje de programación, entendido como la forma en que se da a entender las tareas que se desea que la máquina lleve a cabo. Por medio de un conjunto de instrucciones, se ejecutan distintas actividades que dan lugar a las aplicaciones y programas que hoy en día todos usamos. El lenguaje más primitivo es el binario: aquel que a partir de 1's y 0's (presencias/ausencias) se realizan codificaciones para lograr ciertos resultados. Este lenguaje sigue siendo la base de las operaciones más básicas (por ejemplo, el escribir) [3].

La IA ha tenido un recorrido previo a la llegada de las computadoras, por lo que pudiera considerarse un terreno independiente a los sistemas físicos (*hardware*), por ende, la importancia radica en lo que estos sistemas hacen. Las máquinas virtuales adquieren una importancia aún mayor, entendidas como el sistema de procesamiento de la información, que el programador piensa cuando está escribiendo un código, y lo que las personas tenemos en mente al usar la aplicación. En palabras de Zubiri, son “ficciones útiles puestas en la realidad” [4].

La IA se divide casi siempre en dos campos: como ciencia, cuyo objetivo principal es la búsqueda de una teoría computable del conocimiento humano estudiando la estructura de este: las funciones de percepción, memoria, aprendizaje, lenguaje, emoción, toma de decisiones, acción en todos los niveles fisiológicos; y como ingeniería del conocimiento, buscando una reescritura formal de las inferencias obtenidas analizando los procesos cognitivos [5].

Vale la pena señalar también dos posibles visiones de la IA como ciencia y como ingeniería: una débil, en la que se centran en la programación de computadoras y otros dispositivos de forma que se realicen tareas que requieren de inteligencia; y una fuerte, que busca replicar la inteligencia humana mediante máquinas. En la visión de la inteligencia artificial fuerte, un ordenador no simula la mente, sino que “es” una mente propia, capaz de pensar de la misma forma en que lo hace un ser humano [6].

Es sencillo pensar en una supremacía donde el ser humano pudiera ser perfectamente sustituido por una máquina. Sin embargo, y aún a pesar de estos avances, el mismo Turing retoma algunas palabras pronunciadas por el profesor Jefferson en 1949:

Hasta que una máquina no sea capaz de componer un soneto o un concierto debido a los pensamientos y las emociones sentidas, y no por la caída casual de los símbolos, no podríamos estar de acuerdo en que la máquina es igual al cerebro, es decir, no solo de escribirlo, sino saber qué ha escrito. Ningún mecanismo podría sentir (y no meramente señalar artificialmente, una invención fácil) placer por sus éxitos, dolor cuando sus válvulas se funden, ser calentado por los halagos, ser encantado por el sexo, enojarse o deprimirse cuando no puede conseguir lo que quiere (11) [1].

El narcisismo y sus dificultades

Freud establece un diferencial básico entre el narcisismo primario, entendido como esa concentración libidinal en el yo del sujeto en los primeros años de vida, dependiente de la actitud cariñosa y cuidadora de los padres, y un narcisismo secundario como el estado en la adultez en que el sujeto retira la libido puesta en los objetos, y la redirige a si mismo. Se considera el primero un proceso normal e incluso dado por supuesto, mientras que el segundo se encontraría en algunos cuadros patológicos. No obstante, deja ver que hay alteraciones en el narcisismo primario que requieren de estudios puntuales para su abordaje [7].

A partir de la afirmación freudiana antes expuesta, se puede inferir la importancia del ambiente para la integración del yo, y con ello el desarrollo del aparato psíquico. Este ambiente, denominado como facilitador por Winnicott, tiene la tarea de favorecer las tendencias individuales heredadas, para que el desarrollo se pueda conducir a partir de las mismas. Este mismo ambiente debe poder adaptarse a las necesidades del bebé, gracias a una preocupación maternal primaria que permite que difiera su capacidad de adaptación hasta que el bebé pueda reaccionar con ira a las fallas, en lugar de ser trau-

matizados por ellas [8]. Uno de los signos más importantes del desarrollo es la capacidad de estar a solas, a partir de la experiencia de haber podido estar a solas en presencia de la madre. Aunque paradójico, este logro incluye la representación de la madre en cualquiera de los objetos que se encuentre a su alrededor, ya que este objeto bueno se encuentra presente en la realidad psíquica del sujeto [9].

La existencia biológica del bebé es dependiente del ambiente que lo rodea, a pesar de que él no se percate de ello, cuando es suficientemente bueno. Si el ambiente falla mientras existe esta dependencia, aparecen las angustias primordiales: los mecanismos de escisión, desintegración, incapacidad de tomar contacto, e incluso la sensación de caída libre permanente [10].

Con el fin de poder tolerar la separación con la madre mientras se avanza a la independencia, es que se da lugar a los fenómenos transicionales, como ese lugar intermedio que existe entre el *yo* y el *no yo*, para que encuentre la seguridad y el confort necesario en el que se pueda constituir como un sujeto que puede relacionarse con el otro en su ausencia. Por otro lado, los objetos transicionales inmersos en estos mismos fenómenos son aquellos que se encuentran en la ilusión, como una representación del pecho materno, aún a pesar de no ser la madre. El hecho de que el niño sea capaz de simbolizar indica que hay una diferencia clara entre la fantasía y la realidad, junto con la capacidad de entender las semejanzas y las diferencias [11].

Ante la incapacidad del ambiente, hay un corte en el “seguir siendo” del bebé, y al ser persistente se comienza una dimensión de desfragmentación del ser. A modo de protección ante esta incapacidad, se genera un falso *self* conformado sobre una base de sumisión a la realidad, tomando funciones defensivas respecto del verdadero *self*. El sentimiento de vacío se asocia directamente con una vivencia de irrealidad [12].

El objeto transicional en la teoría nos permite entender la introducción de lo negativo: se requiere de la presencia de la madre, que pueda ser internalizada, y por ende simbolizada en éstos, es decir, un tercer objeto que se encuentra en el intermedio de la madre y el bebé, en el espacio de su separación y de posterior reunión. En caso de que haya carencias de la función materna, el objeto internalizado se vuelve persecutorio, y hay una dirección hacia lo mortífero. Los fenómenos y objetos transicionales pierden por completo su función, sin ser posible experimentarlos, y lleva a la desinvestidura de los objetos externos. Lleva consigo un fenómeno de ausencia de representación, dirigido hacia el vacío [13].

Una de las formas más representativas de explicar este tipo de procesos es el complejo de la madre muerta, explicado por André Green: Si bien no se trata de una muerte terrenal de la madre, ésta es incapaz de investir al bebé, y por ende no puede llevar a cabo las funciones de presentación y sostén ante el mundo. El bebé, antes amado, se encuentra ignorado y desamparado, incapaz de recuperar el amor materno, lo que lleva a un estado de vacío o una depresión blanca: sin odio, el objeto internalizado muere, dejando huellas en el inconsciente a modo de agujeros psíquicos, que intentarán ser resueltos con reinvestiduras de otros objetos. Los fracasos continuos que se presentan en el consultorio de estos pacientes devienen de una compulsión a la repetición de las desinve­stiduras, siempre en búsqueda de la decepción [14]. Las alteraciones en el narcisismo implican perturbaciones en la autorrepresentación. Ante la ausencia de una afirmación por el otro, una respuesta poco empática del exterior puede llevar a la sensación de vacío, e incluso la descomposición del *self*. [15]

Las formas distintas de vacío tienen una relación directa con una depresión primaria, considerado como una desinve­stidura radical con estados anímicos “blancos”, sin dolor ni sufrimiento. El yo se encuentra separado en distintos núcleos que se encuentran rodeados de vacío. Estos pacientes se rigen por la desesperanza, en que los objetos solo existen gracias al displacer que causan, y el vacío es más consistente que los logros del yo. Hay una pérdida absoluta, no simbolizable y no contingente, y el ser del sujeto se vacía. La experiencia de vacío se refiere a esa dispersión yoica, y de vivir su propia inexistencia [12].

Las variantes del dispositivo analítico en la actualidad aplicadas a los cuadros narcisistas

Técnicamente hablando, el proceso analítico tal y como se conoce hoy en día se compone de las entrevistas preliminares, y el análisis propiamente dicho. Dentro de los elementos que se encuentran, el encuadre, la transferencia, contratransferencia, y la interpretación juegan un papel estelar dentro del consultorio [16]. En los casos narcisistas, la estructura encuadrante, tal como es denominada por Green y que hace referencia a las funciones maternas y de la dinámica que permite la transición gradual entre las presencias y las ausencias, y que va desde el principio de placer al principio de realidad, se ve seriamente afectada [17].

El contexto social cobra una importancia aún mayor para estos casos. En realidades como la actual, azotados por una pandemia que ha forzado un confinamiento, en que la inmediatez de la satisfacción y lo efímero son circundantes, junto con una pérdida de la

continuidad histórica en la que la realidad hace patente la finitud de los recursos naturales, hay una urgencia de consumo como una manera de sentirse seguro, condenado al tiempo a una desilusión ante la comprobación de que sus pertenencias pierden en seguida el valor de seguridad. Se crea más vacío, más carencia, y una búsqueda mayor de objetos idealizados [18]. Con estas características, es esperado que el dispositivo analítico requiera de variaciones para conservar su vigencia.

A diferencia de los procesos neuróticos, en los que la contratransferencia suele ser un obstáculo para el tratamiento, una resistencia yoica del analista ante el reconocimiento de la alteridad del otro y del inconsciente, en los casos narcisistas cobra una importancia radical: Se convierte en un instrumento, ya que los afectos del analista sirven como guía hacia el inconsciente del analizante, privilegiando con ello lo preverbal y lo afectivo [15].

Si bien en los procesos analíticos de las neurosis la tarea del analista se recarga de las funciones de los progenitores llevados a cabo durante la infancia, en los casos con alteraciones narcisistas estas funciones se encuentran agujereadas, y resulta casi imposible su reparación. En gran medida, algo que puede acercar a ello es a proveer lo que hizo falta: el ambiente facilitador que pueda llevar de la dependencia a la independencia del sujeto que se encuentra en tratamiento. El falso *self*, generado como una defensa ante la incompetencia del ambiente de la infancia, cae por la confianza depositada en la capacidad de analista de sobrevivir ante la ira del paciente por las fallas inherentes a su humanidad [19]. En palabras de Winnicott:

Brindamos ayuda suministrando una confiabilidad que el paciente puede anular las defensas erigidas contra lo impredecible y las calamitosas consecuencias relacionadas con la experiencia del espanto. Si tenemos éxito, posibilitaremos que el paciente abandone la invulnerabilidad y se convierta en una persona que sufre (240) [19].

Rodeando la clínica focalizada en los casos narcisistas, el analista, lejos de solo dedicarse a interpretar, es objeto y soporte de la transferencia que ocurre en el consultorio. La contratransferencia pasa a ser una creación, gracias a la implicación subjetiva del analista que se encuentra en todos los casos. El analista pasa a tomar una posición de oposición ante una madre fallida, para compensar aquello que hizo falta durante la infancia. Ante estos casos, la práctica clásica puede llevar al aburrimiento y al abandono del tratamiento en el mejor de los escenarios [15]:

La subjetividad del analista condiciona a la marcha de un análisis. Pretender a un analista automático, ahistórico, reductible a una función es una exigencia que desvitaliza la experiencia analítica o conduce a ese escepticismo cultivado por tantos analistas. Riesgo inherente a propiciar una idea cuya realización práctica enfrenta obstáculos insalvables. (...) El análisis no supone un yo autónomo ni un analista que no sea, por su parte, un sujeto participante (...) en la situación analítica (248) [15].

La complejidad del tratamiento de estos casos va más allá de tomar en cuenta la contra-transferencia: El tratamiento va enfocado en el vacío, de esos huecos inconscientes, de las desconexiones que hay entre el sujeto y el Otro, una clínica distinta a la de la falta neurótica. El vacío que se encuentra disociado del deseo, innombrable, capaz de solidificar. Los síntomas pasan a ser secundarios, y la importancia radica en la angustia de inexistencia y la dispersión del sujeto y sus inconsistencias [20].

La clínica del vacío se propone como una clínica del antiamor, en que el objeto perdido no cae en el lugar del Otro dado que hay una separación incompleta, y por ende no hay una demanda de amor dirigida a esta entidad secundaria a la búsqueda. Hay un divorcio entre el sujeto y el Otro, y el objeto perdido se petrifica en el cuerpo del sujeto. Hay una ausencia de transferencia, el objeto de transferencia es convertido en un objeto de goce separado del Otro. El tratamiento debe ir encaminado a que el sujeto pueda existir en su ser [20].

Otra forma de abordaje se encuentra en la identificación de la regresión clínica para el tratamiento inmediato en cuanto es reconocida por el analista, con el fin de hacer las correcciones necesarias. Permitir el paso del retraining como proceso de protección del *self* verdadero, hacia la regresión, es parte de la tarea de sostén del analista. Al dirigirse a los estados más primarios del narcisismo, el analista es concebido como un objeto bueno y uno malo, con la aceptación del paciente de su propio *self* bueno y malo a la vez. El comportamiento del analista da la esperanza al *self* verdadero de experimentar la vida. Resulta fundamental que el analista pueda reconocer sus propias fallas, para permitir que el analizante se enfade con los fracasos ante su adaptación [21].

Si bien hay otras corrientes que se dedican a investigar los cambios que debe haber para el tratamiento de los casos con estructuras narcisistas, todas coinciden en que la disposición del analista para crear en el dispositivo analítico. Los “éxitos” de estos tratamientos son variados: abandonar los estados de dependencias, o de relaciones extremas con

la comida (como en las anorexias, las bulimias y la obesidad), la integración, y el sentimiento de ser reales, con todo lo que ello conlleva, y la experiencia de poder sostenerse en confianza por si mismo ante la vida, son solo algunos de ellos. [21].

¿La inteligencia artificial puede ser útil en el tratamiento de las estructuras narcisistas?

La línea que invito en este momento a seguir es el de la inteligencia digital como ingeniería débil: Aquella que se dedica a generar aplicaciones que puedan llevar a cabo funciones que ya fueron pensadas por el usuario y que son las imaginadas al usar la aplicación: hablamos de mensajería, redes sociales, aplicaciones para transacciones monetarias, agendas, calculadoras.... Todas aquellas que cualquiera de nosotros encontramos en nuestros *smartphones*, aunque no sean necesariamente de uso diario.

Es una realidad que el impacto de las redes sociales como excelentes representantes de la inteligencia artificial ha alcanzado también al psicoanálisis: hoy en día, basta con *googlear* “redes sociales y psicoanálisis” para darse cuenta de la gran cantidad de teorías que hay alrededor de ella, y es completamente comprensible: actualmente hay amistades y relaciones amorosas que comienzan con un *swip* en Tinder, con un “me gusta” en Facebook, o con un *fav* en Twitter, vínculos que también pueden romperse con la misma facilidad. Por otro lado, es una exposición permanente de la vida propia, libre de sufrimientos, a pesar de las afirmaciones de Freud en 1930:

Desde tres lados amenaza el sufrimiento: desde el cuerpo propio que, destinado a la rutina y la disolución, no puede prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma; desde el mundo exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras; por fin, desde los vínculos con otros seres humanos. Al padecer que proviene de esta fuente lo sentimos tal vez más doloroso que a cualquier otro (76) [22].

La disminución de las interacciones por otros medios distintos a los digitales deja asomar los estragos: el deterioro de las habilidades sociales, y con ello la reciprocidad entre personas, alterando con ello los procesos de identificación y definición. Las redes sociales permiten un espacio intermedio entre la ausencia y la presencia, con nuevas formas de comunicación, con nuevos despliegues fantásticos y formas de discurso. El cuerpo también tiene modificaciones: hay un cuerpo imaginario e inmaterial, el cuerpo “vivo” queda reducido a códigos de Internet, y hay una proyección de si mismo en las redes sociales y fotografías, muchas veces la imagen narcisista de los ideales inalcanzables [23].

Se pudiera pensar que precisamente, las infancias que viven en el mundo de la virtualidad estarán irremediablemente condenadas a los malestares que se han revisitado en las estructuras narcisistas: La alteridad entre las presencias y ausencias, y la constante exposición de ideales por los que se ven rodeados pueden ser factores predisponentes para ello. Aquí cabe la pregunta ante la que invito a reflexionar: Si la inteligencia artificial se encuentra como una constante diaria, y tiene tantos efectos en las subjetividades que hoy en día sobreviven ¿por qué no abrir la puerta a que pueda tener propiedades para que el tratamiento analítico pueda llevarse a cabo?

Esto lógicamente excluye aquellos vínculos en los que la relación analista – analizante puede perder la esencia única que tiene: El analista continúa como una imagen neutral de la que poco se conoce, sin embargo, al tener una foto colgada en el WhatsApp, ya tiene un “avatar” que le permite ser introducido en la virtualidad del paciente. Un avatar que se puede mantener en ese espacio intermedio de presencia y ausencia, justo donde los fenómenos transicionales que no se lograron en la infancia, puedan llevarse a cabo.

La extensión del analista, para los pacientes con estructuras narcisistas, pudiera convertirse en esa prótesis que incansablemente se busca en las redes sociales: ahí se puede generar un espacio donde el sufrimiento, el llanto, el enojo y las emociones catalogadas como “negativas” pueden cobrar vida y sentido, donde pueden ser dirigidas a un objeto que puede sobrevivir, incluso en medio de esa alteridad. Para ello, no es necesario que el analista tome una función activa, como llamar, o escribir un mensaje. Basta con que el paciente sepa que el analista está “al alcance de un click”, aunque no necesariamente active la función de la aplicación, o que eso conlleve a una comunicación constante entre ambos.

El pensar en el espacio virtual como una extensión del ambiente facilitador del que se ha venido hablando comienza a cobrar sentido: A elección del paciente que, en medio de sus angustias, tiene la posibilidad de mirar la fotografía del analista, o de leer su nombre en la pantalla del celular, puede tener efectos terapéuticos. El mirar en diminuto en el calendario las horas que faltan por pasar para llegar a la siguiente sesión, e incluso enviar el comprobante de pago del encuentro anterior, pasan a ser esas extensiones que resultan interesantes e incluso analizables dentro del espacio.

Otra situación para considerar es la introducción que permite el analizado del mismo analista: Probablemente todos se han encontrado con un paciente que, aprovechando la cámara virtual, presenta a una mascota, un juguete, o algo que le resulta especial. El sa-

ber que el analista “conoce” al perro, o la habitación, puede dar paso a los objetos transicionales, en medio del espacio transicional virtual generado gracias a la inteligencia artificial. Aunque el paciente pierda su teléfono, descomponga su dispositivo de internet, la presencia del analista puede mantenerse en aquellos objetos que “conoce” y con ello permitir que el proceso continúe.

Se insiste en que estos procesos poco tienen que ver con una acción directa que provenga del analista, y en ninguna circunstancia se debe olvidar la ética del psicoanálisis en todo este proceso. El psicoanalista se enfrenta entonces a posibles transgresiones a su privacidad ante las cuales debe responder con la neutralidad que lo caracteriza, y probablemente con ello puede ir introduciendo poco a poco la castración: El no aceptar una invitación de amistad en redes sociales, el tardar para contestar un mensaje, el no contestar a un *meme*, el no estar todo el tiempo en disponibilidad de contestar por medios distintos a una llamada reservada para situaciones de emergencia, pueden apoyar para ello.

También puede elegir acercarse cuando así lo siente necesario: Demostrar la preocupación por el paciente que hace unas horas amenazaba con quitarse la vida, o responder de formas distintas a las que la madre respondía ante las necesidades durante la infancia del paciente, también son posibilidades dentro de la virtualidad. El psicoanalista cuenta con una sensibilidad y con un proceso que le permite identificar aquello que le pasa con cada caso, y con base en ello, usando esa contratransferencia funcional y básica para estos casos, responder.

La virtualidad permite que el clínico lleve a cabo la función materna de muchas formas, y también permite que cada uno encuentre las modificaciones a su propio dispositivo. Hasta cierto punto, facilita la adaptación del analista, para poder restituir las funciones maternas agujereadas con las que cuenta el paciente, y con ello poderse acercar de formas diferentes a los “éxitos” que antes se mencionaban.

¿CONCLUSIONES...?

Este trabajo es una invitación a seguir pensando en la inteligencia artificial desde varios frentes. Primero, la imposibilidad actual que tiene de desempeñar la tarea del psicoanalista, pues éste es un sujeto que siente y que actúa a partir de aquello que no es tangible ni orgánico. La labor del psicoanalista es probablemente la más humana en la actualidad, y la experiencia analítica es un parteaguas en la vida de quienes lo experimentan. Es

poco probable que, en un futuro inmediato o mediato, la inteligencia artificial pueda tomar estas características a través de los circuitos y sus acompañantes.

El segundo frente es reconocer al psicoanalista también envuelto en las redes sociales, y que se ve inmerso en lo virtual. La profesión no es ajena a ella, y por ende tiene modificaciones cuando atraviesa, y al mismo tiempo es atravesada, por la virtualidad. El psicoanálisis ha encontrado la manera de adaptarse a ello y sobrevivir, pero poco se ha detenido a pensar sobre las implicaciones del sujeto analista, y del espacio analítico causado por esta realidad.

El tercero y quizás ante el cual se intenta generar más movimiento, es la utilidad que puede tener el espacio virtual ante los casos de estructuras narcisistas. Aquellos donde el cuerpo ha parecido completamente necesario, y que permite la introducción de un cuerpo “virtual” del analista, donde la presencia y la ausencia se sostiene en una transición de la que el analizado puede servirse hasta que el proceso que quedó detenido en la infancia pueda terminarse en un espacio que se siente seguro. Donde la red artificial pasa a ser también una red para los agujeros inconscientes, para que el vacío absoluto pueda dejar su inmensidad de lado.

¿Cómo ejerce cada uno de nosotros la función analítica? ¿Qué tanto sirve en la individualidad? ¿Qué tan abiertos estamos para pensar en estos procesos que nos implican en nuestra propia subjetividad, y poder buscar maneras de mantener la profesión viva? ¿En qué casos reservarse a tratar por estos medios, y en qué casos podemos hacer uso de la inteligencia artificial, de la misma manera en que la utilizamos en la vida cotidiana? Son las preguntas que quedan en el aire, y que depende de cada sujeto psicoanalista responder para su propia clínica, tal como siempre lo ha hecho: sin juicios, con la neutralidad que lo caracteriza.

BIBLIOGRAFÍA

[1] TURING, Am. (1950). Computing Machinery and Intelligence. Mind, 49 (1). Consultado 27/11/2021. DOI: <https://www.csee.umbc.edu/courses/471/papers/turing.pdf>

[2] ROUHIAINEN, L. (2018). Inteligencia artificial. 101 cosas que debes saber hoy sobre nuestro futuro. España: Planeta.

[3] CASTILLO, PR. Et al. (2012). Lenguajes de programación. Pontificia Universidad Católica de Chile. Escuela de Ingeniería informática. Consultado 27/11/2021. DOI: https://www.academia.edu/3887936/90710967_Paper_Lenguajes_de_Programacion_2012

- [4] GONZALEZ, A. (2019). Pensar filosóficamente la inteligencia artificial. The Xavier Zubiri Review: 15 (1). Consultado 27/11/2021. DOI: http://www.zubiri.org/general/xzreview/2020/pensar_filosoficamente_2020.pdf
- [5] MARIN, GS. (2019) Ética e inteligencia artificial. Cuadernos de cátedra CaixaBank de Responsabilidad Social Corporativa. No. 42. Consultado 03/12/2021. DOI: <https://www.expoelearning.com/wp-content/uploads/2020/01/%C3%89tica-e-inteligencia-artificial.pdf>
- [6] LOPEZ, MBR. (2015). “Algunas reflexiones sobre el presente y el futuro de la Inteligencia Artificial”. Novática, 234. Consultado 03/12/2021. DOI: <https://digital.csic.es/bitstream/10261/136978/1/NOV234%282015%2997-101.pdf>.
- [7] FREUD, S. (1914). Introducción al narcisismo. O.C. Vol. XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.
- [8] WINNICOTT, D. (1967) El concepto de individuo sano. División de Psicoterapia y Psiquiatría Social de la Real Asociación Médico – Psicológica. Consultado 11/12/2021. DOI: https://www.academia.edu/36891089/El_concepto_de_individuo_sano
- [9] WINNICOTT, D. (1928). La capacidad de estar a solas. Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional. Buenos Aires: Paidós, 2002.
- [10] WINNICOTT, D. (1957). Sobre la contribución al psicoanálisis de la observación directa del niño. Los procesos de maduración y el ambiente facilitador: estudios para una teoría del desarrollo emocional. Buenos Aires: Paidós, 2002.
- [11] WINNICOTT, D. (1971). Objetos transicionales y fenómenos transicionales. Realidad y juego. España, Gedisa, 1994.
- [12] PALOMBO, MA. (2018). De las muchas formas clínicas del vacío. Revista Desvalimiento Psicosocial. 5 (1). Consultado 26/02/2022. DOI: <https://publicacionescientificas.uces.edu.ar/index.php/desvapsico/article/view/562/537>
- [13] GREEN, A. (2007). Jugar con Winnicott. Buenos Aires: Amorrortu, 2012.
- [14] GREEN, A. (1983). Narcisismo de vida. Narcisismo de muerte. Buenos Aires: Amorrortu, 1999.
- [15] HORNSTEIN, L. (2000). Narcisismo. Autoestima, identidad, alteridad. Buenos Aires: Paidós, 2010.

[16] BUSTOS, VA. (2016). Deseo del analista, la transferencia y la interpretación: Una perspectiva analítica. *Psicología desde el Caribe*, 33 (1). Barranquilla. Consultado 25/02/2022. DOI: http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0123-417-X2016000100008

[17] ADINOLFI, G et al. (2020). “Herramientas para la construcción de dispositivos de intervención para el trabajo con los pacientes graves: en los límites de la analizabilidad, en el contexto de pandemia”. XII Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología. XXVII Jornadas de investigación. XVI Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. II Encuentro de Terapia Ocupacional. II Encuentro de Musicoterapia. Facultad de Psicología, Buenos Aires. Consultado 25/05/2022. DOI: <https://www.academica.org/000-007/209.pdf?view>

[18] TARRAGÓ, CA, SÁNCHEZ, EJ. (2005). “Vacío, grupo analítico y funciones reparatorias”. *Vínculo*, 2 (2). São Paulo. Consultado 25/02/2022. DOI: http://pepsic.bvsalud.org/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1806-24902005000100002

[19] WINNICOTT, D. (1967). El concepto de regresión clínica comparado con el de organización defensiva. *Exploraciones psicoanalíticas vol. 1*. Argentina: Paidós, 2006.

[20] RECALCATI, M. (2008). *Clínica del vacío. Anorexias, dependencias, psicosis*. España: Síntesis.

[21] PALOMBO, MA. (2016). “Formas de abordaje de los estados de vacío en la clínica”. *Subjetividad y Procesos Cognitivos*, 20 (1). Consultado 26/02/2022. DOI: <https://www.redalyc.org/pdf/3396/339646009009.pdf> Consultado 26/02/2022

[21] FREUD, S. (1930). *El malestar en la cultura*. Obras completas vol. XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1992.

[22] BISTOLFI, V. (2014). “Redes sociales y psicoanálisis” Tesina de Licenciatura en Psicología, Universidad de Aconcagua, Argentina. Consultado 28/02/2022. DOI http://bibliotecadigital.uda.edu.ar/objetos_digitales/569/tesis-3677-redes.pdf

ALGUNOS ASPECTOS ÉTICOS NECESARIOS EN LA FORMACIÓN DEL ANALISTA

ANGEL YAEL ACOSTA MEDINA

Licenciado en Psicología por la Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco, Maestrando en Psicoterapia de las Adicciones por el Colegio Internacional de Educación Superior, CIES. Correo: angel.acosmed97@gmail.com

Recepción: 08 marzo de 2022/ Aceptación: 29 mayo 2022

RESUMEN

Cuando se habla de la formación en psicoanálisis se suele pensar en el trípode que se encuentra compuesto por el análisis personal, el estudio teórico y la supervisión de casos. Sin embargo, hay diversos aspectos que se encuentran implícitos en la conjugación de esta composición, como podrían ser lo relacionado a la técnica, a la epistemología o a la ética. Por lo que el presente artículo expone algunos aspectos éticos que deben abordarse en la formación de los analistas, mencionando que se encuentra necesario transmitir y reflexionar no sólo en relación al cuerpo conceptual de la práctica psicoterapéutica de esta disciplina, sino también sobre la asimilación de los aspectos éticos que guiarán la práctica de los futuros analistas con los pacientes. Estos aspectos éticos ciñen la singularidad del procedimiento terapéutico y marcan lo distintivo en relación a los lineamientos de otras formas terapéuticas. Se establece que la dimensión ética y los aspectos de esta son necesarios transmitir durante la formación del analista, puesto que estos aspectos se configuran como ejes centrales para la relación que mantiene el analista con el paciente, así como la forma en que se posiciona frente a la práctica psicoterapéutica.

PALABRAS CLAVE: ética, formación psicoanalítica, psicoanálisis, clínica, psicoterapia.

SUMMARY

When we talk about training in psychoanalysis, we usually think of the tripod composed of personal analysis, theoretical study and case supervision. However, there are several aspects that are implicit in the conjugation of this composition, such as those related to technique, epistemology or ethics. Therefore, this article presents some ethical aspects that should be addressed in the training of analysts, mentioning that it is necessary to transmit and reflect not only in relation to the conceptual body of the psychotherapeutic practice of this discipline, but also on the assimilation of the ethical aspects that will

guide the practice of future analysts with patients. These ethical aspects mark the uniqueness of the therapeutic procedure and distinguish it from the guidelines of other therapeutic forms. It is established that the ethical dimension and its aspects are necessary to transmit during the analyst's training, since these aspects are configured as central axes for the relationship that the analyst maintains with the patient, as well as the way in which he/she positions him/herself in front of the psychotherapeutic practice.

KEY WORDS: ethics, psychoanalytic training, psychoanalysis, clinic, psychotherapy.

RÉSUMÉ

Lorsque l'on parle de formation en psychanalyse, on pense généralement au trépied que constituent l'analyse personnelle, l'étude théorique et la supervision de cas. Cependant, plusieurs aspects sont implicites dans la conjugaison de cette composition, tels que ceux liés à la technique, à l'épistémologie ou à l'éthique. Par conséquent, cet article présente quelques aspects éthiques qui devraient être abordés dans la formation des analystes, en mentionnant qu'il est nécessaire de transmettre et de réfléchir non seulement au corps conceptuel de la pratique psychothérapeutique de cette discipline, mais aussi à l'assimilation des aspects éthiques qui guideront la pratique des futurs analystes avec les patients. Ces aspects éthiques marquent l'unicité de la procédure thérapeutique et la distinguent des lignes directrices des autres formes thérapeutiques. Il est établi que la dimension éthique et ses aspects sont nécessaires à transmettre pendant la formation de l'analyste, puisque ces aspects se configurent comme des axes centraux pour la relation que l'analyste entretient avec le patient, ainsi que la manière dont il se positionne par rapport à la pratique psychothérapeutique.

MOTS CLÉS: éthique, formation psychanalytique, psychanalyse, clinique, psychothérapie.

INTRODUCCIÓN

Cuando se habla acerca de la formación en psicoanálisis lo primero que suele pensarse es el trípode compuesto por el análisis personal, el estudio teórico y la supervisión de casos. Este es necesario para el advenimiento de cualquier analista, sin embargo, esto conlleva el entendimiento de diversas cuestiones que atraviesan a estos componentes.

Si bien es cierto que hasta la actualidad se sigue respetando esta formación y se mantiene la base para el devenir psicoanalista, hay diversos elementos que se encuentran implícitos en la conjugación de esta composición, como podrían ser: aspectos técnicos,

epistemológicos o éticos. Por lo que el presente artículo aborda algunos aspectos éticos que se vuelven necesarios de ser transmitidos durante la formación del analista para la práctica de la psicoterapia psicoanalítica.

En un primer momento se presentan algunas formulaciones recientes sobre la dimensión ética en relación a la formación en la disciplina analítica. Posteriormente se realiza una revisión teórica en relación a función y acción del analista, teniendo en cuenta el proceso de formación y aspectos éticos que este tiene en cuenta en su práctica clínica. Finalmente se presentan ciertos aspectos que figuran como ejes de la dimensión ética en la práctica psicoanalítica, los cuales serían necesarios de transmitir en la formación de los futuros analistas.

JUSTIFICACIÓN

Preguntarse por la dimensión ética del psicoanálisis en relación a la formación en este campo del saber nos permite reflexionar sobre aquellos aspectos que la componen y que, a su vez, se deben transmitir a lo largo del recorrido que emprende aquel que busca devenir analista. Por lo tanto, el reconocer los aspectos éticos que guían al psicoanálisis nos permite esclarecer la posición que tendrá el analista frente a la práctica psicoterapéutica. Así mismo, se logra entender la forma en que actúa éste en el consultorio, mostrando la especificidad de dicha práctica, y, por lo tanto, su diferencia con respecto a otro tipo de psicoterapias. Finalmente, la asimilación de dichos aspectos éticos, por parte del futuro analista, posibilitaría la construcción de otros dispositivos, fuera del campo puramente clínico, que persigan las ideas y las metas del psicoanálisis.

ASPECTOS METODOLÓGICOS

De acuerdo a Leibovich (2005) [1] la ética refleja el sistema de valores que subyace y tiñe el entramado ideológico de una cultura particular, decidiendo qué es lo adecuado, correcto o razonable. Mientras que la ética profesional se refiere al conjunto de normas, valores y sistemas de creencias que una comunidad de profesionales comparte en un momento determinado y bajo lo cual establecen qué es lo correcto o incorrecto en la actividad profesional.

En este sentido, Landoni (2020) [2] expresa que la ética del psicoanálisis se aleja de todo tratamiento de índole moral, por lo que no persigue ideales contemporáneos relacionados a la consecución de un “bien” y en su lugar propone una terapéutica distinta, lo cual pone en tensión la noción misma de psicoterapia al apartarse del adoctrinamiento y de la

ubicación de un saber constituido. Por lo que la ética en psicoanálisis implica alejarse de la emisión de juicios de valor o la promesa de alcanzar la felicidad, conduciéndose más allá de la idea de bienestar y apuntando a la convivencia con el malestar estructural.

Coronel (2019) [3] plantea que la labor del psicoanalista es esencialmente la de un escucha, siendo aquel que propicia que la palabra del analizado se escuche y así lograr develar aquello inconsciente que se encuentra ahí, procurando que este reflexione sobre lo que dice y las implicaciones que eso puede tener. Puntúa el que el analista no es un modelo moral o de vida, pues su única función es la de lograr el cumplimiento de la asociación libre, ya que sólo se accede al inconsciente por medio de esta.

La responsabilidad del analista implica ser respetuoso ante lo que dice el analizado pues lo que hace es mostrarse, abrirse al otro, por ello no debe forzar las interpretaciones, en el sentido de comunicarlas al analizado de manera apresurada. Lo que debe hacer el analista es guiar al analizado para que vaya construyendo su interpretación y nunca imponerle interpretaciones. El analista debe esperar a que el analizado pueda hacer propia su palabra (Coronel, 2019) [3].

Siguiendo la idea sobre la función del analista, encontramos que Tornos (2020) [4] destaca la importancia que tiene la dimensión ética del psicoanálisis en la práctica analítica, ya que esta es necesaria para evitar el sometimiento y la aniquilación de la alteridad en consecución de un goce propio y un beneficio personal por parte del analista. Encuentra necesario el que el psicoanálisis recapacite sobre sus implicaciones éticas en favor de que la diferencia no quede borrada como consecuencia de una pulsión de dominio y destrucción que impida la manifestación subjetiva del deseo.

Por su parte, Leibovich (2005) [1] expone que en tanto que la transmisión de la práctica clínica se centra en supervisiones, seminarios y ateneos clínicos, en donde se presentan materiales clínicos, se presentan diversos conflictos éticos, entre lo que destaca la privacidad y confidencialidad del paciente, las necesidades formativas en relación al intercambio y discusión del trabajo con pares y maestros. Por otro lado, resalta que los psicoanalistas no pueden ignorar los valores y supuestos que se encuentran entramados tanto con el aparato conceptual, como con las preguntas y las respuestas que se hayan para estas. Por ello encuentra que la tarea más desafiante en términos éticos es el contribuir a que los analistas que se encuentran en formación logren desarrollar sensibilidad y recursos reflexivos frente a los problemas y los dilemas éticos con los que se enfrentarán en la práctica clínica.

Tras lo planteado anteriormente, este artículo tiene la finalidad de reflexionar en torno a la pregunta: ¿Cómo se da la transmisión ética en la formación del analista?

Para reflexionar en torno a la dimensión ética en el psicoanálisis se retoma lo relacionado a la función que realiza el psicoanalista, al proceso de formación por la cual este adviene como tal, así como propuestas éticas teóricas que regirían la clínica analítica, teniendo en cuenta los efectos o consecuencias que de estas se desprenden.

LABOR DEL PSICOANALISTA

A lo largo de toda la obra Freudiana se despliegan los elementos que componen el quehacer del psicoanalista, ya que constantemente Freud va compartiendo los procesos por los que aparecen los conflictos patógenos y a su vez la forma en que actúa y comprende el proceso analítico.

Freud (1912) [5] expone que el analista realiza una atención parejamente flotante, indicando que en su tarea con el paciente no se presta la atención hacia un material particular, lo cual obedecería a las propias expectativas o inclinaciones del analista. En cambio, teniendo en cuenta que se debe primero escuchar las cosas y posteriormente se conocerá su significado, el analista escucha todo lo que el analizado refiera sin crítica ni selección previa. Con lo cual se permite colocar a todos los elementos que se refieran con un valor que puede referir al núcleo patógeno.

Asimismo, Freud (1920) [6] expuso que aquellas mociones que estaban reprimidas y por ende eran imposibles de poner en palabras, se expresaban a partir de la actuación, es decir, se repetía aquello que permanecía olvidado a partir de las acciones. Y es ante esta situación que el psicoanalista tiene en cuenta el concepto de la transferencia, lo que refiere a un fenómeno que aparece como el arma más poderosa de la resistencia, pero también el motor más fuerte del tratamiento, pues a partir de este mecanismo es que se despliegan mociones inconscientes del paciente en la persona del analista y ello permite el análisis de estos estratos. (Freud, 1912) [7]

El analista, quien ha a travesado un análisis personal y ha adquirido ciertos conocimientos, tras escuchar al paciente interpreta aquello reprimido inconsciente que ha detectado en el analizante. Sin embargo, las interpretaciones deben comunicarse en un momento determinado que responde al acercamiento que ya ha hecho el paciente en relación a lo reprimido. Una vez que se ha acercado lo suficiente al material inconsciente, el analista

facilita su comprensión por medio de la interpretación que será validada por el propio analizado (Freud, 1926) [8].

Para que el analista pueda comprender aquellos procesos inconscientes que se encuentran actuando en el analizante y pueda actuar frente a esto es necesario atravesar por un proceso de formación en el campo psicoanalítico, lo cual consiste en la aproximación y el entendimiento del marco teórico y, del dispositivo terapéutico, a través del análisis personal.

FORMACIÓN PSICOANALÍTICA

Perrés (1992) [9] menciona que, si bien el saber teórico es posible de transmitir y así formar conocedores de la teoría psicoanalítica, este no forma psicoanalistas. En tanto que se necesita una capacitación específica y compleja para la praxis analítica, se asume, antes que nada, un encuentro con el propio inconsciente que será luego relacionado con el saber teórico sobre el inconsciente, siendo el análisis del analista el espacio por excelencia para la apropiación de su propio saber sobre el inconsciente.

Dicho espacio por excelencia, lo encontramos desarrollado con Ferenczi (1928) [10], ya que para él lo esencial de la formación analítica es el conocimiento y el dominio de uno mismo, es decir, para este autor lo indispensable para comenzar la práctica clínica es el realizar un estudio y una observación a profundidad sobre nuestra personalidad y nuestras mociones psíquicas y afectivas. Ya que antes de la formación teórica y práctica veía obligatorio haberse aproximado a los propios procesos psíquicos.

El que se coloque como primera instancia la realización de un análisis personal a quien quiere devenir psicoanalista tiene que ver con los procesos y efectos que se desencadenan en el propio trabajo analítico, puesto que esto no sólo le permite al futuro analista conocer aspectos técnicos, sino que le permite experimentar los movimientos a nivel psíquico que se efectúan con la expresión de lo inconsciente.

El analista ha pasado por el método psicoanalítico, el cual le permitió, a través de la asociación libre, el descubrir aquello que permanecía en el olvido, así como también la comunicación de todo tipo de ideas, mociones e impulsos que generalmente no son comunicadas a los demás. Por ello, el analista no se encuentra inhibido por sus propios conflictos y ello le permite hacer surgir este tipo de material olvidado en los demás (Ferenczi, 1928) [10].

Para efectuar este trabajo analítico es necesario la ayuda de otro, debido a que el paciente se verá enfrentado a resistencias causadas por la amnesia infantil y por influencia de la educación que recibió en su entorno. Es a partir del auxilio de otro que puede descubrir y reparar aquellos errores educativos que vivió en su primera etapa. Así, a través de la transferencia, el analizado deposita sobre el analista todos los sentimientos de amor y odio, que mediante la elaboración de las asociaciones irá desvelando y reduciendo la tendencia de las resistencias. Sin embargo, el trabajo no termina ahí, pues ahora habría que liberar al paciente de la relación que lo vincula al psicoanalista que le auxilia, es decir, volverlo independiente. Medida que no se práctica en otras formas de psicoterapia (Ferenczi, 1928) [10].

Tras haber realizado el propio análisis, el formante se encuentra en “control”, lo que indica que trabaja con pacientes, pero periódicamente da cuenta de su trabajo con otro analista que le puede hacer notar eventuales errores técnicos, y a su vez, aconsejarle en relación a la forma de llevar la cura. Esto prosigue hasta el momento en que se es capaz de trabajar solo. Durante este periodo de acompañamiento debe adquirir saber teórico de las lecturas de Freud y sus discípulos (Ferenczi, 1928) [10].

Como se logra apreciar, el camino que transita el analista para la atención clínica de pacientes conlleva el aprendizaje de un entramado técnico y conceptual específico, así como también de un proceso de transformación personal que se consigue por medio del propio análisis. Es así como a la par de vivenciar el saber del inconsciente y los desarrollos teóricos sobre este, se van adoptando lineamientos sobre el proceder del dispositivo analítico.

LA ÉTICA EN PSICOANÁLISIS

Lacan (1995) [11] expresa que a los analistas se les demanda la felicidad, ante lo cual estos se ofrecen a recibir dicha demanda, sin embargo, el psicoanálisis se encuentra lejos de ser una práctica que apunte a ello. Si bien se alude a alguna posibilidad feliz en relación a la satisfacción de la tendencia pulsional al considerar la noción de sublimación, que indicaría la satisfacción de la tendencia en el cambio de su objeto sin represión, el analista no puede otorgarle la felicidad al paciente. En cambio, lo que se plantea con el análisis es toda la problemática del deseo.

Lo particular y novedoso del análisis es que esta problemática del deseo es lo central para pensar cualquier tipo de realización de sí mismo. Lo que el sujeto conquistará en este espacio es su propia ley, a través del examen realizado por el mismo. Por lo que se

pretende que con el análisis el sujeto se logre ubicar en una posición tal en que las cosas le vayan bien, que logre tomarlas del lado adecuado, lo que conlleva el paso del no-saber al saber, reconociendo que el deseo no es más que la metonimia del discurso de la demanda (Lacan, 1995) [11].

Es importante rescatar que lo que el analista tiene para dar es su deseo, el cual es un deseo advertido. Y la función del analista sería esencialmente acercar al paciente a poner en palabras su propio deseo.

Lacan (1995) [11] expone que la ética consiste, esencialmente, en un juicio sobre nuestra acción. Por lo que, si hay una ética del psicoanálisis, estaría relacionado con la idea de que el análisis aporta algo, nos indica algo acerca de nuestras acciones. Esto alude a la forma de proceder del psicoanálisis pues este se da a través de un retorno a las acciones, teniendo en cuenta la hipótesis freudiana acerca del inconsciente, que indica que la acción del hombre, sana o enferma, tiene un sentido oculto que es posible descubrir.

La ética del análisis no refiere a una reflexión o meditación acerca de los bienes, de cierta ordenanza o disposición. Sino que implica la dimensión de la experiencia trágica de la vida. Dimensión en la que se inscriben las acciones, los valores e inclusive lo cómico. Por lo que vemos que Lacan trata de enfatizar lo relacionado al deseo, apuntando que sólo en el contexto analítico se formula la pregunta: “¿Ha usted actuado en conformidad con el deseo que lo habita?” Ante lo cual, articula la proposición de que la única cosa de la que el sujeto puede ser culpable es de haber cedido a su deseo (Lacan, 1995) [11].

Por otro lado, Bleichmar (2006) [12] distingue entre la ética relativa al método, tal como lo trabajó Lacan, de la ética del analista, la cual consiste en pensar al analista como un sujeto ético, en tanto que se regiría bajo ciertas pautas. Tales como la elección de pacientes, la formulación del contrato, el conocimiento acerca del propio saber y el propio posicionamiento en relación a lo desarrollado por las anteriores generaciones analíticas.

El psicoanálisis se debe inscribir en el marco de la ética, no de la moral. Ya esta última estaría en relación a normas enjuiciadoras o juicios valorativos que no tendrían que ver con la posición con la que se sostiene el análisis, en donde se busca que a partir de ciertas pautas se pueda desplegar la palabra y el inconsciente del analizante (Bleichmar,2006) [12].

Bleichmar (2006) [12] menciona tres cuestiones éticas, por un lado, el contrato, el cual se refiere a la fijación del encuadre que sostendrá y posibilitará la situación analítica. Otra cuestión ética es la elección de pacientes, pues se elige a las personas con los que se

quiere y puede trabajar en relación al reconocimiento de los propios límites del analista. Finalmente, otro punto es el de la instrumentalización del método, lo cual referiría al uso que se tiene a través del dispositivo analítico, dirigiéndose esto en relación al deseo del analizante y al entendimiento de lo que pasa con este, más no como un medio para empujar al analizante a realizar algo en concreto, lo cual se aleja del objetivo analítico.

DISCUSIÓN

A partir de lo revisado anteriormente sobre el trabajo del psicoanalista, la formación que conlleva esta disciplina y lo referente a aspectos éticos en ella, es posible detectar diversos elementos que sirven como ejes éticos en la clínica psicoanalítica.

- **Confidencialidad:** Se expresa desde el primer momento en que se trata al paciente, al comunicarle que todo lo manifestado en el espacio terapéutico será respetado, no se emitirá juicios y no se le hará conocer a otras personas.
- **Deseo:** El psicoanálisis no se centra en la cuestión del síntoma, lo toma en cuenta, pero en la práctica clínica se centra en la problemática del deseo, lo cual refiere al motor del psiquismo, que se expresa en los movimientos metonímicos del sujeto.
- **Singularidad:** Como se ha visto, el psicoanalista no se centra en un material en particular, sino que tras escuchar el discurso del paciente y entender el significado de este se podrá ir comprendiendo qué es lo que acontece con en la vida de este.
- **Autonomía:** En la medida en que el paciente vaya desplegando aquellas mociones inconscientes y vaya dando cuenta del origen y significación en su vida se posibilita un cambio de posición en la que logre resolver aquello que le provoca malestar. A su vez, se busca que el paciente una vez resuelto el conflicto psíquico logre desprenderse de la relación con el terapeuta y volverse independiente a él.
- **Producción de subjetividad:** Conforme el paciente entra al proceso analítico, encontrando el origen y significación de sus malestares, también se le posibilita un espacio en el que dará cuenta de su propia subjetividad y del devenir de ella, dado que siempre se encuentra en un proceso de devenir.

REFLEXIONES FINALES

Tras lo revisado a lo largo del presente trabajo, se establece que la formación en psicoanálisis, es un proceso, en donde la teoría y la técnica de la disciplina conllevan el enten-

dimiento de ciertos aspectos o ejes que hacen la especificidad clínica del dispositivo analítico.

Desde el psicoanálisis se encuentra que la propuesta terapéutica está centrada en la subjetividad. Ya que el trabajo analítico tiene por objetivo el localizar al sujeto en relación a su deseo, a que este pueda ser advertido. Mientras que otras terapéuticas, quizás, podrían llevarlo por otros caminos que mantuvieran una lógica de adaptación o de modificación a nivel consciente sin considerar los aspectos inconscientes.

Reflexionar en torno a la dimensión ética nos permite comprender los ejes a considerar para poder escuchar y pensar junto al sujeto, esto sin olvidar que el psicoanálisis no tiene como fin un re-adaptamiento o una re-formación a nuestra semejanza (tal como lo menciona Freud) sino que el trabajo va encaminado a un cuestionamiento constante que busca descubrir el origen de sus acciones y sentimientos, para que mediante la puesta en palabra el sujeto pueda mantener una posición distinta. Es decir, no buscamos evaluar o avalar el estilo de vida que lleve el paciente sino descubrir junto a él, el modo de funcionamiento que tiene para que pueda reconocer y posicionarse frente aquellos malestares que le imposibilitaron moverse en un determinado momento.

BIBLIOGRAFÍA

[1] LEIBOVICH, A. (2000). La dimensión ética en la investigación psicológica. Investigaciones en Psicología. Año 5-Nro. 1. Argentina.

[2] LANDONI, A. (2013). Algunas reflexiones sobre la ética en psicoanálisis. Revista Bórrromeo, 4. Argentina.

[3] CORONEL, V. (2019) "Cómo se llega a ser lo que se es" aproximación a la formación psicoanalítica. Círculo Volumen 1. México.

[4] TORNOS, M. (2020). El fenómeno de la transferencia: Reflexiones acerca de la ética del psicoanálisis. Psicoanálisis: Revista de la Asociación Psicoanalítica de Buenos Aires, 42.

[5] FREUD, S. (1912). Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico. En: O. C. XII. Buenos Aires: Amorrortu. 1992.

[6] FREUD, S. (1920). Más allá del principio de placer. En: O. C. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu. 1992.

- [7] FREUD, S. (1912). Sobre la dinámica de la transferencia. En: O.C. XII. Buenos Aires: Amorrortu. 1992.
- [8] FREUD, S. (1926). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. En: O.C. XX. Buenos Aires: Amorrortu. 1992.
- [9] PERRÉS, J. (1992). Formar, deformar, conformar: Acerca de las categorías de lo transmisible y lo intransmisible en el advenir (institucional) del psicoanalista. Colección Contextos. Facultad de Psicología. Universidad Autónoma del Estado de Nuevo León. México.
- [10] FERENCZI, S. (1928). El proceso de la formación psicoanalítica. Obras completas, tomo 4. París: Payot, 1974.
- [11] LACAN, J. (1959-60). El Seminario 7 La ética del psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós. 1995.
- [12] BLEICHMAR, S. (2006). La construcción del sujeto ético. Buenos Aires: Paidós.

EL CICLO DE LA FAMILIA ALCOHÓLICA, SUS SEIS ELEMENTOS Y SU INFLUENCIA EN EL PSIQUISMO DE LOS HIJOS.

MARÍA LETICIA ROSAS GARCÍA

Maestranda en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior. Psicóloga Social egresada de la UAM- Xochimilco I. Correo electrónico: psicoanalista.rosas@gmail.com

Recepción: 19 diciembre de 2020/ Aceptación: 14 junio de 2022

RESUMEN

El alcoholismo es una enfermedad que tiene efectos adversos, no sólo para la propia persona que lo consume, sino para su entorno. La familia es casi siempre quien padece los efectos de esta enfermedad; empero, es del alcohólico y su pareja de quienes se habla en la mayoría de los escritos en relación con el tema, es decir, son el centro principal de interés de los investigadores, pero, ¿qué sucede con los hijos de algún progenitor alcohólico, ¿no se ven afectados por el consumo excesivo de alcohol de alguno de sus padres? Por supuesto que sí, sin embargo, hay pocas investigaciones al respecto, y en su generalidad describen de forma superficial los posibles efectos del alcoholismo. En el presente texto estamos interesados en situar a los hijos de padres alcohólicos como eje central de este escrito, puesto que son integrantes que también viven el alcoholismo de sus padres y están inmersos en un ciclo familiar alcohólico. Así pues, nos preguntamos ¿Cómo influye el alcoholismo de algún progenitor en el psiquismo de los hijos?

PALABRAS CLAVE: alcoholismo, constitución psíquica, niño, progenitor.

ABSTRACT

Alcoholism is a disease that has adverse effects not only for the person who consumes it, but for their environment. The family is almost always the one who suffers the effects of this disease. Usually it is the alcoholic and his partner who are discussed in most of the writings in relation to the subject, that is to say, they are the main center of interest of the researchers, but what about the children of an alcoholic parent, are they affected by excessive alcohol consumption of one of their parents? Of course there is, however, there is little research on the subject, and in general, the possible effects of alcoholism are superficially described. In the present text we are interested in placing the children of alcoholic

parents as the central axis of this writing since they are members who also experience their parents' alcoholism and are immersed in an alcoholic family cycle. So, we ask ourselves, how does the alcoholism of an alcoholic parent influence the psyche of the children?

KEY WORDS: alcoholism, child, parent, psychic constitution

RÉSUMÉ

L'alcoolisme est une maladie qui a des effets néfastes, non seulement pour la personne qui en consomme, mais pour son environnement. La famille est presque toujours celle qui subit les effets de cette maladie; portant, c'est l'alcoolique et son partenaire qui sont évoqués dans la plupart des écrits en rapport avec le sujet, c'est-à-dire qu'ils sont le principal centre d'intérêt des chercheurs, mais qu'en est-il des enfants d'un parent alcoolique qui ne sont pas concernés par la consommation excessive d'alcool par l'un ou l'autre de leurs parents? Bien sûr, il y a, cependant, il y a peu de recherches sur le sujet, et en général, les effets possibles de l'alcoolisme sont décrits superficiellement. Dans le présent texte, nous nous intéressons à placer les enfants de parents alcooliques comme axe central de cette écriture, car ce sont des membres qui vivent aussi l'alcoolisme de leurs parents et sont plongés dans un cycle familial alcoolique. Alors, nous nous demandons, comment l'alcoolisme d'un parent influence-t-il le psychisme des enfants.

MOTS CLÉS: alcoolisme, constitution psychique, enfant, parent.

INTRODUCCIÓN

La inquietud por esta temática, surge mientras realizaba una búsqueda documental sobre el alcoholismo, que pudieran dar soporte a una solicitud escolar. Indagando sobre el tema, se encontraron pocas investigaciones dedicadas a los hijos de padres alcohólicos, casi todos los escritos existentes abordaban el tema del alcoholismo centrándose únicamente en el consumidor, en las causas y en las consecuencias que el uso excesivo de alcohol genera en ellos. He ahí la relevancia de este escrito, el alcoholismo no es una enfermedad exclusiva de quien la padece, sino que es un problema que tiene consecuencias y repercusiones en cada uno de los miembros que constituyen dicha familia.

Pareciera que las parejas de los alcohólicos son quienes "padecen" mayormente la enfermedad del esposo o esposa, pero ¿qué sucede con los hijos? ¿cómo viven la enfermedad de sus padres? ¿cómo enfrentan la vida frente a esta problemática? y ¿qué efectos psíquicos presentan estos niños ante el alcoholismo de alguno de sus padres?

La intención de este trabajo, no es hacer juicios de valor hacia el alcohólico, ni hacia la pareja de ésta. El objetivo de este artículo es subrayar la importancia y repercusión de los

encuentros y tratos que recibe un niño que vive con un padre o madre alcohólico, y cómo éstos dejan huella y repercusión en su aparato psíquico.

ABORDANDO EL ALCOHOLISMO

De acuerdo con la Encuesta Nacional de Adicciones, el alcoholismo se define como:

Patrón de consumo desadaptativo que lleva a un deterioro o malestar clínicamente significativo expresado por la presencia de tres o más síntomas (tolerancia; abstinencia; uso en mayor cantidad o tiempo de lo deseado; deseo persistente por consumir; empleo de mucho tiempo para conseguir alcohol o recuperarse de sus efectos; reducción de actividades sociales, laborales o recreativas por causa del alcohol, y uso continuado a pesar de tener conciencia del daño que se asocia con el consumo (61) [1].

El alcoholismo es una enfermedad crónica, progresiva, incurable y mortal, caracterizada por la ingesta repetida y excesiva de alcohol de un sujeto que se hace dependiente a esta sustancia.

En nuestro país el alcoholismo tiene amplia aceptación social, misma que ha facilitado el consumo en la población mexicana, la presencia de esta sustancia se promueve en la mayoría de las familias de México, incluso el inicio de su consumo muchas veces se da dentro del núcleo familiar.

Un estudio basado en datos de la Organización Mundial de la Salud afirmó en 2018 [2], que México se encontraba entre los diez primeros países de Latinoamérica que consumen alcohol, por ello es considerado uno de los principales problemas de salud pública y representa una grave amenaza al bienestar y vida de las familias mexicanas que lo padecen.

Las investigaciones que se han realizado al día de hoy sobre el alcoholismo, refieren que éste ha aumentado considerablemente. *“La consultora Nielsen México, por ejemplo, dio a conocer que del 5 al 11 de abril hubo un incremento del 63 por ciento en la venta de bebidas alcohólicas en el país en comparación con el mismo periodo de 2019.”* (7) [2] Lo cual significa que los comportamientos de riesgo y la violencia aumenten también dentro de las familias, por esta razón el gobierno de México está dedicando recursos financieros y programas para atender este padecimiento. *“En la lucha contra esta adicción, las instituciones estatales de salud, y la población en general, cumplen una importante función para prevenir y controlar esta enfermedad.”* (3) [3]

Hasta el momento los proyectos para combatir el alcoholismo están nuevamente destinados a las parejas de los sujetos alcohólicos, quienes aparentemente son las principales afectadas. *“La diputada federal Verónica Juárez Piña advirtió desde el 12 de abril sobre el repunte de casos de violencia intrafamiliar. En su pronunciamiento citó cifras del Instituto Nacional de las Mujeres, que reportó un aumento de hasta 100% en las llamadas de auxilio al “911” por violencia doméstica 66% de las cuales son por agresiones físicas.”* (13) [2]

El alcohol tiene gran influencia para la sociedad y las familias, es factor problemático en la conformación y funcionamiento de la familia y del individuo, es una de las causas directas de violencia familiar o de género.

El comportamiento o conducta de un individuo bajo los efectos desinhibidores del alcohol va a ser similar al comportamiento del mismo individuo en estado sobrio, es decir, una persona que no es violenta no se transformará en violenta por encontrarse bajo los efectos del alcohol. Por el contrario, el que es violento sin haber bebido seguirá siéndolo, o aumentará su violencia cuando beba...por tanto, el consumo de alcohol puede suponer un incremento en la gravedad o de la frecuencia del empleo de la violencia en la pareja en ambos, con mayor frecuencia por parte del hombre hacia la mujer (11) [4].

EL ALCOHOLISMO Y SU REPERCUSIÓN EN LA FAMILIA

El alcoholismo tiene alcance en la familia, los miembros que la constituyen se enfrentan no sólo al alcohólico, sino a las repercusiones que sus actitudes o acciones pueden generar en cada uno de ellos.

“Uno de los principales problemas o riesgos que enfrenta la familia con un miembro alcohólico es que la enfermedad se convierte en la parte central de la identidad familiar, al asumir la familia la identidad de alcohólica todas sus conductas están sobre la ingesta o no del alcohol” (28) [5]. Es decir, todos los miembros están preocupados y ocupados en lograr que el alcohólico no beba o beba menos de lo que acostumbra, estas preocupaciones únicamente tratan de ocultar el caos y el desorden que la mayoría de las veces se presenta en el hogar. Apropiándose así de una enfermedad que se focaliza en un sólo miembro, pero se expande al resto de los integrantes.

La conducta global de la familia en términos generales es caótica e imprescindible, con un ambiente marcadamente estresante y rígido, con periodos de violencia de diferentes grados, tanto en los diferentes subsistemas, como dentro de los subsistemas, hay amenazas

constantes y si no hay violencia física y verbal existe la emocional la cual es muy acentuada. *“Por lo general los miembros viven angustiados y con sentimientos de abandono”* (28) [5]. Debido a que el alcohólico drena todos los recursos de la familia: económico, afectivos, sociales, etc.

El tipo de relación que adopta el progenitor alcohólico con respecto a los miembros de la familia, está dominado por el maltrato; el padre o madre alcohólico es irritable, hostil y violento, nunca establece vínculos de protección y cuidado con la familia, mucho menos con los hijos. El único vínculo que establece el alcohólico es con la bebida, su vida se ve dominada por ésta y la familia sin lugar a duda *“está dominada por el alcoholismo y el alcoholismo se convierte en el **secreto familiar**. Este secreto es el principal eje rector alrededor del que la familia se organiza, se adapta, mantiene su estructura y a la vez mantiene a los miembros de la familia juntos”* (2) [6].

El alcoholismo forja pues, que cada miembro tenga un papel específico dentro del hogar y crea una especie de inmunidad en cada integrante frente a cada situación que vive con el sujeto alcohólico, desarrollando así tolerancia y adaptación a una vida de sufrimiento, tristeza y desilusión.

La familia es entonces, una familia alcohólica que defiende su realidad negándola, ésta cuenta con un ciclo particular, que se presenta en la mayoría de las familias en las que existe un progenitor alcohólico, cabe mencionar que este ciclo no es una condición en todas las familias alcohólicas, dado que, *“no hay un solo tipo de familia alcohólica, sino que es una diversidad muy amplia”* (28) [2].

FAMILIA ALCOHÓLICA

El alcoholismo es un estresor mayúsculo para cada miembro de la familia, drena económicamente los recursos de ésta, y pone en peligro la seguridad en el trabajo.

La conducta del bebedor puede alterar las tareas normales de la familia, causar conflictos y demandar respuestas adaptativas de los miembros de la familia que no saben cómo responder apropiadamente...el alcoholismo crea una serie de crisis en la estructura y función de la familia que pueden poner al sistema familiar en un estado de catástrofe (2) [6].

Según mi propuesta, la familia alcohólica parece presentar un ciclo que consta de seis elementos, mismos que se ejecutan en tiempos distintos.

El primero de estos elementos, tiene que ver con la negación, centro principal que organiza al alcohólico y a su familia. Se exterioriza en distintos momentos de la enfermedad y de diversas formas en cada miembro; por ejemplo: para el alcohólico la negación aparece al momento en el que no acepta su enfermedad, no la nombra o peor aún no la visualiza. Comentarios como: “yo no soy alcohólico” “no quiero hablar de eso “ o “bebe por cansancio, gusto o preocupación”, pueden ser ejemplos de este primer elemento.

El segundo elemento, corresponde a los intentos de eliminar el problema a como dé lugar, y aquí aparecen comentarios como: “papá por qué tomas” o “ya vas a empezar a tomar”. Estos comentarios, casi siempre son referidos por la esposa o por los hijos, pero al progenitor alcohólico, poco le importan estas formas de erradicar el problema.

Nuestro tercer elemento del ciclo, enmarca la desorganización y el caos, en esta etapa el balance de la familia comienza a debilitarse y el alcohólico con sus acciones detona que se presenten problemas de todo tipo; tanto económicos, como laborales, sociales y familiares. Comienzan los ausentismos en el trabajo, el distanciamiento familiar, entre otras cosas que reorganizan la vida de cada miembro de la familia.

El cuarto elemento, hace referencia a la reorganización a pesar del problema, aquí el progenitor que no consume alcohol, asume gradualmente gran parte de las responsabilidades para la familia, se siente responsable de todo, incluso del alcoholismo de su pareja.

En este contexto, es habitual encontrarse con una figura materna o femenina, regularmente son las esposas quienes se responsabilizan de los hijos, de la casa y de los gastos que ésta pueda generar. La esposa o madre de esta familia alcohólica intenta controlar todo, a su esposo, a sus hijos y a todos los miembros de la familia que viven en su hogar, buscando con esto una continua sensación de seguridad y soporte, tanto para ella como para sus hijos; sensación que la pareja no le brinda.

El quinto elemento, nos habla del esfuerzo de los miembros por escapar de situaciones caóticas. De acuerdo a los textos consultados sobre alcoholismo y su relación con la familia, el esfuerzo por escapar de estas situaciones caóticas, casi siempre es detonado por la pareja del sujeto alcohólico.

En el mejor de los casos, la pareja intenta escapar de estas situaciones mediante la separación y/o divorcio. En los casos más comunes, la pareja únicamente exige hablar con el sujeto alcohólico, en un tiempo en el que éste se encuentra en sobriedad, ello para “ad-

vertir” que si el caos vuelve a surgir (que es lo que pasa en la mayoría de la veces) la relación puede verse afectada. *“Si la familia queda intacta continuará viviendo alrededor del alcohólico”* (29) [2]. Siempre con la incertidumbre y el miedo de que éste vuelva a beber, y de que las situaciones de caos vuelvan a zarandear sus vidas.

El sexto y último elemento del ciclo, está vinculado con el anterior y tiene que ver con la negociación de la familia, en la cual, el alcohólico y la pareja de éste, deberán tomar y/o realizar ajustes necesarios a fin de solucionar el problema y favorecer a los hijos. De acuerdo con las investigaciones, estas negociaciones se dan una y otra y otra vez en las familias.

Si se analiza cada uno de estos elementos, se puede decir que, tienen una intención específica oculta, que es satisfacer las necesidades humanas, ya sea de la esposa, de los hijos o de cualquier integrante de la familia.

Hablar de necesidades humanas, hace referencia a aquellas *“que generalmente son cubiertas en las relaciones interpersonales normales: amar y ser amado, ser necesitado y aceptado, tener seguridad y un sentido de logro; sentirse útil y tener un propósito en la vida pero en un principio cuando se instala el alcoholismo en una familia existe el riesgo de que estas necesidades no sean cubiertas”* (29) [2].

Es bien sabido y más en el gremio del psicoanálisis que la familia es ese espacio en el que el sujeto va a construir, con ayuda del otro, el camino para estar en el mundo, va a desarrollar creencias, valores, y comportamientos que van a estar determinados por los roles y funciones que los padres desarrollen. Abocado a este tema, es importante mencionar, que a los padres les corresponden garantizar relaciones y satisfacer las necesidades básicas de alimento, cuidados, protección, puesto que son necesarios para la vida y la estructuración psíquica del sujeto.

Dentro de la familia, es necesario que se establezcan: roles, vínculos emocionales y afectivos cálidos, que aseguren vivencias emocionales permanentes, expresadas en comportamientos y discursos, que permitirán colocar a cada integrante de la familia en una posición individual, es decir, es necesario que exista esa diferenciación entre hijos y padres, a fin de poder coexistir permanentemente.

En el caso de las familias que tienen un padre o una madre alcohólicos. Existe una inconsistencia en la falta de roles claros en los padres. El patrón de conducta del bebedor — estable o errático— afecta tanto el rol que cada padre tiene asignado, como su estabilidad. Al alcohólico se le considera incapacitado y excluido de la función de la rutina de la

familia. El alcohólico se convierte en otro niño al que hay que cuidar, limpiar, y no se le consulta en las decisiones de la familia.

La inconsistencia en la falta de roles, arrastrará perturbaciones en los vínculos profundos de los niños y niñas con sus padres, pues éstos, no podrán originar esa experiencia de pertenencia y de singularidad que se crea con el establecimiento de roles. Los niños que viven con un padre alcohólico, no reciben información esencial para reconocer su historial, para diferenciarse del otro, para expresarse, para definirse y definir límites; he ahí que en la etapa adulta existan *“dificultades de identificación por falta de modelamiento apropiado”* (4) [6].

HIJOS DE ALCOHÓLICOS: QUIÉNES SON Y CÓMO ESTÁN CONSTITUIDOS

Los hijos de padres alcohólicos, son aquellos sujetos que han vivido y crecido en un hogar donde reina el alcoholismo. De ellos se habla poco, y casi siempre se les mantiene en silencio, como si el problema de alcoholismo de su madre o padre fuera un asunto estrictamente privado, que debe ser silenciado dentro y fuera del hogar.

Los hijos de padres alcohólicos viven al igual que la pareja de éste, situaciones desagradables que tendrán repercusión en el psiquismo. Determinar cómo es que influye el alcoholismo de uno o ambos padres en el psiquismo de los hijos, no es tarea fácil, puesto que las experiencias que los hijos viven nunca son iguales.

Los hijos de padres alcohólicos, son sujetos que tienen por lo regular diversos anhelos, debido a la nula satisfacción de necesidades, condiciones y contextos que los padres brindan. El mérito de las madres y de los padres, reside en que deben responder a innumerables necesidades de sus hijos; por consiguiente, no sólo deben disponer de recursos tangibles, sino también una plasticidad estructural psíquica para adaptar sus respuestas a lo que su hijo requiere; si no existe lo anterior, los niños tendrán necesidades fisiológicas, de aceptación, de lazos afectivos y por supuesto de valores.

Hablar de necesidades fisiológicas, hace referencia a las condiciones de vida en la que crecen los niños, y es evidente que los niños que viven con un progenitor alcohólico, muchas veces no las tienen, carecen de elementos que garantizan por ejemplo: la buena salud, el alimento, el hogar y por supuesto la armonía del ambiente.

Las necesidades de aceptación, se van a relacionar con la calidad de los mensajes verbales y corporales que reciben los niños de sus padres, dichos mensajes deben connotar en el ámbito afectivo, a fin de que el niño se sienta amado, aceptado y respetado. Los niños

que viven con un padre alcohólico, sí reciben estos mensajes, pero son confusos, porque justo la entidad alcohólica expresa afecto al tiempo que envía mensajes de odio o de violencia, por ello los niños viven; *“una expectativa negativa y rígida del mundo, siempre esperando lo peor”* (5) [6]. Siempre buscando *“la autoevaluación, la crítica o el reproche”* (38) [7] de sí mismos y de sus actos.

En lo que refiere a la necesidad de lazos afectivos, podemos decir, que los hijos de padres alcohólicos no son dotados de lazos afectivos claros; puesto que en su hogar, casi siempre reina la violencia, los gritos, los maltratos, lo anterior trae como resultado, niños desconfiados con sentimientos de culpa, que se caracterizan por tener comportamientos destructivos o violentos.

Finalmente la necesidad de valores, hablará de la carencia que tienen los niños al no sentir pertenencia dentro de su propia familia, colonia o cultura. Los hijos de padres alcohólicos, no sienten que encajan en su contexto social y familiar, justamente porque no se garantiza el respeto y no se enmarcan los roles socialmente establecidos, pero entonces, cómo influye el alcoholismo en el psiquismo de estos niños.

La influencia del alcoholismo en el psiquismo de un niño que vive con un progenitor alcohólico, nunca va a ser el mismo, puesto que este se va constituir *“en función de los contextos en los que se desenvuelve el individuo”* (112) [8]. El contexto más próximo, es siempre la familia, y los principales responsables de dicha constitución son los padres, son ellos quienes crean este *“auto concepto, es decir, la construcción de lo que el individuo percibe y valora de sí mismo conformado en el marco de diversas experiencias socio-culturales a lo largo de su vida”* (112) [8].

Cada familia que convive con un alcohólico tendrá una identificación familiar que, desprenderá *“problemáticas específicas que a la luz de cada integrante familiar serán significadas de distinta manera, desde el punto de vista de los hijos comenzaremos a presentar cómo viven cada una de estas situaciones que van dando forma a su familia y a su ser individual”* (112) [8].

Los hijos podrán presentar a lo largo de su vida diversos estados de sufrimiento, frustración, debido a todos los eventos suscitados en la llamada familia alcohólica, incluso, podrían comenzar a conceptualizar a sus padres alcohólicos dependiendo del trato que estos les den.

Los tipos de relación que los hijos *“tienen con el progenitor alcohólico en su mayoría pasan a ser de rechazo y evitación. Los hijos específicamente llegan a ponerse nerviosos*

ante la presencia del alcohólico y más adelante este sentimiento de temor pasa a ser de rechazo al percibir al padre como una persona desagradable” (116) [8], que violenta y atemoriza sus vidas y las de su familia.

El temor y rechazo que los sujetos pudieran tener hacia sus padres, podría hablar de la postura que toman los hijos al resignificar la vivencias, que en algún momento fueron negadas por el miedo a enfrentar una situación tan difícil, como lo es el alcoholismo.

CONCLUSIÓN

De acuerdo con los autores revisados, se pudo observar claramente; *“cómo la problemática de alcoholismo afecta en mayor grado a la familia que al adicto, especialmente a los hijos, quienes llegan a padecer trastornos conductuales y emocionales” (118) [8].*

Hablar del fenómeno del alcoholismo resulta sumamente complejo, ya que incide en diferentes niveles y esferas sociales, desde lo individual hasta lo social, donde representa un problema de salud pública. *“Particularizando en los grupos donde se desenvuelve el alcohólico, el núcleo familiar es el que tiene mayor relevancia y por lo tanto es donde se manifiestan las mayores afecciones” (119) [8].*

Sería un error clasificar, si es la madre o los hijos quienes se ven más afectados por el alcoholismo de la pareja o el progenitor, evidentemente para ambos el alcoholismo, se convierte en el centro organizador de sus vidas.

Están controlados por la realidad del alcoholismo, y al mismo tiempo deben negar esa realidad. Para preservar esta contradicción inherente, todos los miembros de la familia adaptan su pensamiento y conducta para encajar en la historia familiar, aparecen las explicaciones que deben construirse, para permitir la conducta del bebedor y negarla al mismo tiempo. Esta historia se vuelve el punto central de la familia. Incluye las creencias centrales que los miembros de la familia comparten y que dan un sentido de unidad y cohesión, contra un mundo que se percibe como hostil e inseguro.

Las percepciones de cada uno de los integrantes de la familia alcohólica cambian, cada uno vive el alcoholismo de diferente forma, ya las investigaciones nos han mostrado un poco cómo lo vive el alcohólico y cómo lo vive su pareja. Es así, que es prudente que se continúe investigando sobre el tema, pero ahora desde una perspectiva distinta y con un sujeto de estudio distinto, que también es partícipe de las situaciones que se viven en casa: de la violencia, la frustración, el caos y la confusión general fundada en el alcoholismo de su progenitor.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] Secretaría de Salud, Consejo Nacional Contra las Adicciones, Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente, Instituto Nacional de Salud Pública (2009). Encuesta Nacional de Adicciones 2008. México: Secretaría de Salud, Consejo Nacional Contra las Adicciones, Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente, Instituto Nacional de Salud Pública. [http://www.inprf.gob.mx/psicosociales/encuestas_ena2008.html]
- [2] RIOS, J. (2020). Aumenta el consumo de alcohol y violencia intrafamiliar en cuarentena. Gaceta Udg. Fecha de Consulta 28 de Julio de 2020. Disponible en <http://www.gaceta.udg.mx/aumenta-consumo-de-alcohol-y-violencia-intrafamiliar-en-cuarentena/>
- [3] BORRERO, F. (2012). Alcoholismo y sociedad. Revista Información Científica, 75(3), Fecha de Consulta 28 de Julio de 2020. ISSN: Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=5517/551757270028>
- [4] LLOPIS, C. (2014). Relación entre el consumo abusivo de alcohol y la violencia ejercida por el hombre contra su pareja en la unidad de valoración integral de violencia de género (UVIVG) de Sevilla. Cuadernos de Medicina Forense. 20(4), 151-169. <https://doi.org/10.4321/S1135-76062014000300002>
- [5] QUIROZ, J. (2005 marzo- abril) Atención Familiar, Vol. 12. Núm. 2. Fecha de Consulta 28 de Julio de 2020. Disponible en http://www.facmed.unam.mx/deptos/familiar/compendio/Tercero/III_EMF_259.pdf
- [6] CAMPILLO, M. (sf) LiberAddictus. Hijos adultos de padres alcohólicos. Fecha de Consulta 28 de Julio de 2020. Disponible en <http://www.liberaddictus.org/Pdf/0780-73.pdf>
- [7] FREUD, S. (1994). El yo y el ello, y otras obras (1923-1925). O. C. Tomo 19. Buenos Aires: Amorrortu.
- [8] RAMÍREZ, A. (2014). Una visión del alcoholismo del padre desde la mirada de los hijos. Salud y drogas. 14(2) ,109-120. Fecha de Consulta 30 de Julio de 2020. ISSN: 1578-5319. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=839/83932799003>

ANTOLOGÍA

FUNCIÓN PARENTAL EN LA CONSTITUCIÓN DE LA FEMINIDAD

MITZI MIRIAM LEÓN CALDERÓN

Doctora en Investigación Psicoanalítica y Maestra en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior. Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Práctica clínica privada.

Correo electrónico: mitzi.miriam.l@gmail.com

Recepción: 28 abril de 2022/ Aceptación: 27 mayo de 2022

RESUMEN

El artículo identifica aspectos de la función parental que intervienen en el desarrollo libidinal de la niña, implicados en el devenir de una feminidad molesta y displacentera. Se describe cómo el vínculo madre-hija pone en escena estragos por la frecuente y latente amenaza de fusión. Se enfatiza lo difícil y doloroso que resulta para la niña la separación con ese primer gran amor, y la remanida hostilidad que conlleva dicho el vínculo. A su vez, se repara en cómo ésta relación pone en juego la valorización de la feminidad y desarrollo de la sexualidad de la niña. Asimismo se aborda cómo el vínculo padre-hija opera en la constitución de la heterosexual, como agente libidinizador-seducor de su hija; y de que manera, él contribuye a la valorización de su feminidad. Siendo que las tareas más importantes del padre, será separar la dualidad madre-hija, y establecer una adecuada verbalización de la prohibición del incesto.

Éste apartado tiene la intención de promover el devenir de una subjetivación femenina que propicie que las mujeres se identifiquen positivamente con su género, en tanto se muestran algunas pautas de la función parental que pueden coadyuvar a la constitución del sentido una feminidad más satisfactoria.

PALABRAS CLAVE: displacer, feminidad, función parental, malestar, padre, psicoanálisis, vínculo madre-hija.

SUMMARY

The article identifies aspects of the parental function that intervene in the girl's libidinal development, implicated in the evolution of an annoying and unpleasant femininity. It describes how the mother-daughter bond plays havoc due to the frequent and latent threat of fusion. It emphasizes how difficult and painful the separation from that first great love is for the girl, and the remnant hostility that said bond entails. At the same time, it is noted how this relationship puts at stake the valorization of femininity and the development of the girl's sexuality. It also addresses how the father-daughter bond operates in the constitution of the heterosexual, as a libidinizing-seductive agent of her daughter; and in what way, he contributes to the valorization of her femininity. Being that the most important tasks of the father, will be to separate the mother-daughter duality, and establish an adequate verbalization of the prohibition of incest.

This section intends to promote the future of a female subjectivation that encourages women to identify positively with their gender, while some guidelines of the parental function are shown that can contribute to the constitution of a more satisfactory sense of femininity.

KEYWORDS: displeasure, discomfort, father, femininity, mother-daughter bond, parental function, psychoanalysis.

RÉSUMÉ:

L'article identifie des aspects de la fonction parentale qui interviennent dans le développement libidinal de la fille, impliqués dans l'évolution d'une féminité gênante et désagréable. Il décrit comment le lien mère-fille fait des ravages en raison de la menace fréquente et latente de la fusion. Cela souligne à quel point la séparation d'avec ce premier grand amour est difficile et douloureuse pour la fille, et l'hostilité résiduelle que ce lien implique. En même temps, on note comment cette relation met en jeu la valorisation de la féminité et le développement de la sexualité de la fille. Il aborde également comment le lien père-fille opère dans la constitution de l'hétérosexuel, en tant qu'agent libidinisant-séducteur de sa fille ; et de quelle manière, il contribue à la valorisation de sa féminité. Etant donné que les tâches les plus importantes du père, seront de séparer la dualité mère-fille, et d'établir une verbalisation adéquate de l'interdiction de l'inceste.

Cette section entend promouvoir l'avenir d'une subjectivation féminine qui encourage les femmes à s'identifier positivement à leur genre, tout en montrant certaines lignes directrices de la fonction parentale qui peuvent contribuer à la constitution d'un sens plus satisfaisant de la féminité.

MOTS CLÉS: inconfort, féminité, fonction parentale, lien mère-fille, mécontentement, père, psychanalyse.

INTRODUCCIÓN.

Este escrito es un fragmento de una tesis doctoral que aborda la temática del malestar y displacer en la feminidad [1]. Se presenta con el objetivo de mostrar aspectos de la función parental que intervienen en la constitución femenina para que aparezca o no algún tipo de problemática en la mujer.

El pensamiento psicoanalítico acerca de lo femenino, ha efectuado numerosas revisiones con diferentes modelos clínicos-teóricos. Tenemos hoy en día a nuestra disposición una gama amplia de estudios que han re-examinado el complejo proceso de la constitución tanto de la identidad psicosexual como la de género. Sin embargo para los fines de esta apartado, sólo abordaremos cómo es que el papel del padre y el vínculo con madre inciden de forma particular en la estructuración femenina de su hija.

La niña en su desarrollo debe atravesar una serie de vicisitudes para llegar a hacerse mujer. En éste proceso participan tanto elementos del ámbito psíquico y del ámbito social que contribuyen para que el desarrollo de la niña, sea más complejo que el del varón. Freud 1932 [2] revela que el desarrollo de la niña pequeña hasta la mujer normal, es más difícil y complicado que en el varón, pues incluye dos tareas adicionales que debe realizar; el cambio de objeto y el cambio de zona erógena. Así el displacer de la feminidad que deviene del ámbito psíquico, principalmente acontece de las vicisitudes de la castración que la niña debe atravesar en su desarrollo libidinal. Igualmente en el ámbito social, la niña en su desarrollo debe sortear el impacto doloroso de una feminidad preformada por la cultura que resulta ser molesta.

El malestar y displacer de la mujer que subyace de la feminidad, es enfrentar la triste realidad, de que se sigue identificando como sellos femeninos a la pasividad, y la condición de ser de objeto de deseo de algún otro. Aun cuando en la actualidad irrumpen cambios favorables para la mujeres, lamentablemente dichos cambios siguen siendo insuficientes para abatir aquellos problemas de índole femenino; la desautorización a la feminidad en la vida anímica de los seres humanos que destaca Freud en 1937 [3] no se ha logrado superar.

Éste marco desfavorable de lo difícil y complicado que puede resultar ser una mujer, trae consigo una serie de consecuencias psíquicas y sociales para ella, mismas suscitan una serie de dificultades y de síntomas clínicos, que las llevan a acudir a consulta.

Es así que este trabajo, tiene el propósito de acercarnos a la constitución de la identidad femenina, desde horizonte de la función parental. Describiremos como el vínculo madre-hija es primordial en el desarrollo de la feminidad; ya que la valorización de la feminidad; la sexualidad, la identificación con lo femenino y el proceso de separación-individualización se ponen en juego en esta relación. También se abordará el papel del padre en la constitución de la feminidad; en su función de separar a la hija de la madre, como agente libidinizador de la sexualidad de su hija, y como el trasmisor de la prohibición del incesto, ley a la que él también debe estar sometido.

VÍNCULO MADRE-HIJA

Podemos coincidir qué para hablar de la feminidad, una tarea compleja y controversial, el psicoanálisis ofrece el recuento más completo y detallado de la constitución psíquica de la subjetividad femenina. Es desde esta perspectiva que hemos tomado noticia, que en el caso de la estructuración femenina, el vínculo madre e hija es esencial para acceder a la feminidad.

Todo comienza desde la época más temprana, la participación de la madre en el desarrollo de la feminidad de su hija empieza desde su nacimiento, en la forma en cómo la madre acoge a su hija por ser niña, acogida que marcará sin duda alguna el destino de su futura feminidad. Dio Bleichmar, E. en 1997 [4], manifiesta que estereotipos de lo que significa ser mujer, estarán presentes en la mente de la madre durante la llegada de su hija, para la autora comienza allí la jerarquía y la preferencia por un género que teñirá la relación madre-hija, devendrán una serie de enunciados que darán una valoración inicial al sexo de su hija. “Una madre decía: ¡otro valle de lágrimas! acunando tiernamente a su hija pero imbuida de un gris «pre-sentimiento»”(316) [4]. Cuando la niña llega al mundo, se encuentra lamentablemente con enunciados de una feminidad devaluada; esa madre en su propia experiencia de vida lo ha vivido, y reproduce con su hija enunciados de una inferioridad femenina.

Esto nos recuerda a la violencia primaria que traza Aulagnier, P. en 1977 [5], la voz de la madre ofrece un material psíquico estructurante solo por haber sido ya remodelado por su propia psique, la violencia primaria es un discurso que anticipa a todo entendimiento, y es necesaria en tanto permite al sujeto el acceso al orden humano, el discurso materno se dirige a una sombra hablante proyectada sobre el cuerpo del infans, de ahí que se espera de la madre, un sentimiento de amor hacia el infans y un acuerdo con el discurso cultural de la función materna.

Pareciera que el nacimiento de una niña puede no despertar alegría y orgullo en la madre,

el mal augurio o también la estimación futura de que su hija se convierta en una rival que le usurpe su lugar, su estima y hasta su marido, puede trastornar su vínculo, estructurándose desde el inicio una ambivalencia entre madre e hija [4].

Sin embargo, a pesar de ese destino inmutable que le espera a la hija, a pesar del pesar, esa madre atenderá a su hijita con ternura...pero es más probable que su pesar curse como una tonalidad depresiva que puede incluir disforia, irritabilidad, hosquedad y mal contacto. (316) [4].

Dio Bleichmar [4], propone una feminidad primaria que deviene antes de la diferencia anatómica de los sexos, esta feminidad nos ayuda a explicarnos como la relación temprana madre-hija contribuye a una identificación inicial de la niña con el género femenino en lo que respecta a la maternidad. Es la identificación de la niña con la madre como su otra igual e ideal, si bien todavía no se puede hablar de lo propiamente femenino, la niña ya sabe que es igual a la madre. Este ideal, no implica que la niña no pueda sentirse rencorosa, defraudada o carente de amor y cuidados por parte su madre, pero estos sentimientos no corrompen a la feminidad primaria, puesto que dicha feminidad está más bien relacionada con el lugar que ocupa el interés materno de cuidar la vida de las personas que no se asocia a sentimientos de carencia ni de falta.

Freud [2] señala que el extrañamiento de la niña hacia la madre se produce bajo el signo de la hostilidad, esto es, que la ligazón-madre termina acabando en odio, mismo que puede durar toda la vida, aunque por lo común una parte de él se supera, pero otra permanece. Tal hostilidad podría originarse por una serie de reproches hacia la madre, como: haber suministrado poca leche, pérdida del pecho materno, el nacimiento de un hermanito, la prohibición de la masturbación etc., sin embargo, todos estos reproches, aunque son relevantes, también ocurren en el varón sin ser capaces de enajenarlo del objeto-madre. Entonces lo que se halla de específico en la niña que no se encuentra de la misma forma en el varón, reside en el complejo de castración, de modo que para Freud la separación con la madre y la hostilidad que se deriva de ella, tiene su génesis a partir de la percepción de la diferencia anatómica de los sexos.

En cambio Levinton, N. en el 2000 [6] interpreta que el origen de esta remanida hostilidad, ocurre antes del factor anatómico de la diferencia de los sexos, al ser la madre quien privilegiadamente frustra a su hija; con limitaciones, restricciones, prescripciones, sanciones etc., es decir, reglamentará la organización de la vida cotidiana de su hija, y luego más tarde en la pubertad será quien se encargue del control de su sexualidad. También, otro factor que opera en la compleja relación madre-hija, puede hallarse en el hecho de que la madre aparecerá como alguien devaluado, alguien con limitado poder domestico, deriva-

do de la asimetría y desigualdad de poder entre los sexos.

Levinton [6] comenta, que debido a que la niña es igual a la madre, en cuanto a que son del mismo género, se tenderá a fusionar y confundir con ella, hecho que también afecta a la madre, pues las madres tienden a no experimentar a sus niñas como separadas y diferentes de ellas. Si bien los sentimientos de unidad, de fusión y de continuidad, son sentidos de la madre entre cualquier sexo del hijo, parecen ser más fuertes y prolongados entre madres e hijas mujeres. Esta forma de vínculo con fuertes tintes de ambivalencia, estará impregnado de movimientos de acercamiento pero también intentos de discriminación y autonomía ante la amenaza de fusión.

Esta posesión de las hijas por las madres que tiene como escenario principal la etapa preedípica, establece la predisposición a un vínculo donde la dependencia es el rasgo más característico en las mujeres, cuya consecuencia será un proceso de narcisización del apego, es decir su subjetividad estará determinada por un sentimiento de sí misma donde amar y ser amada ocupará el epicentro de su mundo interno. [6]

Según la propuesta de Levinton, esta narcisización del apego, tiene especial incidencia en la génesis del superyó femenino, toda vez que lo más temido en una niña en esa etapa es “la falta de aprobación y la amenaza de la pérdida de amor, bajo la forma de «si no eres buena/obediente/complaciente...mama no te querrá» que es lo mismo que la niña ve en la escena adulta, porque mama se estremece si no la quieren” (131) [6]. Es así que la hipótesis de Levinton sugiere que “lo temido como desaprobación de la madre como figura central de apego y dependencia pasa a internalizarse como temor a la desaprobación del superyó” (132) [6]. Será un superyó femenino que se deriva principalmente de la relación de la niña con su madre, de la introyección de un modelo por identificación primaria en la etapa preedípica, asociado a los rasgos maternos ligados al cuidado de vida y la preservación de las relaciones, que serán el núcleo fundamental de lo que se constituirá como un imperativo categórico de género.

Navarro, D. en el 2007 [7] describe las frecuentes dificultades y malestares que viven las mujeres, a causa de una fuerte vinculación de odio o amor con la madre. El vínculo madre e hija da pie a que las mujeres ocupen un lugar primordial en las consultas, pues son muchas las quejas, sufrimientos e insatisfacciones, que acontecen de la frecuente dificultad de éste vínculo. La pasión primitiva por la madre la deja marcada de por vida, esto se verifica una y otra vez en el análisis de mujeres, aunque ese amor regularmente sólo se descubre en las dificultades y complicaciones con sus objetos amorosos. El estrago también se puede presentar en la adolescencia o en momentos donde el ser mujer se pone en juego, (maternidad, parto, acto sexual, aborto). Estados que suelen trastornar a la mujer,

por el exceso de proximidad entre ambas y la dolorosa separación. Tales estragos, son en cierta medida el pago para calmar la rabia de la madre, como por ejemplo; cuando la hija cede a la madre uno de los hijos. El pago tiene que ver con el intento de terminar con esa relación devastadora.

Freud en 1931 [8], en cuanto a que el primer objeto de amor de la niña es la madre, refiere que dos hechos en particular llamaron su atención en sus observaciones clínicas: el primero es que cuando existía una ligazón-padre muy intensa, había sido precedida por una ligazón-madre de igual intensidad y apasionamiento. El segundo hecho, es que la duración de esa ligazón-madre, en la mayoría de los casos llegaba a la edad de cuatro o cinco años, por tanto, abarcaba la parte más larga del florecimiento sexual temprano. Estos hechos le hicieron ver a Freud, que la fase preedípica de la mujer deja espacio para todas las fijaciones y represiones que conducen la génesis de las neurosis. Otra conclusión a la que llega, es que en esa dependencia hacia a la madre se halla el germen de la posterior paranoia de la mujer.

Para Helene Deutsch en [6], la problemática femenina, no es otra que el retorno a la antigua relación con la madre. La autora, a partir de observaciones de muchachas que consultaron un psicoanalista por tener dificultades para adaptarse a un medio, que les obligaba a ser libres y modernas, llega a la conclusión, de que tales dificultades se explicaban a partir de un rasgo esencial en la femineidad, la tendencia hacia la pasividad y por tanto la intensificación del masoquismo. Dicha situación tiene que ver con fallas, en relación al cambio de objeto, que según su concepto jamás tiene lugar completamente, recalcará que en todas las fases de desarrollo de la mujer, puede observarse claramente la adhesión a su madre. De los intentos para desprenderse de esa adhesión, dependerá su equilibrio psicológico y su destino estará condicionado muchas veces por el triunfo o fracaso de esos ensayos. Un ensayo fallido caracteriza a las jóvenes estableciendo relaciones con personas de ambos sexos, dominadas por la dependencia y la gran necesidad de apoyo.

Astorga, V. en 2009 [9], remarca lo difícil y complicado que es para una mujer desujetarse de su madre, y cómo esa condición puede hacer que una mujer, se convierta en fálica. Esa que evoca a la mujer omnipotente, mandona, controladora; nombrada como la bruja, la madre mortífera, persecutoria e intrusiva; la que protesta, castra y descalifica al hombre. Aquella que seduce para atrapar al hijo, pero que también aparece como la “madre perfecta” que sacrifica su vida personal para dedicarse a ellos “en cuerpo y alma”. El problema central es la dificultad de la madre de separarse del hijo, él la complementa, el hijo es su falo, a diferencia de la histérica, donde ella es el falo. De ésta manera lo que puede

originar que una mujer sea fálica, es que esa mujer haya sido sujeta por su propia madre, entonces a ella le será difícil desujetar al hijo. Si bien al principio es necesario que la madre e hijo estén sujetos, la ruptura con la madre es una necesidad biológica y psíquica. El fantasma de la completud necesario para vivir y crecer, debe después hacer factible la separación. Sí, la función de la madre fálica es necesaria al principio, hace presente la castración como trama estructural, pero paulatinamente tiene la madre que desujetar a su hijo para permitirle ser sujeto, pasaje decisivo de bebe-posesión a hijo-otro; es éste un momento en que la mujer se enfrenta ampliamente con la angustia de castración. Así la mujer que no fue desujeta por su madre, no puede enfrenar las separaciones; en todo caso la mujer resigna en algún sentido su demanda de pene, e intenta obtenerlo bajo la forma de hijo, tiene la fantasía de completarse con el bebe.

Mejorada, L. en 2009 [10] explica que las mujeres están destinadas a luchar contra la fusión materna para poder acceder a lo simbólico. Para esa autora la niña vive una angustia de partición en su cuerpo desde el momento en que se separa de su madre al nacer; sin embargo una parte de su madre coexistirá en ella; vale decir que la mujer se encuentra ante una eterna amenaza de la integridad narcisística, de correr el riesgo de quedar atrapada en la relación dual con la madre. La relación primitiva con la madre, será objeto de una poderosa atracción siempre activa.

Por su parte Dolto, F. En 1996 [11] partiendo de numerosas observaciones clínicas, exhibe la importancia del vínculo madre-hija en varios aspectos en el porvenir de la sexualidad de la niña. Uno de ellos es el papel de la madre en la valoración del sexo de su hija, plantea que contrariamente a lo que pensaba Freud, en todos los casos en que la madre no se ha negado a dar respuestas acordes con la verdad a las preguntas de las niñas, se supera rápidamente la decepción de no poseer un pene, ya que al ser escuchadas sin reproche y otorgarles un significado a las sensaciones genitales que experimentan en la etapa vulvo-clitoridiana (de los 25 a los 30 meses), surge “el honor de tener una vulva y, en el sexo, «un agujero como un botón»...La niña se dice a sí misma que esta hecha como las mujeres, como esta hecha su madre” (103) [11].

Siendo que en esta etapa la madre es vista como fálica y por lo mismo símbolo de todo poder y de todo saber, es absolutamente necesario la valoración explícita e implícita del sexo de su hija, para el porvenir de la sexualidad y de la personalidad de la futura mujer; en cambio cuando la curiosidad y los descubrimientos de sensaciones autónomas que la niña se da a sí misma, se reprochan o se estimulan con concupiscencia por una madre fóbica infantil, se promueven acontecimientos traumatizantes en su catexis erótica o en su

valoración fálica de la niña, lo que hace aparecer la represión de las pulsiones genitales y la eclosión de síntomas neuróticos [11].

Asimismo, una madre angustiada en su función fálica que humilla la expresión de la sexualidad de su hija cuando esta experimenta deseos edípicos, provocará que tomen la forma de una prohibición de seducción femenina; la niña sentirá que puede hacer peligrar o suplantar a su madre, y si por esa razón aparece una estimulación voluptuosa aparece el cuadro clínico de la sobreactivación del complejo de virilidad intranarcisista (que antes existía en la niña preedípica); en donde no es raro que la masturbación acapare la mayor parte del tiempo de esta niña [11].

También nos dice Dolto [11], que si la niña asiste a una escena de relaciones sexuales de una pareja o de sus padres, o bien lo escuche por otros niños en plena etapa edípica, puede producirse un traumatismo; todo dependerá de la situación emocional existente entre la madre y la hija; ya que como en esta etapa la angustia de violación actúa como estimulante de voluptuosidad genital; recurrirá a la madre buscando seguridad, pero solo si la madre es comprensiva dará una buena acogida.

Si asiente sobre la exactitud de los hechos y agrega las nociones de deseo y placer que forma parte de la vida sexual de los adultos, así como de la fertilidad eventual como efecto del coito, esta acogida abrirá el camino del desarrollo libidinal genital sano. Cuanto peor acogida reciba la niña y menos aclaraciones le den, tanto más culpabilizará sus pulsiones genitales (130-131) [11].

Una explicación dada por la madre después de esta confidencia, permite que el acontecimiento no sea traumático y por ende surja la serenidad del sentimiento de pertenecer al sexo femenino. De ahí la importancia de que la madre no castigue o niegue el hecho, afirmar la realidad de la penetración de la mujer por el hombre que la niña observó o se enteró, acompañada de una explicación de la motivación voluptuosa de este hecho, permite que la hija acceda a la comprensión del papel complementario del hombre y la mujer cuando son adultos, que se trata de placer natural no de disgusto ni de dolor [11].

Otro aspecto que se ve influenciado por el vínculo madre-hija, es que se pueden ver obstaculizadas las primeras atracciones heterosexuales en la niña, que según las observaciones de Dolto [11], se deben presentar en las niñas alrededor de los cuatro o cinco meses; si esas no se dan y la niña no acoge con entusiasmo los acercamientos amistosos de un representante del sexo masculino de su ambiente, es porque la madre está afectivamente cerrada a los hombres, pues cuando la madre tiene sentimientos positivos hacia ellos, la hija se sentirá indefectiblemente atraída por ellos.

Otra situación que distingue Dolto [11] en la relación madre-hija y que compete al desarrollo de su feminidad, es cuando las madres suelen estimular constantemente el adorno de sus hijas, así como una política de seducción a los hombres, tales madres cortocircuitan por así decir, la evolución libre de la sexualidad de su hija, y es que en varias ocasiones el encuentro de una joven con un muchacho le puede resultar peligroso, debido a que pueden proyectar su fertilidad posible o bien algunas veces hay una angustia de violación no resuelta. Por ello, de nuevo es importante un intercambio con la madre de aclaraciones pertinentes, de no ser así, se corre el peligro de que la joven llegue a pensar que ante la falta de deseo de acercarse a un varón, es frígida, y en ocasiones para liberarse de ese temor puede ceder a la presión, acercarse a los varones y embarazarse para asegurarse de que son mujeres al menos para la concepción.

Entonces, si a la niña la educa una mujer que es dadora de significados, es maternal, comprensiva, y sexualmente satisfecha por un hombre de comportamiento paternal con la niña; Dolto dirá, que todo esta en su sitio para la constitución de un comportamiento emocional femenino poderoso, así como un comportamiento sexual futuro no frígido [11].

Mc Dougall, J. en 1998 [12] concuerda con la idea de que la madre debe valorizar la feminidad de su hija, al mismo tiempo que la madre desee y estime al padre, pues si oye de su madre hablar mal de los hombres; por ejemplo, que se aprovechan de las mujeres, la niña tendrá dificultades para amarlos y separarse de la madre.

Así también Mc Dougall [12], recalca la importancia de que la masturbación de la niña sea vista por la madre como una expresión normal de la sexualidad infantil, dado que si es contrarrestada por coacciones expresadas de forma severa por la madre, en su afán de controlar sus propias angustias y dominarlas a través del control corporal de su hija, aumenta el riesgo de que más tarde se provoquen problemas neuróticos.

En la fase Edípica, la niña tiene la tendencia a temer que la madre ataque y destruya *todo su interior* para castigarla por el deseo de ocupar su lugar, de jugar eróticamente con el padre y recibir un hijo de él. El varón teme ser castrado como castigo por sus prácticas y fantasmas masturbatorios, mientras que la niña teme la destrucción de todo su cuerpo. En otras palabras el castigo de la masturbación sería la muerte (35) [12].

Por otra parte, Mc Dougall [12] enuncia otra situación que acontece en la niña, que es lo difícil que le resulta la superación del vínculo homoerótico y profundo con la madre, en tanto los vínculos homosexuales no son del todo evacuados por la envidia del pene.

La niña quiere poseer sexualmente a la madre, tener hijos con ella y ser amada por ella en exclusividad en un mundo que excluye a los hombres. Al mismo tiempo,

quiere ser un hombre como su padre, poseer sus órganos genitales y las cualidades ideales que les atribuye (39) [12].

Para Mc Dougall emergerán síntomas e inhibiciones en la mujer ante tales investiduras homosexuales: como es el caso de las eternas escenas conyugales; los problemas sexuales; los conflictos con los hijos, los colegas o los amigos; los bloqueos intelectuales o artísticos. Tras dichos síntomas e inhibiciones se puede revelar en la intimidad del diván una contracara homosexual.

En la misma línea Green, A. en 1986 [13] reafirma, que como en la niña la situación edípica le requiere el desprenderse de su objeto homosexual original, que es la madre, para luego investir un objeto heterosexual, que es el padre, es muy posible que la homosexualidad latente o sublimada desempeñe un papel más importante en la mujer que en el hombre, sobretodo en la pubertad, por eso no es raro que a manera de defensa se presente un vínculo paranoide de una hija con su madre, el cual esconde en el inconsciente su homosexualidad latente.

PAPEL DEL PADRE EN LA CONSTITUCIÓN DE LA FEMINIDAD

Previamente describimos como el vínculo madre-hija es esencial para entender las dificultades o no, que atraviesa la mujer en su estructuración femenina; pues bien, el papel del padre también es esencial en el desarrollo de la feminidad.

Freud [8], nos muestra la importancia que desempeña el padre en el desarrollo de la niña a la mujer; para Freud, si todo resulta de manera más conveniente en la configuración femenina, la niña toma al padre como objeto de amor. Así el desarrollo desemboca en la feminidad normal, aquella donde la mujercita halla la forma femenina en el complejo de Edipo y no en un complejo de masculinidad, inhibición de la sexualidad o la neurosis.

Freud en 1924 [14] afirma que el ingreso de la niña al Edipo, ocurre porque la castración es un hecho consumado; la entrada al Edipo, se da por la renuncia al deseo del pene, debido a que no se soportaría sin un intento de resarcimiento, éste deseo se desplaza bajo la forma de una ecuación simbólica: pene=hijo; es decir, su complejo de Edipo culmina en el deseo de recibir como regalo un hijo del padre, parirle un hijo; el Edipo es abandonado después poco a poco porque este deseo no se cumple nunca. Ambos deseos, el de poseer un pene y el de recibir un hijo, permanecen en lo inconsciente, donde se conservan con fuerte investidura y contribuyen a preparar al ser femenino para su posterior papel sexual.

Navarro [7] enfatiza que derivado a que la niña para acceder a la feminidad, debe virar al padre, y en éste transito realizar un difícil duelo de ese primer y gran amor que es la ma-

dre; el padre, debe estar ahí para sostenerla, debe ser un padre que esté vivo, no basta con un padre simbólico, ya que cada mujer deberá debatirse con el lazo que la une a su propia madre para así poder acceder a identificaciones femeninas o maternas.

De esta manera, dentro de las funciones del padre en el desarrollo de la niña; es la de separar a la hija de su madre. En ésta misma línea Saal, F. en 1981 [15] alude; que es el padre, el que separa a su mujer/madre de su hijo, del que teme ser desplazado por la completud que el hijo le proporciona, el padre hace la función de separación y corte en la relación diádica de la niña con la madre, condición necesaria para que pueda haber sujeto.

El psicoanálisis ha reconocido la importancia del amor temprano del varón hacia al padre, Freud en 1921 escribe; “El varoncito manifiesta un particular interés hacia su padre; querría crecer y ser como él, hacer sus veces en todos los terrenos. Digamos, simplemente: toma al padre como su ideal” (99) [16]. Al respecto Benjamín, J. en 1996 [17] puntualiza, que efectivamente este amor al padre en donde se le idealiza, es porque posee lo que al varón le gustaría tener, ser el propietario del deseo. Al ser esto así, la autora propone que la clave de la ausencia del deseo en las mujeres, es el padre que falta para identificarse; no obstante, la necesidad del propio padre de afirmar su diferencia con respecto a las mujeres, le hace difícil reconocer a la hija como reconoce al hijo, en todo caso sólo la vera como un objeto sexual naciente.

El repliegue del padre empuja a la niña a la madre...las niñas enfrentan de un modo más directo la dificultad de separarse de la madre y su propio desamparo. Sin la protección del símbolo fálico...sin el sostén de una relación alternativa, renuncian al derecho de desear...les queda por delante toda una vida de admiración a individuos que salen con su sentido de omnipotencia intacto, y ellas expresan esa admiración en relaciones de sumisión abierta o inconsciente. Al crecer idealizan al hombre que tiene lo que ellas nunca tendrán: poder y deseo” (139) [17].

Entonces para la autora las niñas tienen la misma necesidad de identificarse con el padre, pero éste ofrece seducción en lugar de identificación.

Ante ésta situación, nos podríamos cuestionar si la condición de la feminidad podría mejorar bastante, si acaso a la niña se le permitirá identificarse con su padre; muy probablemente coadyuvaría para que la separación con la madre fuera menos dolorosa y paralelamente con ésta identificación, la polaridad entre los géneros podría ser menos desfavorable.

Dolto acentúa el valor del padre en el desarrollo de la niña de la siguiente manera:

El papel de la madre que es absolutamente dominante...sólo lo puede desempeñar cabalmente una madre cuya persona física y simbólica este valorizada por el padre. En caso contrario, la niña quedará atrapada en una situación dual, de cuerpo y corazón, que le impedirá identificarse con la madre introyectando su sexo (90) [11].

Cuando el comportamiento del padre valoriza a las mujeres, hará que se desarrolle en la niña una libido fálica al servicio de la persona femenina, en el plano personal y genital. Numerosas observaciones de la autora, le hacen afirmar qué si la niña adquiere la certeza de que su padre la deseó niña y, como tal a imagen de su madre sin pene, aceptará muy rápidamente su característica sexual, como una gratificación personal y de una promoción maternal [11].

Dolto [11], añade también la importancia que tiene el padre en la resolución edípica de la niña. Confirma que en el momento en que la niña llega al planteamiento del Edipo, el acercamiento libidinal con el padre se acompaña de acercamientos tiernos inhibidos, o bien movimientos activos hacia él, todo dependerá si el padre es pasivo o activo, toda vez que la atracción que en su propio cuerpo no pueda dominar totalmente, es una atracción "cosificante": ¿qué hará el otro de mí, si se me acerca demasiado? Esta modulación, más inhibitoria que masoquista, se debe a la diferencia de tamaño corporal entre la niña y el adulto deseado, permite la continencia de la tensión erótica, aunque también genera narcisismo si se tiene éxito, se trata de provocar para luego retirarse a refugiarse con la madre.

La niña no quiere una penetración en un cuerpo a cuerpo, sino la atención electiva centrada en ella de parte de un representante del sexo masculino: quiere ser el centro de los vectores pulsionales del macho, pero una distancia corporal que le impida la consumación (122) [11].

Es importante que el padre respete la libertad y el disimulo de la niña, de ser así, la niña podrá sentir libremente las tensiones no sometidas al peligro de una consumación o a la amenaza de una violación, a la par se promueve la adaptación genital de la niña a su propio sexo y a sus deseos, trazando el escenario para la resolución edípica. En cambio, la resolución del Edipo no es posible, si la niña no logra verbalizar las emociones de su atracción por su padre, y no recibe de éste una adecuada verbalización de la prohibición del incesto, ley a la que él también debe estar sometido. Es absolutamente necesario que mientras ella lo seduce, él le asegure su castidad en su relación de "afecto", y así acceda a la fantasía de la escena primitiva que le permita desprenderse de los restos incestuosos con respecto a sus padres [11].

Para Dolto [11], la angustia que prevalece como más significativa en la mujer, es la angus-

tia de violación, una angustia resultante de los fantasmas edípicos que se caracterizan por el deseo de un hijo verdadero depositado en ella por penetración del pene paterno, pene que ella desea obtener y que conlleva a una rivalidad con la madre. En las niñas la angustia de violación se supera gracias a la renuncia sexual consciente de la hija al sexo de su padre. La resolución edípica y el duelo de su ensueño de maternidad incestuosa que puede darse incluso hasta la pubertad, traerá consigo la sublimación de las pulsiones genitales, y sus opciones genitales serán fuera de la familia; pero sólo será posible si el comportamiento del padre no es ni seductor ni equívoco al respecto.

Dolto [11] indica, que el papel del padre será formador si apoya a su hija en sus proyectos sociales y en sus iniciativas de independencia. En caso contrario, el papel del padre es patógeno, si incurre escenas de celos paternas, pues ella puede pensar que es demasiado frágil y poco capaz de resistirle, conducta que no asegura su castidad y por ende puede obstaculizar la resolución edípica.

Mc Dougall [12] coincide en que la niña tiene que oír del padre; que él valoriza su feminidad y que la madre es el objeto de su amor. Siendo que cuando un padre enseña a su hija que las mujeres son débiles, menos inteligentes y estimables que los varones, existe la posibilidad de que la niña tenga una imagen narcisista dañada de sí misma, de su sexo y de que los hombres le susciten miedo, desconfianza, odio e incluso envidia destructiva.

Así también, un padre que es indiferente o ausente, y que por esta razón deja exclusivamente a la madre la responsabilidad del cuidado de la niña, o que se de el caso de que el padre permita ser desinvertido o excluido por la madre; en ambos casos, se corre el riesgo de delegar en la hija el rol de obturar las necesidades libidinales y los problemas inconscientes de la madre, la hija se convertirá en su prolongación narcisista, y con ello el riesgo de instalar un núcleo de conflictos en las relaciones futuras de la hija [11].

Dio Bleichmar [4], describe que el papel libidinal del padre es importante en la constitución de la heterosexualidad de la niña, está relacionado a la sexualización que puede generarse en la experiencia de la niña a través del voyerismo del adulto varón.

El padre libidinal acaricia, juega, se siente seducido por la gracia y la estética de su hija y seduce...a través del descubrimiento de una intensidad de la mirada. "Mirada envolvente", "mirada penetrante", "mirada rara", "mirada especial", "extraña" y "distinta"...mirar-ser mirada...el terreno más frecuente de experiencia de la seducción infantil padre-adulto niña...Mirada inaugural de un significado que de ahora en adelante la niña poseerá y del que no podrá desembarazarse ya que se halla implantado en su cuerpo como su carne misma: su cuerpo, aun vestido, contiene el atributo de *provocar una mirada que la desnuda* (257-258) [4].

El adulto deberá ante el acto del descubrimiento erógeno de la niña, disfrazarlo o reprimirlo, para que sea una seducción que no constituya un abuso sexual. Y es que el padre será quien contribuya a la implantación intrusiva de un significado sexual en el cuerpo femenino y en su subjetividad, mismo puede producir el efecto de una seducción que se articula con vergüenza y culpa. Esto ante la creencia de la niña, de que es ella la que seduce a su padre, de modo que será merecedora de castigo. La niña piensa a pesar de la complicidad del padre en el acto prohibido, que el padre ha sucumbido a la seducción, pero también puede pensarlo como corruptor, puesto que además de no resistirse, hizo todo para ganarse el amor de su hija [4].

Para Dio Bleichmar [4], se espera que sea la madre quien promulgue la ley edípica ante los deseos incestuosos prohibidos, la madre registrará para la niña su fundamento moral; pero sólo si el padre valora a la madre, pues el factor de mayor importancia en la constitución del sentido de la feminidad de la niña, será una buena relación entre padre y madre. Si la niña puede observar en la interacción de la pareja, el valor que le atribuye el padre a la madre y al mismo tiempo su vínculo con el padre se presta como agente libidinizador-seducor, y no como abusador, ni seductor-histérico, no parece observarse el clásico complejo de castración en la niña.

CONCLUSIONES

El recorrido que efectuamos, da cuenta de varios aspectos de la función parental que conllevan a que la feminidad sea molesta y displacentera, así como se señalaron algunas pautas en el marco de dicha función parental que pueden contribuir al devenir de una feminidad más satisfactoria.

Pudimos advertir cómo el vínculo madre e hija está impregnado de una marcada ambivalencia. El Edipo de la niña pone en marcha la rivalidad madre-hija; la niña sentirá que puede hacer peligrar o suplantar a su madre y la madre temerá que su hija se usurpe su lugar. Del mismo modo, el que la madre reglamente la vida cotidiana de su hija y controle su sexualidad, puede operar para que se trastorne el vínculo entre ellas.

Pero el factor quizá de mayor importancia, que incrementa la hostilidad entre madre e hija y trae complicaciones a su relación; es el exceso de proximidad entre ambas y la dolorosa separación; no olvidemos lo difícil y complicado que resulta el corte de la dualidad madre-hija. Una amenaza de fusión o dependencia siempre estará latente. A las madres se les dificulta experimentar a sus hijas como separadas y diferentes, en tanto son del mismo género y la atracción hacia la primitiva relación con la madre, siempre estará activa. No es casualidad que las mujeres sigan inmersas en una narcisización del apego, en donde lo

más temido en la niña o en la mujer, es la falta de aprobación y la amenaza de la pérdida de amor; que acaso mantiene a la dependencia, como es el rasgo más característico de las mujeres. Así, el estrago de la separación se puede presentar en la en momentos donde el ser mujer se pone en escena, y en todas las fases de desarrollo, la mujer intentará desprenderse de esa adhesión con la madre, intentará con empeño lograr discriminarse, de ello dependerá el futuro de su constitución femenina.

Pues bien, sin querer ser demasiado positivos, es indispensable que en la función materna, una madre haga factible la separación, le permita a su hija ser sujeto, y le permita virarse al padre. Se espera que a la niña, la eduque una madre que desde el inicio de una buena acogida; le trasmite enunciados de una feminidad valorizada, que implante en su subjetividad el agrado por ser mujer, enunciados que puedan dar a su feminidad una valía parecida a la que goza la masculinidad. Una madre que sea dadora de significados y de aclaraciones pertinentes para la valoración del sexo de su hija; una madre que no castigue, inhiba o estimule las manifestaciones de su sexualidad; para que ella acceda a un desarrollo libidinal genital sano y a la comprensión del papel complementario del hombre y la mujer. De este modo pueda propiciarse el orgullo y la serenidad de pertenecer al sexo femenino.

Ahora bien, la madre no podrá desempañar su papel de forma íntegra, si ella no se encuentra valorizada por el padre, y que éste desempeñe un papel suficientemente válido, para que él pueda hacer la decisiva tarea de separar la relación diádica de la niña con la madre. A su vez el papel libidinal del padre es trascendental en la constitución de la heterosexualidad de la niña; él debe prestarse como agente libidinizador-seducidor de su hija, pero la debe seducir en la justa medida. Ello sólo será posible, si el padre verbaliza adecuadamente la prohibición del incesto y valoriza la sexualidad de su hija. Es en gran medida esencial una adecuada función paterna para que la resolución edípica no se vea obstaculizada. O sea, una adecuada modulación de la atención selectiva del padre hacia su hija, con una distancia corporal necesaria y sin la presencia de celos paternos para que se asegure la castidad de la niña, de ser así, la niña podrá sentir libremente las tensiones edípicas al no estar sometidas al peligro de una consumación incestuosa, la cual ella fantasea.

En cambio, cuando un padre tiene un comportamiento equivoco, es decir, un padre que es mayormente seductor, que desvaloriza a las mujeres, que es ausente o indiferente; existe la posibilidad de que a la niña los hombres le provoquen miedo, desconfianza y envidia, pero sobre todo la falta de resolución edípica.

No quisiéramos dejar de señalar que al igual que la función parental, el vínculo de pareja de los padres, terminan siendo determinante para la aparición o no de conflictos psíquicos en la subjetividad femenina; una buena relación de pareja entre los padres, es otro factor relevante en la constitución del sentido de la feminidad de la niña; vale decir, permite que la niña sueñe con un hombre a imagen su padre y se identifique positivamente su madre. Consideramos que la difícil tarea de la función parental, podría ser menos compleja, si los mismos padres y el sistema genérico cultural, permitieran a las niñas identificarse más con el padre, como ocurre en el caso del varón, de ésta forma la relaciones asimétricas entre los sexos serían menos desfavorables, y por tanto ser mujer no generaría malestar y displacer en nuestra cultura más allá de lo estrictamente necesario, aquel malestar que acontece por las diferencia de los sexos, diferencia que es fundante en la constitución de la subjetividad.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] LEÓN, M. (2021). Malestar y displacer en la feminidad. Un estudio de caso. Tesis de Doctorado. México D.F. Colegio Internacional de Educación Superior.
- [2] FREUD, S. (1932). 33ª conferencia. La feminidad. O.C. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [3] FREUD, S. (1937). Análisis terminable e interminable. O.C. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [4] DIO BLEICHMAR, E. (1997). La sexualidad femenina de la niña a la mujer. Barcelona: Paidós 2011.
- [5] AULAGNIER, P. (1977). La violencia de la Interpretación. Del Pictograma al Enunciado. Buenos Aires: Amorrortu, 2010.
- [6] LEVINTON, N. (2000). El superyó Femenino, La moral en la mujeres. España: Biblioteca nueva
- [7] NAVARRO, D. (2007). Psicoanálisis y feminidad. El vínculo madre e hija. Revista Cuestiones de género: De la igualdad y la diferencia. (2), 169-178. Disponible en: <http://revpubli.unileon.es/ojs/index.php/cuestionesdegénero/article/view/3878/2748>
- [8] FREUD, S. (1931). Sobre la sexualidad femenina. O.C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [9] ASTORGA, V. (2009). La mujer fálica. En Género y psicoanálisis. En: Contribuciones contemporáneas. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana de Guadalajara.

- [10] MEJORADA, L. (2009). La mujer metonimia. En: Género y psicoanálisis. Contribuciones contemporáneas. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana de Guadalajara.
- [11] DOLTO, F. (1996). Sexualidad femenina. La libido genital y su destino femenino. México: Paidós. 2001.
- [12] MC DOUGALL, J. (1998). "Las mil y una caras de eros" La sexualidad humana en búsqueda de soluciones. Buenos Aires: Paidós.
- [13] GREEN, A. (1986). De locuras privadas. Buenos Aires: Amorrortu, 1990.
- [14] FREUD, S. (1924). Sepultamiento del Complejo de Edipo. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [15] SAAL, F. (1981). Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica de los sexos. En: A medio siglo de El malestar en la cultura de Sigmund Freud. México: Siglo XXI, 2015.
- [16] FREUD, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del Yo. O.C. Tomo XVIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [17] BENJAMÍN, J. (1996). Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación. Buenos Aires: Paidós.

MALESTAR Y DISPLACER EN LA FEMINIDAD MÁS ALLÁ DE LA ENVIDIA DEL PENE

MITZI MIRIAM LEÓN CALDERÓN

Doctora en Investigación Psicoanalítica y Maestra en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior. Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Práctica clínica privada.

Correo electrónico: mitzi.miriam.l@gmail.com

Recepción: 17 abril de 2022/ Aceptación: 28 mayo 2022

RESUMEN

En el presente trabajo se describen conflictos psíquicos de la subjetividad femenina, aquellos que acontecen a partir de la envidia del pene, así como conflictos que surgen más allá de esta envidia, con la finalidad de identificar una condición múltiple de dificultades y síntomas en la mujer que desencadenan una feminidad displacentera y molesta. Resulta significativo ahondar en los conflictos de la mujer, además de los planteamientos freudianos, pues si bien las aportaciones de Freud siguen siendo un referente importante para abordar la temática femenina, hay una tendencia a la reducción de estas dificultades a los efectos de la envidia del pene como la ansiedad que gobierna y estructura a la feminidad; acaso dejando en la oscuridad otras vicisitudes que atraviesan las mujeres.

Cabe precisar que éste apartado no pretende hacer un juicio de cómo debería ser una feminidad "normal". Si no, más bien, aportar a la clínica psicoanalítica, en la comprensión y manejo de conflictos femeninos que hacen difícil ser una mujer. Al mismo tiempo brindar pautas que promuevan en lo social y familiar, la constitución de una feminidad más satisfactoria.

PALABRAS CLAVE: diferencia de los sexos, displacer, envidia del pene, feminidad, género, malestar, psicoanálisis.

SUMMARY

In the present work, psychic conflicts of the feminine subjectivity are described, those that occur from the envy of the penis, as well as conflicts that arise beyond this envy, with the purpose of identifying a multiple condition of difficulties and symptoms in women. that trigger an unpleasant and annoying femininity. It is significant to delve into the conflicts of women, beyond the Freudian approaches, because although Freud's contributions continue to be an important reference to address the feminine theme, there is a tendency to reduce these difficulties to the effects of envy. of the penis as the anxiety that governs and

structures femininity; perhaps leaving in the dark other vicissitudes that women go through.

It should be noted that this section does not intend to make a judgment about what a "normal" femininity should be like. If not rather, contribute to the psychoanalytic clinic, in the understanding and management of feminine conflicts that make it difficult to be a woman. At the same time provide guidelines that promote social and family, the constitution of a more satisfactory femininity.

KEYWORDS: Femininity, Displeasure, Discomfort, Envy of the penis, Gender, Difference between the sexes, Psychoanalysis.

RÉSUMÉ

Dans le présent travail, sont décrits les conflits psychiques de la subjectivité féminine, ceux qui surviennent à partir de l'envie du pénis, ainsi que les conflits qui surgissent au-delà de cette envie, dans le but d'identifier une condition multiple de difficultés et de symptômes chez la femme qui déclencher une féminité désagréable et agaçante. Il est significatif de se plonger dans les conflits des femmes, au-delà des approches freudiennes, car bien que les apports de Freud continuent d'être une référence importante pour aborder le thème féminin, il y a une tendance à réduire ces difficultés aux effets de l'envie du pénis comme l'angoisse qui gouverne et structure la féminité ; laissant peut-être dans l'ombre d'autres vicissitudes que traversent les femmes.

Il convient de noter que cette section n'a pas pour but de porter un jugement sur ce à quoi devrait ressembler une féminité "normale". Sinon plutôt, contribuer à la clinique psychanalytique, dans la compréhension et la gestion des conflits féminins qui rendent difficile d'être une femme. En même temps donner des orientations sociales et familiales qui favorisent la constitution d'une féminité plus satisfaisante.

MOTS CLÉS: Féminité, Mécontentement, Inconfort, Envie du pénis, Genre, Différence des sexes, Psychanalyse.

INTRODUCCIÓN.

Este escrito es un fragmento de una tesis doctoral que aborda la temática del malestar y displacer presentes en la feminidad [1]. Se muestran las vicisitudes de la feminidad, que se derivan de la envidia del pene, así como complicaciones más allá de esta envidia. Sabemos que en estructuración y subjetivación femenina se deben atravesar una serie de vicisitudes para llegar a hacerse mujeres, en las que participan elementos tanto del ámbito psíquico como del ámbito social, en otras palabras: se articulan subjetividad y cultura.

La diferencia anatómica de los sexos, pene–no pene, instala la principal posición que marca los conjuntos “genéricos” de hombres y mujeres. De esta forma, las vicisitudes de la castración no pueden ser eludidas en el devenir de la feminidad, la diferencia de los sexos, será fundante como estructurante psíquico que constituye a hombres y mujeres, toda vez que esta diferencia impone una carencia, una castración, que es la llave que organiza el deseo, y es indispensable para que haya sujeto y cultura. [2]

Las aportaciones de Freud todavía son un indudablemente un referente importante para abordar el tema de la feminidad, sin embargo se han generado diversas interpretaciones de autores que discrepan con su teoría, al cuestionar principalmente la pasividad en la mujer y la universalidad de la envidia del pene; una muestra de lo anterior, es el debate que surgió en 1920, entre analistas mujeres seguidoras de Freud y las detractoras de su teoría, con la intervención de Ernest Jones como árbitro y como intermediario. Karen Horney y de Melanie Klein fueron sus principales opositoras; ellas defendían la idea de que la envidia del pene tenía características de una formación secundaria, de modo que esta envidia, no sería la marca definitiva de una inferioridad anatómica, sino la aparición de un síntoma defensivo [2]. Aun así, pese a la polémica que despierta el pensamiento freudiano, debemos reconocer la importancia de sus ideas, no sólo porque además sienta las bases para que otros autores estudien la sexualidad femenina, sino porque puede observarse en la experiencia clínica la vigencia de su teoría. Es así que muchos autores se siguen apegando a la teoría freudiana, ya sea para validarla, complementarla o para reconstruirla.

En nuestro recorrido teórico se pone en discusión, la importancia de la envidia del pene en relación con la feminidad; vale decir, este concepto tiene para muchos autores, un carácter universal como la ansiedad predominante que estructura a la feminidad, en cambio para otros, la niña no transita obligatoria y universalmente por la envidia del pene, o bien consideran que dicha envidia es una explicación parcial de las dificultades que la niña encontrará en el desarrollo hacia la feminidad. Así, pues, se profundizará en diversas dificultades, ansiedades y síntomas que subyacen de la feminidad, en un marco que envuelve la relevancia del concepto de la envidia del pene, sin dejar lado otro tipo de problemáticas que también son propias de la feminidad.

LA ENVIDIA DEL PENE Y SU RELACIÓN CON LA FEMINIDAD

Mucho se ha hablado de lo central que es para desarrollo psicosexual femenino, la envidia del pene propuesta por Freud, siendo que detrás de esta envidia, deviene el cambio de objeto y cambio de zona erógena, que son las dos tareas esenciales que debe realizar

la niña durante su desarrollo para acceder a la feminidad. Freud en 1932 [3] señaló que, al inicio, la madre es el objeto de amor para la niña, pero en el Edipo, es el padre quien deviene como objeto de amor. Y en cuanto al cambio de zona erógena, Freud en 1923 [4] puntualizó que, al inicio de la fase fálica, la zona erógena rectora de la niña, sin duda alguna, se sitúa en el clítoris, siendo que la masturbación se realiza en esta zona. Pero con la vuelta hacia la feminidad, el clítoris debe ceder en todo, o en parte, su valor y sensibilidad a la vagina. La etapa fálica está centrada en la premisa universal del falo, que según las teorías infantiles sería el atributo de todos los seres humanos. Freud en 1908 [5] describió que el descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos se anuda con la teoría de atribuir a todos los seres humanos un pene, incluyendo las mujeres, el cual goza de alta estima para el varón y la niña, por lo que la comparación anatómica de los órganos genitales masculino y femenino marcará de una manera particular el destino de cada uno. Freud en 1925 [6] expuso una serie de consecuencias psíquicas al respecto: cuando la niña nota el pene de un hermano o de un compañerito de juegos, se da cuenta que es más grande y visible que su órgano pequeño y escondido, inevitablemente cae víctima de la envidia del pene; para entonces, ella ha visto eso, sabe que no lo posee, y quiere tenerlo. En este punto surge la primera consecuencia de la envidia al pene, el llamado “complejo de masculinidad de la mujer”, mismo que si no se supera pronto puede generar grandes dificultades en el desarrollo hacia la feminidad. Una segunda consecuencia es que derivado de la herida narcisista resultante de la falta de pene, se establece en la mujer a modo de cicatriz un sentimiento de inferioridad. Una tercera consecuencia de la envidia del pene parece ser el aflojamiento de los vínculos tiernos con el objeto madre. Pero el efecto más importante para Freud de la envidia del pene, o del descubrimiento de la inferioridad del clítoris, es la remoción de la sexualidad clitorídea. Freud en 1931 [7] nos muestra que cuando la niña reconoce el hecho de su castración y como consecuencia la superioridad del varón y su propia inferioridad, derivan tres orientaciones de desarrollo: La primera lleva a la inhibición sexual o a la neurosis; la segunda, a un complejo de masculinidad; mientras que el tercero desemboca en la feminidad “normal”, donde la mujercita halla la forma femenina en el complejo de Edipo. Freud en 1924 [8] explicó que la niña, en su intento por resarcirse de la falta de pene, entra al Edipo, ahí el deseo de recibir un pene, se desplaza por el deseo de parirle un hijo al padre. Entonces, el Edipo es abandonado poco a poco, sin embargo, ambos deseos –el de poseer un pene y el de recibir un hijo del padre–, permanecen en el inconsciente con una fuerte investidura, lo que hace a la mujer proclive a la manifestación de síntomas y dificultades en su ser femenino. A su vez, el extrañamiento de la niña hacia la madre por la falta de pene, da lugar a una serie

consecuencias psíquicas que provocan una enorme sobrecarga de displacer y sufrimiento, pues se produce bajo el signo de la hostilidad [3].

Si bien, muchos autores coinciden con Freud, concediéndole tal importancia a la envidia del pene, otros han generado controversia al respecto, ya sea cuestionado su universalidad, discrepando de su importancia en el devenir de la feminidad, o bien, complementado el concepto en su fundamento como veremos a continuación.

La concepción de Françoise Dolto, en 1996 [9], sobre la envidia del pene, coincide en varios aspectos con los planteamientos de Freud; no obstante, denuncia una inflación en la fase fálica, en lo que atañe al “desengaño narcisista”, que sufre la niña al momento del descubrimiento de la inferioridad formal de su sexo. Para la autora este desengaño narcisista es evidente y observable en la niña, pero puede ser pasajero. Si a la niña se le informa sobre esta diferencia y se le permite dar rienda suelta a toda su curiosidad al respecto; la niña puede acceder a su genitalidad y valorizar su sexo hueco. Dolto estableció la distinción entre una “envidia del pene centrífugo”, asociada a una herida narcisista de la niña y solidaria de la angustia de castración primaria; así como una “envidia del pene centrípeto”, que estará vinculada a la valorización de su sexo y puesta en la relación con la procreación, en tanto permite la identificación positiva con la madre y otras mujeres en todas sus potencialidades femeninas. La valorización fálica del cuerpo entero de la niña, se convierte en señal atractiva para el hombre, aún cuando se tenga una zona erógena no falomorfa; la gratificación narcisista experimentada por la niña de poseer un sexo hueco erógeno y un receptáculo que ella sabe que es procreador, le permite virarse hacia el padre.

Dolto [9] precisa que son los niños los que a veces se traumatizan más que las niñas, porque éstas no tienen pene; reaccionan según la descripción de Freud, despreciando al sexo femenino por temor a una identificación peligrosa. El encuentro con estos niños puede aumentar la decepción en las niñas, y con ello se presente la envidia del pene centrífugo, en esta envidia:

Las niñas interiorizan su decepción, su “no pene” de hoy y esperan en secreto que ocurra un milagro y que al crecer lleguen a tener un pene centrífugo. Con esta esperanza exploran y palpan su clítoris y sus labios vulvares. Pueden dedicarse también a la masturbación clitoridiana... y desarrollar incluso una especie de complejo de virilidad, descrito por Freud, como una negativa a acceder a la realidad de su sexo vaginal (103) [9].

Emilce Dio Bleichmar, en 1997 [10], insiste en que la investigación psicoanalítica sobre la

envidia femenina lleva una tendencia equivocada, pues se ha seguido estudiando como una envidia reducida a la posesión del órgano masculino, sin incluir los privilegios de género del hombre, aunado a que es necesario sustituir la envidia del pene por la envidia del falo. Para esta autora, la envidia del pene no tiene carácter universal como la ansiedad que domina y estructura la feminidad; aun así, reconoce que es posible que la envidia se instale en la fase de desconocimiento de las funciones genitales, pero que tendrá una importancia leve y transitoria, y no como una etapa obligada en la infancia. Acepta que puede convertirse en el significante de la falta de cariño o de autoestima, es decir, en un complejo de castración infantil, pero sólo en los casos en que la niña atravesase insatisfacciones afectivas con sus figuras de apego. En general, la diferencia vivida no depende de la posesión de un órgano u otro, sino del posicionamiento del sujeto en las relaciones humanas. Dio Bleichmar pondera que es entendible que la mujer desee el falo, en tanto legitimación de reconocimiento y poder en el mundo de las instituciones de lo simbólico, y que, además, si es heterosexual, deseará gozar del pene del hombre en el coito. El problema, entonces, no tiene que ver con un deseo de usurpación o apoderamiento de algo que no le pertenece, como es el pene, sino desear los privilegios que culturalmente que se le otorgan al hombre.

Alicia Briseño, en 2009 [11], en su trabajo: La mitificación de la envidia del pene, señala que para la mujer no es sencillo asumir la feminidad en una sociedad donde rige el falo. Destaca que el concepto de la envidia del pene, ha crecido hasta llegar a una mitificación, o sea, esta propuesta teórica se ha convertido en un mito, rodeándola de una extraordinaria estima, que acabó sobredimensionándose dentro de una sociedad falocéntrica y que contribuye a remarcar las relaciones asimétricas entre hombres y mujeres. Asimismo, agrega que el termino envidia del pene, acabó designándose no sólo al hecho de las diferencias anatómicas, sino que también se puso énfasis en la parte simbólica de esta diferencia y fue llevada al plano de la falta, al deseo del falo, como si la mujer no fuera capaz de remontar esa falta; no como si estuviera incompleta como lo están los seres humanos, sino como alguien devaluada.

Nora Levinton, en el 2000 [12], también cuestionó el concepto de envidia del pene, considerándolo uno de los puntos más espinosos en la teoría de Freud, sobre todo por el criterio con el que es pensado; es decir, que un pene visible es algo que se deba envidiar y valorar como algo superior al clítoris; también discrepa con las consecuencias que se atribuyen a la posición de inferioridad y la envidia desencadenada, que desembocan en una posición de castrada como rasgo determinante para la organización del psiquismo.

Para Levinton, la teoría psicoanalítica tiende a producir confusión, al tratar el concepto de

la envidia del pene como si se tratara de una literalidad, en donde los hombres tienen “algo” que merece ser envidiado, pero que nunca será obtenido, como si fuera un atributo físico del que emana naturalmente poder. Y que ese “algo” que les falta a las mujeres, termina siendo representado por el controvertido pene/falo. La autora enfatiza que si bien podría pensarse que para algunas niñas, no tener un pene pueda ser el representante psíquico y simbólico de algo que es vivido como una minusvalía, no puede seguir convalidándose la generalización de esa particular vivencia. En todo caso será la significación dada desde una intersubjetividad del imaginario social.

Jessica Benjamín, en 1996 [13], reconoce el fenómeno de Freud de la envidia del pene, pero lo interpreta como una expresión del deseo de la niña por identificarse con el padre que es percibido como representante del mundo externo, y así poder establecer la separación con la madre poderosa. La fantasía de la omnipotencia materna peligrosa, esa madre que atrapa al hijo en un invernáculo emocional y le dificulta la separación, hace necesario usar la fantasía de un progenitor con un órgano omnipotente para someter al otro. Lo cual no resuelve el problema, tendría que encontrarse otra forma de diferenciación que no suponga el intercambio de un amo por otro. El hombre no es poderoso sólo porque tiene el falo, sino porque él con su falo representa la libertad de dependencia respecto a la madre de la primera infancia. El falo sirve para hacer retroceder a la madre; no es intrínsecamente símbolo de deseo, se convierte en este símbolo debido a la búsqueda de una senda hacia la individualidad. La autora propone que las niñas cuando comienzan a caminar, expresan el deseo de un pene, por la misma razón que lleva al varón a apreciar el suyo; es un emblema que los ayudará a individualizarse, buscan una figura de apego que represente su pasaje de la dependencia infantil hacia el exterior; esta figura resulta ser el padre, figura que quedará simbolizada por sus genitales diferentes. Pero si la identificación de la niña con el padre es rechazada, su amor estará contaminado por envidia y sumisión, en otras palabras, como el deseo de identificarse queda sin respuesta, la envidia ocupa su lugar. Es así, que la envidia será el signo de una identificación frustrada, el anhelo del falo faltante es la envidia que se le ha atribuido a las mujeres.

Joyce Mc Dougall, en 1998 [14], mantiene un planteamiento algo diferente, aunque ella sigue a Freud, en su apreciación de que el desarrollo de la niña es más difícil y complicado que el del varón, considera que la envidia del pene es una explicación parcial de las dificultades que la niña encontrará en su trayectoria hacia la maternidad. La autora concuerda con otros analistas en que la envidia del pene no es específico de las niñas, sino también de los varones; debido a que piensan que su pene es pequeño en comparación al padre, además de que la envidia y la admiración que experimenta el varón por el cuer-

po y la sexualidad de la madre es semejante a la que se siente por el pene, inclusive afirma que los niños de ambos sexos saben que la madre encarna el poder mágico de atraer el deseo y el pene de su padre para fabricar los bebés que desee. La autora nos recuerda que no debemos olvidar que el falo es el referente al pene erecto en los ritos de itifálicos de la antigua Grecia, no el modelo del órgano sexual masculino, sino el símbolo de la fertilidad, de la completud narcisista y del deseo erótico. Por ello pasa a ser el significante fundamental del deseo humano para los dos sexos, no sólo para la niña; ambos, niño y niña tienen envidia, porque cada uno de los sexos tiene la mitad que le falta al otro para completar el símbolo.

María Esther Guzmán, y Patricia Reyes, en 2009 [15], siguiendo a Lacan, mencionan que el deseo del pene de la mujer deviene de que no hay simbolización del sexo femenino. Todo se desarrolla en el registro de lo imaginario, el cual muestra carácter de ausencia a diferencia del hombre quien cuenta con el pene como el órgano real, y que funge como un símbolo prevalente. De este modo, el problema surge en el registro simbólico, para el niño el pene se presta a la simbolización, pero la niña carece de medios para representar la falta; lo que ella no tiene, no es el pene, sino el medio para representar la falta. Así la mujer para intentar simbolizar el órgano femenino, el pene le servirá de instrumento imaginario para aprehender lo que no logra simbolizar. Las autoras, proponen frente al fracaso de la simbolización tres posibles destinos para la niña: "Acepta su falta de identidad y se presta a la mascarada fálica a la que invita la ley del significante; o bien rechaza lo que considera una derrota y se aferra a la reivindicación de tipo histérico; o regresa a la fase anterior y se atrinchera en una posición homosexual" (22) [15]. A su vez, hacen una distinción entre el anhelo de querer ser el falo y la posición en la relación sexual que hace la mujer falo, que la lleva a buscar un lugar en el complemento del deseo masculino.

Juliet Mitchell, en [16], acepta la idea Freudiana de que la envidia del pene conduce a la pasividad femenina, así como la singularidad del falo en la representación del deseo; declara que es necesario reconocer el poder del falo para poder entender los orígenes de la sumisión en la mujer y las profundas raíces psíquicas del patriarcado. El falo representa tanto el deseo masculino como el femenino, porque para la madre el falo representa lo que falta, lo que ella desea para complementarse, en cambio para el padre representa lo que tiene, es y hace. Mitchell resalta la influencia del falo en el inconsciente, equiparando su poder con el único instrumento de separación. Para la autora como lo es para Freud, es inevitable que la mujer ambicione ese emblema de poder y el deseo, es necesario para poder rechazar a la madre en favor del padre. La niña debe pasar del amor a la madre, al amor al padre, porque debe hacerlo, y lo hace con dolor y protesta, tiene que hacerlo por-

que carece de falo, sin falo no hay poder, salvo de las maneras exitosas de obtener uno.

ANSIEDADES, SÍNTOMAS Y DIFICULTADES QUE GENERAN DISPLACER EN LA FEMINIDAD MÁS ALLÁ DE LA ENVIDIA DEL PENE

Encontramos en la literatura psicoanalítica, un amplio abordaje sobre la decepción narcisista que ocurre en la niña al advertir la diferencia anatómica de los sexos, sin embargo, pese a la indiscutible realidad de la envidia del pene y del complejo de inferioridad resultantes de esta diferencia, la niña-mujer en su feminidad también está situada ante una condición múltiple de ansiedades, dificultades y síntomas que le generan displacer, más allá de la de la envidia del pene, como la ansiedad que prevalece en la mujer. Y que si bien algunas de ellas se encuentran en relación con las vicisitudes de la castración, no necesariamente está implicada la envidia del pene.

Dio Bleichmar [10] admite que es cierto que la niña puede atravesar por angustias de castración, pero será en la medida en que la teoría infantil permanezca vigente para ella y será pasajero; no considera que deba convertirse en un “complejo” que domine su proceso de estructuración, en tanto que la niña tiene otras ansiedades. La autora plantea una insuficiencia de la teoría clásica, al formular un sexo de base único y la universalidad del complejo de castración. Para ella, la niña, no tiene que transformar su sexualidad de masculina a femenina; no tiene que cambiar de órgano de placer para hacerse femenina (el clítoris no es masculino); no todas las niñas desarrollan envidia del pene; y la envidia de la niña no recae en los atributos anatómicos del varón, sino en los privilegios que se otorgan a la masculinidad. Defiende que no es el cuerpo el que impone a la mente sus efectos, es decir, no son las consecuencias psíquicas ante una diferencia anatómica, sino a la inversa; es el poder de lo simbólico que va desde el mito, las teorías y creencias de los adultos, hasta las teorías científicas en vigencia, aquello que modela y construye el fantasma en el cuerpo, generando la implantación de significados sobre ese órgano y creencias sobre la sexualidad infantil, especialmente en la niña, que fabrican y falsifican la experiencia que pueda originarse en su cuerpo. Dio supone que derivado a que muchos autores continuaron con la tesis de Freud, sobre la universalidad de la envidia del pene como la ansiedad que predomina en la niña, dejaron en la oscuridad otro tipo de ansiedades y temores propios de la feminidad; como es el caso del temor al pene del padre.

Levinton [12] hace hincapié en el temor de las niñas asociado al genital del padre, como una fuente de ansiedad específicamente femenina, que tiene que ver con un posible daño a su vagina, habrá temor por la diferencia de tamaño entre los genitales del padre y los suyos propios. La representación de algo que penetra en el cuerpo de la niña como es el

pene de un adulto, es de shock, de horror.

Del mismo modo André Green, en 1986 [17], distingue que es frecuente el miedo de penetración en la mujer, en la medida en que se relaciona con el miedo por el pene y con el miedo del pene, es decir, miedo a dañar o castrar el pene, o bien, a que éste destruya sus genitales internos.

Bernstein, en [10], define tres ansiedades genitales femeninas que son semejantes a la de castración en el varón. La primera es la ansiedad por la falta de acceso: ocurre por la falta de información sobre sus genitales, dado que no los puede ver, tocar y manipular fácilmente, de manera que no adquiere familiaridad táctil ni tampoco conocimiento sensual que no se halle ligado a prohibiciones o fantasías prohibidas. La segunda es la ansiedad por la difusividad: es la falta del debido control y dominio de su propio cuerpo, surge de las dificultades para generar representaciones adecuadas a las sensaciones que tiene en el cuerpo. La tercera es la ansiedad de penetración: se genera por el miedo de lo que pueda introducirse, entrar y salir de la vagina, en tanto es una apertura del cuerpo sobre la que no se tiene control de abrir y cerrar, aunado a la fantasía de tener un genital como agujero, que es pasivo e inerte, se asustan entonces del tamaño del pene del padre y luego de lo mojadas que se pueden sentir, ya que las niñas experimentan excitación o malestar, sin entender a menudo la causa, lo viven como una pérdida de control sobre su cuerpo y sobre su interior, así como un daño potencial.

Para Dolto [9], la angustia que prevalece como más significativa en la mujer, es la angustia de violación, una angustia resultante de los fantasmas edípicos que se caracterizan por el deseo de un hijo verdadero depositado en ella por penetración del pene paterno, pene que ella desea obtener y que conlleva a una rivalidad con la madre. Como sabemos, el deseo por un hijo resulta de la decepción narcisista de la niña por no tener un pene; sin embargo, para Dolto la angustia de la niña no deviene por la falta de pene, sino de la conclusión a la que ella misma llega, sobre la no conformidad entre su vagina pequeña y el pene del padre desproporcionado en volumen; la angustia de violación surge por todos los penes a los que se puede conceder valor y es al desarrollo de la niña, lo que la angustia de castración es para el varón.

La angustia de violación puede articularse con el saber inconsciente que tiene toda niña en torno a la representación de las relaciones sexuales de los padres. Dolto [9] advierte que si la niña asiste precozmente a coitos entre adultos, ella lo interpreta según su propia experiencia, en la que muchas veces puede otorgársele al padre una función saciante violadora. En las niñas la angustia de violación se supera gracias a la renuncia sexual consciente de la hija al sexo de su padre. La resolución edípica y el duelo de su ensueño de

maternidad incestuosa que puede darse incluso hasta la pubertad, según observaciones de la autora, traerá consigo la sublimación de las pulsiones genitales, y sus opciones genitales serán fuera de la familia; pero sólo será posible si el comportamiento del padre no es ni seductor, ni equívoco al respecto.

Dolto [9] advierte que la falta de resolución edípica en las mujeres es muy frecuente, generando que la angustia de violación no se supere o devenga como síntoma un complejo de masculinidad. Tal es el caso, cuando en ocasiones el niño imaginario del deseo edípico puede ser transferido a la realidad carnal de un hermanito que nazca en ese momento, y es que suele darse la situación de que los padres conceden a la hermana mayor la responsabilidad de su cuidado, como si fuera una madre sustituta. Situación que resulta ser un obstáculo en el que tropieza el Edipo de las niñas.

La creencia mágica de la realización de su anhelo puede culpabilizarlas inconscientemente de incesto, con todas las consecuencias de castración simbólica que derivan de ello para su persona, castración de la que se defienden reprimiendo su genitalidad femenina consciente o castrando al pequeño(a) que se les ha confiado... reprimiendo sobre todo las iniciativas eróticas (154-155) [9].

Este hermano(a) será el origen de una neurosis a nivel de la libido genital edípica para la mayor, y para el menor su cuerpo queda fragmentado u obsesionado con el falismo reivindicativo que se construye con problemas fóbicos. Los padres son cómplices de esta mutilación, pues estos para evitar a su hija un período de latencia poco depresivo o agresivo, el cual es inevitable porque debe renunciar a su genitalidad, prefieren colmarla con una pseudomaternidad. Pero en realidad se desarrolla un segundo complejo de virilidad y la angustia de violación genital se conserva, la cual genera un efecto inhibitorio hacia los varones. Así cada contacto demasiado cercano o que ella le resulte atractiva a los hombres, despierta la angustia de violación. Sólo cuando se ha desbaratado el deseo incestuoso, su atractivo toma su valor iniciático y socializador.

Otra ansiedad y dificultad que genera displacer en la feminidad, es la sexualización del cuerpo de la mujer, el cual es tratado como órgano sexual en los formatos vigentes de feminidad. Dio Bleichmar [10] refiere al respecto que la sexualización en la tipificación de la feminidad, constituye un proceso habitual y creciente en las sociedades actuales, incluso se establece de tal forma que es considerado un proceso natural.

Dio sugiere que el cuerpo entero de la mujer, es el sostén de la identidad femenina y el narcisismo del yo-género. Paradójicamente, esta sexualización del cuerpo se constituye junto a una renuncia a la sexualidad en general, no deja de ser asombroso que en el caso

del varón, la ley del padre exige renunciar sólo a la madre para tener acceso a todas las mujeres, en cambio a la niña, además de renunciar al padre para tener acceso a los hombres, se le pide una renuncia a la sexualidad en su conjunto en su forma activa, pues a las niñas no se les permite una maniobra autoerótica.

En rigor, no consiste en una prohibición sino en una amenaza de efectos poderosos, pues se trata de una amenaza al eje de identidad, “no es de niñas”, una amenaza de pérdida de amor, de estima, de riesgo de poner en peligro las posibilidades de ser admirada (375) [10].

Amenaza que por lo general formula la madre, escindida en su propia subjetividad. Por ello lo paradójico, es una escisión de un cuerpo sexualizado para atraer la mirada del hombre y un cuerpo no siempre sexualizado para gozar de la pulsión.

Como la mirada masculina suele ser de conquista y de goce sexual, Dio sostiene como rasgo de la feminidad el ofrecerse exhibicionísticamente a la contemplación y goce de la mirada del hombre, lo que daría la ecuación, masculino=voyerístico femenino=exhibicionista. “Las niñas «provocan» la mirada, provocando un patrón de interacción temprano que es el «llamar la atención» como forma de contacto y comunicación personal” (376) [10]. Pero esto, es resultado de la implantación del significado provocador en su cuerpo, que introduce la sensación permanente de ser observadas. “Su cuerpo a través de la mirada que la desnuda se halla expuesto, contemplado: es un objeto de la mirada, se halla habitado en la mirada” (376) [10]. Es así que no habrá garantía de intimidad, será un cuerpo mirado-desnudado, se vuelve prevalente ocultarlo, vestirlo, y no provocar, incluso habrá que desviar la mirada, porque al encontrar la mirada que mira, se podría pensar que hay un consentimiento, y eso sería un acto de provocación, una invitación, aun cuando para la niña no haya habido ese deseo.

La niña se encontrará situada en la posición de ser causa del deseo del hombre, y ante el hecho consumado de la sexualización de su mirada y de su cuerpo entero... la seducida se convierte en seductora. Por tanto la niña debe renegar del significado sexual para poder mirar o si no, no mirar, es decir, reprimir, pero de cualquier modo no se libera de seducir (377) [10].

Así, la niña se siente perseguida por el descubrimiento adulto de su sexualidad, eso la asusta, porque no controla la reacción del adulto, pero también la asusta su propia reacción que tampoco controla, le surge sin haberla convocado. Tiene una identidad provocadora y seductora sólo por poseer un cuerpo que despierta el voyeurismo del hombre.

Continuando con el displacer que le puede generar la mirada masculina a la mujer, Piera Aulagnier en 1966 [18], nos expresa por qué la mujer, en general, podrá aceptar ser objeto de amor, pero no objeto de deseo.

El discurso de la mujer sobre el deseo del hombre... ese deseo, ella sólo puede aceptarlo en la medida que está revestido del hábito del amor... No es ser deseada lo que le hiera: que a su paso los hombres la sigan con la mirada... he aquí lo que la halaga; que los hombres lleguen a decirle lo que su imagen les evoca, he aquí lo que ella no puede escuchar (aunque no deje de saberlo, ni deducirlo). Lo que ella no puede soportar, lo que experimenta como una degradación, es que el hombre le revele que sabe que ella es no solo deseable, sino ante todo deseante de su deseo, y que por ello mismo puede faltarle deseo (79) [18].

Aulagnier nos revela, que no se trata de un pudor sino de una angustia fundamental ligada a la mirada, misma que desviste desnudando lo invisible, por eso la mirada sólo es soportable en el abrazo amoroso, lo que la mujer quiere es el deseo del hombre revestido de amor, ello le garantiza que sólo la desee a ella, no a otra, sólo así aceptará la mirada que la desviste. No es que ser deseada le perturbe, sino que se den cuenta de que es deseante de su deseo, en tanto puede faltarle el deseo. Para Piera lo propio de la feminidad, es el no poder ser reconocida, sino por otro, el hombre. Es así que la autora escribe:

Frente al espejo, una mujer podrá sentirse hermosa o fea, joven o vieja, pero ningún canon estético, ningún punto de referencia visible podrá asegurarla con respecto a lo que es...La feminidad es aquello que la confesión del hombre confiere. Solo el hombre puede decir si ella posee o no lo que él desea en ella (85) [18].

Otro aspecto importante que resaltar, es el displacer que muestran algunas mujeres por el hecho de ser mujeres. Dio Bleichmar [10] comenta en este punto, sobre la culpa de ser mujer en relación a la vergüenza femenina alrededor de la sexualidad.

Resulta relevante y digno de subrayar que una vivencia que debiera ser intrínsecamente exaltante, como es la sexualidad, se convierte en vergonzante para muchas mujeres y conduce a una depresión narcisística. Las mujeres que son acosadas sexualmente, o que reciben una obscenidad como elogio... reaccionan con sentimientos dolorosos y depresivos de la autoestima. O por el contrario recurren a la negación, a la identificación con el hombre, o a desidentificarse de su igual del género, contribuyendo de ese modo y nuevamente de manera involuntaria, a reforzar la división universal femenino en prostitutas y mujeres (384-385) [10].

Para Dio [10] es muy frecuente y observable en la niña/mujer, hacer una escisión y aislamiento del significado sexual, el cual se manifiesta en “Hacerse la tonta” cuando son objeto de acoso y no desean responder; lo que implica una división del género femenino por su relación con las prácticas sexuales, o sea, las mujeres “honestas” que no quieren saber y las de “la otra clase”. Se trata de una represión de la sexualidad, del silencio de sus manifestaciones, de un no saber de la conciencia sobre la sensorialidad del cuerpo, en otras palabras, la niña o la mujer se excitan pero no se enteran.

Para dar cuenta de los comportamientos de seducción debemos recurrir a la escisión del yo como el procedimiento que permite entender que la conciencia no se entere del movimiento de la pulsión en el cuerpo, pero si se articule para un movimiento de seducción... como consecuencia de este procesamiento, cuando se interpela a una mujer por medio de la demanda genital, ella sorprendida puede responder: “¿Usted que se piensa? Yo no quiero eso” (387) [10].

También podemos encontrar angustia y por tanto displacer, provenientes del superyó de las mujeres; Levinton [12] establece la hipótesis de la génesis de un superyó femenino que empieza a constituirse desde el periodo preedípico, que tendrá trascendental implicación en la subjetividad de la niña como núcleo central, ya que se va organizando conjuntamente con la identidad del género femenino. Los contenidos que propone la autora para el superyó de la mujer, son de índole moral y del narcisismo del Yo. Los primeros serán normas o mandatos que reglamentarán los deseos sexuales, el control de la agresividad, y las condiciones sobre las que se establecen las relaciones; su incumplimiento producirá culpa. En cuanto a los segundos, exigen comportamientos que contribuyen al reconocimiento de la valía personal, de la apreciación por parte de los otros y ante sí mismo, por lo que su incumplimiento genera sentimientos de inferioridad y de desvalorización. En relación a los ideales, su cumplimiento producirá satisfacción narcisista, pues se libera la tensión displacentera, el cumplimiento de las normas producirá alivio de la persecución; vale decir, habrá la amenaza frecuente de un castigo fantaseado. En el mandato del superyó, estará presente el temor por la amenaza de una sanción, la necesidad de pagar con culpa la trasgresión de la norma, o una desaprobación narcisista por la pérdida de amor por parte del superyó. Su incumpliendo moviliza diferentes tipos de angustias.

Para Levinton [12] las normas concretas de la vida cotidiana quedan localizadas privilegiadamente en la esfera doméstica, planteadas en un mundo de relaciones interpersonales significativas de apego, donde se sobrevalora la vida emocional, desligándose del

ámbito público. Levinton aclara:

Los contenidos que generan la enorme carga de inquietud y malestar en la niña y a *posteriori* en la mujer, no están asociados necesariamente y privilegiadamente al complejo de Edipo, al que se le atribuye la genealogía y causalidad de la problemática más decisiva. Sino que los propios —y tácitos— atributos de la feminidad, en cuanto a la configuración de una identidad de mujer, afectan a una estructura plagada de contradicciones (145) [12].

Mc Dougall [14] describe otra complicación que la niña atraviesa en su desarrollo, lo difícil que le resulta la superación del vínculo homoerótico y profundo con la madre, considera que no sólo como dice Freud, se remplaza el desear sexualmente a la madre por el deseo de tener un pene y luego un hijo, pues aunque si se encuentran con frecuencia estos fantasmas en la niña, no son los únicos ingredientes para que devenga la feminidad, los vínculos homosexuales no son sólo evacuados por la envidia del pene. Para la autora emergerán síntomas e inhibiciones en la mujer ante tales investiduras homosexuales: como es el caso de las eternas escenas conyugales; los problemas sexuales; los conflictos con los hijos, los colegas o los amigos; los bloqueos intelectuales o artísticos. Tras dichos síntomas e inhibiciones se puede revelar en la intimidad del diván una contracara homosexual.

Otro malestar que se presenta con alta frecuencia en la vida de las mujeres, por el hecho de ser mujeres, es la violencia hacia el género femenino, que trae consigo una serie de consecuencias psíquicas y personales a la niña-mujer. Sabemos que el mito personal inconsciente de todo niño en relación a la escena primaria, gira alrededor de una escena en la que se le violenta a la madre, a la mujer. Jean Laplanche, y Jean-Bertrand Pontalis, definen a la escena originaria como “Escena de relación sexual entre los padres, observada o supuesta basándose en ciertos indicios y fantaseada por el niño. Éste la interpreta generalmente como un acto de violencia por parte del padre” (123) [19].

En este sentido Dio Bleichmar [10] reflexiona sobre la posición de la niña, cuando situada en su papel de mujer, si quiere ser amada por el padre, la condición es padecer el coito violento como ocurre en el fantasma originario. Al ser esto así, el fantasma masoquista es la forma habitual en que se sexualiza la feminidad; no obstante, Dio insiste en que tal situación, es una pulsión implantada por los adultos portadores de mensajes sexuales violentos.

Dio [10] plantea la hipótesis de que la niña para dominar la angustia persecutoria que le provoca la victimización, recurre al romanticismo, al encubrimiento de la violencia y a la

idealización del amor. De este modo, la niña tendrá que metabolizar el temor a la sexualidad; ante un pene persecutorio y una violencia en el coito que la niña fantasea o percibe en la relación del hombre y la mujer.

Asimismo Dio [10] deduce que derivado de la incidencia de la violencia a la mujer, el guión de la victimización de la madre en el fantasma de la escena originario, se mantiene latente en la fantasía de la adolescente, así cuando las chicas llegan a ser capaces de procrear suelen rechazar esta capacidad, surge una conducta de negación y fantasías de masculinización como defensa ante la amenaza de tener que asumir una maternidad no deseada en ese momento, que sería una amenaza potencial de daño corporal y una amenaza de degradación de su autoestima, además del riesgo de caer en una identidad devaluada, ya que si bien en la actualidad la liberación de las costumbres ha conducido a una actividad sexual pareja en la adolescencia temprana para chicas y chicos, este comportamiento cursa con efectos psicológicos muy dispares en unas y otros.

Para Dio [10], la violencia existente del hombre hacia la mujer, no sólo es un fantasma de una teoría infantil, sino una realidad repetida propia de la feminidad; el incesto, el abuso, la explotación, el comercio, el maltrato, tienen como escenario privilegiado un cuerpo de mujer. Tal victimización de la mujer duplica o colorea el fantasma sexual de la niña. Así pues, el impacto del descubrimiento de la fisiología sexual femenina que enfrenta a toda mujer, se puede articular con la violencia, en otras palabras, habrá una articulación entre violencia y sexualidad femenina, de ahí que para no ser objeto de violencia sexual, muchas mujeres suelen rechazar la sexualidad.

Mc Dougall [14] en la misma idea, formula que las relaciones sexuales y amorosas corren el peligro de convertirse en amenazas de castración, de aniquilación, de muerte para la mujer, cuando la escena primitiva aparece bajo la forma de fantasmas de devoración. Esto ocurre si la niña desde su primera infancia tiene un escenario de violencia en la relación de sus padres; en cambio, si tiene progenitores que se aman, desean y respetan recíprocamente, la niña tratará de identificarse con la madre y soñará con un hombre a menudo a imagen del padre. De esta forma, la versión internalizada de la escena primitiva se transforma y se convierte en una adquisición psíquica que le permita a la niña el derecho a poseer su cuerpo y su sexualidad.

Finalmente abordaremos el malestar y displacer de la mujer que propone Mariam Alizade, en 2009 [20], indica que las mujeres están habitadas por la categoría de lo no visible, pues, aunque las niñas sepan que albergarán hijos en sus úteros, y nombren sus vulvas "la sombra de la ausencia" estará presente. Pene—no pene, será la primera diferencia y luego más tarde con el inicio de los ciclos menstruales, se instala la segunda diferencia

que divide a los géneros: sangre—no sangre. El cuerpo de las mujeres transita en pérdida, en falta. Las mujeres pierden, no tienen, deben separarse de sus fluidos; y lo fluidifical remite a lo evanescente, lo derramable, lo incontinente. La sangre en la mujer actúa como marca de una incompletud sustancial, de un vaciamiento inevitable, de una insustancialidad líquida. Aunque la sangre genital femenina afirma la fertilidad futura de las mujeres, en algún lugar se contamina esta sangre de vida con la otra sangre, la de la herida, la de la muerte, de la vulnerabilidad, de la violencia, de la castración repetida cada mes. Por tanto, el símbolo maestro de la feminidad es lo fluido, con múltiples representaciones escurridizas y evanescentes, es un símbolo asimbólico. Ante esto, la autora induce, que cuando se logren superar las angustias que se derivan de simbolizar en lo femenino, se podrá acceder a un narcisismo terciario; que es producto de la elaboración madurativa que da acceso al principio de relatividad y el desarrollo de un vínculo solidario y empático con el objeto lejano, debido a que se delega parte del narcisismo más allá del sí mismo; habrá entonces consecuencias psíquicas de mayor sabiduría, aceptación y alegría en la instantaneidad y transitoriedad del simbolizar en femenino; empero si no se superan la angustia de simbolización, pueden surgir reacciones maníacas defensivas, patologías de poder, represión e indiferencia.

CONCLUSIONES

En este escrito, se dio cuenta de los aspectos del ámbito psíquico y del ámbito cultural que intervienen en la aparición de conflictos femeninos. El displacer de la feminidad que subyace del ámbito psíquico, deviene de las dificultades que acontecen en el desarrollo libidinal de la niña; encontramos por una parte la fantasía de la escena primaria, que gira alrededor de una escena en la que se le violenta a la madre, es decir a la mujer. Lo que implica que en el inconsciente, el fantasma de la violencia, es la forma habitual en la que se sexualiza a la feminidad en los primeros años de vida. Por otra parte, hallamos las vicisitudes que la niña debe atravesar en el complejo de castración; que conlleva entre otras cosas, el sufrimiento de una herida narcisista y hace que sobrevenga la envidia del pene. Como podemos advertir, el papel de estos contenidos inconscientes en el psiquismo, suele ser determinante en la formación de una subjetividad femenina displacentera. Lamentablemente algunas condiciones son necesarias, contribuyen a preparar al ser femenino para su posterior papel sexual. Además la percepción de la diferencia de los sexos será estructurante, es requisito en la constitución de la subjetividad. Igualmente en el ámbito cultural, la mujer debe afrontar las desigualdades entre los géneros, en donde los hombres tienden a ocupar una posición privilegiada. Y aunque los hom-

bres también pueden manifestar angustia y sufrimiento para acceder a los valores de la masculinidad que les impone la sociedad, sin querer minimizar la problemática masculina, sin duda la mujer debe sortear una feminidad devaluada y mitificada, que resulta ser más molesta que la masculinidad para los varones; pues crea condiciones sociales para una mayor violencia hacia el género femenino.

Describimos ansiedades, síntomas y dificultades que generan malestar y displacer en la feminidad, más allá de la envidia del pene, por lo que esta envidia no es lo único que gobierna la problemática femenina. Encontramos, por ejemplo, que las niñas tienen diferentes tipos de ansiedades propias de sus genitales femeninos. Deben soslayar la sexualización de su cuerpo que por lo común se constituye junto a una represión o escisión de la sexualidad. También lidiar con un superyó que moviliza diferentes angustias por el incumplimiento de mandatos de género en torno al ideal femenino. Sobrellevar las dificultades para simbolizar su sexo. Y no olvidemos la angustia que acontece en el marco de la pérdida del amor del otro. La niña idealiza el amor para rehuir de las diferentes formas de violencia que emergen de una feminidad preformada.

Esperamos que este artículo, pueda generar pautas y sensibilizar a otros, para que cada vez más, la sociedad supere los esquemas tradicionales de género que hacen difícil ser mujer en nuestra cultura, que las relaciones genéricas sean menos polarizadas y menos desfavorables para la mujer. En dado caso, en algún momento los esquemas terminan por caducar, y sí, sin querer ser demasiado optimistas, llegará el tiempo en que se posibiliten las condiciones necesarias para que la subjetividad femenina no genere malestar o displacer, y con ello las mujeres se sienta bien siendo mujeres.

De ahí que la relevancia de este tipo de trabajos, es que suman y aportan, en un contexto en el que la figura femenina, cada vez se está revalorando y logrando empoderarse, en una sociedad donde todavía el heteropatriarcado se impone.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] LEÓN, M. (2021). Malestar y displacer en la feminidad. Un estudio de caso. Tesis de Doctorado. México D.F. Colegio Internacional de Educación Superior.
- [2] SAAL, F. (1981). Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica de los sexos. En: A medio siglo de El malestar en la cultura de Sigmund Freud. México: Siglo XXI, 2015.
- [3] FREUD, S. (1932). 33a conferencia. La feminidad. O.C. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [4] FREUD, S. (1923). La organización genital infantil. Una interpolación en la teoría de la

sexualidad. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

[5] FREUD, S. (1908). Sobre las teorías sexuales infantiles. O.C. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

[6] FREUD, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

[7] FREUD, S. (1931). Sobre la sexualidad femenina. O.C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

[8] FREUD, S. (1924). Sepultamiento del Complejo de Edipo. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.

[9] DOLTO, F. (1996). Sexualidad femenina. La libido genital y su destino femenino. México: Paidós. 2001.

[10] DIO BLEICHMAR, E. (1997). La sexualidad femenina de la niña a la mujer. Barcelona: Paidós 2011.

[11] BRISEÑO, A. (2009). La mitificación de la envidia del pene. En: Género y psicoanálisis. Contribuciones contemporáneas. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana de Guadalajara.

[12] LEVINTON, N. (2000). El superyó Femenino, La moral en la mujeres. Madrid: Biblioteca nueva.

[13] BENJAMÍN, J. (1996). Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación. Buenos Aires: Paidós.

[14] MC DOUGALL, J. (1998). "Las mil y una caras de eros" La sexualidad humana en búsqueda de soluciones. Buenos Aires: Paidós.

[15] GUZMÁN, E. REYES, P. (2009). Histeria o posición Femenina: los destinos de la mujer. En: Género y psicoanálisis. Contribuciones contemporáneas. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana de Guadalajara.

[16] TUBERT, S. (2018, abril). Psicoanálisis, feminismo y posmodernismo. Errancia Litorales. Disponible en: https://www.iztacala.unam.mx/errancia/v17/PDFS_1/LITORALES%201%20PSICOANALISIS%20FEMINISMO.pdf

• VILLALOBOS, L. (2011). Depresión y narcicismo femenino. En: Desafíos en la clínica psicoanalítica actual. México: Circulo Psicoanalítico Mexicano, 2011.

[17] GREEN, A. (1986). De locuras privadas. Buenos Aires: Amorrortu, 1990.

[18] AULAGNIER, P. (1966). Observaciones sobre la feminidad y sus avatares. En: El deseo y la perversión. Buenos Aires: Sudamericana, 1984.

[19] LAPLANCHE, J. Y PONTALIS, J. (1967). Diccionario de psicoanálisis. México: Paidós, 1996

[20] ALIZADE, M. (2009). El universo fluidifical del femenino y su simbolización. En: Género y psicoanálisis. Contribuciones contemporáneas. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana de Guadalajara.

PSICOANÁLISIS Y FEMINIDAD. LA MUJER Y SU MALESTAR POR LA CULTURA

MITZI MIRIAM LEÓN CALDERÓN

Doctora en Investigación Psicoanalítica y Maestra en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior. Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Práctica clínica privada.

Correo electrónico: mitzi.miriam.l@gmail.com

Recepción: 17 abril de 2022/ Aceptación: 03 junio de 2022

RESUMEN

El artículo describe, cómo el discurso social que gira en torno a la mitificación y devaluación de la feminidad, incide en la subjetividad de las mujeres para que ellas exterioricen malestar por la cultura, más particularmente hacia los ideales y mandatos de género que configuran un ideal femenino, mismo que ordena a la mujer a no poder ser sujeto, sino objeto. Un ideal que refuerza la docilidad, la inhibición de la agresividad, la sexualidad, y crea condiciones para la violencia de género.

Lamentablemente no es posible la igualdad de los sexos, en tanto que la diferencia es fundante, tiene que ver con la producción misma de la cultura; el malestar inducido por esta diferencia irreductible impone una carencia, una castración, que es requisito para que haya deseo. No obstante, la situación de la feminidad podría mejorar, si los esquemas de género fueran menos desfavorables para la mujer, dado que la diferencia no debería sustentarse en ninguna superioridad del hombre sobre la mujer, sólo es una condición necesaria para que pueda haber sujeto y cultura.

En este apartado, se pretende aportar a la clínica psicoanalítica, en la comprensión del sufrimiento femenino, que hacen difícil ser una mujer en nuestra cultura.

PALABRAS CLAVE: cultura, feminidad, género, malestar, diferencia de los sexos, mujer, psicoanálisis.

SUMMARY

The article describes how the social discourse that revolves around the mythification and devaluation of femininity affects the subjectivity of women so that they express discomfort with culture, more particularly towards gender ideals and mandates that make up an ideal feminine, the same that orders the woman not to be able to be a subject, but an object. An

ideal that reinforces docility, the inhibition of aggressiveness, sexuality, and creates conditions for gender violence.

Unfortunately, equality of the sexes is not possible, while the difference is fundamental, it has to do with the very production of culture; the discomfort induced by this irreducible difference imposes a lack, a castration, which is a requirement for there to be desire. However, the situation of femininity could improve if the gender schemes were less unfavorable for women, given that the difference should not be based on any superiority of men over women, it is only a necessary condition for there to be a subject and culture. This section aims to contribute to the psychoanalytic clinic, in the understanding of female suffering, which makes it difficult to be a woman in our culture.

KEYWORDS: culture, difference between the sexes, discomfort, femininity, gender, woman, psychoanalysis.

RÉSUMÉ: L'article décrit comment le discours social qui tourne autour de la mythification et de la dévalorisation de la féminité affecte la subjectivité des femmes afin qu'elles expriment un malaise face à la culture, plus particulièrement envers les idéaux de genre et les mandats qui composent un idéal féminin, celui-là même qui ordonne la femme. ne pas pouvoir être un sujet, mais un objet. Un idéal qui renforce la docilité, l'inhibition de l'agressivité, de la sexualité, et crée les conditions de la violence de genre.

Malheureusement, l'égalité des sexes n'est pas possible, alors que la différence est fondamentale, elle tient à la production même de la culture ; le malaise induit par cette différence irréductible impose un manque, une castration, qui est une exigence pour qu'il y ait désir. Cependant, la situation de la féminité pourrait s'améliorer si les schémas de genre étaient moins défavorables aux femmes, étant donné que la différence ne doit pas être fondée sur une quelconque supériorité des hommes sur les femmes, elle n'est qu'une condition nécessaire pour qu'il y ait un sujet et une culture. Cette section vise à contribuer à la clinique psychanalytique, à la compréhension de la souffrance féminine, qui fait qu'il est difficile d'être une femme dans notre culture.

MOTS CLÉS: culture, différence des sexes, féminité, femme, genre, inconfort, psychanalyse.

INTRODUCCIÓN.

Este escrito es un fragmento de una tesis doctoral que aborda la temática del malestar y displacer presentes en la feminidad [1]. Se exponen las vicisitudes y complicaciones que atraviesan las mujeres a razón de los significados que implanta el discurso cultural en la

subjetividad femenina, con el afán de comprender por qué algunas mujeres, exteriorizan malestar y desagrado por ser mujer en nuestra sociedad.

Sabemos que la categoría de género es una construcción cultural de la diferencia sexual, el género pone en evidencia las diferencias entre hombres y mujeres. Freud en 1925 [2], plantea que las diferencias anatómicas de los cuerpos producen distintas posiciones psíquicas entre los sexos. Por lo que, tanto las mujeres se encuentran en posición de desigualdad entre los hombres, pero también los hombres se encuentran en posición de desigualdad entre las mujeres.

Los hombres y mujeres son cautivos del género, y ello les afecta a ambos, pero de manera diferenciada. Si bien el presente trabajo se limita a dar cuenta de la problemática de la mujer para con la cultura, no quisiéramos dejar de señalar, que así como algunas mujeres pueden llegar a presentar malestar en su feminidad que subyace del discurso social; los hombres aunque de manera distinta, también pueden llegar a exteriorizar malestar procedente dicho discurso, aquello que la sociedad estipula sobre lo que debe ser la masculinidad. Aun así, sin querer mermar la problemática masculina, podemos coincidir que tanto en el ámbito psíquico y en el ámbito cultural, las mujeres se encuentran en condiciones diferentes a las del hombre. La feminidad, tal cual está constituida en el psiquismo e instituida en el imaginario cultural, conlleva a que muchas mujeres de todas las épocas hayan presentado algún tipo de malestar y displacer en el terreno sexual, social, familiar, intelectual, etc., no se puede negar que la cultura despliega mayor peso de la ley sobre la feminidad. Freud en 1937 [3], distinguió claramente en sus observaciones clínicas, la desautorización que existe hacia la feminidad en la vida anímica de los seres humanos, que sin duda alguna persiste hasta nuestros días.

En el presente trabajo, se discute la imposibilidad de la igualdad de género, sabemos que para algunos autores que se apegan a la teoría freudiana, la problemática femenina tiene mayormente su origen en la herida psíquica del complejo de castración, en cambio otros autores sostienen que el problema deviene principalmente de factores culturales que inciden negativamente en la subjetividad de la niña/mujer. Por nuestra parte nos inclinamos a pensar que las dificultades que atraviesa la niña en el desarrollo hacia su feminidad, no devienen, ni de lo uno, ni de lo otro en solitario, sino más bien de ambos. Por un lado, es indiscutible que el discurso cultural que se transmite sobre lo que significa y debe ser una mujer, repercute desfavorablemente en la estructuración y la subjetivación femenina; dado que la niña irremediabilmente debe sortear el impacto de una feminidad devaluada y mitificada establecida por la cultura. Pero por otro lado, coincidimos con Martha Lamas en 1994 [4], en que no debemos caer en la confusión de conceptualizar la diferencia sexual,

sólo como una de tantas diferencias sociales sin considerar lo escindido del sujeto; el psicoanálisis ha mostrado cómo la estructuración psíquica, se realiza fuera de la conciencia y de la racionalidad de los sujetos, por eso el sujeto desde una perspectiva freudiana, es una persona escindida con deseos y procesos inconscientes, en donde el complejo de castración condiciona la estructuración de la identidad psíquica que constituye a mujeres y hombres como sujetos. De esta forma, en la construcción de la feminidad, participan tanto elementos del ámbito psíquico y del ámbito social, y la diferencia sexual será fundante como estructurante psíquico.

Cabe aclarar que para los fines este artículo, en este apartado no se profundiza demasiado en las vicisitudes de la castración de la mujer, sino en su malestar por la cultura, el cual incide intrasubjetivamente en su posición femenina. Sin embargo, se retoman algunos aspectos de las vicisitudes de la castración, dada su relevancia en la estructuración de la feminidad y en la constitución de la subjetividad.

En nuestro recorrido repasaremos sobre la mujer y su malestar por la cultura; se plantea cómo lo que tradicionalmente puede definirse como femenino en la sociedad, evidentemente coloca a la mujer en cierta desventaja en comparación con los privilegios de los hombres. La cultura devalúa a la feminidad a través de ideales y mitos que innegablemente empujan a la mujer a sofocar su agresividad, la sexualidad, sus potencialidades y a no ser sujeto en sí misma, esto es, a no poder acceder a una subjetividad que le de propiedad sobre sí misma y sobre su vida.

DESARROLLO

Freud en 1932 [5] menciona que masculino y femenino es una de las diferencias que hacemos cuando nos encontramos con otro ser humano, no obstante aclara que hacer tal distinción no es tarea sencilla, toda vez que en la anatomía y en las cualidades anímicas se combinan lo uno y lo otro, lo que da el indicio de una bisexualidad tanto anatómica como psíquica que complica hacer una división tajante; aun así distinguirá una generalidad: masculino=activo, femenino=pasivo; al observar por ejemplo la frecuente predilección de las mujeres por las metas pasivas; o bien el factor de la agresión en el carácter masculino, en contraparte con la tendencia de la mujer a sofocarla, por su propia constitución y porque la sociedad se lo impone, favoreciendo intensas mociones masoquistas. Incluso Freud en 1924 describió el masoquismo “como una expresión de la naturaleza femenina” (167) [6]. Con dicha expresión se podría pensar que el masoquismo es auténticamente femenino, no obstante Freud previno que con frecuencia se puede encontrar el masoquismo también en varones. De tal forma, no se puede saber a ciencia cierta, lo que

es propiamente dicho femenino o masculino, pero de acuerdo a ciertas individualidades hay más de uno que de lo otro, lo que conduce a mujer a una tendencia al sufrimiento y como correlato a la pasividad.

VICISITUDES DE LA CASTRACIÓN

Freud [5], aclara que el psicoanálisis no pretende describir qué es la mujer, al ser una tarea de solución casi imposible para él, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir de la niña con una disposición bisexual. Primero, los dos sexos parecen recorrer el mismo camino en las primeras fases del desarrollo libidinal oral y anal. Con el ingreso a la fase fálica la niña se comporta como un pequeño varón, ambos niño y niña se procuran sensaciones placenteras en sus genitales. Freud en 1923 [7], puntualizará que al inicio de la fase fálica, la zona erógena rectora de la niña sin duda alguna se sitúa en el clítoris, siendo que la masturbación se realiza en esta zona. Pero con la vuelta hacia la femineidad, el clítoris debe ceder en todo o en parte su valor y sensibilidad a la vagina. Ésta es una de dos tareas que el desarrollo de la mujer tiene que solucionar, cambiar la zona erógena del clítoris por la vagina, lo que no sucede en el caso del varón, quien continúa hasta su madurez sexual con la misma zona erógena rectora. La segunda tarea que debe realizar la niña es el cambio de objeto. Al inicio la madre es el objeto de amor tanto para la niña como para el niño, en el caso de este último lo seguirá siendo en el Edipo y durante toda la vida; en cambio para la niña en el Edipo, es el padre quien ha devenido objeto de amor y se espera que en el curso del desarrollo normal ella encuentre desde el objeto-padre, el camino hacia la elección definitiva de objeto.

Freud 1925 [2], incluye el cambio de zona erógena y cambio de objeto, como parte de las vicisitudes de la castración, son consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos. La niña debe atravesar varias vicisitudes en el complejo de castración; el descubrimiento de la falta de pene, conlleva el sufrimiento de una herida narcisista que hace que sobrevenga la envidia del pene. Freud en 1924 [8], explica que la niña ante la falta de pene, intenta por resarcirse; de este modo se extraña de la madre y entra al Edipo, ahí el deseo de recibir un pene, se desplaza por el deseo de parirle un hijo al padre. El Edipo es abandonado poco a poco, sin embargo, ambos deseos; el de poseer un pene y el de recibir un hijo del padre, permanecen en el inconsciente con una fuerte investidura, lo que hace a la mujer proclive a la manifestación de síntomas y dificultades en su ser femenino. Freud en 1931 [9], nos dice que cuando la niña reconoce el hecho de su castración y como consecuencia la supuesta superioridad del varón y su propia inferioridad, derivan tres orientaciones de desarrollo: una inhibición sexual o neurosis; un complejo de mascu-

linidad; y la feminidad normal.

A su vez Freud en 1905 [10] especifica qué con la oleada represiva de la pubertad, las mujeres eliminan la virilidad infantil, lo cual condiciona la proclividad de la mujer a la neurosis, en particular a la histeria, pero al mismo tiempo, tales condiciones se entranan con la naturaleza de la feminidad.

Entonces bajo la mirada de Freud, primero la niña comienza como un hombrecito, ama activamente a la madre, hasta que en la fase edípica descubre que ella y la madre carecen de pene; se instituye así, una herida narcisista que establece un sentimiento de inferioridad, mismo que la lleva a la envidia del pene, lo cual es inevitable; en tanto que la mujer ambicione ese emblema de poder y el deseo, hace posible el aflojamiento de los vínculos con la madre, será su esfuerzo por obtener el falo que le falta, lo que la conduce a la posición de ser el objeto del padre. La niña pasa del amor a la madre, al amor al padre, pasa de la actividad a la pasividad; porque debe hacerlo, sólo así deviene su feminidad. Esta posición sexuada de la mujer, vale decir, la aceptación de status de objeto y pasividad como sellos femeninos dentro de la subjetividad fémina, es lo que la cultura refuerza hasta nuestros días, aun cuando muchas mujeres hoy en día lo intentan cambiar, empero, son ideales y mandatos de género que configuran un ideal femenino.

MALESTAR POR LA CULTURA

Freud en 1930 [11], nos mostró el malestar que genera la cultura en los seres humanos, a causa del antagonismo que existe entre las pulsiones y las restricciones impuestas por la cultura, malestar que corresponde a hombres y mujeres, no obstante, destacó una mayor oposición de las mujeres hacia la cultura; sus intereses se encontraban del lado de la familia y de la vida sexual, y no hacia el trabajo de la cultura que consideraba un asunto mucho más cercano a los varones.

“Lo que usa para fines culturales lo sustrae en buena parte de las mujeres y de la vida sexual: la permanente, convivencia con varones, su dependencia de los vínculos con ellos, llegan a enajenarlo de sus tareas de esposo y padre. De tal suerte, la mujer se ve empujada a un segundo plano por las exigencias de la cultura y entra en una relación de hostilidad con ella” (101) [11].

Si bien han pasado casi ya 100 años de esta afirmación, pensamos que la hostilidad de la mujer por la cultura sigue vigente, no sólo por las razones que manifestaba Freud, sino por la cuestión de la diferencia de los sexos, más particularmente las diferencias culturales entre los géneros, que podemos coincidir, ocupan un lugar central entre las causas del malestar en la cultura en hombres y mujeres hoy en día, pero que sin duda alguna, son

las mujeres las que demuestran mayor descontento al respecto.

Errázuriz en 2016 [12], afirma que hombres y mujeres son prisioneros del género, situación que afecta a ambos, pero de manera diferenciada, puesto que no ocupan un status equivalente como sujetos escindidos. Las desigualdades entre los géneros, evidentemente muestran que los hombres como colectivo ocupan una posición superior, tienden a ejercer una dominación hacia la mayor parte de las mujeres en muchas sociedades, derivado de que existen fuerzas sistemáticas que generan, mantienen y reproducen las relaciones genéricas de dominación.

Dio Bleichmar, E. en 1997 [13] hace hincapié en que la cultura despliega el mayor peso de la ley sobre la feminidad. La mujer al asumir el sostén del cuidado de la vida y de la sexualidad ligada al amor, garantiza el paso de la naturaleza a la cultura, aunque para ello deba reprimir su propio deseo sexual y el de su hija. Es la madre la encargada de instituir y velar el lado conservador y civilizador de los seres humanos. El hombre por su parte también lo inducirá y lo exigirá, pero es ella, la pecadora ante la ley divina quien deberá asumir mayormente la responsabilidad.

Dio propone que “la sexualidad humana es cultural: se trata de un sistema múltiple determinado y normativizado que denominamos sistema sexo-género...es el género el que configura y normativiza a la sexualidad” (25) [13]. Aunque la autora se adhiere a pensar que la sexualidad humana es cultural, no pretende aseverar que las diferencias anatómicas y sus consecuencias psíquicas no contribuyan a la división del hombre y de la mujer en seres sexuados, sino que se debe considerar que no son el eje exclusivo. Postula que las múltiples instituciones simbólicas participan mayormente en la estructuración de la sexualidad humana y la diferencia sexual, y que además el núcleo de la identidad de género se establece antes de que haya un reconocimiento de las diferencias anatómicas.

UN IDEAL FEMENINO PARA LA CULTURA

Dio Bleichmar [13], pondera que la cultura transmite contenidos falsificadores que se convertirán en un imperativo de género que opera como prescriptivo, su cumplimiento o no, tendrá una enorme repercusión e incidencia sobre el narcisismo en la organización super-yoica de la mujer, se organiza un ideal de género como modelo, conformándose el yo de acuerdo al prototipo de las instituciones de lo simbólico, un producto cultural que definirá a la feminidad, es así que para transformar la naturaleza del fantasma y de las identificaciones se deben reescribir los mitos, la narrativa para la mujer.

Levinton, N. en el 2000 [14], señala que los ideales y mandatos de género, configuran un ideal femenino que prescribe el cuidado de las relaciones, y la valoración de las experien-

cias emocionales, sobre otras actividades del ámbito público. Habrá un proceso de narcisización del apego que irá construyendo su subjetividad, en donde amar y ser amada ocupará el epicentro de su mundo interno. Así, el marco social reglamentará para las mujeres la búsqueda de aprobación y/o amor; se preocuparán más por el cumplimiento de los pactos implícitos en las relaciones que por las demandas de la realidad; un ejemplo de ello, es cuando en la madre de un drogadicto prevalece la fuerza del mandato de proteger al hijo, sobre la codificación de trasgresión de la legalidad. Estas observaciones de la autora llevan a la reflexión, de que paradójicamente aquello que promueve el marco social como normativo de género para las mujeres, es precisamente lo que las confronta con los intereses de la cultura; advertimos que la inobservancia de la valoración moral y/o ética de algunos contenidos sociales en favor del cuidado de los vínculos emocionales, coloca algunas veces a la mujer, entre el dilema de ser femenina o el cumplimiento de las leyes jurídicas.

El modelo de feminidad naturaliza la ecuación: mujer=madre; aquí lo contradictorio para ella, es que la crianza de un hijo se desvalorice abiertamente en nuestra cultura, por un lado se minimiza el esfuerzo y el trabajo de la función materna y por otro, no se obtiene reconocimiento social en comparación con otras responsabilidades. Ser madre no da el mismo prestigio que ser profesionalista, pero a pesar de esta falta de reconocimiento, la cultura responsabiliza y culpa a la madre unívocamente de los defectos de la modalidad de crianza. [14].

Montevecchio en [15] precisa que la mujer, sigue inscrita en la disyuntiva de perder el amor del otro, en un contexto social en el cual las funciones adjudicadas a ella por la cultura, son complementarias a las del hombre y no gozan de prestigio social, ni tampoco tienen un valor de cambio en un mundo donde rigen las leyes del mercado. Sus aspiraciones tienen que ser postergadas en aras de un rol de esposa y madre consagrado por la cultura.

Benjamín, J. en 1996 [16], manifiesta que a veces es impresionante la realidad de la condición de la mujer, a pesar que desde hace mucho tiempo se ha determinado lo que debería ser justo para las mujeres. La situación es que ni siquiera ciertos reclamos mínimos de igualdad en relación con los hombres se han satisfecho, y que esto es en gran medida obra de la cultura, de los ordenamientos sociales.

Es cierto que no tenemos ninguna imagen o símbolo femenino para equilibrar el monopolio del falo en la representación del deseo. Aunque la imagen de la mujer se asocia con la maternidad y la fertilidad, la madre no es articulada como un sujeto sexual, como alguien que desea algo para ella misma, sino todo lo contrario

(114) [16].

Y sí, la condición de la mujer es para sorprenderse, pues aun cuando en la actualidad la sexualidad se separa de la reproducción, aparece la imagen alternativa de la mujer fatal, lo cual tampoco significa una subjetividad activa en la mujer, será la mujer sexi como objeto, sigue sin tener una imagen como sujeto. Para Benjamín, el malestar de la mujer por la cultura, es no poder ser sujeto, sino objeto; es no tener un deseo activo propio, sino ser el objeto de deseo de algún otro. “Ser mujer en nuestra cultura es aceptar la abrogación de la propia voluntad, vivir para otro” (115) [16].

Si una mujer no tiene ningún deseo, tiene que basarse en el hombre que es quien lo posee, con consecuencias potencialmente desastrosas para su vida psíquica. Ésta situación podría evitarse en gran medida, si la obra de la cultura, de los ordenamientos sociales cambiaran, sin embargo, hasta el momento los cambios actuales para legitimar a la feminidad en condiciones más igualitarias, siguen siendo insuficientes [16].

La idealización de la maternidad que se encuentra en la política cultural feminista y anti-feminista que intenta redimir a la mujer (el poder de las faldas), conlleva a la desexualización y la falta de deseo de la mujer. Asimismo, la “mujer sexi” meta de la liberación sexual, coloca a la mujer en posición de objeto de deseo. De ésta manera; “la libertad y el deseo siguen siendo un dominio masculino no desafiado” (118) [16].

Kurnitzki en 1992 en [15], indica que para muchas mujeres la vida social nace a partir del ritual del casamiento, donde la sexualidad femenina se aniquila y sojuzga, ubicándola como un producto cultural del hombre, quedando reducida nuevamente a su capacidad reproductiva.

Otro ideal femenino que genera malestar, es que la mujer suele ser definida socialmente por el atributo de su belleza. Dio Bleichmar [13] habla de que el cuerpo entero de la mujer es el sostén de la identidad femenina y el narcisismo del yo-género. Es la sexualización del cuerpo de la mujer, por lo que es tratado como órgano sexual en los formatos vigentes de feminidad, y esta sexualización en la tipificación de la feminidad, constituye un proceso habitual y creciente en las sociedades actuales, que incluso se establece de tal forma que es considerada un proceso natural.

Nadie dudaría en considerar que la apariencia del cuerpo femenino es su máximo sostén narcisista...Pero se trata de un cuerpo que es atravesado en consecuencia, por el significado sexual. La nena linda de la primera infancia se convierte en la escolar “que no va tener ningún problema en la vida”, en la inquietante “Lolita” en la pubertad... en la “bomba” adolescente...la nena linda será la mujer guapa. En términos de una equivalencia entre representaciones del cuerpo que sostengan la creencia en una

completud, en un atributo que garantice un acceso al otro sexo, el cuerpo entero de la niña se instituye en un equivalente, por su importancia, al genital varón (360) [13].

San Miguel, T. en el 2002 [17], atribuye el origen del malestar por la cultura en las mujeres, a la condición de objeto sexual que recae de forma específica sobre el cuerpo femenino, toda vez que va a traer consecuencias desfavorables en la sexualidad femenina.

EL DISCURSO SOCIAL SOBRE LO FEMENINO, NO INCLUYE LA AGRESIVIDAD

Otro punto espinoso que contribuye al malestar de las mujeres por la cultura, es el hecho innegable de que la cultura empuja a la mujer a sofocar su agresividad. Deutsch en [14] indica, qué si bien algunas veces las muchachas pueden acceder a la actividad, no ocurre lo mismo en lo que se refiere a la agresión, la inhibición de la agresividad será justificada por la cultura desde sus tabúes y reforzada por una recompensa de amor. El prototipo de la mujer se torna de la actividad a la pasividad ante la renuncia de la agresividad para ser amada, y en esta renuncia se tramitarán los impulsos hostiles que deben encontrar una salida, bajo la forma de un carácter masoquista. Deutsch enfatiza que el papel de los factores sociales en el reforzamiento de las inhibiciones agresivas, tienen como corolario que la mujer queda subordinada a la voluntad y al dominio del hombre.

Al respecto Dio Bleichmar [13] muestra que uno de los rasgos comunes en la configuración de la subjetividad femenina son las dificultades con la agresividad.

La madre debidamente normativizada como femenina reprime manifestaciones de hostilidad, rabia y agresividad...cuando aparece en público resulta escandalosa y vergonzante, de manera que queda confinada a la intimidad como lugar obligado pero aun avergonzarte. La vuelta contra sí misma de la pulsión hace efecto sobre su cuerpo y mente y en extensión sobre la niña...el discurso de la feminidad no incluye la agresividad y si hace su aparición se codifica como manifestación de masculinidad, rivalidad fálica, deseos de castración. No existe en espacio legítimo para la agresividad del sujeto mujer, ni en el medio social, ni en la teoría (315) [13].

Levinton [14], ilustra cómo el género opera como una creencia matriz pasional que trasciende a cualquier argumento racional, así cualquier expresión de agresividad será censurada, porque atenta contra el modelo femenino, con aquello que les es legítimo, de tal forma que la mujer disfrazará o negará la agresividad, ya sea para evitar el castigo bajo la forma de la amenaza de abandono o pérdida de amor del otro, o bien por la crítica de un superyó que se muestra particularmente severo cuando no se cumplen los mandatos de género.

CONDICIONAMIENTOS SOCIALES PARA LA EXISTENCIA DE LA VIOLENCIA DE GÉNERO

Un malestar de extrema gravedad que se presenta con alta frecuencia en la vida de las mujeres, por el hecho de ser mujeres, es la violencia hacia el género femenino, misma que trae consigo una serie de consecuencias psíquicas y personales a las mujeres.

En este sentido Dio Bleichmar [13], considera que el fantasma masoquista con el que se sexualiza a la feminidad; no es otra cosa que una pulsión implantada por los adultos portadores de mensajes sexuales violentos, siendo que el adulto está atravesado por su inconsciente y sus conflictos de género, quien le aporta el conjunto de esquemas y formatos presentes en las instituciones de lo simbólico, mismos que lo preexisten y por tanto también el adulto es preso de ellos, por eso la sexualidad para la niña es doblemente amenazante, por un lado esta la pulsión implantada y por otro la violencia a padecer.

Dio plantea la hipótesis de que la niña para dominar la angustia persecutoria que le provoca la victimización, recurre al romanticismo, al encubrimiento de la violencia y a la idealización del amor.

Si el amor mueve montañas también pacifica a «la bestia», como bien lo sabe «la bella», es decir, contrarresta las angustias persecutorias. Creemos que este es un argumento para repensar el poder seductor y la fascinación que el amor posee para la mujer (333) [13].

Dio [13] deduce que derivado de la incidencia de la violencia doméstica y el papel femenino en la sexualidad que reproduce el formato de género, macho fuerte agresivo, el guion de la victimización de la madre en el fantasma de la escena originaria, se mantiene latente en la fantasía de las mujeres. Además, la violencia existente del hombre hacia la mujer, no sólo es un fantasma de una teoría infantil, sino una realidad repetida propia de la feminidad; pues el incesto, el abuso, la explotación, el comercio, el maltrato, tienen como escenario privilegiado un cuerpo de mujer.

La tesis que sostiene Dio [13], es que por la violencia y la amenaza a la integridad corporal y a la estima del yo que proceden de la narrativa cultural femenina, la niña deberá reprimir con vigor una serie de cuestiones para poder entrar en la latencia.

La niña tendrá que metabolizar en una serie de escisiones en las representaciones de feminidad, formas del “eterno femenino” “arquetipos” más o menos modernizados o postmodernizados que afectan su posicionamiento ante la feminidad: mujeres honradas y ligeras, esposas y concubinas, amantes y prostitutas...mujeres repudiadas, solas, abandonadas, censuradas y condenadas por actividades sexuales ilícitas, madres solteras, mujeres violadas, etc. Ante este panorama amenazante la

niña reprime el deseo e idealiza el amor, ya que se convierte en la garantía de su narcisismo del género y de la autoconservación de la integridad corporal (334) [13]. Fridman, I. en 2011 [18], describe cómo las teorías feministas han revelado los costos de la posición sexuada femenina dentro de la cultura, y de cómo esta posición obedece a entramados de poder. Advierte que las mujeres que padecen violencia de género, presentan fallas narcisísticas, originadas por la cultura que promueve la posición de objeto de deseo del otro; también la manifestación de patologías por "déficit", cuando el medio ambiente no proporciona el sostén adecuado para el buen desarrollo de ciertas capacidades, como consecuencia de la estructura patriarcal de la cultura que ha negado a las mujeres la capacidad deseante. Expresa que la consideración histórica de la inferioridad en la mujer ha generado subjetividades dependientes de aquellos sujetos a los cuales la cultura les otorga el lugar del deseo: los varones, quienes son los representantes del poder. La autora hace énfasis en cuestionar las postulaciones que relacionan a los vínculos violentos con el masoquismo de las mujeres, pues muchas veces lo que se observa, es más una angustia de perder a su pareja, que el hecho de la presencia de un masoquismo. Concluye que la subjetividad se constituye desde la construcción cultural; que no es el inconsciente lo que modela la posición de poder, sino que la estructuración inconsciente es obra de ese poder.

¿ES POSIBLE LA IGUALDAD DE LOS SEXOS?

San Miguel [17], intenta persuadir en su trabajo doctoral, que la teoría freudiana sobre la diferencia de los sexos merece ser revisada, y que el concepto de género puede aportar a esclarecer las contradicciones de dicha concepción. Da cuenta de que las formas psíquicas, fantasías o creencias, con las que los niños de ambos sexos se representan, guardan una continuidad con los mitos sociales de origen cultural introyectados. Frida Saal por su parte en 1981 plantea:

El malestar que genera la diferencia sexual tiene mucho que ver con la producción misma de la cultura;...el malestar inducido por esta diferencia irreductible es la llave que organiza el deseo y abre un camino para la producción de la cultura" (139) [19].

Saal [19] especula que mientras no exista otra manera de organizar el deseo en favor de la prohibición del incesto, la desigualdad de los sexos seguirá existiendo; en tanto la diferencia es estructurante. Está desde el principio en el lenguaje y en la ley de la prohibición del incesto, que han hecho hombre y mujer al padre y a la madre. Es la función paterna, la que separa a cada ser de la amenazante completud, impone una carencia, una castra-

ción motora del deseo que es requisito para que haya deseo. Pero aclara: “No existe ninguna esencialidad que corresponda a lo femenino y/o masculino. Que lo que es fundante es la existencia de la diferencia y que los contenidos en los que se visualizan uno y otro dependen de las condiciones particulares de la historia de un momento determinado” (162) [19].

Para Saal, tendría que desaparecer el orden cultural existente, para que las cosas cambiaran, por ahora el falo es el significante de la castración y de la carencia; lamentablemente “La apropiación de poder, la ocupación del lugar del falo, la asunción imaginaria de esa completud que no posee, trae como consecuencia la anulación de las mujeres” (165) [19]. Pero esta apropiación del poder no se sustenta en ninguna superioridad del hombre sobre la mujer, sólo es una condición necesaria para que pueda haber sujeto y cultura.

Lamas [4] esclarece que así como las mujeres y los hombres son resultado de una producción histórica y cultural, también son producto de una realidad psíquica, por lo que referirse exclusivamente a los factores culturales, eludiendo el papel del deseo y del inconsciente en la formación de la subjetividad, no permite comprender la complejidad del asunto, ya que no se pueden explicar solamente las vicisitudes de la diferencia sexual, desde el género y de su perspectiva social, hay que analizar también cuestiones relativas al ámbito psíquico.

Lamas [4] nos recuerda que Freud, cuestionaba la idea esencialista de que sólo por herencia genética o por condicionamiento social, las mujeres son femeninas y los hombres masculinos; él afirmaba que no hay nada más incierto que la masculinidad y la feminidad. Y es que en la identidad del sujeto se articulan subjetividad y cultura, ahí están presentes los hábitos y estereotipos culturales, la herida psíquica de la castración simbólica y los conflictos emocionales de su historia personal, por tanto la diferencia sexual como estructurante psíquico será lo fundante.

Silvia Bleichmar en 2006, explica que “La identidad de género...en tanto prioriza los modos histórico-sociales de producción de subjetividad, estos son insuficientes para dar cuenta de las formas de articulación del deseo que se genera en la intersección entre los sistemas psíquicos” (107) [20].

De modo que en la construcción de la feminidad participan elementos del ámbito psíquico y del ámbito social, que tienen un peso específico y diferente en este proceso. Lamas lo explica de la siguiente manera:

Se piensa que lo que está en juego primordialmente son los actores sociales, y por lo tanto, que el conflicto se resuelve estableciendo nuevas reglas de convivencia. Pensar que las personas están configuradas sólo por lo cultural y lo social (por el

género) es una visión reduccionista...Esto conduce a considerar las relaciones sociales de un modo muy simplista y voluntarista, como si el principio de igualdad fuera a modificar el estatuto de lo psíquico. Una cuestión es buscar la igualdad como una transformación deseable de las relaciones sociales...diferentes normas menos desventajosas para las mujeres y otra es que no se puede hacer de lo social un factor determinante de lo psíquico (70) [4].

Si bien no es posible la igualdad de los sexos, en tanto que la diferencia es fundante en la estructuración del psiquismo, no obstante la situación de la feminidad podría mejorar si los esquemas de género fueran menos desfavorables para mujer. Al respecto Lamas [4] concluye; nos acercaremos cada vez más al objetivo del feminismo, en la línea de reformular simbólica y políticamente una nueva definición de ser persona, de ser un ser humano y de ser un sujeto, ya sea cuerpo de mujer o hombre.

Sin embargo, cambiar el discurso cultural establecido en torno a la feminidad, y que genera en la mujer un malestar específico por la cultura, no es tarea sencilla. Piera Aulagnier en 1977 [21], nos revela que el discurso social proyecta sobre el infans, la misma anticipación que caracteriza al discurso parental, es decir, mucho antes de que haya nacido. Así el grupo social habrá precatextizado el lugar que cada uno ocupará, con la esperanza de que cada uno transmita idénticamente el modelo sociocultural. El discurso conjunto del grupo social pronuncia un número indeterminado de enunciados, que definen la realidad del mundo, la razón del ser del grupo y el origen de sus modelos que poseen una estructura inmutable para una cultura dada. El sujeto se apropia de una serie de enunciados que su voz repite, y que aportan la certeza de la existencia de un discurso acerca de la verdad de su pasado y de la posible verdad de su futuro.

Es por lo anterior que Dio Bleichmar [13], va a recalcar que algo que perturba bastante a la feminidad, es la feminidad misma tal cual está establecida, una sexualidad femenina con riesgos reales, una identidad femenina con desventajas instituidas en un discurso cultural que mitifica y devalúa a la feminidad.

Pese a lo ya expuesto en nuestro recorrido, nos acercamos poco a poco a una realidad distinta. Citamos las palabras Frida Saal:

ALGO ESTÁ PASANDO...Frente a la caducidad y al fracaso de muchos de los esquemas, hasta los cimientos se conmueven, y vemos que no hay foro de polémica e intercambio, en que la mujer no sea convocada. Y convocada en tanto mujer. Se busca, se espera una palabra nueva (167) [19].

CONCLUSIONES

En este apartado, se tuvo como objetivo dar conocer diversas vicisitudes que atraviesan las mujeres, por hecho de ser mujeres en nuestra sociedad. En el ámbito cultural, la diferencia; pene-no pene, instala la principal posición que marca los conjuntos genéricos de hombres y mujeres. La mujer debe afrontar y lidiar con las desigualdades entre los géneros, en donde los hombres tienden a ocupar una posición superior y privilegiada. El formato de género que es un producto cultural, refuerza la docilidad, la inhibición de la agresividad, la sexualidad, así como crea condiciones para la violencia de género. De este modo, el impacto del discurso cultural en la subjetividad femenina, condiciona a la mujer a un malestar por la cultura, pues ella, devalúa y mitifica a la feminidad. La mujer debe sortear el impacto doloroso de una feminidad preformada que resulta ser molesta; y como consecuencia la manifestación una serie de conflictos psíquicos y personales. El malestar de la mujer por la cultura, es enfrentar la verdad dolorosa, de que se sigue identificando a la feminidad con la pasividad, con no poder ser sujeto, sino objeto; y padecer el miedo constante de perder el amor del otro.

Como pudimos señalar el displacer que subyace del ámbito psíquico en la estructuración de la feminidad no puede eludirse del todo, el papel de los contenidos inconscientes en el psiquismo, suele ser determinante en la formación de la subjetividad femenina; lamentablemente, parte de las condiciones que generan displacer se entranan con la naturaleza de la feminidad, al mismo tiempo, la percepción de la diferencia de los sexos será fundante, o sea la diferencia es estructurante, ya que impone una carencia, una castración, que es requisito indispensable en la constitución de los sujetos. De esta manera no es posible la igualdad de los sexos. Pese a ello, la situación de la feminidad indudablemente mejoraría, si los esquemas de género fueran menos desfavorables para la mujer. El que el hombre detente el falo imaginariamente, no debería implicar consecuencias tan desfavorables para la mujer; esta situación no se sustenta en ninguna superioridad, sino más bien, es una condición necesaria para que pueda haber sujeto y cultura.

Ante este panorama desfavorable, resulta difícil y complicado ser una mujer en nuestra cultura; de ahí que hoy en día muchas mujeres cuestionan o rechazan el modelo tradicional femenino, expanden sus ideales y comienzan a subjetivarse como mujeres deseantes; aun así, los cambios han sido insuficientes, salirse del ideal femenino establecido por la cultura, deja espacio a sufrimientos y síntomas. Esperamos que este trabajo pueda sensibilizar a otros, para que cada vez más, la sociedad se permita aceptar una valía para cada género, más allá de su anatomía; y acaso más allá de lo estrictamente necesario.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] LEÓN, M. (2021). Malestar y displacer en la feminidad. Un estudio de caso. Tesis de Doctorado. México D.F. Colegio Internacional de Educación Superior.
- [2] FREUD, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [3] FREUD, S. (1937). Análisis terminable e interminable. O.C. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [4] LAMAS, M. (1994). Cuerpo: Diferencia Sexual y Género. Revista Debate Feminista. (10), 51-86.
- [5] FREUD, S. (1932). 33a conferencia. La feminidad. O.C. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [6] FREUD, S. (1924a). El problema económico del masoquismo O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [7] FREUD, S. (1923). La organización genital infantil. Una interpolación en la teoría de la sexualidad. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [8] FREUD, S. (1924b). Sepultamiento del Complejo de Edipo. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [9] FREUD, S. (1931). Sobre la sexualidad femenina. O.C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [10] FREUD, S. (1905). Tres ensayos de una teoría sexual. O.C. Tomo VII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [11] FREUD, S. (1930). El malestar en la cultura. O.C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [12] ERRÁZURIZ, P. (2016, Septiembre). Psicoanálisis y estudios de género. CEGECAL. Disponible en: http://www.facso.uchile.cl/psicologia/caps/_pdf/pn_y_género.pdf
- [13] DIO BLEICHMAR, E. (1997). La sexualidad femenina de la niña a la mujer. Barcelona: Paidós 2011.
- [14] LEVINTON, N. (2000). El superyó Femenino, La moral en la mujeres. Madrid: Biblioteca nueva.
- [15] BRISEÑO, A. (2009). La mitificación de la envidia del pene. En: Género y psicoanálisis. Contribuciones contemporáneas. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana de Guadalajara.
- [16] BENJAMÍN, J. (1996). Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación. Buenos Aires: Paidós.

- [17] SAN MIGUEL, T. (2002). El psicoanálisis: una teoría sin género. Masculinidad/feminidad en la obra de Sigmund Freud. Resumen de tesis doctoral. Revista internacional de psicoanálisis. (016). Disponible en: <http://www.aperturas.org/articulos.php?id=0000280>
- [18] FRIDMAN, I. (2011 Abril). Clínica psicoanalítica, subjetividad y poder. Presentado en el Foro de Psicoanálisis y Género, APBA. Buenos Aires. Disponible en: <http://www.psicomundo.com/foros/genero/fridman.htm>
- [19] SAAL, F. (1981). Algunas consecuencias políticas de la diferencia psíquica de los sexos. En: A medio siglo de El malestar en la cultura de Sigmund Freud. México: Siglo XXI, 2015.
- [20] BLEICHMAR, S. (2006). Paradojas de la sexualidad masculina. Buenos Aires: Paidós 2015.
- [21] AULAGNIER, P. (1977). La violencia de la Interpretación. Del Pictograma al Enunciado. Buenos Aires: Amorrortu, 2010.

LA MUJER ACTUAL: NUEVOS SÍNTOMAS Y CONFLICTOS DE MALESTAR Y DIS- PLACER FEMENINO

MITZI MIRIAM LEÓN CALDERÓN

Doctora en Investigación Psicoanalítica y Maestra en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior. Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Práctica clínica privada.

Correo electrónico: mitzi.miriam.l@gmail.com

Recepción: 17 abril de 2022/ Aceptación: 03 junio de 2022

RESUMEN

Este artículo, describe vicisitudes que atraviesan las mujeres en la actualidad. Hoy en día surge un nuevo tipo de mujer que se aleja del prototipo tradicional femenino; una mujer que expande sus ideales más allá del rol de esposa y madre consagrado por la cultura; una mujer que se opone a ser pasiva y sólo objeto de deseo. Lamentablemente algunas mujeres al subjetivarse como deseantes y cuestionar los ideales instituidos transmitidos por generaciones, las destina acaso a la soledad. Estas mujeres pueden encontrar displacer y malestar, que se traduce en nuevos síntomas y conflictos femeninos. Asimismo, las jóvenes actuales que expanden sus ideales con sobreexigencias que caracterizan a la modernidad, corren el riesgo de quedar borradas como sujetos, dada la enorme sobrecarga de actividades que esto conlleva. Además, al incursionar en actividades tradicionalmente reservadas a los varones, muchas veces lo experimentan en la subjetividad como una usurpación al lugar del hombre.

Se intenta promover que las mujeres modernas puedan acceder a una feminidad más satisfactoria, que se encuentre valorizada por la cultura y por su propia subjetividad.

PALABRAS CLAVE: cultura, displacer, feminidad, género, malestar, mujer actual, psicoanálisis.

SUMMARY

The article describes vicissitudes that women go through today. Nowadays a new type of woman emerges that moves away from the traditional feminine prototype; a woman who expands her ideals beyond the role of wife and mother consecrated by culture; a woman who opposes being passive and only an object of desire. Unfortunately, some women, by

subjectivizing themselves as desiring and questioning the established ideals transmitted by generations, perhaps destines them to solitude. These women may find displeasure and discomfort, which translates into new symptoms and feminine conflicts. Likewise, today's young women who expand their ideals with excessive demands that characterize modernity, run the risk of being erased as subjects, given the enormous overload of activities that this entails. In addition to venturing into activities traditionally reserved for men, they often experience it subjectively as an usurpation of the place of men.

It tries to promote that modern women can access a more satisfactory femininity, which is valued by culture and by their own subjectivity.

KEYWORDS: culture, displeasure, femininity, gender, discomfort, modern woman, psychoanalysis.

RÉSUMÉ: L'article décrit les vicissitudes que traversent les femmes aujourd'hui. De nos jours, un nouveau type de femme émerge qui s'éloigne du prototype féminin traditionnel ; une femme qui étend ses idéaux au-delà du rôle d'épouse et de mère consacré par la culture ; une femme qui s'oppose à être passive et seulement un objet de désir. Malheureusement, certaines femmes, en se subjectivant comme désireuses et remettant en question les idéaux établis transmis par les générations, les destinent peut-être à la solitude. Ces femmes peuvent ressentir du mécontentement et de l'inconfort, ce qui se traduit par de nouveaux symptômes et conflits féminins. De même, les jeunes femmes d'aujourd'hui qui élargissent leurs idéaux avec des exigences excessives qui caractérisent la modernité, courent le risque d'être effacées en tant que sujets, compte tenu de l'énorme surcharge d'activités que cela implique. De plus, lorsqu'elles s'aventurent dans des activités traditionnellement réservées aux hommes, elles le vivent souvent subjectivement comme une usurpation de la place des hommes.

Il tente de promouvoir que les femmes modernes puissent accéder à une féminité plus satisfaisante, valorisée par la culture et par leur propre subjectivité.

MOTS CLÉS: culture, inconfort, féminité, genre, mécontentement, femme moderne, psychanalyse.

INTRODUCCIÓN.

Este escrito es un fragmento de una tesis doctoral que aborda la temática del malestar y displacer presentes en la feminidad [1]. Se ahonda en lo difícil y complicado que resulta para algunas mujeres; ser mujer en la actualidad. Sabemos que las mujeres de todas las épocas han presentado algún tipo de problemática femenina; de suerte que hoy por hoy,

muchas de ellas cuestionan o rechazan el modelo tradicional femenino; no obstante, algunas de ellas llegan a experimentar vicisitudes en su feminidad. Salirse del ideal femenino establecido por la cultura, deja espacio a nuevos sufrimientos y síntomas que las llevan a acudir a consulta; el cambio de roles o la expansión de los mismos, no necesariamente implica que se produzcan modificaciones estructurales en la subjetividad femenina, aspectos del psiquismo y de la influencia social, ya han marcado su subjetividad con el esquema de una feminidad displacentera y molesta, que no logran superar.

Si bien para los fines de este apartado, nos limitaremos a repasar la problemática de la mujer actual, no dejamos de mencionar, que los hombres también pueden llegar a manifestar angustia y sufrimiento procedentes de su masculinidad. Silvia Bleichmar [2], refiere una serie de dificultades que llegan a atravesar los varones para acceder a los valores que se le otorgan a la masculinidad, tanto en su función social, como en el carácter que asumen en la relación adulta entre los sexos. Encontramos, por ejemplo; el dilema que deben resolver para acceder a una identificación masculina, que incluye la paradoja de ser como el padre en cuanto sujeto sexuado y al mismo tiempo no ser como el padre en cuanto poseedor de la madre. Otra complicación, es pasar por la angustia que conlleva la incorporación fantasmática del pene masculino adulto, ya que, para ser hombre, el niño se ve confrontado a la profunda contradicción de incorporar el objeto-símbolo de la potencia otorgado por el padre, y a la vez rehusarse a sí mismo el deseo homosexual que la introyección identificatoria reactiva. También deben lidiar con la amenaza frecuente y latente del riesgo de caer en una posición pasiva que socialmente no se les tiene permitida, y que deben reprimir con empeño, no sólo para adquirir la masculinidad sino para sostenerla; inclusive para sortear el temor de una masculinidad fallida, algunos hombres devienen machistas, ante el habitual error de articular al machismo con una masculinidad pura, lo que lamentablemente desemboca en el desprecio defensivo hacia la mujer. Ante ello, la autora llega a la siguiente reflexión: “Se puede llegar a ser una mejor o peor mujer, pero no se deja de ser mujer, mientras que el hombre puede dejar de ser hombre bajo ciertas circunstancias” (44) [2].

Así pues, la posición sexuada de hombres y mujeres afecta a ambos, pero de manera diferenciada, puesto que no ocupan un status equivalente como sujetos escindidos; la distinta posición psíquica y las desigualdades entre los géneros, muestran que los hombres como colectivo ocupan una posición privilegiada en muchas sociedades. Entonces, sin querer minimizar la problemática masculina, podemos coincidir que serán las mujeres las que mayormente presenten algún tipo de malestar y displacer en el terreno de la diferencia de los sexos.

El recorrido que vamos a efectuar, comienza con el devenir de la feminidad desde la obra de Freudiana, leeremos como es que la niña que comienza como un hombrecito y ama activamente a la madre, al descubrir el hecho de su castración y con ello una herida narcisista por la falta de pene, se extraña de la madre y pasa a la posición de ser el objeto del padre, o sea, pasa de la actividad a la pasividad con la esperanza de recibir el falo del padre, sólo así se convierte en femenina.

Posteriormente se mencionan las dificultades de la mujer actual, ante la no aceptación de la pasividad, ante la oposición de ser sólo objeto de deseo; o bien por la expansión de nuevos ideales femeninos. Surge un nuevo tipo de mujer que, al adquirir nuevas formas de expresión en la subjetivación femenina, por un lado, llegan a comprometer la posibilidad de mantener una relación íntima, o también pueden entrar en conflicto con los ideales tradicionales transmitidos en el mensaje materno, cuestiones que, para muchas mujeres, implica un enorme displacer y sufrimiento. Explicaremos cómo para la mujer, puede ser un problema el tratar ser un sujeto deseante, dada la frecuente posibilidad de encontrarse con la condena social, misma que tendrá como efecto, sentimientos de culpa y dudas sobre su condición femenina que le provocan angustia y persecución, pues muchas veces se vive como una usurpación del lugar del hombre.

EL DEVENIR DE LA FEMINIDAD DESDE SIGMUND FREUD

Las aportaciones de Freud, siguen siendo indudablemente un referente importante para abordar el tema de la feminidad, sabemos que la experiencia psicoanalítica nació precisamente de su encuentro con las mujeres histéricas, por lo que podemos decir que él fue el primero en escuchar el discurso de la mujer. En este apartado hacemos un recorrido por la obra de Freud; con el objetivo de entender desde su mirada el devenir de la feminidad. Y al mismo tiempo contar con los antecedentes Freudianos que requieren ser revisados, para una mejor comprensión del abordaje de otros autores que revisaremos más adelante.

Para Freud en 1926, la mujer resultaba ser un enigma, cito: “Acerca de la vida sexual de la niña pequeña sabemos menos que sobre la del varoncito. Que no nos avergüence esa diferencia; en efecto, incluso la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un dark continent {continente negro} para la psicología” (199) [3]. De este modo, Freud en 1932 [4], aclara que el psicoanálisis no pretende describir qué es la mujer, al ser una tarea de solución casi imposible para él, sino indagar cómo deviene, cómo se desarrolla la mujer a partir de la niña. Este desarrollo, encierra dos tareas adicionales que el varón no debe realizar. Una es cambiar la zona erógena y la otra es el cambio de objeto de amor. Al inicio, los

dos sexos parecen recorrer el mismo camino en las primeras fases del desarrollo libidinal oral y anal. Con el ingreso a la fase fálica la niña se comporta como un pequeño varón, ambos niño y niña se procuran sensaciones placenteras en sus genitales; hasta que, en esta fase de desarrollo, aparece el complejo de castración, será a partir de éste, que el niño y la niña recorren caminos distintos en su desarrollo.

Freud en 1923, escribe: "Me parece, eso sí, que *solo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del falo*" (147) [5]. La etapa fálica está centrada en la premisa universal del falo, que según las teorías infantiles sería el atributo de todos los seres humanos. Freud en 1908 [6], describe que el descubrimiento de la diferencia anatómica de los sexos, se anuda con la teoría de atribuir a todos los seres humanos un pene, incluyendo las mujeres, el cual goza de alta estima para el varón y la niña; Así la comparación anatómica de los órganos genitales masculino y femenino marcará de una manera particular el destino de cada uno.

Freud en 1925 [7], expone una serie de consecuencias psíquicas al respecto: cuando la niña nota el pene de un hermano o de un compañerito de juegos, se da cuenta que es más grande y visible que su órgano pequeño y escondido, inevitablemente cae víctima de la envidia del pene. En cambio, cuando el niño ve por primera vez el genital de la niña, al principio se muestra poco interesado o desmiente su percepción; sólo más tarde cobrará influencia sobre él una amenaza de castración, y con ello la reacción de horror frente a la criatura mutilada y un menosprecio triunfalista hacia ella. Algo muy distinto le ocurre a la niña pequeña, pues ella ha visto eso, sabe que no lo tiene, y quiere tenerlo. En este punto surge la primera consecuencia de la envidia del pene, el llamado complejo de masculinidad de la mujer, mismo que si no se supera pronto puede generar grandes dificultades en el desarrollo hacia la feminidad, dado que la esperanza de recibir alguna vez un pene para igualarse al varón, puede conservarse hasta épocas inverosímilmente tardías.

Una segunda consecuencia derivada de la herida narcisista por la falta de pene, es que se establece en la mujer a modo de cicatriz, un sentimiento de inferioridad, que la lleva a compartir el menosprecio del varón por ese sexo mutilado, situación que al menos la mantiene en igualdad con el niño. Freud en 1933, apunta:

El único órgano considerado de hecho inferior es el pene atrofiado, el clítoris de la niña. Pero lo principal del sentimiento de inferioridad proviene del vínculo del yo con su superyó y, lo mismo que el sentimiento de culpa, expresa la tensión entre ambos" (61) [8].

Como vemos Freud desplaza la inferioridad por la no posesión del pene, a la asociación

inmediata con el sentimiento de inferioridad por la tensión entre el yo y el superyó.

Continuando con Freud [7], una tercera consecuencia de la envidia del pene, es el aflojamiento de los vínculos tiernos con el objeto madre, una de las tareas que la niña debe realizar para que devenga su feminidad. Pero el efecto más importante para Freud de la envidia del pene o del descubrimiento de la inferioridad del clítoris, es la remoción de la sexualidad clitorídea, la otra tarea que la niña debe realizar en su desarrollo a la feminidad, siendo que sobreviene una oposición al onanismo que no se lograría solamente con la influencia pedagógica de la crianza, así la niña se aleja de una práctica masculina, pasando de la actividad a la pasividad, ya que si bien en ambos sexos hay una mezcla de rasgos masculinos y femeninos, sigue pareciendo que la naturaleza de la mujer está más alejada de la masturbación.

El complejo de Edipo en la niña deviene después por el complejo de castración. Freud en 1924 [9], afirma que el atravesamiento del Edipo es diferente en la niña y en el varón; para este último, se sepulta a consecuencia de la amenaza de castración, ya que si la satisfacción amorosa en el Edipo debe costar el pene ante la premisa de que la niña fue castrada, el yo del niño se extraña de las investiduras de objeto, estas son resignadas y sustituidas por identificación, la autoridad del padre o de ambos progenitores es introyectada en el yo y forman el núcleo del superyó, que toma prestada del padre su severidad para la prohibición del incesto y se inicia el período de latencia. En la niña ocurre algo totalmente diferente, la castración es un hecho consumado, aun así, también desarrolla un complejo de Edipo, un superyó y un período de latencia. Aunque falte la angustia de castración como poderoso motivo para instituir el superyó e interrumpir la organización genital infantil; la niña sale del Edipo a partir del amedrentamiento externo de la educación que amenaza con la pérdida de ser amado. La entrada al Edipo de la niña se da por la renuncia al deseo del pene, debido a que no se soportaría sin un intento de resarcimiento, el deseo se desplaza bajo la forma de una ecuación simbólica: pene=hijo; o sea en su complejo de Edipo se destaca el deseo de recibir como regalo un hijo del padre, parirle un hijo. Y el Edipo es abandonado después poco a poco, porque este deseo no se cumple.

Freud [7], añade que en la niña el complejo de Edipo es una formación secundaria, y por eso existirá una diferencia en el superyó de la niña y el niño; para el niño el complejo no es simplemente reprimido, las investiduras libidinosas son resignadas, desexualizadas y en parte sublimadas. En cambio, en la niña el Edipo sólo puede ser abandonado poco a poco, tramitado sólo por represión, por ello infiere que el superyó nunca deviene tan implacable como en el caso del varón.

Freud en 1923 [10], indica que el ideal del yo, heredero también del complejo de Edipo,

reafirma la masculinidad en el carácter del varón por obra de su sepultamiento, y de forma análoga la actitud edípica de la niña afirma su carácter femenino; pero que a menudo la niña pequeña después de verse obligada a renunciar al padre como objeto de amor, retoma y destaca su masculinidad, no se identifica con la madre, sino con el padre; interpreta que esto puede ser el resultado de una intensa disposición masculina en la niña, que puede explicarse de la disposición bisexual, de la cual partimos todos los seres humanos. Freud en 1931 [11], nos muestra que cuando la niña reconoce el hecho de su castración y como consecuencia la superioridad del varón y su propia inferioridad; derivan tres orientaciones de desarrollo: El primero lleva a la inhibición sexual o a la neurosis; la mujercita aterrorizada por la comparación con el varón queda descontenta con su clítoris, renuncia a su quehacer fálico y a la sexualidad en general, así como a una buena parte de su virilidad en otros campos. El segundo instaura un complejo de masculinidad; persiste la esperanza de tener alguna vez un pene y la fantasía de ser a pesar de todo un varón. Este complejo de masculinidad puede terminar en algunos casos en una elección de objeto homosexual manifiesto. Y el tercer desarrollo desemboca en la femineidad normal, final configuración femenina que toma al padre como objeto de amor y así la mujercita halla la forma femenina en el complejo de Edipo.

Ahora bien, esta primera elección de objeto de la que hemos hablado, sólo es la primera de dos tiempos. Freud en 1905 [12], comenta que la elección de objeto se realiza en dos oleadas. La primera se inicia entre los dos y los cinco años, y el período de latencia la detiene o la hace retroceder. La segunda sobreviene con la pubertad y determina la conformación definitiva de la vida sexual. En la elección de objeto de la época de la pubertad se tiene que renunciar a los objetos infantiles, y es cuando se establece la separación tajante entre el carácter masculino y el femenino. Siendo que primeramente la sexualidad de la niña pequeña, tiene un carácter enteramente masculino previo a la noticia de su castración, en tanto la libido es de naturaleza masculina, ya sea que se presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer. En la misma línea, Freud [5], distingue que en el estadio de la organización pregenital sádico-anal, no cabe hablar de masculino y femenino; la oposición es más bien entre activo y pasivo, será hasta el siguiente estadio de la organización genital infantil que hay por cierto algo masculino, pero no algo femenino. Sólo con la culminación del desarrollo en la época de la pubertad, la polaridad sexual coincide con masculino y femenino. Es ahí cuando lo masculino refiere: al sujeto, la actividad y la posesión del pene. Y lo femenino refiere: al objeto y la pasividad, en donde la vagina es apreciada ahora como albergue del pene. De este modo, Freud [12] especifica que, con la oleada represiva de la pubertad, las mujeres eli-

minan la virilidad infantil, lo cual condiciona la proclividad de la mujer a la neurosis, pero al mismo tiempo, tales condiciones se entraman con la naturaleza de la feminidad.

NUEVOS SÍNTOMAS Y CONFLICTOS DE LA MUJER ACTUAL

La aceptación de status de objeto y de pasividad que Freud localizó como sellos femeninos, es lo que hoy en día muchas mujeres intentan cambiar, en la actualidad la mujer toma conciencia de las desventajas de su género, y comienza a alzar la voz.

Es indudable que surge un nuevo tipo de mujer, que suele adquirir formas de expresión que sólo eran reservadas a lo masculino, asumen puestos de poder social y económico, viven su sexualidad de forma más natural y desinhibida, entre otras cosas que se oponen al prototipo femenino tradicional. Así pues, observamos modificaciones a nivel cultural y social; sin embargo, a pesar de que estos cambios pueden ser favorables para la mujer, algunas de ellas presentan displacer que se traduce en nuevos malestares, sufrimientos y síntomas.

María Dolores Navarro [13], identifica que la mujer actual, en tanto quiere ser buena madre, buena esposa, buena profesional, estar al día, estar en forma y ser atractiva, corre el riesgo de quedar borrada como sujeto, dada la enorme exigencia y sobrecarga que ello conlleva. A su vez, aparecen nuevas inhibiciones, se aplaza el momento de tener un hijo y se aplaza el compromiso con el hombre. Así, mujeres solteras llegando a determinada edad, se encuentran ante la disyuntiva entre tener un hijo solas o encontrar pronto una pareja.

Para Nora Levinton [14], el displacer que genera los conflictos y los nuevos síntomas de la mujer actual, tienen mayormente su génesis en la forma en la que está estructurado el superyó femenino. La niña internaliza un superyó asociado a las prescripciones de género, que es una duplicación insistente de fantasmas inconscientes transmitidos a través de las generaciones de un modelo de feminidad que parece tomar la forma de la ecuación mujer=madre. Quedando como núcleo fundamental del ideal de Yo de la mujer, la emotividad; por eso la pérdida de amor será la amenaza más temida. Es así, que la mujer actual al desarrollarse en sus potencialidades, comprometería la posibilidad de mantener una relación íntima. Este castigo de quedarse sola, le resulta intolerable; lamentablemente la realidad actual lo ha convertido en cierto, no es en absoluto imaginario. Pareciera que adoptar el modelo masculino destina a las mujeres irremediabilmente a la soledad, como si se tuviera que pagar con creces el derecho a ser sujeto.

Levinton [14] menciona que las jóvenes actuales expanden sus ideales con sobreexigencias: el culto a la delgadez, al atractivo físico, mostrarse seguras, participar en la esfera

pública, e incluso ponerse en situaciones de riesgo (alcohol, drogas, sexo sin compromiso, etcétera). Ideales generados e impuestos en la interacción con el grupo de pares, que también las moldea y puede desarrollar el afán de perfeccionismo, como puede verse en la anorexia. En este tránsito, el superyó reglamentará la expansión narcisista ligada a diferentes ideales que entran en conflicto con los ideales tradicionales ya transmitidos por el mensaje materno. Este mandato narcisista se caracteriza por una gran severidad, aun cuando esté referido a controlar el hambre o a reprimir el miedo en situaciones peligrosas; lo importante será adecuarse al funcionamiento del grupo de referencia. Y es que en la actualidad las conductas de riesgo son las que están idealizadas.

Levinton [14] argumenta que, aunque las décadas pasadas han sido de cambios muy importantes para las mujeres, son aún insuficientes. La brecha generacional ha producido que las madres se sientan incapaces y obsoletas para comprender el estilo de vida de sus hijas, generando una gran hostilidad entre ambas; las madres se angustian frente a la amenaza de las drogas, la promiscuidad sexual y la violencia, debido a que sus propias experiencias en la juventud han quedado añejas como referente para ayudar sus hijas; las transformaciones actuales en el modo de vida de las jóvenes no encuentran resonancia con lo que las madres saben. Como consecuencia, aparece la búsqueda de modelos diferentes para identificarse, algunas mujeres han optado por renegar de sus madres, realizan una especie de minimatricidio como salvación posible, convencidas de que si no se desprenden de parte de lo internalizado, no pueden avanzar, quedarse junto a ellas las condena a repetir un modelo femenino tradicional. A todo esto, se le suma la verdad indiscutible de que muchas madres se resisten a aceptar las opciones no convencionales de sus hijas, como por ejemplo: vivir solas, ser homosexual, decidir no ser madres, o ser madres solteras etc., opciones que envuelven múltiples reproches que conducen a una serie de reclamos mutuos entre madre e hija, generando en ambas un enorme displacer y sufrimiento, sobre todo porque las mujeres por la propia configuración superyoica viven los conflictos interpersonales con una añadida sobrecarga de amargura.

Levinton [14], escribe que en las hijas aun jóvenes:

Existe la creencia de que si se cambia el envase varía el contenido. Suponen que contrariar el modelo materno las convertirá en otra clase de mujeres, pero ya se ha marcado su subjetividad, y caen en variaciones actualizadas de relaciones de sometimiento y postergación, o en idealizaciones que realzan un modelo estético, pero no incluyen el cuidado de su cuerpo más allá de la cosmética (160) [14].

Para Levinton, los cambios de roles no producen necesariamente modificaciones estructurales en la subjetividad. Indudablemente el modelo maternal tradicional merece ser supe-

rado, a pesar del coste emocional que conlleva. Pero sin perder de vista que se requiere trasladar la no aceptación más allá del límite del hogar materno, para que los cambios puedan convertirse en la neogénesis de una configuración psíquica que organice un nuevo espacio intersubjetivo entre las mujeres.

Catalina Harrsch y Frida Martínez [15], abordan el problema del narcisismo corporal en la mujer, ampliamente promovido por la posmodernidad que ha propiciado en las mujeres, el ideal de un cuerpo en el que se privilegia lo estético corporal, no sólo para estar sana, sino para constituirse en objeto de admiración, en el placer derivado de ser objeto de la mirada del otro, en ser objeto de deseo. Para el logro de este ideal, la mujer se somete a rutinas intensas de ejercicio, regímenes nutricionales, cirugías estéticas; para reconocerse como mujer deseada, con la fantasía de que su cuerpo es dúctil, moldeable como la plastilina. Estas autoras definen a la mujer de plastilina, como aquella mujer dedicada compulsivamente a moldear y trastocar su cuerpo, usan su esquema corporal como un objeto cosa, como si fuese de plastilina; se trata un moldeamiento hipersexualizado de su esquema corporal. Es desde afuera, de un estímulo externo de símbolo de belleza que instrumenta y dicta la moda, que la mujer de plastilina construye en su subjetividad escindida, la identidad del máximo modelo de la sexualidad femenina, cuerpo bello y erótico para atraer la mirada de otro.

Por otra parte, Emilce Dio Bleichmar [16], reflexiona sobre el cambio que ha tenido el discurso de la sexualidad femenina en la actualidad; notamos, por ejemplo, que ciertas líneas del feminismo han tratado de reivindicar el hecho de que las mujeres puedan vivir su sexualidad tomando la iniciativa sobre lo que desean. Para Dio, esta liberación de las prácticas sexuales se trata de un “efecto maquillaje”; el que las chicas en la actualidad ya no abandonan la sexualidad resulta ser algo aparente, en realidad, las niñas continúan masturbándose menos o incluso nada como antaño, la represión en cierta proporción continúa. Inclusive se atreve a decir, que la manifestación abierta de su deseo sexual todavía afecta a la identidad de la niña, pues se le sanciona en el ser, no en el hacer; a la niña se le sigue diciendo: “no se hace eso”, “es feo”, “no es de niña”; de esta manera se afecta en forma nuclear a su narcisismo, a todo su ser. A diferencia del varón que se le dice: “te lo voy a cortar si te sigues tocando”; acaso lo que se amenaza es una parte de su cuerpo, pero no lo denigra en todo su ser, como en el caso de la niña. Al ser esto así, cuando las mujeres en la actualidad deciden conscientemente vivir su sexualidad de forma más desinhibida, es muy factible que en algunos casos, en lo inconsciente se vea afectado el núcleo de su narcisismo.

Otro inconveniente que se le puede presentar a las mujeres en la actualidad cuando deci-

den expresar abiertamente su deseo sexual, es lo que plantea Françoise Dolto [17], como un desfase amoroso entre hombre y mujer. Se trata de que cuando el deseo femenino de ser tomada y penetrada para la realización del orgasmo completo, el cual exige de la mujer una total participación en el encuentro emocional y sexual con su compañero, esta entrega puede ser inimaginable por el hombre, debido a que puede interpretarlo como algo masoquista. En estos casos el hombre puede retroceder, pareciera que ante este deseo que ella le hace presente, el hombre reacciona como un niño pequeño ante el sexo desnudo de la madre. Resulta paradójico que ahora que ella ya no huye ante el coito como tradicionalmente solía ser, ahora es el turno de huir del hombre ante ese amor y el deseo de esa mujer. Lo que nos lleva a reflexionar que a veces no es suficiente el hecho de que una mujer valore su feminidad y supere la represión de su sexualidad oponiéndose a lo que le exige tradicionalmente, ya que se dan los casos en los que el hombre al presentir este deseo huye.

Martha Lamas [18], manifiesta al respecto, que en efecto se estigmatiza a las mujeres que tienen una conducta sexual libre, es decir similar a la masculina, pues se tiende a reprimirlas si asumen abiertamente su deseo, situación que está teñida por el sexismo que es la expresión más negativa y violenta del esquema cultural de género. Aun así, confiere la autora, que al menos existe en lo contemporáneo un reconocimiento del problema de la mujer, y hay una cierta conciencia del sexismo como algo injusto.

Dio Bleichmar en [19] puntualizará que deviene para la mujer un conflicto, si trata de ser sujeto deseante, pues al manifestarse su deseo y ponerlo en acto, es decir, al hacer el pasaje de ser objeto de la mirada a ser sujeto del deseo y con ello satisfacer la pulsión, se encontrará con la condena social y con el peligro real de la pérdida de objeto, ya que ni las mujeres ni los hombres de nuestra cultura legitiman aún esta disposición como algo femenino.

Asimismo, encontramos que la dificultad de la mujer actual para ser sujeto de deseo, no sólo se ve obstaculizada por la condena del discurso social, sino también por la propia mujer marcada en su subjetividad por dicho discurso, pues ella lo reproduce de forma inconsciente con la manifestación de ciertos síntomas. Leticia Villalobos [19], repara en la descripción de un nuevo tipo de depresión femenina en la actualidad. Enuncia que años atrás el tipo de depresión en las mujeres estaba caracterizada por sentimientos de indefensión, soledad y debilidad; sus mayores temores eran ser abandonadas y desprotegidas, derivado de que su principal anhelo era ser amadas y protegidas. Eran mujeres con vínculos tradicionales, sustentados en la dependencia femenina tanto emocional como económica, donde el único modo de ser para las mujeres era ocupar el lugar de ser

deseada, pero nunca el lugar de ser deseante. Ahora que las mujeres viven bajo relaciones más igualitarias, son profesionistas y madres al mismo tiempo, la depresión femenina, es por el sentimiento de falta de méritos, fracaso, inferioridad y culpa. Son mujeres auto-críticas, perfeccionistas y competitivas, en donde el discurso de la mujer será “o soy eso o no soy nada”. Siendo que lo que se aspira a nivel del ideal del Yo, son nuevas exigencias sociales hacia los roles a desempeñar que apuntan a la perfección. La hipótesis de Villalobos para dar cuenta de tal depresión, es que está correlacionada con posmodernidad, que tiende entre otras cosas la búsqueda de la perfección y un individualismo exacerbado. La posmodernidad, caracterizada por el rechazo de las certidumbres y la disolución de referentes, genera que la identidad y la subjetividad se vuelvan precarias, vale decir, las fronteras entre las diferencias de sexos o de identidad, se cruzan con facilidad. Esta ambigüedad progresiva de los roles, sería el marco de referencia para entender la depresión. Porque se rompe la lógica falocentrista, que definía y acotaba a la mujer, sí se está fuera del falo, hay algo donde la mujer no tiene referentes y entonces cae en lo melancólico. Jessica Benjamín [20], plantea que un dilema común de las mujeres actuales es ¿cómo ser semejante al padre y no obstante seguir siendo una mujer?

El deseo de la niña de identificarse con el padre, aunque se vea satisfecho, conduce a múltiples problemas en el sistema genérico actual...La identificación con la agencia del deseo del padre parecerá fraudulenta y robada; además, entra en conflicto con la imagen cultural de la mujer como objeto sexual, y con la identificación materna de la niña. No armoniza con lo que ella sabe sobre su posición a los ojos del padre (141) [20].

Para Benjamín [20], la escisión recurrente entre la autonomía y la sexualidad es tan visible en la vida de las mujeres en la actualidad. Muchas mujeres entran en relaciones amorosas dependientes con hombres para lograr sustitutivamente algo que no tienen dentro de ellas mismas, o bien tratan de proteger su autonomía resistiéndose a la pasión amorosa. Lamentablemente todavía se percibe como algo cotidiano, a una hija que al apartarse de la madre y volverse al padre en el sendero de la identificación, se enfrenta a menudo con la dificultad de que el padre la degradará y la forzará a someterse, por tal motivo no es tan extraño que muchas mujeres hoy en día opten por evitar relaciones sentimentales. Dio Bleichmar [16], manifiesta que la oposición consciente o inconsciente de muchas mujeres en la actualidad a ser “objeto causa del deseo” del hombre, es un intento fallido de lograr dominio, autonomía y valorización de su identidad, o sea, se sustraen del sexo para ser reconocidas como algo más que un objeto. Y es que a pesar de que la sexualidad es la actividad que privilegia la mujer para equilibrar su narcisismo, este no se reduce a la

sexualidad, porque lo excede. Dio formula que cuando una mujer se niega a ser objeto de deseo, será un síntoma de resistencia, un oposicionismo actuado en una reivindicación de la feminidad que no quiere ser reducida a la sexualidad, un narcisismo que no quiere quedar atrapado sólo en la belleza del cuerpo.

Benjamín [20], en este aspecto remarca como un error, la línea política del feminismo que insiste en sacar a las mujeres del estatus de objetos sexuales, en tanto se corre el riesgo de dejar atrás toda sexualidad, dado que sostienen que las mujeres sólo pueden evitar la objetización y la pasividad sexual renunciando por completo al sexo. Para Benjamín, esta tendencia no lleva el sello del deseo, que es de lo que adolecen las mujeres, más bien lleva a la actitud cuidadora del “bello sexo”, lo que implica una idealización reactiva hacia lo femenino, sería una simple inversión de la idealización del padre a la madre, que lamentablemente termina reforzando la privación sexual a la que las mujeres han estado sometidas; además esta inversión deja intactos los términos de la polaridad sexual, porque no sólo se trata de la conquista del territorio de los hombres por las mujeres, sino trascender la oposición de las dos esferas formulando una relación menos polarizada entre ellas.

Dio Bleichmar [16], agrega en torno a la angustia y persecución que pueden vivir muchas mujeres en la actualidad cuando ocupan un lugar social que se considera del hombre. Para Dio esa dimensión ha sido confundida para la cultura, el teórico, el terapeuta y para la propia mujer; ya que muchas veces, cuando una mujer accede a cualquier ámbito del territorio masculino, se interpreta como si fuera una invasión que castra al hombre o bien que se identifica con él abandonando la feminidad. Pareciera que si la mujer no es; madre-ama de casa, dependiente, emocional, atrapada en un narcisismo devaluado, no es femenina. La mujer tendrá como efecto sentimientos de culpa y dudas sobre su condición femenina que le provocan angustia y persecución, pues se puede vivir como una usurpación del lugar del hombre.

Alicia Briseño [21], acentúa que para la mujer no es sencillo, en una sociedad donde todavía rige el discurso falocentrista, la búsqueda de crecimiento, independencia e identidad. Los cambios que esto supone, colocan a la mujer actual en la disyuntiva de incorporar nuevos ideales con la tensión narcisista que esto genera, o conservar los valores anteriores donde queda sometida y devaluada. El conflicto entre seguir sometidas o independizarse produce dolor, puede llevar a la mujer a escisiones yoicas para negarlo.

Finalmente haremos referencia a Gabriela Malagüera [22], quien explica que algunas mujeres de hoy, reivindican y apuestan de forma histórica una protesta contra la cultura patriarcal; no porque necesariamente sean históricas, sino porque perciben –como lo hizo la

Dora de Freud— que la socialización las convierte en subordinadas al deseo masculino, vale decir, ocupar sólo el lugar de ser deseadas, pero nunca el lugar de ser deseantes. Así, el feminismo ha tratado de reivindicar tal situación; hoy algunas mujeres se subjetivan como capaces de ser deseantes, haciendo posible que los hombres sean objeto de su deseo; no obstante, estas mujeres corren el riesgo de acercarse a la soledad, a la pérdida del objeto; debido a que muchos hombres no están dispuestos a dejarse desear, huyen de la idea de convertirse en objeto de deseo femenino, por la amenaza de un menoscabo a su masculinidad; por lo que para posibilitar las relaciones amorosas entre mujeres diferentes y hombres apabullados, la autora recomienda; entibiar y velar la expresión del deseo; no quiere decir que este se desaparezca, solo quizá ponerlo en susurros. No se trata de descuidar las reivindicaciones políticas, más bien de bajar un poco la voz, para que el susurro deje correr por debajo el encuentro amoroso entre hombres y mujeres. Se trata de jugar a ser sujetos y objetos del deseo al mismo tiempo.

CONCLUSIONES

Es innegable que en la actualidad, muchas mujeres y movimientos sociales como es el caso del feminismo, han logrado incidir en el discurso cultural en favor de las mujeres, situación que ha beneficiado a muchas de ellas; pero hasta el momento, los cambios para legitimar a la femineidad en condiciones más igualitarias a los hombres siguen siendo insuficientes. La cultura y aspectos del psiquismo femenino, se siguen imponiendo para que se siga idealizando y reproduciendo un determinado modelo de femineidad. De esta forma, algunas mujeres que se resisten al esquema tradicional, deben pagar un alto costo; con el riesgo de que eventualmente tal situación, de pie a la grave apariencia, de que sería mejor continuar en la imagen femenina pasiva, débil, tolerante, en la que la mujer debe borrarse ante las necesidades de los suyos. Acaso es por eso, que aun muchas mujeres, siguen inscritas en la disyuntiva de perder el amor del otro, en un contexto social en el que sus funciones son complementarias a las del hombre y no gozan de prestigio social. Ahora bien, para contribuir a desbaratar este desfavorable panorama, no se trata sólo de lograr un cambio de roles en lo cultural, o que se entre en competencia con el hombre, tampoco que se hostilice la relación con los varones, en tanto emergen reproches en los que se tiende a culpabilizarlos de la desfavorable condición de la mujer; más bien implica formular una relación menos polarizada entre hombres y mujeres, y la no aceptación de situaciones de arbitrariedad e injusticia, para que haya las condiciones necesarias de un espacio intersubjetivo donde la femineidad no genere malestar o displacer, más allá del estrictamente necesario y con ello las mujeres puedan identificarse positivamente con su

género, sin sentir ningún tipo de angustia, amenaza o envidia. En fin, que las mujeres actuales se sientan bien siendo mujeres.

Cabe aclarar que el presente escrito no pretende hacer un juicio de cómo debería ser una feminidad "normal". Más bien lo que se intenta, es transmitir y subrayar, que a pesar de las dificultades y complicaciones que atraviesan las mujeres modernas, es posible adherirse a una feminidad más satisfactoria, siempre y cuando ellas, tengan la posibilidad de acceder a una feminidad que se encuentra valorizada por la sociedad, la familia y su propia subjetividad; o bien que dentro de la práctica psicoanalítica, se pueda realizar un abordaje clínico de las distintas problemáticas femeninas actuales, sobre la base de una mayor comprensión de estos conflictos.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] LEÓN, M. (2021). Malestar y displacer en la feminidad. Un estudio de caso. Tesis de Doctorado. México D.F. Colegio Internacional de Educación Superior
- [2] BLEICHMAR, S. (2006). Paradojas de la sexualidad masculina. Buenos Aires: Paidós 2015.
- [3] FREUD, S. (1926). ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial. O.C. Tomo XX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [4] FREUD, S. (1932). 33a conferencia. La feminidad. O.C. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [5] FREUD, S. (1923a). La organización genital infantil. Una interpolación en la teoría de la sexualidad. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [6] FREUD, S. (1908). Sobre las teorías sexuales infantiles. O.C. Tomo IX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [7] FREUD, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [8] FREUD, S. (1933). 31a conferencia. La descomposición de la personalidad psíquica. O.C. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [9] FREUD, S. (1924). Sepultamiento del Complejo de Edipo. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [10] FREUD, S. (1923b). El yo y el superyó (ideal del yo). O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [11] FREUD, S. (1931). Sobre la sexualidad femenina. O.C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [12] FREUD, S. (1905). Tres ensayos de una teoría sexual. O.C. Tomo VII. Buenos Ai-

res: Amorrortu, 1976.

[13] NAVARRO, D. (2007). Psicoanálisis y feminidad. El vínculo madre e hija. Revista Cuestiones de género: De la igualdad y la diferencia. (2), 169-178. Disponible en: <http://revpubli.unileon.es/ojs/index.php/cuestionesdegénero/article/view/3878/274>

[14] LEVINTON, N. (2000). El superyó Femenino, La moral en la mujeres. Madrid: Biblioteca nueva.

[15] HARRSCH, C. y MARTÍNEZ, F. (2009). Mujer de plastilina. En Género y psicoanálisis. Contribuciones contemporáneas. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana de Guadalajara.

[16] DIO BLEICHMAR, E. (1997). La sexualidad femenina de la niña a la mujer. Barcelona: Paidós 2011.

[17] DOLTO, F. (1996). Sexualidad femenina. La libido genital y su destino femenino. México: Paidós. 2001.

[18] LAMAS, M. (1994). Cuerpo: Diferencia Sexual y Género. Revista Debate Feminista. (10), 51-86.

[19] VILLALOBOS, L. (2011). Depresión y narcicismo femenino. En: Desafíos en la clínica psicoanalítica actual. México: Circulo Psicoanalítico Mexicano, 2011.

[20] BENJAMÍN, J. (1996). Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación. Buenos Aires: Paidós.

[21] BRISEÑO, A. (2009). La mitificación de la envidia del pene. En: Género y psicoanálisis. Contribuciones contemporáneas. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana de Guadalajara.

[22] MALAGÜERA, G. (2006). Susurros femeninos: Apuntes sobre histeria y compromiso amoroso. Revista Venezolana de Estudios de la Mujer. 11 (27), 107- 118.

UN ESTUDIO DE CASO DE MALESTAR Y DISPLACER EN LA FEMINIDAD

MITZI MIRIAM LEÓN CALDERÓN

Doctora en Investigación Psicoanalítica y Maestra en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior. Licenciada en Psicología por la Universidad Nacional Autónoma de México. Práctica clínica privada.

Correo electrónico: mitzi.miriam.l@gmail.com

Recepción: 17 abril de 2022/ Aceptación: 27 mayo 2022

RESUMEN

En el presente artículo, se muestra la aplicación de fundamentos teóricos en el análisis e interpretación de un caso clínico de una paciente con conflictos en su feminidad. Se utilizó para el análisis, la selección de viñetas clínicas como muestra del material recaudado del discurso de la paciente durante las sesiones. El sustento teórico del que derivan las interpretaciones para dilucidar el trasfondo de la problemática del caso, es a partir de la teoría Freudiana y de los aportes de Dio Bleichmar y E. Dolto principalmente. Se encontró que el rechazo a la feminidad de la paciente, deviene tanto del displacer que procede de las dificultades que surgieron en su desarrollo libidinal, personal, y familiar involucrados en la estructuración femenina, así como, de su malestar que emana del discurso cultural que devalúa y mitifica a la feminidad. Se subrayó cómo ciertas fallas en la función parental y un vínculo de pareja violento entre sus padres, terminan siendo determinantes para la aparición de conflictos psíquicos en su subjetividad femenina.

Este apartado pretende contribuir a la clínica psicoanalítica en tratamiento de mujeres con problemáticas de índole femenino, que hacen difícil ser una mujer.

PALABRAS CLAVE: displacer, feminidad, función parental, género, malestar, mujer, psicoanálisis.

SUMMARY

In this article, the application of theoretical foundations in the analysis and interpretation of a clinical case of a patient with conflicts in her femininity is shown. The selection of clinical vignettes was used for the analysis as a sample of the material collected from the patient's

speech during the sessions. The theoretical support from which the interpretations derive to elucidate the background of the problem of the case, is from the Freudian theory and the contributions of Dio Bleichmar and E. Dolto mainly. It was found that the rejection of the patient's femininity comes from both the displeasure that comes from the difficulties that arose in her libidinal, personal, and family development involved in feminine structuring, as well as from her discomfort that emanates from the cultural discourse that devalues and mythologizes femininity. It was highlighted how certain flaws in the parental function and a violent relationship between their parents end up being decisive for the appearance of psychic conflicts in their female subjectivity.

This section aims to contribute to the psychoanalytic clinic in the treatment of women with problems of a feminine nature, which make it difficult to be a woman.

KEYWORDS: discomfort, displeasure, femininity, gender, parental function, psychoanalysis, woman.

RÉSUMÉ: Dans cet article, l'application des fondements théoriques dans l'analyse et l'interprétation d'un cas clinique d'une patiente avec des conflits dans sa féminité est montrée. La sélection de vignettes cliniques a été utilisée pour l'analyse comme un échantillon du matériel recueilli à partir du discours du patient au cours des séances. Le support théorique dont dérivent les interprétations pour élucider l'arrière-plan du problème du cas, provient principalement de la théorie freudienne et des contributions de Dio Bleichmar et E. Dolto. Il a été constaté que le rejet de la féminité de la patiente provient à la fois du mécontentement qui découle des difficultés qui ont surgi dans son développement libidinal, personnel et familial impliqué dans la structuration féminine, ainsi que de son malaise qui émane du discours culturel qui dévalorise et mythifie la féminité. Il a été mis en évidence comment certaines failles de la fonction parentale et une relation violente entre leurs parents finissent par être déterminantes pour l'apparition de conflits psychiques dans leur subjectivité féminine.

Cette section vise à contribuer à la clinique psychanalytique dans le traitement des femmes ayant des problèmes de nature féminine, qui rendent difficile d'être une femme.

MOTS CLÉS: féminité, femme, fonction parentale, genre, inconfort, mécontentement, psychanalyse.

INTRODUCCIÓN.

Éste escrito es un fragmento de una tesis doctoral que aborda la temática del malestar y displacer presentes en la feminidad [1]. A través del análisis de un caso clínico, se mues-

tran varias vicisitudes que puede llegar a atravesar una mujer en su subjetividad femenina, las cuales se organizan en la manifestación de síntomas y dificultades que conllevan a un rechazo de la feminidad.

En nuestro recorrido del caso, se describirán algunos aspectos del desarrollo libidinal, personal y familiar de Flora, que suscitaron displacer en su feminidad. Así también el impacto en su subjetividad del discurso social sobre lo que significa ser mujer, para que ella exteriorizara malestar y desagrado al ser mujer.

Leeremos cómo Flora no se sentía bien siendo mujer, en tanto le angustiaba su feminidad, angustia que ligaba esencialmente a la mirada, vale decir, al ser pensada como mujer cuando la miraban. Ella deseaba ser como los varones, por lo que se encontraba en el dilema qué es para una mujer identificarse con el padre, como una forma de evitar caer en una feminidad devaluada, amenazante y provocadora; cuando la cultura condena la identificación con el padre y cuando la relación con el padre es conflictiva e incestuosa en la fantasía.

Detallaremos cómo el vínculo de Flora con su madre, obstaculizó la valorización de su feminidad, y cómo esta relación dió pie, a la imposibilidad de una identificación con la misma, siendo que dicha identificación le implicaba caer en una imagen narcisista dañada e inconsistente.

A su vez se hablará, de cómo el escenario de violencia en la relación entre sus padres, impactó en su subjetividad, para que ella en lo inconsciente, significara el amor de pareja, acaso como una castración y destrucción. La violencia del hombre hacia la mujer era considerada en el consciente e inconsciente (escena primaria) de Flora como algo propio de la feminidad.

CASO CLÍNICO

Flora acudió a terapia a los 18 años de edad, a razón de sentir mucha angustia cada vez que los demás la observaban, y suponía que pensaban cosas de ella.

Flora a edad muy temprana, fue testigo del maltrato físico y psicológico que sufrió su mamá por parte de su padre. Este la golpeaba y la ofendía con mucha frecuencia, principalmente porque él imaginaba que ella le era infiel o bien quería provocar la mirada de los hombres con su manera de vestir.

Flora desde que recuerda, deseaba ser como los niños, pues pese a que se sabía niña, pensaba que hubiera sido mejor ser varón; quería ser fuerte como ellos y le interesaban las actividades de índole masculino. Se consideraba a sí misma, una niña “muy ruda”; que mantenía un comportamiento masculino, mismo que evitaba que los demás la pudieran

observar. Así de pequeña fue una niña solitaria; no porque así lo prefiriera, sino porque desde ese entonces le avergonzaba tal comportamiento masculino.

Flora transitó su sexualidad infantil con una tonalidad restrictiva, vergonzante y angustiante; su madre solía reprender su comportamiento onanista y fue testigo auditivo en varias ocasiones del acto sexual entre sus padres. Escena que interpretaba como un acto violento en el que su madre era sometida y también desaparecía.

A partir de su ingreso a la secundaria, Flora comenzó a mostrar una falta de interés por tener compañía del sexo masculino, y en la preparatoria miedo a tener novio, por ello evitaba tener amigos varones, sobretodo si estos mostraban un interés amoroso para con ella. Al observar a una pareja de enamorados se incomodaba, lo que le hacía pensar que era "rara"; no podía entender y explicarse lo que le sucedía. Dado que ella si deseaba tener novio, pero le daba miedo, aunado al hecho de que no veía "normal" la unión entre un hombre y una mujer. Comenzó a sentir incomodidad y desagrado, en tanto sus familiares y su entorno inmediato, la presionaban para tener novio, incluso le daban a entender que ella era lesbiana por no tener novio a su edad.

El temor a ser vista y pensada al estar en público, le impedía participar en clases, entablar conversaciones, acudir a lugares concurridos. Pues si ocurría que alguien la mirara, no podía dejar de pensar en que los demás suponían que ella; que era rara, no lucía bien, se veía diferente o notaban su nerviosismo. Intentó disminuir su angustia usando maquillaje y ropa holgada, pero eso, sólo le ayudó a sentirse segura por algún tiempo. En la preparatoria, empezó a darle importancia a su apariencia física, trataba de verse igual todos los días, es decir, siempre debía peinarse y arreglarse igual, no toleraba que se percibiera un mínimo de cambio en su aspecto físico, y es que ella deseaba verse de menos edad.

La madre de Flora era una mujer muy atractiva. Ella y Flora mantenían una relación muy estrecha, pero ambivalente. A la paciente le molestaba que su madre se entrometiera en varios aspectos su vida, principalmente porque trataba incisivamente de estimular el arreglo de su hija, en un intento de que Flora fuera más "femenina", y se arreglara como ella. Para la paciente el arreglo de su madre resultaba exagerado e incitaba la mirada de los hombres, así como los celos de su padre.

La relación con su padre también era ambivalente; lo sentía como un extraño al que no le podía expresar su afecto; desde pequeña le costaba trabajo acercársele, sobretodo cuando se trataba de darle un abrazo, se le complicaba ser cariñosa, eso le daba vergüenza. Ella lo miraba con miedo, coraje y decepción; por lo violento que había sido con su madre, por su consumo excesivo de alcohol, por no cumplir sus promesas, y por su conducta ce-

losa para con ella y su madre. Otra decepción que aparecía en escena, era la insistencia de su padre en tratar de reconquistar a su madre después del divorcio, cuando ella tenía 17 años; lo interpretaba como una falta de interés hacia su vida. A Flora le desagradaba que las personas le hicieran notar el parecido físico con su padre, le daba vergüenza, aun cuando de niña, si anhelaba parecerse y ser como él.

Flora mantenía una relación muy estrecha con su hermano de 9 años. Decía ser la persona más importante para ella. Lo cuidaba y procuraba, como si fuera una madre sustituta; siendo que si algo le perturbaba a su hermanito, ella se veía muy afectada; por ejemplo le angustiaba que su hermano tenía fobia a la oscuridad y a los ruidos fuertes, también le preocupaba e incomodaba cuando él llegaba a masturbarse.

En un inicio del proceso terapéutico, Flora se angustiaba de la mirada tanto de hombres y mujeres. Pudo colegir que la angustia devenía porque podrían darse cuenta de su deseo de ser varón. Posteriormente con el trascurso de las sesiones, se presentó una mayor angustia al ser vista y pensada, pero ahora sólo bajo las miradas masculinas. Sus pensamientos la atormentaban, trataba de adivinar lo que los hombres pensaban de ella, se imaginaba que los hombres la miraban para burlarse o querer encontrar algo dentro de ella, pero no sabía que. Sus pensamientos la perseguían a tal grado, que llegó a pensar que algo malo le iba a suceder. Avanzado el tratamiento se dio cuenta de que la angustia emergía de que los hombres la vieran y la pensaran como mujer.

ANÁLISIS DEL CASO

Para abordar las ansiedades que atravesaba Flora por el hecho de ser mujer, dialogaremos con diferentes autores, con el propósito de intentar dilucidar los conflictos que conmocionaban a nuestra paciente en su subjetividad y le generaban malestar y displacer en su feminidad.

Para comenzar introduciremos la evidente desvalorización de la feminidad existente en la vida de Flora, misma que iremos viendo en todo nuestro recorrido. Freud en 1937 [2], ya nos había advertido de la frecuente desautorización de la feminidad en la vida anímica de los seres humanos. En Flora encontramos un repudio a la feminidad de forma muy marcada, no se sentía bien siendo mujer.

“Sí, a veces hasta puedo decir que me puedo sentir inferior cuando veo que me ven así, como mujer, no sé por qué lo siento, siento que no debe de ser así, pero sí, les falta muchas cosas.”

Constatamos aquí la imagen devaluada de sí misma, en tanto es mujer. Freud en 1925 [3], señala que una de las consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos, es una herida narcisista resultante de la falta de pene, pensamos que cuando Flora manifestaba que a las mujeres *“les falta muchas cosas”* se estaba refiriendo a esa falta, falta que establecerá a modo de cicatriz un sentimiento de inferioridad que la lleva a compartir el menosprecio del varón por ese sexo mutilado.

Coincidimos con la autoras; Dolto [4] y Dio Bleichmar [5], en que la decepción por la falta de pene, no incide igual para todas las mujeres, para algunas será una decepción pasajera, todo dependerá de otros elementos que se sumen al desarrollo libidinal de la niña para que ésta falta en la mujer, sea sentida como una carencia perturbadora o bien como algo transitorio. Para el caso aquí expuesto, la falta de pene (falo) resultaba ser algo perturbador; Flora no sólo debió transitar las vicisitudes de la castración como el resto de las mujeres; sino que el vínculo violento que percibió en la relación entre sus padres, así como las experiencias de su propia relación con los mismos, crearon un escenario desfavorable para el devenir de la feminidad de nuestra paciente.

Sabemos que el encuentro de la niña con la sexualidad adulta conmociona su subjetividad, en el caso de Flora el encuentro ante la escena sexual de sus padres le resultó traumático.

“Pensaba que ocurría algo violento, era eso más o menos, porque yo sabía que iba a pasar algo así...Recuerdo a mi papá, sentía que tenía el control con ella, bueno así lo pienso que pasaba, como que todo era mi papá, como que mandaba, porque el hecho de no escuchar que mi mamá hiciera algo, era como si no existiera, como si desapareciera, porque nada más estaba mi papá.”

Dio Bleichmar en 1997 [5], menciona que la escena primaria confronta a la niña con un componente sexual de la feminidad de la mujer adulta. En la fantasía de Flora del encuentro sexual entre un hombre y una mujer ocurría algo muy violento, la madre era dominada y dejaba de existir. Mc Dougall en 1998 [6], refiere que cuando la niña tiene un escenario de violencia en la relación entre sus padres, el amor equivale a castración y destrucción. Así le ocurrió a Flora, la escena primitiva aparecía bajo la forma de fantasmas de devoración, la madre era devorada por el padre.

Para nuestra paciente, la violencia del hombre hacia la mujer no sólo solía ser un fantasma de una teoría infantil, un mito que le ocurre a todo niño, sino una experiencia tan repetida que podía ser considerada por ella como algo propio de la feminidad, pues desde que

recordaba, su madre fue violentada por su padre.

“Una vez que yo me estaba bañando, escuché gritos muy fuertes, me salí de bañar y vi que le estaba pegando en las escaleras. Le dije: ¡ya calmante papá! y la vez que mi mamá se defendía con el martillo. Yo le decía a mi papá que ya no le pegara, pero era muy raro que yo hiciera eso, porque desde niña, cuando se empezaban a pelear, me iba a encerrar a mi cuarto para no ver.”

Como se observa la violencia hacia la mujer desempeñaba un papel preeminente en la realidad psíquica de Flora, esta dominaba su escenario infantil. Mc Dougall [6], enfatiza la importancia de tener progenitores que se amen y respeten recíprocamente, para que la niña quiera identificarse con la madre y soñar con un hombre, a menudo a imagen del padre. Así la versión de la escena primitiva internalizada se transformará y se convertirá en una adquisición psíquica que le permitirá a la niña el derecho a poseer su cuerpo y su sexualidad. Flora no podía identificarse con una madre que desaparecía, no soñaba con un hombre como su padre y su sexualidad se encontraba inhibida. La violencia que padeció la madre, entre otras cosas que veremos, le transmitió de alguna manera el rechazo por ser mujer. Mirémoslo así, para ella ser mujer y estar con un hombre, sería estar esperando la certeza del golpe, maltrato masculino, o desaparecer.

“He notado, que cuando un niño me dice o me habla en un tono que quizás es fuerte, siento que está haciendo una agresión hacia mí, porque pienso, luego luego me viene a la cabeza, que nada más porque soy mujer.”

Dio Bleichmar [5], plantea que las mujeres que mantienen más allá de la infancia el fantasma originario –como es el caso de Flora–, el fantasma masoquista será la forma habitual con que se sexualiza la feminidad. A esto se resistía la paciente, le angustiaba ser pasiva y violentada, no podía concebir al amor de una pareja como algo “normal”.

“Me cuesta trabajo presenciar y ver a mis amigos que se estén besando, me da pena... Me da pena la unión de un hombre con una mujer... ¡No me gusta! se me hace difícil, cuando estoy platicando con una pareja ¡tengo miedo! a qué, no sé, quizás tengo miedo... a que yo pueda dar a demostrar algo malo...Que no los puedo ver como algo normal.”

Dio [5] infiere, que el fantasma originario se mantiene en la fantasía de una adolescente, precisamente por los formatos permanentes de violencia doméstica y que cuando es así, es posible que devenga un rechazo de la joven a identificarse con su género para tratar

de preservar su integridad. Flora se encontraba en esta situación, mostraba cierta negación hacia su género y fantasías de masculinización.

“Es cierto, lo he pensado, se me viene a la mente que sí, quieren verme así, pero yo hago lo contrario, no me agrada que me vean así, yo no soy así... Como niña, en lo tierna, vulnerable; yo no soy así, si soy divertida... No sé, no me checa la forma de ser, no me gusta verme muy niña.”

Flora prefería ser como los hombres, mantenía una especie de idealización hacia lo masculino. Sin embargo, no se les acercaba, la idea de establecer una relación sentimental con algún hombre le era displacentera; le generaba miedo y temor a desaparecer, aun cuando llegaba a sentir atracción hacia ellos.

“El hecho de que yo vea tan completos, tan estructurados a los hombres, hace que me cueste tanto, demasiado trabajo cuando hablamos, las sensaciones que me hacen sentir son demasiadas, que no quiero que pasen... Con el hecho de que me envíen un mensaje en mi teléfono, en mí realmente no es de ponerme a brincar y así, al contrario, es miedo.”

Freud en 1931 [7], nos dice que cuando la niña reconoce el hecho de su castración y como consecuencia la supuesta superioridad del varón y su propia inferioridad, derivan tres orientaciones de desarrollo: una inhibición sexual o neurosis; un complejo de masculinidad; y la feminidad normal. Desde esta postura, Flora estaría tanto en una inhibición sexual, como en un complejo de masculinidad.

En cuanto a la inhibición de su sexualidad, la cual ya hemos empezado a observar, agregaremos que el impacto de convertirse en mujer y ya no ser más una niña, le resultaba displacentero, tanto, que se angustiaba cuando percibía su imagen diferente ante un espejo. No obstante, el cuerpo se le imponía, lo quisiera o no, un cuerpo que podría ser mirado como el de una mujer, aún en los casos que no lo diera a mirar. Así, aunque Flora deseará seguir viéndose de forma infantil y no como mujer, tuvo que enfrentarse con la realidad de su fisiología sexual femenina.

“Pasaron los años y me quedé con esa idea de que yo siempre me iba a ver como me veía antes... No es que me cueste trabajo dejar ser niña, porque sé que muchas cosas ya las dejé, pero me gusta seguir viéndome de esa forma... Que me puedan ver como una chica o así, me da mucha pena, no me gusta... pero mi mamá me dice que haga

varias cosas que yo todavía no quiero.”

Flora sentía mucha presión de parte de su madre y del entorno social para tener novio, lo cual además de provocar en ella malestar, le traía conflictos con su entorno inmediato, siendo que al no seguir los mandatos y estereotipos de su género en relación a tener una pareja, los demás dudaban de su posición femenina.

“¡Sabes qué es lo que deberías hacer Flora! Yo le dije que: ¡pues deberías ya tener un novio! ¡así dijo! todos me voltearon a ver y me dio mucha pena...Ahora más que nervios, me llegó enojo, ¡no me gusta que me digan esas cosas! Y luego mi abuelita me dijo: ¡sí, que sea novio, porque novia no!...Me dieron ganas de llorar, pero qué iban a pensar los demás, mi mamá me hizo sentir muy mal.”

A Flora sí le atraían los varones, pero no podía, ni quería tener novio, por las razones que ya hemos venido planteando, entre otras que mencionaremos más adelante. Pero ya podemos ir interpretando que en Flora existía un impedimento consciente e inconsciente para ser objeto de deseo de un varón.

“Recuerdo que en la prepa, yo veía que mis amigas siempre hablaban de chicos y todo eso, pero realmente en mí...Nunca he tenido el interés por decir: ¡voy a gustarle a este chico!, ¡nunca!...A pesar de que me guste nunca ha pasado eso... Creo

que el problema, es que tengo miedo, miedo a muchas cosas.”

Dio Bleichmar [5], sugiere que la oposición de muchas mujeres a querer ser “objeto causa del deseo” del hombre, podríamos entenderlo como intentos fallidos de lograr dominio, autonomía y valorización de su identidad.

“No quiero gustarle a alguien, no es que no me interese, me da miedo porque no lo acepto. Yo creo que en el momento en que diga: ¡Está bien, le gusto y no me dé miedo! es porque voy aceptar mi vulnerabilidad”.

A Flora le daba miedo ser mujer, trataba de evitar una herida a su narcisismo, en su rechazo a ser objeto de deseo de un varón, se colaba un anhelo de valorización, y de existir como mujer sin desaparecer.

Aun así, al resistirse a los formatos de feminidad vigentes, como es llegar a una cierta edad y no tener novio, Flora se confrontaba con un ideal del yo femenino. Levinton en el año 2000 [8], establece que podemos encontrar angustia y displacer provenientes del superyó de las mujeres, cuando los mandatos de género no son cumplidos.

“Ya tienes 18 deberías tener novio, y eso me hizo sentir más mal...Flora es lo normal, algún día te tiene que suceder... no sé qué es lo que está pasando conmigo”.

Pese al displacer proveniente de superyó, podemos distinguir al mismo tiempo en nuestra paciente, el surgimiento de una protesta que trata de reivindicar una feminidad devaluada a través de un feminismo espontáneo como respuesta.

Ahora ahondaremos en el vínculo con el padre; iremos viendo cómo el papel libidinal del padre en el proceso de sexualización de Flora fue mayormente seductor. Situación que mantenía la presencia de fantasmas edípicos no resueltos.

“Yo le tengo miedo a mi papá...Porque lo siento, y eso hace que no me pueda acercarme a los demás chicos, pero no es con todos, es un conjunto de chicos que se están bur-

lando y me están viendo ¡me da miedo! porque sé que algo van a ver.”

Flora se encontraba angustiada por una tensión erótica sometida al peligro de la realización de un deseo incestuoso, que había prohibido acercarse a los varones que podían parecerse al padre; eso sería peligroso, ellos podrían ver algo “su deseo incestuoso”. Y más peligro había cuando su padre estaba alcoholizado; él podría no contenerse.

“Yo sé que hay miedo, cuando estaba pequeña, pensaba que él iba a reaccionar distinto porque estaba tomado, no sé, ¡a mí me iba a suceder algo!...No me gustaba cuando mi papá llegaba o luego me abrazaba o así y empezábamos a platicar, mi papá me desagradaba”.

Dio Bleichmar [5], describe que el papel libidinal del padre en la constitución de la heterosexualidad de la niña cuando es demasiado seductor, implantará un significado sexual

que producirá el efecto de una seducción que se articula con vergüenza y culpa.

“Cuando yo estaba pequeña nunca mostré un cariño con mi papá...y ahorita después de tantos años no quiero abrazar a un hombre, no puedo. Las veces que mi mamá me decía que abrazara a mi papá, me daba pena...No me sentía cómoda me iba a sentir diferente...me costaba demasiado trabajo hablar con él...Porque sabía que era mi papá, me sentía muy rara...Era como desconfianza”.

Por la tensión erótica, Flora no podía acercarse demasiado a su padre, le daba pena (vergüenza), se sentía rara, no a gusto (culpa); pareciera que fue un padre que al seducirla, no lo hizo en la justa medida, como debiera ocurrir en una adecuada verbalización de la prohibición del incesto, porque había desconfianza. Lo cual confirma las observaciones de Dolto [4], cuando afirma que la modulación inhibitoria de la niña con el adulto deseado, le ayuda a la continencia de la tensión erótica, y que esta se da cuando se trata de un padre que suele ser muy activo en su acercamiento.

Otra cuestión que nos permite deducir la excesiva seducción paterna que mantenía la tensión erótica del Edipo, era la conducta celosa del padre, misma que podría haber estado transmitiendo el mensaje inconsciente de que ella era objeto de su deseo.

“¡Es que tú no debes estar pensando en esas cosas! Estaba enojado, siento que le da coraje, el hecho de que vea que me arreglo un poco más y porque voy a salir con un amigo...Eso es lo que a veces me preocupa, es quizás algo nuevo que estoy haciendo, y mi papá no lo entiende...siento raro”.

Dolto [4], explica que el papel del padre es patógeno, si incurre en escenas de celos paternos con su hija, pues ella puede pensar que es demasiado frágil y poco capaz de resistirle, conducta que no asegura su castidad y por ende puede obstaculizar la resolución edípica.

Ahora advirtamos hasta qué punto la mirada masculina hacía sentir angustia en Flora. Ella no sentía que se le miraba “normal”, vivenciaba una mirada penetrante, de una intensidad que podía atravesarla, mirar en lo más profundo y oculto de su interior.

“Me volteo a ver y yo me sentía muy rara, porque sentía que no me miraba nada más porque le gustaba, sino porque quería darse cuenta de algo en mí, yo lo sentí así...Por miedo, me puse muy seria, pues me sentía incómoda y entonces, ya lo que pensé, fue que quizá se estaba burlando de mí...No quise pensar en eso, que le gusto

y eso me hizo sentir más tranquila, no quiero gustarle a nadie”.

Dio Bleichmar [5], expone que la seducción del padre libidinal será a través del descubrimiento de una intensidad de la mirada; eso asusta a la niña, porque no controla la reacción del adulto, pero también la asusta su propia reacción que tampoco controla. Flora en un registro inconsciente se sentía objeto del deseo paterno, a ella no le gustaba ser mirada por los hombres, ya que al mirar-ser mirada, se encontraba en el terreno de la experiencia erótica del incesto, no le gustaba cómo la veía su papá; en todo caso, gustarle a los hombres era gustarle a su padre. De ahí su angustia y miedo por gustarle a un varón, o bien; como veremos en la siguiente viñeta que pudieran pensar que a ella le gustaba algún chico.

“No quiero que piense otra cosa...Que a lo mejor me gusta, y la verdad no me gusta él, pero me pone muy nerviosa que lo piense...Y pienso que el compañero pensó que

a mí él me gustaba, eso me pone muy triste.”

Flora sólo podía tolerar estar cerca de un varón, si tenía la certeza de que sólo buscaban su amistad, de no ser así, les atribuía malas intenciones, o sea en el registro inconsciente les atribuía pensamientos incestuosos, que ella les gustara, era prohibido.

“Es que todo lo veo a veces en su actitud, todo depende de cómo lleguen y pregunten, si los veo como con otra intención, pensaría como que les gusto, y ya no me dan tanta confianza...Me da miedo gustarle a alguien.”

Como se lee, a Flora le resultaba inconciliable gustarle a alguien, ella se sentía constantemente perseguida por la mirada que mira, así que intentaba ocultarse, pues el hecho de confirmar la mirada incrementaba la angustia.

“Yo sé, que sí me le hubiera quedando viendo y confirmo que sí me estaba viendo, me iba a dar más miedo, sé que no puedo esquivarlo completamente, pero igual se

desaparece un poco el panorama, pero sí, puedo decir que es eso, miedo.”

Sin embargo, pese a los intentos de Flora por evadir en algo el panorama del miedo, el sentimiento de persecución de la mirada no desaparecía; la fijación infantil edípica en la que se encontraba, la convertía en un objeto de persecución de la mirada. Lo cual según Dio Bleichmar [5], es el resultado de la implantación del significado provocador en el cuerpo de la niña, que introduce en las mujeres la sensación permanente de ser observadas.

“Siento su mirada y todo se me olvida, como si todo dejara de existir en ese momento, sólo me concentro en que me están mirando... Antes si tenía mucho que ver mi manera de vestir, recuerdo que cuando me vestía con ropa normal, me sentía más segura aunque estuviera despeinada, después me empecé a poner un poco de maquillaje en

las fiestas...pero ya después eso no sirvió.”

Continuando con la autora, nos dice que no habrá garantía de intimidad, será un cuerpo mirado-desnudado, se vuelve prevalente ocultarlo, vestirlo, y no provocar, incluso habrá que desviar la mirada, porque al encontrar la mirada que mira, se podría pensar que hay un consentimiento, y eso sería un acto de provocación.

“Siento lo que es no querer ver, el querer esconderme, el querer taparme, no sé, querer huir... Me da miedo mostrar algo que no soy, pero que estoy dando a notar, es algo que no me gusta.”

Mirémoslo así, ella no podía ver a los hombres, eso sería provocarlos, ocupar el lugar incestuoso; pero aún cuando se tapara, no mirara, y se escondiera; terminaba siendo culpable. Y eso le resultaba intolerable, doloroso, persecutorio, en fin, displacentero. Flora en cierto sentido se sentía culpable por ser mujer. La génesis de esta culpa, no solamente devenía a causa de un padre seductor, o de una madre que desaparecía, sino también

era reforzada por su entorno social, en donde se topaba con la división universal de lo femenino; mujeres decentes y mujeres indecentes.

“Se me hizo un huecote en la garganta, me dieron ganas de llorar, sentí que mi abuelita y los de la excursión pensaban mal de mí, como si yo fuera diferente y fuera hacer unas cosas malas, entiendo por qué lo hizo mi abuelita, no me conoce bien, que yo soy seria, pero me sentí mal conmigo misma.”

La vergüenza y la culpa femenina en torno a la sexualidad, es otro de los aspectos del displacer que mostraba la paciente por el hecho de ser mujer. Y es que siguiendo a Dio [5], resulta relevante subrayar que una vivencia que debiera ser intrínsecamente exaltante como es la sexualidad, se convierte en vergonzante para muchas mujeres adultas. Como es el caso de Flora.

“Yo sé que me voltearon a ver...me sentía rara porque la falda estaba corta. Luego me quedé pensando, en lo que pensaban los papás de mi amiga... Siento que ellos, me tienen en un concepto de que soy muy tranquila y seria, que tal, si ellos piensan que con esa falda mmm y yo bailando, luego luego se me vino a la mente...Que no soy como ellos piensan...Que vestirme así, significa que quiero provocar a los hombres.”

Flora trataba de reprimir su sexualidad, no sólo porque se sentía objeto de deseo de su padre, sino también para seguir siendo de la categoría de las mujeres “decentes”. Flora intentaba desidentificarse de las mujeres de “la otra clase”, ella no quería provocar, porque cuando lo hacía, devenía una culpa y vergüenza por ser mujer. Vislumbremos cómo esta bipartición de las mujeres presente en el psiquismo de Flora, incidía en la imagen devaluada y desfavorable que tenía de las mujeres.

“Veo que muchas chicas se ven mucho en el espejo, pensaría que van a la escuela nada más para llamar la atención, para que las miren, a veces siento que el hecho de que ellas se vean tanto, y se traten de arreglar más y más, obviamente eso está mal...Es superficial...No todas, pero sí, ¡las que se creen bonitas!... En cambio, una

chica cuando la veo muy sencilla y es simple, genial, tiene esa virtud.”

Lo que nos muestra aquí la subjetividad de Flora, es que otras mujeres si se miran bonitas; imagen a la que ella no puede acceder, debido a que cuando las mujeres ponen én-

fasis en la belleza del cuerpo y en la mirada del mismo, resultan ser desagradables, posiblemente indecentes e incestuosas. Pareciera que para ella, la virtud estaba asociada a que fueran “menos femeninas”, no porque opinemos que la feminidad se reduzca a la belleza del cuerpo, lo decimos considerando el discurso social-cultural generalizado, en cuanto a que la mujer suele ser definida por el atributo de su belleza. Dio Bleichmar [5], hace alusión a esto, dice que el cuerpo entero de la mujer es el sostén de la identidad femenina y el narcisismo del yo- género. Podemos aquí encontrar otra más de las razones por las que Flora rechazaba a la feminidad, se oponía a un narcisismo atrapado sólo en la belleza del cuerpo.

Ahora comentemos de otro aspecto de vital relevancia en la inhibición sexual de Flora, y que contribuye a reforzar nuestra hipótesis de una fallida resolución edípica. Dolto [4], nos advierte de la falta de resolución edípica en la mujer, cuando el niño imaginario del deseo edípico es transferido a la realidad carnal de un hermanito que nazca en ese momento, en donde los padres conceden a la hermana mayor la responsabilidad de su cuidado como si fuera una madre sustituta. Así le sucedió a Flora, sus padres le concedieron el deseo de un hermanito con el cual hacía el papel de una madre sustituta. Freud en 1924 [9], argumenta que el deseo de recibir como regalo un hijo del padre, es abandonado poco a poco porque este deseo no se cumple nunca. Podría pensarse que a la edad de 8 años, Flora ya habría abandonado dicho deseo, que es la edad que tenía cuando nació su hermanito; sin embargo de acuerdo a las observaciones de Dolto [4], esta resolución se hace hacia los 9 y 10 años de edad como edad más temprana, y que a menudo ocurre hasta la pubertad.

“Me contó mi mamá, que les escribía cartas a mis papás, para pedirles que me dieran un hermanito y que era muy convincente con lo que les escribía, pero se tardaron mucho en dármelo, ya cuando casi tenía 9 años... yo quería un hermano para jugar con él, quería un hermanito que fuera fuerte, las niñas no me lo parecían, pues ya lo había

dicho, pienso que son débiles.”

Interpretamos que el deseo de Flora por un hermano y no una hermana, tiene que ver precisamente con la ecuación simbólica presente en el Edipo: pene=hijo o bien fallo=hijo [9]. El deseo de recibir un hijo del padre para resarcirse de la falta de pene, debía ser un representante fálico, por eso no podía ser niña, para Flora las niñas eran débiles.

Flora expresaba la llegada de su hermano como si le hubieran dado un regalo. El hermanito era para ella, –al menos así suponemos que lo vivía en la fantasía–; la creencia mágica de la realización de su anhelo incestuoso. Lo que acaso puedo culpabilizarla inconscientemente, con todas las consecuencias de castración simbólica que derivan de ello. Flora se defendía de la castración inhibiendo su sexualidad femenina consciente y las iniciativas eróticas del hermanito, al tratar de evitar que se masturbara, para así no ponerse en peligro de ver cuestionada su propia represión. Para Dolto [4], ambos padres son cómplices de esta mutilación, pues en su afán de evitarle a su hija un periodo de latencia poco depresivo o agresivo, prefirieron colmarla con una pseudomaternidad.

La suposición de que Flora se sentía inconscientemente culpable de incesto, nos abre más el panorama para entender cómo la inhibición de su sexualidad femenina consiente tenía mucho que ver con una resolución edípica fallida. Esta culpa inconsciente se agrega a las interpretaciones planteadas previamente en el caso, y que terminan desembocando en los mismos síntomas, en todo caso, se refuerzan, por eso la intensidad de la angustia, malestar y displacer que manifestaba Flora por ser mujer.

Asimismo, Dolto [4] nos aporta que ante la maternidad incestuosa fantaseada, deviene un segundo complejo de virilidad, por lo que también este complejo se ve reforzado por diversas vías. Otra consecuencia, es que se conserva la angustia de violación que genera un efecto inhibitorio hacia los varones. Lo cual explica también porque cada contacto demasiado cercano o que Flora le resultara atractiva a los hombres la afectaba demasiado; la angustia de violación se manifestaba para todos los penes a los que les concedía este valor; en otras palabras, surgía ante aquellos varones que se parecieran al padre. Además esta el hecho de que la angustia de violación puede articularse con el saber inconsciente de la niña en torno a la escena primaria.

Notemos en la siguiente viñeta, cómo se articula la ansiedad por la mirada, la angustia de violación y la fantasía inconsciente de la escena primaria.

“Se me quedó viendo muy raro... ¡Me dio mucho miedo! en ese momento cuando nos quedamos viendo, ¡sentí que algo se hizo muy pequeño dentro de mí! traté de no tomarle importancia, pero se me quedó viendo mucho, creo que fue algo más, a mí me miró a los ojos y ¡sentí algo que oprimía dentro de mí! entonces pensé que me iba a pasar algo y fue cuando me volteé... no puedo gustarle a nadie.”

Seguimos viendo la angustia por la mirada penetrante y cómo cuando se encuentra con la mirada que mira, se podría pensar que hay un consentimiento, una invitación a la mirada y ante ello una posible consumación. Deviene entonces la angustia de violación; esa sen-

sación fantaseada de que algo se reducía dentro de ella, que es la referencia infantil a su vagina pequeña que podría sufrir un daño ante una consumación. A su vez la angustia de violación aparecía adherida a la fantasía inconsciente de la escena primaria; algo dentro de ella oprimía (dominaba) y algo le iba a pasar (desaparecer); elementos que encontramos en su escena primaria. Recordemos que la madre era dominada y desaparecía de forma violenta, por ello, había que desbaratar la escena intolerable desviando la mirada, había que reprimir o negar el deseo.

Y hablando de reprimir o negar el deseo, la estimulación voluptuosa, el cuerpo excitado, proveniente de los deseos edípicos no resueltos, hacían que el encuentro de Flora con el hombre fuera percibido como peligroso, prohibido; su propio deseo suscitaba en ella una gran desconfianza. Siguiendo los planteamientos de Dolto [4], se puede decir que Flora al seguir en el Edipo, manifestaba en su deseo sexual el reclamo de un pene centrípeto, o sea de una penetración, que en el drama edípico infantil, no es otra cosa que un deseo de “poder” con referencia al padre.

Entonces dentro de las vicisitudes de la castración de Flora, hallamos que su hermano le representaba un semblante fálico que conservaba la angustia de violación, y también un complejo de masculinidad. Es importante remarcar la importancia de este último en el caso clínico, pues está directamente relacionado con el rechazo propiamente dicho hacia la femineidad, es decir el deseo de Flora a ser como los hombres y no como las mujeres. Como dijimos tal complejo está reforzado por diversas vías; como corolario de la vigencia de deseos edípicos incestuosos; como fantasías de masculinización derivadas del rechazo a la identificación con su género, y como consecuencia del complejo de castración; esta última perspectiva nos muestra el origen más temprano de este complejo. Reparemos en la siguiente viñeta una posible evidencia de los orígenes de este complejo:

“Había una bolita de cabello y había un muñeco, yo estaba jugando, no sé, qué es lo que estaba tratando de hacer, pero me puse la bolita de cabello en medio de mi ingle, y el muñeco me lo amarré ahí...En eso subió mi papá...Ya no recuerdo bien esa parte, pero me dio mucha pena que mi papá me pudo haber visto.”

¿Qué intentaba hacer Flora? Parece evidente que deseaba colocarse un pene. Algo que caracteriza al complejo de masculinidad descrito por Freud [3], es precisamente la esperanza de recibir un pene para igualarse al varón. Es de hacer notar la vergüenza sentida por Flora a razón de que su padre pudiera darse cuenta de su acto; debido a que dicha vergüenza que inicia en su infancia se mantuvo hasta su adultez, ella se apenaba y angustiaba cuando los demás notaban su deseo de ser como los varones.

“Yo sé que tengo muchas cosas parecidas a los hombres y sé que me cuesta trabajo aceptar que me gustan las cosas de niño, pero sí...Realmente me agrada tener muchas cosas de niño...Pero me da pena.”

Dio Bleichmar [5], concibe que lamentablemente el deseo del falo en la mujer, la cultura lo interpretará como un deseo de usurpación o apoderamiento de algo que no le pertenece. La mujer tendrá como efecto sentimientos de culpa que le provocan angustia y persecución. De éste modo, lo que comienza en el origen como la envidia del pene, que debiera ser pasajera como parte de las vicisitudes de su castración, se convierte en un fantasma de usurpación validado por la cultura, así en el marco de lo que le sucede a nuestra paciente, adviene también un malestar por la cultura que contribuía a su displacer por la feminidad y le dificultaba ser mujer. Flora ante su deseo de ser como los hombres, experimentaba consecuencias psíquicas relacionadas a la autopersecución, persecución, culpa, vergüenza y necesidad de reaseguramiento. La angustia de persecución, fue el motivo inicial de acudir a consulta. Si bien esa angustia que padecía estaba teñida por el fantasma de provocación femenina, paralelamente se superponía a su ansiedad de ser mujer, el fantasma de la usurpación masculina.

“Pienso que siempre están pensando algo de mí...Todos pensamos a veces que alguien está pensando algo de nosotros, pero es que a mí, no es a veces, es siempre, a veces pienso que me va a salir un tumor en la cabeza...Me duele mucho pensar que los demás suponen cosas de mí, ponerme tan mal...Pero esos pensamientos vienen de mí y me aterrorizan. Por eso en la escuela me alejo de todos.”

Benjamín [10], interpreta la envidia del pene como una expresión del deseo de la niña por identificarse con el padre, como medio de separación con respecto a la madre y como medio de desidentificación con una madre desvalida, pasiva y carente de deseo.

Desde pequeña yo siempre quise ser como mi papá, él corría mucho, yo quería correr como él, y también quería dibujar bien como él...después ya no quería ser como él, me di cuenta que no me gustaba que me dijeran que me parecía a él, me enojaba ¡me daba mucha pena! pero sí, me lo dicen mucho.

Benjamín [10] en una línea parecida a la Bleichmar, manifiesta que la identificación con la agencia del deseo del padre parecerá fraudulenta y robada. Aún así, Flora prefería identificarse con el padre aunque éste revelara sus fallas, y la identificación resultara vergonzante y fraudulenta; porque el identificarse con su madre; una mujer dominada, violenta-

da, vulnerable y carente de deseo, le resultaba intolerable.

Ahora abordaremos el vínculo con la madre, pieza fundamental en el malestar de Flora. Primeramente podemos concordar que fue esencialmente la madre la que le transmitió a Flora su desagrado por ser mujer. Aulagnier en 1977 [10], indica que en un inicio, la voz de la madre ofrece una sombra hablante proyectada sobre el cuerpo del infante. La madre de Flora le transmitió un material psíquico con enunciados de una feminidad devaluada y amenazante; esa madre en su propia experiencia lo había vivido, por tanto dirigió a su hija una sombra hablante con enunciados de una inferioridad femenina y de formas indiciales del formado de ser objeto de violencia, que dan cuenta de una desvaloración temprana al sexo de su hija.

Así también la relación con su madre trastocó otros aspectos de la valorización de su sexualidad femenina. Dolto [4] concluye que el papel de la madre es vital para la valoración del sexo de su hija. Ya que cuando la madre reprocha la conducta masturbatoria de su hija, se promueven acontecimientos traumatizantes en su catexis erótica o en su valoración fálica. La madre coaccionaba la conducta masturbatoria de Flora, ante ello, no escuchó sin reproche, ni otorgó significado a las sensaciones genitales que experimentaba de niña; lo cual pudo ser uno de los obstáculos para la valorización de su sexo.

“Yo salgo del baño de mi casa...Fue a esa edad empecé a notar que tenía flujo en mi parte, y eso era algo que a mí no me gustaba, me incomodaba demasiado no me gustaba, pero yo sabía que era algo que pasaba...Sí cuando me tocaba...Y sentía que ha-

cía algo malo...Sí, para mí que un niño haga eso, pues no está bien”.

Flora además de sentirse avergonzada por su onanismo, presentaba ansiedad por sus genitales que le generaban confusión y culpabilidad. Bernstein en [5], expresa como una ansiedad genital femenina, la excitación que experimentan las niñas cuando se mojan, si no entienden lo que les pasa, pues lo viven como una falta de control en su cuerpo. A Flora le hizo falta que su madre, le hiciera aclaraciones pertinentes que le otorgarán significado a estas sensaciones, y también que percibiera como algo natural la expresión de su sexualidad infantil.

Aunado a lo anterior, aparece la intrusión de la madre. Levinton [8], subraya la dificultad de las madres para experimentar a sus hijas como diferentes a ellas, en tanto son del mismo género. La madre intentaba controlar la feminidad de su hija, vale decir, que en di-

cho intento, se colaba el deseo de que Flora proyectara una feminidad igual a la suya. Lo que hacía surgir entre ellas una relación marcada por la ambivalencia. Además como sabemos la relación madre-hija por lo común lleva el sello de la hostilidad. Freud en 1932 [12] escribe que el extrañamiento de la niña hacia la madre se produce bajo el signo de la hostilidad, esto es, que la ligazón-madre termina acabando en odio, mismo que puede durar toda la vida, o bien una parte de él se supera, pero otra permanece.

“Tuve un problema fuerte con mi mamá...Me dijo: ¡cómo te vas a poner esa blusa, quítatela y te pones otra! yo le dije: ¿Por qué? ¡porque no me gusta cómo se te ve!”

Retomando a Levinton [8], esta ambivalencia se veía reforzada por la imagen devaluada de la madre y contribuía a reforzar el rechazo por la feminidad de la misma.

A la percepción de una feminidad materna devaluada y amenazante, se le superponía la percepción de una feminidad provocadora. Flora manifestaba malestar y displacer cuando el arreglo de su madre incitaba la mirada masculina; es como si al concebirla como un objeto de deseo para los hombres, se despertaba su propia ansiedad y rechazo por la sexualización de su cuerpo. Los piropos a la madre le evocaban el voyerismo varón hacia las mujeres que tanto le angustiaba.

“Le reclame lo que dijo de mi prima, de que ella parecía más su hija, porque ella si se arreglaba...Me critica todo el tiempo mi forma de vestir...Pero ella exagera en su arreglo...Al principio no me molestaba, pero ahora sí, siento feo que su arreglo llame la atención y los hombres le falten al respecto, pues le chiflan.”

Dolto [4], señala que en los casos en los que las madres suelen estimular constantemente el adorno de sus hijas y la seducción hacia los varones, cortocircuitan la evolución libre de su sexualidad, sobre todo si la joven percibe como peligroso el contacto con un muchacho. Algo parecido le sucedía a Flora, la obstinación de su madre para que ella se arreglara más, así como su insistencia en que tuviera novio; en lugar de despertar su feminidad, promovía su miedo a los hombres, su rechazo a la feminidad, su negativa a identificarse con ella y a no sentirse bien siendo mujer. Coincidiendo con Dolto [4], otro factor importante que coadyuvó a dificultar la identificación con la madre, es el hecho de que esta no se encontraba valorizada por el padre. No olvidemos que el aspecto más relevante por el que Flora no quería identificarse con su madre, es porque temía que al ser como ella, el padre o los demás varones la trataran como había visto que se le trataba a la madre.

“Cuando veo que un chico está agrediendo a una chica, obviamente luego luego me vienen a la mente mis papás y a veces hasta yo siento coraje con la propia chica,

porque no hace nada...Siento coraje que suceda esto, me parece difícil ver que alguien no te está tratando bien, y ¿por qué sigues estando ahí?."

Cabe hacer la aclaración de que el problema no residía en que ella no quisiera ser objeto de agresión de un hombre, en todo caso, eso es algo que debería ser deseable para cualquier mujer, sino que en su intento de desidentificarse de su madre, terminó por rechazar a la feminidad, a la identificación con todas las mujeres.

Finalmente hablaremos de la rivalidad edípica inconsciente con la madre; retengamos que Flora no había resuelto los deseos edípicos incestuosos, de tal forma que esta rivalidad latente, robustecía su malestar y displacer que subyacía de percibir a su madre como objeto de deseo de los varones.

"Cuando veía a una niña bonita en las revistas, sentía coraje, rencor, les dibujaba dientes o lentes o granitos...Como que me fui controlando cuando iba en la prepa, no podía pensar algo malo, porque pensaba que Dios me iba a castigar...A veces lo sigo pensando, pero antes más...Él iba a hacer que me pasara algo malo."

El rencor y coraje a las mujeres bonitas de las revistas, escondía la hostilidad edípica inconsciente hacia la madre. Tal deseo inconsciente de atacar a la madre y acabar con su belleza, resultaba ser inconciliable para los mandatos del superyó, vale decir, el temor y la amenaza de una sanción (Dios la iba a castigar). Está la necesidad de pagar con culpa y castigo la trasgresión al superyó, pareciera ser otro elemento que movilizaba, alimentaba y reforzaba la angustia de persecución que tanto padecía Flora.

CONCLUSIONES

El presente estudio de caso, pudo mostrarnos aspectos del malestar y displacer en la feminidad. Advertimos cómo la influencia del discurso cultural que devalúa y mitifica a la mujer, al igual que complicaciones en el desarrollo libidinal y personal que acontecieron en el marco de la relación con los padres, condicionaron en Flora a rechazar su feminidad. A proyectar que las mujeres son incestuosas, provocadoras, inferiores, débiles, vulnerables y menos apreciables que los varones; a tener una imagen devaluada y amenazante de su sexo; y que los hombres le motivaran miedo, desconfianza y envidia. Flora en su intento de no encontrarse en una imagen narcisista dañada, no deseaba ser como las mujeres.

Podemos concluir que a Flora se le dificultaba ser mujer. Por un lado, su madre le transmitió su desagrado por la feminidad, por otro; la evidencia empírica acumulada de violen-

cia a la mujer que observó del vínculo entre sus padres, dio lugar a una inhibición de su sexualidad y a no querer identificarse con su género, como medio de defensa para no caer en una identidad que resultaba ser peligrosa e inconsistente. Ella prefería ser como los varones, pero tal deseo y su propio comportamiento masculino, le producían culpa y vergüenza, como si se tratara de una usurpación. A su vez, Flora no se sentía segura o suficientemente protegida del incesto en la relación de afecto con su padre, lo que comprometió la resolución de su Edipo y provocó que los hombres le suscitaran una amenaza y le fueran prohibidos. De este modo, los miedos nucleares de Flora; fueron el miedo la intrusión, la angustia de violación, y la angustia de persecución. Ya que aparecía el control y la intrusión de la madre; la seducción y dominio del padre, y la sanción del superyó ante un Edipo no resuelto y ante el deseo de “usurpación” de querer ser como los varones. Pues bien, así como el caso de Flora, también en la práctica clínica aparecen mujeres con algún tipo de problemática femenina, por lo que éste escrito tiene la intención de aportar a la clínica psicoanalítica, mayor comprensión del sufrimiento y síntomas que acontecen en el cuadro de la subjetivación femenina. Asimismo marcar una pauta en lo social y familiar para el devenir de una feminidad más satisfactoria.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] LEÓN, M. (2021). Malestar y displacer en la feminidad. Un estudio de caso. Tesis de Doctorado. México D.F. Colegio Internacional de Educación Superior.
- [2] FREUD, S. (1937). Análisis terminable e interminable. O.C. Tomo XXIII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [3] FREUD, S. (1925). Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica de los sexos. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [4] DOLTO, F. (1996). Sexualidad femenina. La libido genital y su destino femenino. México: Paidós, 2001.
- [5] DIO BLEICHMAR, E. (1997). La sexualidad femenina de la niña a la mujer. Barcelona: Paidós, 2011.
- [6] MC DOUGALL, J. (1998). “Las mil y una caras de eros” La sexualidad humana en búsqueda de soluciones. Buenos Aires: Paidós, 1998.
- [7] FREUD, S. (1931). Sobre la sexualidad femenina. O.C. Tomo XXI. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [8] LEVINTON, N. (2000). El superyó Femenino, La moral en la mujeres. Madrid: Biblioteca nueva, 2000

- [9] FREUD, S. (1924). Sepultamiento del Complejo de Edipo. O.C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.
- [10] BENJAMÍN, J. (1996). Los lazos de amor. Psicoanálisis, feminismo y el problema de la dominación. Buenos Aires: Paidós, 1996.
- [11] AULAGNIER, P. (1977). La violencia de la Interpretación. Del Pictograma al Enunciado. Buenos Aires: Amorrortu, 2010.
- [12] FREUD, S. (1932). 33a conferencia. La feminidad. O.C. Tomo XXII. Buenos Aires: Amorrortu, 1976.